TRES LEVANTAMIENTOS POPULARES

PUGACHÓV, TÚPAC AMARU, HIDALGO

Jean Meyer coord.

Tres levantamientos populares

Pugachóv, Túpac Amaru, Hidalgo

Jean Meyer (dir.)

DOI: 10.4000/books.cemca.92
Editor: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos
Año de edición: 1992
Publicación en OpenEdition Books: 24 abril 2013
Colección: Historia
ISBN electrónico: 9782821828186

http://books.openedition.org

Edición impresa
ISBN: 9789686029208
Número de páginas: 196

Referencia electrónica
MEYER, Jean (dir.). *Tres levantamientos populares: Pugachóv, Túpac Amaru, Hidalgo.* Nueva edición [en línea]. Mexico: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1992 (generado el 12 juillet 2019). Disponible en Internet: <http://books.openedition.org/cemca/92>. ISBN: 9782821828186. DOI: 10.4000/books.cemca.92.

Este documento fue generado automáticamente el 12 julio 2019. Está derivado de una digitalización por un reconocimiento óptico de caracteres.

© Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1992

Obra acerca de tres movimientos con relativa concordancia cronológica, que movilizaron a gran escala, efectivos similares sobre espacios comparables en diferentes contextos geográficos, étnicos, culturales (religión, cultura, política), pero en una situación común de fronteras agro-extractivas en expansión, las estepas y el Ural, el Alto Perú, el Bajío y el Occidente mexicano.

ÍNDICE

Introducción
Jean Meyer
PROGRAMA
PARTICIPANTES

I. Emiliano Pugachóv

El campesino ruso en el siglo siglo XVIII
Pierre Pascal
El siglo de la Ilustración

Pugachóv o las peculiaridades del Motín ruso
Ana Borodatova
I. El mundo de la frontera
II. Pugachóv y su época
III. La guerra campesina
IV. El impostor (el falso pretendiente)
V. Jefeseductor
VI. La derrota y la ejecución
VII. Resurrección

II. Túpac Amaru

La rebelión de Túpac Amaru
David Brading

¿Cómo interpretar la rebelión panandina de 1780-1783?
Jean Piel
I.- Un mito histórico: la "rebelión de Túpac Amaru"
II. Las otras histografías de la rebelión: evidencias y dudas
III.- ¿Hacia una desfuncionalización ideológica de la historia de la rebelión de 1780-1783?

"Tradición y modernidad en el proyecto de Túpac Amaru"
Scarlett O'Phelan Godoy
1. La originalidad del programa
2. Mitas y Tributos: la agenda indígena en la gran rebelión
3. Dos etapas de un proyecto: repartos y aduanas

Las rebeliones de Pugachóv y Tupac Amaru: intento de comparación
Serguei Serov

III. Miguel Hidalgo

"La revolución desastrosa": fragmentación, crisis social y la insurgencia del cura Miguel Hidalgo
Christon I. Archer

La insurgencia huasteca: orígen y desarrollo
Antonio Escobar Ohmstede

Presentación
I. Población y tenencia de la tierra
II. Los conflictos dieciochescos en la Huasteca
III. El movimiento insurgente Huasteco
IV. Consideracion.es finales

El gran seductor
Luis González

Las revoluciones
Seductor y líder
Enjambre de seducidos
Pillaje, saqueo y botín
Los móviles y motivos de la fe religiosa

Hidalgo razones personales
Carlos Herrejón Peredo

I. El teólogo
II. El afrancesado
III. El párroco
IV. El administrador

La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: bustamante, mora y alamán
Andres Lira

I
II
III
IV

Conclusiones
Enrique Florescano

Introducción

Jean Meyer

---

1 Hace mucho que sentimos la necesidad de comparar la evolución histórica paralela, si bien distinta, de los dos "extremos occidentes" que son América latina y Europa oriental. Humboldt en su "*Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*" nos invitó a hacerlo: "En México, en el Perú, en el reino de la Nueva Granada, he oído repetir las mismas objeciones que se hacen en Alemania, en Livonia y Rusia, siempre que se trata de abolir la servidumbre de los campesinos" y más adelante: "Acaso tendríamos por más feliz la suerte de los indios, si los comparásemos con la gente del campo de la Curlandia, de la Rusia y de una gran parte de la Alemania Septentrional."

2 En 1990 después de participar en un congreso en París sobre el tema "*De l'Oural aux Andes*" y en otro en Pultusk (Polonia) sobre "*Contemporary societies in a comparative perspective: eastern Europe and latin America in the XXth century*", Jean Piel lanzó un proyecto de investigación respaldado por la Universidad de París VII, el CEMCA (México) y el Instituto de Etnografia de Moscú, intitulado: "*Para una historia comparativa de las formaciones sociales latinoamericanas y euroorientales*".

3 El presente coloquio tuvo una participación internacional gracias al apoyo del Ministère des Affaires Etrangères de Francia y del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Lo organizó el CEMCA en Mexico, los días 5 y 6 de septiembre de 1991.

PROGRAMA

4 *Jueves 5 de septiembre*

5 PRIMERA SESIÓN.

- Jean Piel. Problemática y métodos de una historia comparativa.
- Ana Borodatova. Pugachóv o las peculiaridades del motín ruso
- Serguei Serov. Pugachov y Túpac Amaru.

6 SEGUNDA SESIÓN:

- Scarlett O'Phelan. Túpac Amaru: entre las reformas borbónicas y la Constitución de Cádiz.

- Christon Archer. La révolución desastrosa: fragmentación, crisis social y la insurgencia del Cura Hidalgo.
- Luis Gonzalez. De cómo el Cura Hidalgo arremolinó a los campesinos.

7 *Viernes 6 de septiembre*

8 TERCERA SESIÓN:

- Andrés Lira. La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: Bustamante, Mora y Alamán.
- Antonio Escobar. La insurgencia en la Huasteca.
- Carlos Herrejón. Hidalgo: razones personales de la insurgencia.

9 CUARTA SESIÓN:

- Jean Meyer. El príncipe encubierto (Tepic 1801).
- Discusión general.
- Enrique Florescano. Relatoría final.

PARTICIPANTES

- Christon Archer, profesor en la Universidad de Calgary, Canadá Autor de "*The army in Bourbon Mexico*", Albuquerque 1977 y de muchos estudios sobre el periodo 1800-1921.
- Ana Borodatova, del Instituto de Etnografía (Academia de Ciencias de la URSS, Moscú), etnohistoriadora (Siberia, Cáucaso, mundo maya). Prepara un diccionario ruso-maya.
- Antonio Escobar, joven investigador del CIESAS (México). Tesis en proceso sobre las Huastecas.
- Enrique Florescano, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, historiador. Su último libro es "*El nuevo pasado mexicano*", Cal y Arena 1991.
- Luis González, Colegio de Michoacán, historiador. Su "*El oficio de historiar*" sigue siendo un bestseller. Sobre nuestro tema ha publicado, entre otros, "*Once ensayos de tema insurgente*" Colegio de Michoacán 1985).
- Carlos Herrejón, Colegio de Michoacán, historiador, autor de "*Morelos*" (3 vols. 1984-1987, Colegio de Michoacán).
- Andrés Lira, Colegio de Michoacán, historiador, autor de "*Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*" (Colegio de Michoacán, Colegio de México 1983).
- Jean Meyer, CEMCA, historiador. Autor de "*A la voz del rey*" sobre el pseudorey Mariano (1801, Nueva España). Cal y Arena 1989.
- Scarlett O'Phelan, profesor visitante en la Universidad Duke (EEUU), historiadora peruana, autora de "*Rebellions and revolts in the 18th century Peru and upper Peru*" 1985, Colonia.
- Jean Piel, Université de París VII, historiador. Autor de "*Capitalisme agraire au Pérou*" (París 1975-1983) y de "*Sajcabaja: muerte y resurrecciôn de un pueblo de Guatemala*" (CEMCA 1989).
- Serguei Serov, Instituto de Etnografía, Academia de Ciencias, Moscú. Etnohistoriador de los Andes y de Siberia. Ha trabajado sobre una comparación entre las revueltas de Pugachov y Túpac Amaru.

***

10 Una de las mayores dificultades de toda comparación es la comparabilidad de los fenómenos estudiados, todos sabemos desde la escuela primaria, que por desgracia tres peras y cuatro manzanas no dan siete. Siempre se corre el peligro de comparar peras con manzanas o de pedirle peras al olmo. Conscientes de esto, los participantes evitaron

eliminar los rasgos especificos que singularizan cada uno de los tres movimientos, puesto que comparar no es homogeneizar sino encontrar tanto las convergencias como las divergencias. Los organizadores, después de ponderar analíticamente los elementos del tema habían concluido desde el principio que el proyecto no era absurdo ("No es historia es astrología!" contestó, negándose a participar, un especialista en Pugachóv, historiador "soviético" de estricta obediencia). Retomando este asunto a la hora de la conclusión, se descartó toda construcción de un modelo capaz de elucidar la multitud de preguntas esenciales y secundarias que despierta un tema tan complejo: la naturaleza de esas rebeliones masívas, enormes y relativamente breves, su coincidencia en el tiempo "en la periferia de una Europa en expansión" (Immanuel Wallerstein), su caracterización como últimas rebeliones del "antiguo régimen" (retomando la polémica Boris Porchnev vs. Roland Mousnier sobre la Francia del siglo XVII) o como anuncio de las revoluciones modernas, movimientos étnicos o protonacionalistas, sus causas y consecuencias, sus formas de movilización y de organización, las relaciones entre clases, estamentos, cuerpos y otras solidaridades (clanes, etnias), imaginarios colectivos, etc..

1. Tiempo y espacio

11 No deja de llamar la atención la relativa concordancia cronológica (1770-1810) de estos movimientos que movilizan, a gran escala, efectivos comparables (cientos de miles porque se renuevan constantemente al desplazarse), sobre espacios comparables (700,000 km^2), según una cronología comparable: después de un tiempo de incubación (2-3 años), una deflagración instantânea, tan enorme como breve, que se mide en meses y no en años.

12 En el marco mundial esos tres movimientos corresponden a la lucha reactivada en Europa, entre Inglaterra y Francia, por la hegemonia mundial. Esa lucha obliga a los imperios patrimoniales a intentar su transformación rápida en Estados modernos (reformas borbónicas en el imperio español, de Pombal en el portugués, de Pedro y Catalina en el ruso, de José en el austriaco), lo que lleva a una presión fiscal y mercantil muy fuerte.

13 La reforma modernizadora aumenta el peso del Estado, vuelve odiosos a sus représentantes y resta legitimidad al sistema: en los tres mundos se sufre la pérdida de franquicias, los fueros son amenazados, la religion se vuelve conflictiva; en Rusia la persecución de los "viejos creyentes" (*raskolniki*) se endurece; en America la secularización de las parroquias indispone a las comunidades indígenas y se da un conflicto generalizado entre el clero y los funcionarios reaies.

14 En diferentes contextos geográficos, étnicos, culturales (religión, cultura, política), claro, pero en una situación común de fronteras agroextractivas en expansión, las estepas y Ural, el Alto Perú, el Bajío y el Occidente mexicano son el teatro de esos movimientos "énormes". Bien que el movimiento de Pugachóv es la cuarta y última ola de una larga serie (1606-1774), el de Túpac Amaru es único en la historia colonial de América Latina y el de Hidalgo, único en la historia de México.

15 Los tres ocurren en una hora de transición, cuando cambian tanto el Estado como la economía, la demografía y los valores tradicionales. Esas regiones que conocen el crecimiento poblacional y funcionan, en ciertos sectores, como zonas de refugio son étnica y socialmente heterogéneas, por lo cual hay que afirmar 1) que nos hace falta una etnografía y una geografia de movimientos que son plurales; 2) que bajo el nombre de

Pugachóv, de Túpac Amaru, de Hidalgo se da una serie de movimientos locales brevemente confederados. La historiografía nacionalista posterior, en el caso de Túpac Amaru y de Hidalgo, ha disimulado la base regional de los conflictos estructurales.

16 En estas crisis se está jugando algo de la modernidad que esta por venir: construcción del Estado, desmantelamiento de la sociedad "tradicional": abolición de la servidumbre en Rusia; desamortización y privatización de la tierra en el marco del proyecto igualitario liberal en las comunidades en América. Una modernidad que se hará esperar a lo largo de una "transición" que se prolonga hasta nuestros días, ya que el liberalismo, al completar el programa del despotismo ilustrado que hizo suyo, no pudo con la nueva idea de la soberanía popular. El problema de la incorporación de "las masas" al proyecto de Estado nacional compuesto de ciudadanos, revelado por los levantamientos de 1770-1810, sigue esperando una solución.

2. Sociedad

17 Se ha comparado la frontera militar de la Nueva España (Altos de Jalisco, Colotlán, Nayarit) a la frontera militar del imperio austriaco en los Balkanes, y el clan de los rancheros a la *zadruga*; se podría hacer la misma comparación con los cosacos que fueron la punta de lanza de la rebelión de Pugachóv. No se encuentra en Perú una tradición comparable de colonizaciôn militar espontánea y expansiva, acompañada de una cultura de orgullosa independencia; pero en los tres mundos encontramos la plurietnicidad y la presencia de "indígenas" o "naturales" (*inarótsi*): los pueblos tártaros del río Volga y las naciones de la estepa, entre las cuales la más notable es la *bashkir*; las diversas "naciones" indias del Alto Perú (la historiografia de las rebeliones de Túpac Amaru peca en este aspecto: no ha distinguido los diferentes pueblos que participan en el movimiento, ni tampoco cuales se oponen a él); las comunidades indígenas de la Nueva España, los indios "vagos" (en Rusia también son muchísimos los "vagos"), las famosas "cuadrillas de indios", nombradas pero no identificadas, los mestizos, los crioUos: otra vez, falta una etnografia de la rebelión.

18 En los tres casos existe una dimensión étnica: los "naturales", con todo y la guerra/ simbiosis permanente que es la norma en sus relaciones, se alían a los rebeldes cosacos que les prometen la libertad. Existe una contradicción ("borrar el nombre *ruso*") que no alcanzó a desarrollarse en este caso, pero que si funcionó de manera muy fuerte en el Perú y en la Nueva España:

19 En ambos casos, "los indios" (falta saber bien cuáles) dan una dimensión racial a la guerra que termina por espantar a los mestizos y a los criollos. La dimensión de "guerra de castas" es uno de los elementos que permiten entender la violencia desatada. Volveremos sobre este punto.

20 Coalición étnica (más en Rusia, menos en México, muchos menos en el Perú, contra la voluntad de su principal diligente que soñaba con federalizar razas y grupos), la rebelión es también coalición sociológica: participan ciudad y campo, sedentarios y vagos, campesinos y arrieros, obreros de las minas, de las fundidoras y de los obrajes (Ural, Alto Perú, Guanajuato). Las élites, inicialmente implicadas en Perú y Nueva España, se asustan pronto frente a la violencia y al saqueo sistemático. Las élites locales (cosacos, tártaros, bashkir, indios) se dividen en partidarios de la rebelión y "leales". Tal división tiene un papel decisivo en el fracaso de los tres movimientos. Simbólicamente, Pugachóv, Túpac Amaru e Hidalgo son traicionados y entregados por sus propios partidarios.

3. La marcha de los acontecimientos

21 Pugachóv se levanta el 17 de septiembre de 1773 y cae preso al año; Túpac Amaru dura 7 meses, del 4 de noviembre de 1780 al 18 de mayo de 1781; Hidalgo se levanta el 16 de septiembre de 1810 y muere fusilado en mayo de 1811. Los tres movimientos son breves, esperados —hay antecedentes inmediatos— e inesperados, por su forma y su desarrollo. Parece que funciona la metáfora de la chispa en el polvorín, como si "los pueblos" hubieran esperado ese momento, esa voz, para levantarse en masa; funciona la metáfora del incendio en el bosque seco. El levantamiento es general, es un paseo, una peregrinación, una marcha triunfal a lo largo de la cual se renueva constantemente la tropa, el tropel, la horda: hay un pequeño núcleo que acompaña al héroe, las masas lo reciben, se levantan, saquean y matan, lo acompañan un día y dos y luego regresan a su casa.

22 Para las autoridades la sorpresa es máxima; la velocidad de la propagación contribuye a la desbandada; a los 45 días de haber iniciado su levantamiento, Túpac Amaru marcha sobre Cuzco e Hidalgo sobre México. Las masas destruyen todo lo que simboliza la dominación, matan y saquean. Al episodio del sitio y de la matanza de Sangarará (Perú) corresponde el de la matanza de la Alhóndiga en Guanajuato; de Kazán a Chirni Yar, en 39 días, Pugachóv hace un recorrido triunfal de más de 1 000 kms en medio de la turbamulta siempre cambiante de 20,000 hombres de seis naciones.

23 Luego empiezan los desastres militares, cuando las hordas se dispersan bajo el fuego de pequeños ejércitos algo disciplinados. Kongur, Kazan, Salmikov; Cuzco; Aculco y Calderón. Una, dos veces el héroe levanta un nuevo ejército pero la tercera es la vencida, viene la huida, la traición final, el proceso que el Estado quiere ejemplar —es un asunto de propaganda— y la muerte ignominiosa. Pugachóv se arrepiente públicamente, escapa de ser descuartizado vivo porque el verdugo le corta la cabeza; Túpac Amaru, atrozmente atormentado, no se arrepiente nunca y muere descuartizado vivo entre cuatro caballos. Su esposa, su hijo y otros parientes son también ejecutados. Hidalgo, confeso y arrepentido, muere fusilado. Treinta años han pasado, la represión elimina el aparato tradicional del tormento y de la mutilación. La muerte se militariza.

24 Tal es la secuencia de las tres sacudidas imperiales, de Perm hasta el mar Caspio, de Kazan hasta la Siberia occidental; de Lima a Nueva Granada y Charcas; y toda la Nueva España.

4. Dirección y programas

25 El cosaco Emiliano Pugachóv sale de la masa. Túpac Amaru pertenece a cierta élite; si hace remontar su genealogía al último inca, es mestizo por la sangre e hispanizado por la cultura; hombre acomodado y cultivado, está muy ligado a la Iglesia y a la élite criolla. En cuanto al cura Miguel Hidalgo, miembro de una familia criolla venida a menos, ha tenido una carrera eclesiástica brillante y pertenece de hecho a la élite provinciana; amigo tanto del obispo como del intendente, es un excelente représentante de lo que podemos llamar la versión cristiana de las Luces.

26 En el caso ruso, las élites tradicionales cosacas e indígenas se dividen; entre los cosacos la mayoría de los cuadros no participan en la rebelión. Vale la pena notar, por lo contrario, la alta participación del clero: 217 sacerdotes oficialmente implicados.

27 En el caso peruano el movimiento encontró eco favorable entre cierto número de sacerdotes, pero aunque se puede pensar seriamente que Túpac Amaru en un principio estaba implicado en una conspiración clâsica en que participaba la oligarquía criolla, incluida la eclesiástica, rápidamente pierde el apoyo de las élites criollas, espantadas por el aspecto étnico de la rebelión.

28 El mismo fenómeno se da en la Nueva España en 1810, con una muy fuerte y decisiva participación del clero en la rebelión y una retirada de la élite criolla horrorizada por la solución "catilinaria" abrazada por el cura Hidalgo.

29 Pugachóv, aunque haya redactado algunos párrafos de sus proclamas en este sentido, no pudo nunca soñar con atraer a los propietarios (*pomieshchiki*); Túpac Amaru no dejó nunca de buscar a sus antiguos amigos y esa esperanza puede explicar su moderación programática (en comparación con la segunda insurrección, a la cual podemos calificar de Aymara) y también puede explicar su tardanza, su casí negativa a marchar sobre Cuzco: muy probablemente quiso evitar una matanza semejante a la que se dio en Sangarará o a la posterior de Oruro.

30 Podemos encontrar la misma explicación para la decisión que tomó Hidalgo, militarmente inexplicable, de ordenar la retirada cuando sus tropas estaban a las puertas de México. En ambos casos el levantamiento resultó muy diferente del golpe que habían soñado Túpac Amaru e Hidalgo: un golpe "seco", político, con los criollos. Se quedaron solos con las masas que habian despertado y "seducido". Como escribió Nicolás Berdiaev, el caudillo de la muchedumbre está en la misma condición de servidumbre que aquélla muchedumbre. Llega un momento en que el caudillo ya no manda, sino se deja llevar (y eso vale también para Pugachóv) por la "espontaneidad" inmanente de las masas, tan temida en el siglo XIX por los decembristas rusos, por los liberales en general, y tan criticada en el siglo XX por los bolcheviques y los fascistas, que no la temen sino quieren domarla para usarla en su beneficio.

31 Por la misma razón los jefes no pueden inventar formas de organización sino actuar dentro del molde tradicional. Las estructuras sociopolíticas cosacas, bashkir, indígenas, las del pueblo, de la comunidad, de la mina, de la hacienda se movilizan al servicio del levantamiento; simbólicamente Pugachóv, proclamado monarca, da títulos aristocráticos a sus ayudantes, y su Colegio militar (la junta suprema) imita el de la zarina Catalina. De la misma manera Túpac Amaru utiliza lo que existe e invoca el pasado. Tanto los programas como la organización apuntan hacia la *restauración* de un pasado concebido como edad de oro. En el caso de Hidalgo, la novedad esta representada por la militarización de los nombramientos (reflejada en los uniformes): el modelo consciente o no es el imperio militar de Napoleón. Hidalgo recibe trato de Alteza Serenisima y a su sobrino Gallaga le dicen el Príncipe. Esto nos lleva al problema del "monarquismo ingenuo" de los tres movimientos.

5. La figura del rey

32 El grupo de cosacos que rodea a Pugachov decide proclamar que Emiliano es el zar asesinado, milagrosamente rescatado, Pedro III. Se trata de una comedia que tiene un gran éxito, en la larga tradición rusa de pretendientes (*samazvániets*) impostores y "falsos Demetrios". Túpac Amaru invoca la genealogia (es el último descendiente del último rey inca) y algunos de sus partidarios lo proclaman monarca como José I. Él personalmente

afirma que tiene comisión del rey y actúa a nombre de un rey traicionado por sus malos servidores.

33 Hidalgo se levanta en nombre del rey Fernando VII, joven principe preso de los anticristos franceses; corre el rumor de que lo sigue una carroza negra, sellada, en la cual viaja el rey; también de que lo acompaña un misterioso personaje con máscara de plata (o de oro):[1] el Rey. El grito de guerra mexicano es "¡Viva Fernando! ¡Mueran los gachupines!"

34 En los tres casos funciona eldicho popular "A la voz del rey, nadie se resiste". En la Europa sacudida por el terremoto revolucionario aparecen, entre 1793 y 1830, muchos "príncipes encubiertos" o enmascarados: Luis XVI, Luis XVII, en Francia, Fernando el Deseado y Don Carlos en España, Federico Barbarossa en Alemania, Napoleón después de 1815. El asunto es demasiado importante para ser despreciado. Zar o rey, el monarca seguía siendo, en la visión popular, el amo supremo, la majestad. Cuando en 1801, los indios de la región de Tepic (México) se movilizan para asístir el dia de Reyes a la entrada de un rey inexistente, que nunca vino (Mariano, el de la máscara de oro), protestan de su lealtad: "No tenemos más Rey que El que está en el cielo y nuestro soberano el rey de España" En esa visión, el monarca, encima de todas las autoridades, quiere el bien de sus pueblos, aunque sus virreyes y corregidores corruptos y malvados se lo impidiesen a veces.

35 En tiempos demasiado duros repetían el proverbio ruso (o sus equivalentes europeos y americanos): "Dios está demasiado en las alturas y el zar demasiado lejos" para oír las quejas del pueblo cristiano. Seguían creyendo en "ambas majestades". Por eso a la hora de la rebelión (que no es rebelión contra el monarca: los rebeldes protestan su lealtad, se proclaman "leales vasallos), se inventan monarcas o líderes que actúan "a la voz del rey", y que se comportan como el verdadero monarca: proclamando bandos libertadores, castigando corregidores y *pomieshchikí*, repartiendo el botín ("Tomad hijitos, es suyo" dice Hidalgo, aventando pesos de oro desde el balcón). Su aparición llena las imaginaciones de historias maravillosas y de esperanza. Ese "monarquismo ingenuo" parece. haber sido un "opio del pueblo" mucho más poderoso que la religión cristiana. El papel del monarca en el imaginario popular, lejos de ser anecdótico, era primordial como simbolo de identificación colectiva. Se trata de un capítulo en la historia de las concepciones populares de la política, de las representaciones del poder, de las mitologías políticas; el rey escondido, asesinado, encarcelado, es una víctima, como su pueblo; el pueblo quiere un rey, el principe pertenece a cada uno de sus sujetos; mañana, quizá, el pretendiente contestará a las esperanzas del pueblo bajo la forma del "rey secreto", del "rey que no se descubre". Así como los britones esperaban al rey Arturo, los pobres cruzados al rey Tafur, los germanos a Carlomagno, dormido en Aquisgrán, o a Barbarossa, los portugueses y brasíleños a Sebastián, las masas que siguieron a Pugachóv, Túpac Amaru e Hidalgo quisieron tener *su* Rey.

36 En 1801, cuando en Tepic ocurrió el movimiento del rey Mariano, Máscara de Oro, un español atestiguó: "oí decir entre el común de los indios que iban a recibir al rey tlaxcalteca que iba a coronarse de orden del Rey nuestro Senor, y había orden de dicho Rey de España para que los gachupines pasasen a España." Según otra mujer, que nos remite a un imaginario colectivo hispanoamericano, se trataba del "rey indio que por fin había encontrado su camino después de extraviarse tanto tiempo en el camino de Belén a donde habia ido a adorar a Nuestro Señor Jesús Cristo con los otros dos (reyes)".

37 Queda demostrado que esas fantasías pudieron actuar como mitos sociales dinámicos, dando unidad, energía y dirección momentánea a las masas. Su aparición a la hora de la

crisis manifiesta que el sistema existente ha perdido su legitimidad, por lo cual su subversión se emprende en nombre de la única legitimidad concebida por el "derecho popular": la figura del príncipe.

6. Apocalipsis

38 La esperanza se ve realizada, un breve tiempo, en la marcha triunfal detrás del monarca de que se apropió la masa y desemboca enseguida en la matanza feroz, el incendio, el saqueo; "acabar con el nombre ruso", dicen los *bashkir*, "a coger gachupines" dice Hidalgo. Empieza la matanza de todos los señores, nobles, ricos. Según documentos oficiales han sido víctimas de Pugachóv y de sus lugartenientes 1572 nobles, 237 clérigos, y 1 077 más no nobles. En el distrito de Kazán la matanza siguió un esquema menos clasísta: de las 595 víctimas, 543 son soldados, artesanos, comerciantes, campesinos y tártaros. Túpac Amaru empieza simbólicamente por colgar al corregidor Arriaga y la matanza de Sangarará acaba con toda posibilidad de participación criolla en el movimiento.

39 En ferocidad, Hidalgo no se queda atrás; a la hora de su proceso asume la responsabilidad de los asesinatos sistemáticos practicados en Valladolid y Guadalajara, afirma la inocencia de las víctimas y explica su conducta por las exigencias de los indios y por haberse encontrado poseido del "frenesi revolucionario".

40 Es necesario reflexionar sobre la naturaleza de esa violencia que aisló a los levantados y contribuyó al fracaso de su movimiento. Explicarla por las dimensiones milenaristas o mesiánicas no es suficiente, no rebasa el calificativo. La improvisación del movimiento, el vacío de legitimidad de los propios rebeldes, el sentimiento de la necesidad de crear lo irreparable —quemar las naves— pueden ser motivos entre los dirigentes; para las masas habría que invocar su nivel cultural y el de los cuadros (de hechos faltan cuadros que hay que improvisar), y la naturaleza de un levantamiento inesperado que funciona como *social vomiting* y desahogo inmediato sin más cálculos: saquear haciendas y caserones, quemar obrajes, destruir fábricas significa saldar cuentas; permitir el saqueo, invitar al saqueo es de buena guerra para conquistar partidarios y por lo mismo se pagará, en los tres casos, una buena soldada a la tropa; pero a la hora del degüello y de la barbarie con que se perpetra, la masa rebasa las intenciones de sus dirigentes y aniquila toda posibilidad de compromiso. Por lo mismo vendrá después una represión tremenda en los tres casos.

41 Citaré al ruso Friedrich Gorenstein[2] a propósito del sentido de las rebeliones rusas que sestea siempre en el pueblo ruso: "despierta de repente, cruel y alegre, monstruo de cuento de hadas, feliz y olvidado, sale de las aguas y se precipita sobre nuestras playas en que, aparentemente, imperaba el orden indolente y sólido de nuestra cotidianeidad. En un instante el aire se llena del olor excitante, embriagante de la sangre y ordinarios mecánicos se transforman en criminales frenéticos, partidarios de Pugachóv que ni se perdonan a sí mismos, ni perdonan a los demás. Tal cual río tumultuoso contenido por la presa del Estado, la naturaleza eslava de las estepas que, por su secular esclavitud, ha levantado la majestuosa mole del Estado, se precipita tan pronto como adivina la menor falla, y se desata, ya que tiene sed de vivir, aunque sea un solo instante, una vida embriagante e implacable. Ninguna vida popular es posible sin la noción de Estado, es el precio exorbitante que debe pagar el pueblo por su grandeza y quizá por su existencia misma. Pero nada es más pesado que las limitaciones y el yugo necesarios para una nación joven como la rusa, formada de pueblos mitad europeos, mitad asiáticos, aún ingenuos e

inmaduros (...) Por eso el levantamiento ruso ha sido siempre imprevisible y peligroso para las autoridades, aun cuando ellas parecían presentirlo y esperarlo."

42 Quiten los calificativos nacionales y ese texto toma una dimensión mayor al aplicarse al Perú y la nueva España. Gorenstein dice que no hay explicación más concreta a "un acto tan indigente y primario como la matanza" que "la matanza como placer con humillación profunda de la víctima (...) crimen perpetrado sobre la persona de quien, según ellos, había tenido más éxito en la vida. Tal crimen era definitivamente imposible, sin la humillación alegre de la víctima antes tan poderosa".

43 La atrocidad no es, de ninguna manera, anecdótica.

7. Consecuencias

44 "¡Dios nos libre de vivir un alegre y sangriento motín ruso!" (*krovavai bunt*) "¡Cuidado en no despertar al México bronco!" La sabiduría de las naciones ha de tener un proverbio semejante en los Andes. Los rusos habian del "tiempo maldito de Pugachóv" (*Pugachovshchina*) como habian del "tiempo maldito de los Tártaros" (*Tatarchchina*) o de Stalin. No lo consideran como un episodio glorioso de su historia. Los casos de Túpac Amaru y de Hidalgo son diferentes, a largo plazo, porque fueron incluidos en el mito historiográfico de la integración nacional; sin embargo, a corto y medio plazo funcionó el mismo horror, la misma memoria del espanto, a favor del orden establecido.

45 Así como después de la rebelión de Pugachóv los cosacos se transformaron de fermento libertario en pilar del orden zarista, la notable lealtad del Perú y de México a Madrid entre 1810 y 1821-1825 no se entiende sin tomar en cuenta el "efecto" Túpac Amaru o Hidalgo. Todos los factures favorables a un compromiso del lado de los insurgentes (crisis económica, decadencia de Lima, antagonismo entre gachupines y criollos, etc..) no pesaron tanto como el fantasma catilinario. Hasta el alto Perú manifestó una notable fidelidad y terminó como baluarte realista.

46 Como escribe Brian Hamnett, "el hecho de que haya sido así, después de tan larga y enconada rivalidad entre criollos y peninsulares, pone en duda la idea de que haya sido el resentimiento de los criollos lo que produjo el desarrollo de un sentimiento favorable a la independencia total. La fidelidad a la monarquia española tardó mucho tiempo en morir; fue desapareciendo lentamente mientras el liberalismo daba en condiciones desfavorables su dificil batalla."[3]

47 A los siglos XIX y XX les quedaría la tarea de resolver el difícil problema de integrar a las masas, en una sociedad no corporativa, no estamental; y a los revolucionarios la de escoger entre la revolución desde arriba, para el pueblo pero sin el pueblo, sobre el modelo decembrista con el fantasma de Pugachov a la vista, o la revolución con las masas y sobre sus espaldas. A los bolcheviques les tocaría sacar la lección de 1905 para utilizar las masas desatadas en 1917 y, una vez conquistado el poder, meterlas en la jaula de hierro prevista por Max Weber.

NOTAS

1. Torquemada apunta (*Monarquía Indiana*, 1976, III, 112) que "Huichilobos tenía una máscara de oro para denotar que la divinidad es cubicrta y no se manifiesta sino debajo de una máscara."
2. *La place.* París 1991 (escrito en 1972-76) págs. 632 y 656.
3. Brian Hamnett *Revolución y contrarrevolución en Mexico y el Perú*. Mexico, 1978, pág. 18.

ÍNDICE

Mots-clés: rébellion, luttes, panandinisme, révolution, Inca, Cosaques

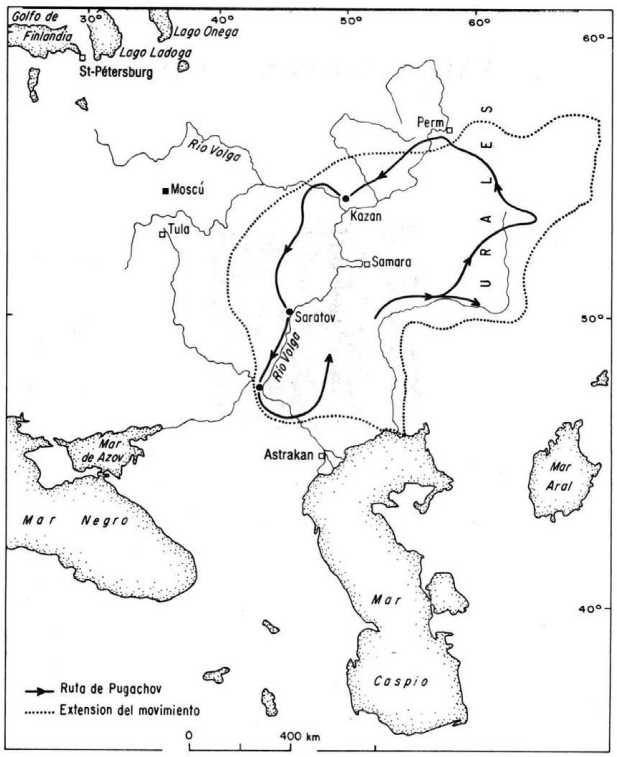
AUTOR

JEAN MEYER
(CEMCA)

I. Emiliano Pugachóv

El campesino ruso en el siglo siglo XVIII

Pierre Pascal



1 La gran idea política de Pedro el Grande fue convertir a Rusia en un Estado tipo europeo. Para ello sólo contaba con cierta élite, ya existente o por formarse, que proporcionaba los cuadros del ejército y los miembros del Personal dirigente y administrativo. Los demás, es decir ante todo la población rural, no tenian más que una razón de ser: mantener a esa élite y servir como material humano.

2 De aquí surge una división entre esos dos mundos. Desde el principio, Pedro impone a su élite el aspecto europeo: traje, maneras, lenguaje, calendario, ciencias y literatura, etc.

Los campesinos quedan excluídos: siguen con su barba y cabellos largos, continuan festejando el año nuevo el día de San Simón, el primero de septiembre, cuentan los años desde la creacíon del mundo, copian los manuscritos antiguos en escritura semi-uncial, cantan sus viejas canciones y componen las nuevas a partir de los antiguos modelos.

3 Siguen fieles, en su mayoría, a la fé anterior a Nicono, hoy perseguida, en tanto que la élite ha adoptado un cristianismo flexible y mundano, que pronto va a ventilarse al entrar en contacto con las luces de occidente. Hasta la religión se ha dividido. La gente del pueblo está consciente de que ya no hay nada común entre ellos y los de la clase superior: éstos, por su parte, sólo sienten desprecio por aquéllos. Son dos sentimientos que no existían cuando las costumbres de los Mujiks y los Boyardos eran más o menos idénticas, cuando había una civilización nacional. Ahora sólo la alta sociedad se considera culta; la vida del "pueblo" es absolutamente ignorada; pasará un siglo y medio antes de que un viajero extranjero como el barón Haxthausen y los etnógrafos la vuelvan a descubrir poco a poco, detalladamente, antes de que obras notables, leídas y copiadas por generaciones de campesinos letrados, merezcan el honor de ser impresas. Debido a esto, la civilización de los civilizados seguirá siendo durante mucho tiempo un barniz extranjero, superficial, y la civilización de los campesinos, en vez de progresar, quedará paralizada, improductiva.

4 A las clases inferiores se les exige que proporcionen soldados para las constantes guerras: de 1700 a 1709, fueron reclutados 200,000, de los cuales sólo 100,000 regresaron a sus hogares (todavía en 1715, los campesinos tuvieron que mandar, debidamente equipado y armado, a un hombre por cada 75 familias). Se les piden obreros para hacer canales, para construir una capital en los pantanos del Neva donde decenas de miles de campesinos perderán la vida. Se les exige que proporcionen la mano de obra para la industria que Pedro quiere crear.

5 Sólo quedaron dos grandes divisiones en la masa rural: campesinos del Estado, los antiguos campesinos "negros", y siervos de diversas denominaciones. Los esclavos habían desaparecido, aunque la esclavitud, respecto al señor, era la condicíon de casi la mitad de los campesinos, llamados siervos. Lo cierto es que la servidumbre no era más que el resultado de una evolución que había comenzado hacía mucho tiempo, desde el código de 1649. Al igual que el Zar Alexis en 1649, Pedro no quiso la servidumbre con todos sus horrores —inclusive, un día invitó al Senado a "poner fin a la venta de individuos al menudeo, que no existe en ningún país": !que no se vendan los siervos más que por familias enteras! —pero en cambio buscó la omnipotencia del Estado y su instrumento: la nobleza. Lógicamente todos los demás, es decir el pueblo, eran solamente un despreciable objeto de explotación para el Estado y la nobleza. Ese reinado les pareció a los campesinos una pesadilla tal —por su ruptura violenta con las tradiciones nacionales y religiosas, por sus brutalidades inútiles, sus absurdas invenciones y su caos— que muchos tomaron seriamente al Reformador por el Anticristo y para escapar de él, se quemaron vivos por millares en los bosques del norte.

El siglo de la Ilustración

6 Durante el siglo XVIII la servidumbre sigue extendiéndose y se agrava hasta llegar a su apogeo bajo el reino de Catalina la Grande. Dos tercios de los campesinos son siervos que pertenecen a los nobles. Contra la opresión y la miseria, el campesino recurre a su arma de siempre que arruina al Estado y a los propietarios: la huída.

7 Después de 1762 los siervos no se dieron cuenta, de ninguna manera, que el trono estaba ocupado por una admiradora de los filósofos occidentales. Cualesquiera que hayan sido las intenciones y las palabras de Catalina II, uno de sus primeros actos consiste en recordarles a los siervos su deber de obediencia. A partir de 1765, pueden ser enviados a los trabajos forza dos según el capricho del propietario. En 1767, se les prohíbe dirigir petición alguna en contra de sus amos, bajo pena de azotes y de trabajos forzados a perpetuidad; ya ni siquiera tienen derecho a quejarse.

8 En cuanto a los campesinos de los monasterios, que ahora casi llegan al millón, por la secularización de los bienes eclesiásticos, se convierten en campesinos del "Colegio de la Economía". Conservan las tierras que ocupaban anteriormente y pagan, además del impuesto personal, un censo de un rublo y medio por cabeza que sustituye a los otros censos y demás faenas. Pero tal mejora de su fortuna generalmente no dura mucho, ya que los bienes secularizados son generosamente distribuidos enseguida a la nobleza.

9 Cuando Catalina convoca a una comisión para redactar un proyecto de código, llama a los campesinos del Estado, los del Colegio de la Economía y de las fábricas para que designen delegados. Pero mientras que los diputados de los nobles y de los citadinos son electos libremente mediante sufragio directo, los suyos lo son en tercer grado, y bajo la vigilancia de las autoridades, a razón de uno por provincia. Se producen desórdenes entre los siervos privados de representacíon. Hubo 79 diputados y 1,066 libros de reclamaciones de campesinos. Todos exigen la reducción de las cargas fiscales; los campesinos del Estado desean la simplificación del proceso judicial, el aumento de las parcelas, la autorización para arrendar al Estado las tierras de cultivo, el derecho a practicar el comercio en ferias y mercados, a lo que se oponen los nobles y los comerciantes.

10 No obstante, ha quedado planteado el problema de los siervos, tanto por su oposición a resignarse a su suerte como por las ideas de la época. Un diputado atribuye las evasiones a la crueldad y a las exigencias excesivas de los señores, y exige que sean limitados sus poderes. En contrapartida, la mayoría de los nobles critican los vicios de los campesinos: borracheras, pereza, vagabundo. Son pocos quienes reconocen los abusos de los propietarios, pero son los mismos que se oponen a considerar la abolición de la servidumbre fundamento de la monarquía: ¡la palabra libertad bastaría para provocar una revuelta general!

11 Efectivamente, la actitud de los siervos inspira cada vez más inquietudes: los asesinatos de nobles por sus campesinos son cosa de todos los días. Durante la guerra contra Turquía, en 1770, los generales rusos no pueden explotar sus éxitos porque temen dejar al interior sin guarniciones. En 1771, la emperatriz considera que es necesario otorgar una satisfacción a los descontentos: prohibe enajenar a los campesinos sin la tierra. Pero a falta de sanción, la prohibición se convierte en letra muerta.

12 Finalmente, en 1773, el cosaco Pugachóv provoca el incendio que ya se preparaba. Se hace pasar por Pedro III, salvado de la muerte, que ha regresado para liberar a su pueblo —como ya lo había hecho con los viejos creyentes—, y rumbo al Volga se lleva con él a los cosacos del Yaík, a los del Don —que ya se habían rebelado y que habían sido duramente sometidos un año antes— a los nativos kirguizos y bashkires así como a los campesinos de las fábricas de los Urales. Apenas ha tomado Kazan cuando se rebelan los esclavos de los alrededores, hasta NijniNovgorod. Han vuelto los tiempos de Stenka Razin y se liberan los odios. Los manifiestos del nuevo zar prometen tierra y libertad. Se incendian casas, se degüella y ahorca a los propietarios, se reparten riquezas: ganado, ropa y provisiones

acumuladas. A menudo los curas marchan con los campesinos. La insurrección incluye a toda la región de Penza, Saratov, Simbirsk y sacude violentamente a todo el Imperio. En Moscú el pueblo espéra a Pugachóv. Pero el lider lo defrauda y se retira precipitadamente rumbo al Don. El movimiento es sofocado por los ejércitos de Catalina. Durante mucho tiempo, unos con terror, otros con esperanza, siervos y señores recordarán a Pugachóv.

13 Naturalmente, dicha insurrección fracasada no acarreó ningún alivio a los esclavos. Ya que los trabajos del campo habían sido abandonados durante todo un año, y las provisiones habían sido saqueadas, se produjo una extraordinaria carestía en las provincias de Kazán, Oremburgo, Voronezh y NizhniNovgorod. Era tal la miseria que ni siquiera pudo cobrarse el impuesto. Catalina invitó a los señores a que "moderaran sus rigores". Pero no por ello dejó de confirmar todos los privilegios de la nobleza, en tanto que la carta del campesino quedaba como un simple proyecto. Ella misma seguía distribuyendo "almas" a sus favoritos. Así, bajo su reinado, 800,000 campesinos pasaron de la libertad a la esclavitud.

Pugachóv o las peculiaridades del Motín ruso

Ana Borodatova

1 Note portant sur l'auteur*

2 La historia de la guerra campesina más grande en Rusia a fines del siglo XVIII y la imagen de su líder, cosaco Emiliano Pugachóv, más de 200 años después atrae la atención. El tema del motín popular sangriento siempre fue muy importante para la cultura rusa. Todas las personalidades de la literatura y del pensamiento social han tenido gran interés hacia él. Mientras que para la gente simple Pugachóv existía como un hecho de la historia, un personaje de la leyenda, en la cual le atribuían los rasgos del héroe del cuento mágico, defensor y vengador y su nombre simbolizaba las ideas de la resistencia a la autoridad injusta y también de la libertad abstracta, para la intelectualidad de Rusia la *Pugachovshina*,[1] además, presentaba un nudo de los problemas dolorosos que no tenían solución única.

3 En mi ponencia intento revelar algunas peculiaridades de la rebelión rusa, y demostrar de que manera se concebían y se realizaban las rebeliones del pueblo por sus ideólogos y sus realizadores. La guerra campesina de los años 1773-1775 —la insurgencia "de abajo", y la rebelión de los decembristasaristócratas de 1825, con sus intenciones de reformar el país "de arriba"— fueron escogidas como los ejemplos más claros, ya que estos movimientos de la manera más pura presentan dos modelos polares de la realización del motín popular. Para no recargar el texto con númerosas citas de literatura y fuentes amplias, la lista de los trabajos más importantes, sobre los cuales se basa el autor en está, más meditación que investigación, se expone a continuación al final del artículo.

I. El mundo de la frontera

4 Todas las guerras campesinas en la historia de Rusia empezaban en la periferia del país, entre los cosacos. Estos aparecieron en las estepas del sur y del este del país después de haber desplazado a los tártaros y otros pueblos nómadas. Siendo conquistadores y

colonistas armados, los cosacos en su gran mayoría procedían de los campesinos fugitivos que huían del yugo señorial hacia las fronteras del país.

5 En las orillas de los ríos Dniepr, Don, Volga, más tarde Kubán y Yaík, por los cuales pasaba la frontera del país en los siglos XVI-XVIII, los cosacos fundaban sus *stanitsas* (poblados fortificados) que servían de fortalezas y de puestos avanzados del estado, conteniendo el empuje de las tribus nómadas en las fronteras de Rusia. Con las fuerzas de los cosacos se efectuaba también la conquista de nuevos territoríos. Además realizaban las expediciones contra Criméa y Turquía, saqueando los buques persas, las caravanas de los comerciantes asiáticos, los pueblos litorales del mar Caspio. No pocas veces atacaron a los boyardos.[2] En resumen, eran verdaderos guerrilleros defensores y bandoleros a la vez. Tanto la estructura militar como la vida cotidiana de los cosacos obedecian en gran medida a las leyes de la comunidad patriarcal campesina. Las stanitzas las encabezan atamanes (jefes) elegidos por mayoría de votos.

6 En el siglo XVI Ivan el Terrible aprobó las libertades de los cosacos. Los libró de los tributos e impuestos, obligándolos guardar las fronteras, las rutas comerciales asiáticas y en caso de necesidad enviar destácamentos armados de caballería. Desde aquel momento los cosacos empiezan a utilizarse como fuerza principal de castigo para reprimir a los pueblos rebeldes ya conquistados. En el siglo XVII el zar Alexei Mijailovich mercedó a los cosacos del río Yaík (actualmente Ural). Más tarde, Pedro I les permitió no sólo defender las fronteras sino también labrar la tierra que poseían. El zar incorporó a fuerza a los cosacos al sistema estatal lo que causó cantidad de motínes, ahogados cruelmente. Cabe destácar que durante los motínes que acompañaban cada tentativa de quitarles la *volia*[3] a los cosacos, salía al primer piano el origen de la palabra turca "cosaco" que significaba "hombre libre, independiente" (así los percibían los pueblos turcos cuando ellos aparecieron por primera vez en las estepas), relegando el significado "jornalero agrícola", "bracero", adquirido más tarde en las lenguas eslavas.

7 Así, los cosacos, siendo guardías y rebeldes simultáneamente reencarnaban dos nociones inséparables, "frontera" y "estado", y por eso se percibian como "fundadores de Rusia" (está idea de L. Tolstoi fue expresada más de una vez antes y después de él), como la quintesencia y encarnación del espíritu del pueblo ruso. En el siglo XIX y en los albores del siglo XX los cosacos tradicionalmente se asociaban con la idea de la libertad, hermandad y un patríotismo guerrero especial.

8 La frontera se asociaba con la *volia* no solo por situarse aquí las tierras baldías donde los campesinos siervos podían realizar su sueño de ser libres en la tierra libre, sino también por abrir la puerta a un nuevo mundo (aunque muy peligroso, desconocido - "ajeno": por ejemplo el Cáucaso allende el río Térek, poblado por los serraños guerreros se consideraba simbólicamente y en realidad como un "mundo de la muerte"); en el siglo XIX al soldadosiervo que regresaba vivo del cautiverío de aquel mundo se le regalaba la libertad: visitó "el otro mundo" (o sea, inframundo)). Por eso los cosacos presentaban el grupo más móvil de la población. Los grandes líderes de las guerras campesinas Rázin, Bolótnikov y Pugachóv más de una vez atravesaron la frontera y realizaron las expediciones a las tierras lejanas foraneas.

9 Los cosacos poblaban un mundo especial denominado "la frontera" siendo una capa semimilitar donde coincidían los rasgos tanto del cosmos —el mundo de la civilización y del orden que tenían que defender como del caos— mundo bárbaro de "salvajes" - *inarótsi* ("otra gente, gente de otro género", está palabra rusa se utilizaba para nombrar a todos

los pueblos no eslavos dentro del imperío ruso) y al cual los cosacos enfrentaban y retenían. Sin embargo, con este segundo mundo estában vinculados por su caracter, por su amor a la libertad y a la desobediencia, por todo lo común que tenían en la economía y en la cultura y también, en cierta parte, genéticamente.

10 La propia leyenda del origen de los cosacos de Yaík habla de que procedían de la unión de un atamán cosaco y una tártara y que llevaban en la sangre estos ambos principios. Para el "centro" todo esto convertía a los cosacos "periféricos" en los portadores del peligro y del caos que se atribuían a los pueblos ajenos.

11 El ambiente de los *inarótsi*, el mundo de caos que estaba dentro de los límites del estado presentaba por sí mismo una capa social muy heterogénea. Incluía más de 9 pueblos grandes: nómadas y seminómadas así como los agricultores sedentaríos, hablaba en las lenguas turcas (tártaros, bashkiríos, kazajos, chuva), ugriofinésas (mari, udmurtos, moksha, erza), mongólicas (calmucos), profesaba el islám y diversos cultos págaños, y también había muchos cristianizados. Ciertos grupos de bashkiríos, calmucos, tártaros como los propios cosacos servían en la frontera y entraban en la clase de cosacos, no raras veces vivían en los barríos especiales de las stanitsas y se casaban con las cosacas.

12 De esta manera, "la frontera" no era solo un fenómeno geográfico sino más bien históricocultural y étnico. No representaba una franja estrecha y además no era rigida - se movía de acuerdo con las acciones militares del estado ruso y por eso incluía un territorío inmenso. Las regiones fronterizas representaban un foco de conflictos sociales y étnicos y rebeliones antiestatales continuos.

13 Para hacer más sólida su posición en las regiones fronterizas del estado y en los territoríos de los tributaríos, las autoridades alimentaban en gran medida las discrepancias tradicionales entre los pueblos aborígenes de la frontera. Además sucedían recíprocas incursiones de rapiña llamadas *barimtá* entre los cosacos y los nómadas de la estepa. El crecimiento de los tributos e impuestos, la servidumbre y la opresión, las guerras devastadoras en las fronteras occidentales y con Turquia, cosechas malas, hambre y epidemias arruinaban a los campesinos y a la gente baja de las ciudades y los hacía huir a las estepas libres, donde los atrapaba el mismo orden. Así, en los márgenes del estado se acumulaba una fuerza rebelde: campesinos fugitivos, cosacos rebeldes, *inarótsi*, dispuestos a levantarse a cualquier momento oportuno, *raskolniki* (représentantes de las sectas opuestás a la iglesia ortodoxa) y también a partir de los mediados del siglo XVIII, polacos amotinados desterrados.

14 Todas las guerras campesinas empezaban desde las fronteras. Los cosacos siempre eran sus organizadores y promotores. En todas las guerras participaban los *inarótsi*. Los objetivos principales eran: la tierra, la libertad y el "zar bueno". La primera guerra campesina se desencadenó en el "Tiempo de la Confusión", en los años 1606-1615. La encabezó un antiguo siervo fugado al río Don, Iván Bolótnikov que encaminó sus tropas a Moscú para derrocar a los boyardos. La legislación que avasallaba aun más a los campesinos, adoptada durante el reinado del zar Alexei Mijailovich fue la causa más importante de la segunda guerra campesina, encabezada por Stepán Rázin, cosaco del Don, (1666-1669). La tercera guerra tuvo lugar en los años 1707-1710 durante el gobierno reformista del zar Pedro El Grande. Fue la respuestá de los cosacos del Don a la tentativa de privarlos de sus libertades y fortalecer la servidumbre.

15 La guerra más grande y cruenta estalló en los años 1773-1775 en la época del triunfo del absolutismo y la servidumbre cuando reinaba Catalina II. La guerra empezó después de

haberles quitado las libertades a los cosacos del Yaík. A los cosacos los apoyaron los campesinos. Los motivos sociales se mezclaron con los nacionales - los *inarótsi* se levantaron por su libertad. La unión de dos explosiones provocó un motín nunca visto. Lo encabezó Emiliano Pugachóv, cosaco del Don.

II. Pugachóv y su época

16 "Impostor y delincuente contra el estado", "vagabundo, bohemio y analfabeto" (según los datos del gobierno), "zar-campesino justo, inteligente y valiente" (según las fuentes folclóricas) Emiliano Pugachóv nació en 1742 en una familia pobre de la *stanitsa* Zimoveiskaya, la misma donde había nacido cien años antes otro famoso rebelde Stepan Rázin. Se casó con una cosaca de la cual tuvo très hijos. Desde los 17 años participaba en las guerras contra Prusia y Turquía. Por su valentía se le concedió el primer grado de oficial. Más tarde, durante los interrogatoríos, los cosacos confirmaron que era inteligente, decisivo, atrevido e intrépido. En los años 1764-1766 Pugachóv participó en las expediciones punitivas contra los *raskolniki*[4] fugitivos en Ucrania y Belorusia y en las regiones fronterizas de Polonia. Más de una vez intervenía como portavoz de los campesinos y cosacos pobres delante de las autoridades, facilitaba las fugas de los cosacos del otro lado del río Térek, al territorío turco. Por está causa Pugachóv fue encarcelado 3 veces en 1771 pero logró escapar. En 1772 se escondía en monasteríos y ermitas de los *raskolniki* en los bosques fronterizos de Polonia.

17 Nunca antes el campesinado sufrió una opresión semejante como en aquellos años puesto que Catalina II llevaba 4 guerras a la vez en las fronteras del Sur, y oeste del imperio, todo el peso de los cuales pesaba sobre los campesinos. Al haber subido al trono, la zarina editó las leyes que libraban a la aristocracia del servicio estatal obligatorio y le entregaban a los siervos en completa propiedad. Un edicto especial prohibía a los campesinos siervos quejarse de sus amos bajo la pena de castigos corporales o deportación a Siberia. Los propietaríos que mataban a sus siervos solo se encarcelaban temporalmente y se sometían a la penitencia eclesiástica. Cada Victoria, cada acontecimiento importante en la corte se acompañaba de la distribución de los siervos (estatales y reaies que eran más libres) entre los favoritos de la emperatriz. En los 34 años de su reinado Catalina II regaló más de un millón de siervos.

18 Hacia el comienzo de los años setenta se hacen más frecuentes las rebeliones de los mineros de los Urales, de la plebe urbana y de los campesinos pertenecientes a las fábricas y monasteríos. Se recrudece la persecusión de los *raskolniki.* El incremento del aparato administrativorepresor en la periferie, la política de centralización y rusificación de los *inarótsi*, las persecusiones y cristianización a la fuerza, limitaciones de las actividades de los mercaderes locales, colonización paulatina de los territoríos kasajos y calmucos - todo esto provocaba un descontento muy fuerte y sublevaciones que se reprimían cruelmente. Los procesos contradictoríos del aumento de la opresión feudal y la degradación del propio sistema como consecuencia del desarrollo de las relaciones capitalistas agravaban los conflictos.

19 Los años 60-70 del siglo XVIII se caracterizaron por la división brusca de los cosacos en los grupos sociales diferentes. La *starshina* —la élite con mando militar de los cosacos— ya se nombraba por el gobierno y no se eligía como antes, y de está manera se convertía en una parte del aparato estátal, aliándose poco a poco con la aristocracia. La *starshina* contribuía por todos los medios a la incorporación de los regimientos cosacos al ejército regular.

Además, los recursos principales de la existencia de los cosacos del Yaík, la pesca y la extración de sal - fueron monopolizados por el estado. Las pesquerías empezaron a ser entregadas en arriendo a la *starshina.* Todo esto también servía de motivo de sublevaciones cosacas. El levantamiento en el Yaík de los años 1766-1767, los motínes en las *stanitsas* cosacas del Don y de la Volga así como el movimiento de la gente pobre, campesinos y peones de los cosacos ricos en 1768, en Ucrania que se desarrollaba delante de los ojos de Pugachóv, - fueron aplastados con crueldad.

20 En 1770 en el Yaík volvieron a suceder rebeliones. Las negociaciones entre la parte "desobediente" y la "conformista" (los cosacos que ocupaban cargos estatales) en el verano de 1772 desembocaron en el motín, la matanza de los cosacos altos oficiales y los combates con las tropas gubernamentales. La derrota del motín sirvió de prólogo para la guerra. Poco tiempo después "todo anunciaban un nuevo levantamiento. Faltaba un líder. Y el líder se encontró", - así caracterizó la situación Alexandr Púshkin, primer historiógrafo del levantamiento de Pugachóv.

21 En el otoño de 1772 en las *stanitsas* cosacas y entre los *raskolniki* del río Yaík apareció Pugachóv que había atravesado la frontera polaca ilegalmente poco tiempo antes. En diciembre de 1772 se quedó preso y los primeros 5 meses del año 1773 los pasó en la cárcel de Kazán. Después de haber huído se escondió en las estepas entre los ríos Irguíz y Yaík, exhortando al pueblo a rebelarse. Aquí se encontraba con muchos líderes de cosacos e *inarótsi* perfilando los objetivos del motín. Al conocerle mejor, los cosacos, notaron su "agilidad y talento" y decidieron "hacerlo su soberano". A fines de agosto Pugachóv se declaró "el zar Pedro III" y avanzó hacia la capital de los cosacos del Yaík, encabezando grupos rebeldes de cosacos, calmucos y tártaros. El 17 de septiembre de 1773 el primer manifiesto del "emperador" anunció el comienzo de la guerra. En él Pugachóv mercedaba a la gente común con tierras y la *volia*, a los campesinos los pasaría al rango de los cosacos libres, los liberaba de todos los impuestos, tributos y de ser reclutados.

III. La guerra campesina

22 Durante la primera etapa de la guerra, desde el primer manifiesto y hasta la primera derrota importante (septiembre de 1773 - marzo 1774), Pugachóv con sus tropas tomó decenas de fortalezas, y pueblos, sitió la ciudad de Orenburgo - fortaleza principal en la frontera sudeste. Si tomaba Orenburgo iba contra Moscú. El ejército de Pugachóv cuyo núcleo componian los cosacos iba aumentándose con *inarótsi*, plèbe urbana, campesinos, polacos desterrados, gente baja y ruin, delincuentes; llegó a movilizar hasta a 40 mil personas. La fundación de Orenburgo río arriba con gran cantidad de tropas gubernamentales y administración era, según los cosacos, la causa de todas sus desgracias. De allí venían fuerzas punitivas y nombraban atamanes para las *stanitsas* del Yaík. Por eso durante la guerra el golpe más fuerte fue concentrado en Orenburgo que representaba el principal bastión de la autoridad, la encarnación de la esclavitud. Su asedio que duró seis meses, resultó ser un error grave estratégico, pues permitió al gobierno juntar las tropas y acelerar el desenlace.

23 En el estado mayor de Pugachóv, que se encontraba en Berd, cercano a Orenburgo, por primera vez en la historia de los movimientos populares rusos, en noviembre de 1773, fue, creado el Consejo Militar Estátal - el centro militar y administrativo superíor de la sublevación. Este consejo disponía de toda una plantilla de escribaños y traductores. Tenía que resolver los problemas militares. Gobernar los territoríos conquistados,

distribuír los bienes decomisados y contener las tendencias separatistas y conflictos nacionales. También procuraba controlar de algún modo el movimiento popular desbordante y destructor. La disciplina militar se mantuvo con dificultades y solamente al principio de la guerra. En las ciudades y aldeas conquistadas se perpetraban horrores, matanzas, saqueos, profanación y quemas de iglesias.

24 Más de una vez exhortó Pugachóv a su gente que cesara esto y hasta anunció la pena de muerte por violación y saqueo. Algunos atamanes utilizaban castigos corporales por los robos y merodeos. Pero, más tarde, cuando ya no se podía contener la plebe, Pugachóv permitió ahorcar y decapitar a los culpables, sin ninguna forma de proceso.

25 En la primera etapa de la guerra la fuerza principal de Pugachóv la constituían los cosacos e *inarótsi*. Por eso, con sus manifiestos y edictos que se escribían para cada pueblo en su idioma, se dirigía a ellos y expresaba sus intereses particulares. Naturalmente, eso debía contribuir a que se reuniera una fuerza armada muy grande e influyera en el desenlace de la lucha. Pugachóv prometió la libertad a los *inarótsi* , es decir, la independencia administrativa y religiosa.

26 Los históriadores soviéticos, siguiendo los principios leninistas en la política nacional, afirmaban que en el movimiento de los *inarótsi* los motivos sociales prevalían sobre los motivos nacional-separatistas. Sin embargo, los documentos nos muestran todo lo contrarío. Los *inarótsi* se aliaban con Pugachóv precisamente porque los llamaba a la lucha por su liberación nacional. El coronel tártaro Kankaev, junto a Pugachóv, era partidario de la creación del ejército unido multinacional y trataba de introducir el principio multinacional en la formación de los destácamentos lo que, por supuesto tenía motivos tácticas y estratégicas. Pero todas esas tentativas no tuvieron éxito ninguno y los conflictos entre los pueblos acompañaron toda la guerra.

27 En la primavera de 1774, cerca de la fortaleza Tatischeva, después de medio año de victorias, ensombrecido solo por el sitio poco exitoso de Orenburgo, Pugachóv sufrió su primera derrota importante. Este acontecimiento anunció el comienzo de la segunda etapa de la guerra que duró desde el mayo hasta julio de 1774. Después siguió la derrota cerca de Orenburgo. Ejército grande y Consejo militar dejaron de existir. Pugachóv, poniendo mucha confianza en los *inarótsi* y en los obreros de las fábricas de los Urales, se dirigió al norte y pronto todo el territorío de Bashkiria, Urales y Prikamie se levantó. Los rebeldes ocuparon muchas ciudades, pueblos, aldeas y cerca de cien fábricas de los Urales. Sin embargo, en mayo Pugachóv volvió a sufrir la derrota cerca de la fortaleza Tróitzkaya y se encaminó hacia la ciudad de Kazán. Pero pocos días después, tras una batalla encarnizada contra las tropas gubernamentales, perdió está ciudad.

28 La parte tercera y final de la guerra, (desde la pérdida de Kazán hasta el arresto) comenzó con el paso a la orilla derecha del Volga. Como después de las derrotas anteríores, los destácamentos de los rebeldes se completaban enseguida con nuevos combatientes. La fuga de Pugachóv parecía una invasión. Se levantaron los *inarótsi* y los campesinos de todas las regiones de Volga. Los apoyaron también los colonos alemanes. No fue posible contener la ola de violencia y apareció entre los rebeldes la idea del exterminio total de la aristocracia. Derrumbado cerca de Tzaritzino, Pugachóv regresó al Yaík, para pasar a las estepas kazajas y regresar con un ejército nuevo. Pero al comienzo de septiembre fue detenido por sus compañeros cosacos y entregado a las autoridades.

29 En enero de 1775, en Moscú, después de ser torturado Pugachóv fue ejecutado. Los destácamentos de sus seguidores fueron derrotados definitivamente a fines del mismo año.

IV. El impostor (el falso pretendiente)

30 El aspecto ideológico más dinámico del levantamiento era la "impostura" (*samazvanstvo*) de Pugachóv. La "impostura", como lo subrayan más de una vez los investigadores, no representaba un fenómeno típicamente ruso, pero en ningún otro país era tan frecuente y desempeñaba un papel tan importante como en la historia de Rusia.

31 En un estado tan inmenso y absolutista, la fe en el "buen zar" inevitablemente se expresó con una fuerza especial. Para los rusos la "impostura" presentaba un elemento importante en la organización de las guerras campesinas, era como una voluntad de Dios y justificación moral del motín. Oponerse a las autoridades y al monarca reinante se creía imposible sin atribuírle al líder el título del zar. Al contrarío para los *inarótsi* la impostura de Pugachóv no era más que un pretexto para amotínarse porque no estában, incluidos, en el sistema cultural.

32 El líder de la primera guerra Bolótnikov fingió ser el "*voívoda*" (jefe del ejército) del zar y llamaba a poner en el trono al "príncipe Pedro", un campesino siervo de Murom quién tomó el nombre de Ilia Muromets, héroe de los cantares épicos rusos. Rázin, líder de la segunda guerra, llevaba consigo por el río Volga una barca con el otro "príncipe Pedro", que, se afirmaba, era el hijo del zar Alexei Mijailovich (en realidad un príncipe caucasíano preso). El propio Pugachóv se proclamó "Pedro III". Los cosacos "esperaban a un zar". Los cosacos cantaban: "Se buscaba a un zar/Y lo encontraron/al cosaco de Don/a Emilián Pugach" (la palabra "pugach" significa "el quién atemoriza").

33 El nombre de Pedro III Fiodorovich, ahogado en 1762 por orden de su esposa, la futura Catalina II, era popular, sobre todo entre los pobres del Volga y de los Urales. Con él estában ligadas las esperanzas de reformas. La idealización de Pedro III empezó durante su vida todavía. El pueblo lo llamaba él "zarévich-redentor". Su breve reinato (medio año en total), su asesinato, así como la aparición en el trono de una zarina alemana que no pertenecía a la dinastia real, todo eso, como lo mostró el folklorista C. Chistov, aceleró la formación de está leyenda.

34 Antes de la guerra, corrían muy fuertes rumores de que Pedro III estába refugiado en el Yaík, protegido por los cosacos. Estos rumores tenían influencia no solamente entre la gente simple sino también entre otras capas de la población (Se sabe que Pablo I, poco después de llegar al poder preguntó si su padre estába vivo).

35 Ningún zar engendró tantos pretendientes. Desde 1764 hasta 1796 hubo 24 impostores, en su mayoría campesinos y soldados fugitivos, que se proclamaron Pedro III. En los años 1764 y 1765 en Ucrania y Rusia Central aparecieron simultáneamente cuatro impostores. Antes del levantamiento de Pugachóv, en 1772-1773 en las zonas de Volga, Don y Yaík aparecieron tres más. Cuando la insurrección estába en su apogeo en las regiones centrales del país se encontró otro "emperador". "Pedros III" aparecían aun después de la derrota del levantamiento.

36 En la leyenda de Pedro III se conjugaron los motivos folklóricos del "zar bueno", de la "salvación mágica" y del "zar peregrino". El motivo del "viaje" tiene estrecha relación con taies géneros de literatura antigua rusa como "La Vida de los Santos",

"Peregrinaciones", cuentos y canciones épicas populares. En ellos Zargrád (nombre ruso de Constantinoples), Egipto, Jérusalem y las peregrinaciones de los héroes que duran 12 años se mencionaban constantemente. Siguiendo esa tradición, Pugachóv contaba que el regresó a reinar, después de 12 años de viaje, mencionando los centros legendaríos así como las tierras foráneas donde estuvo en realidad.

37 La leyenda de Pedro III atravesó las fronteras de Rusia. En 1762 fue apuntada en un monasterío de Serbia. Según ella, el Emperador quedó vivo, se refugió con los eslavos del río Danubio, luego atravesó el Reino Turco y de allí llegó a Montenegro. Años más tarde en Montenegro realmente apareció un desconocido que se llamaba Stepan Maly que fue proclamado Pedro III y durante los años 1766-1773 reinó exitosamente en el país. Más todavía, para fortalecer su poder en la lucha contra los turcos, el falso Pedro trató de apoyarse en la autoridad de Rusia. Siendo un politico sagaz, muy popular entre su pueblo su reconocimiento era provechoso para el gobierno ruso. Fue reconocido como el soberano Stepan Maly y Catalina II estába seriamente asustada por la posibilidad de la repetición de los acontecimientos de Montenegro en Rusia.

38 Una leyenda profética que predecía el pronto regreso del Emperador milagrosamente salvado fue mencionada en 1768 en el Ducado de Holstein, y en Chequía donde en el año 1775 en la sublevación de los campesinos participó un "príncipe ruso" impostor.

39 El fenómeno de la "*samazvanstvo*" ", "impostura", en Rusia, según señalan B. Uspenski y K. Chistov no se debe únicamente a las peculiaridades de la vida social o política acciones sino también a las convicciones religiosas. El impostor significaba más que el regreso de un zarredentor, subrayaba las relaciones entre monarquía, legitimidad, y autoridad y Dios. El zar se nombraba como "ungido" (en griego = Cristo) de Dios, représentante de Dios en la Tierra. En Rusia se distinguió entre zares elegidos por Dios, naturales, reales y zares por su propia voluntad, autodesignados, impostores. El hecho de usurpar el trono o coronarse según todas las reglas no significaba que el hombre se hacia el zar. Pugachóv según la tradición popular era un zar verdadero, mientras Catalina era una zarina falsa, la verdadera impostora. Es probable que los impostores hasta algún punto creian que eran elegidos por Dios. Uspenski señala con relación a esto, que los impostores mas relevantós, el falso Dimitrí I y Pugachóv, aparecieron cuando el orden natural genealógico de herencia del trono fue alterado, cuando el que ocupaba el trono pudo ser calificado como impostor. La existencia de un impostor provocaba la aparición de otros. Todos ellos pretendían ser "elegidos" (por ejemplo, la "princesa Tarakanova" que pretendía ser hija de la zarina Elisabet Petrovna y hermana de Pugachóv, quien provocó la sublevación para entregarle a ella el trono). En el fondo de tal sicología está la idea de que el único quien puede convertir la persona en zar es Dios. Los mitos sobre el zarredentor que regresa para quitar al impostor del trono, corresponden a la forma de entender el papel del zar en Rusia a fines del siglo XVI.

40 La elección del zar por Dios se relacionaba con "signos especiales" en el cuerpo del zar: una cruz, una corona, una águila, o séa, el escudo de zar, y símbolos solares. Esa leyenda jugaba un papel importante en la mitología de "samazvanstvo". Señalando dichos símbolos en su cuerpo (en realidad heridas) Pugachóv probaba su derecho al trono y convencía a sus seguidores.

41 Pugachóv ha sido preparado para ser el impostor por toda su experiencia de vida. El no solo conocía la leyenda de Pedro III, sino también oyó otras tantas en Rusia Central y Ucrania. Es évidente que el regreso de Pugachóv de Polonia al Yaík fue un paso

planificado. Su reconocimiento como zar en el territorío donde él "reinaba" era total. Sin embargo ese título se entendia o en su sentido sacral, "ruso", o en sentido de "caudillo" (como en la canción Moksha: "Pugachóv zar, ataman y adalid"). A los *inarótsi* no les interesaba si Pugachóv era un zar o no. A ellos les importaba tener un jefe en su lucha por la libertad. El sultán kazajo, por ejemplo, calificaba los ataques de los bashkiríos como "traición al zar". La diferenciación social entre los cosacos influyó en sus relaciones con Pugachóv. Para unos el era "el zar terrible y jefe militar" - "Emperador" (en primer término para los cosacos de Ural, que trataban de fortalecer la autoridad del "Emperador" para en un futuro formar la nobleza en el nuevo estado cosaco, y por ello subrayaban que el era alemán y hablaba alemán - Pedro III era alemán por parte de su padre), "solecito bello" (como los héroes en los cuentos populares), "cosaco audaz". Para otros Pugachóv era "ladrón, perro, hombre maldito" (cita de una canción, donde con alegría se narra la ejecución de Pugachóv). Para los campesinos y obreros él era vengador y defensor, "un zar del pueblo", "padre atento", "cariñoso con los campesinos", "Él único, quien pudo pensar fuerte por ellos". Pugachóv se dirigía a la gente con las palabras "hijitos" y le respondían con palabras cariñosas y con respeto, dándole su nombre completo (los enemigos con un diminutivo, lo que se usaba para los siervos: "Emelka").

42 En sus decretos y manifiestos Pugachóv es mas emperador, que el mismo Pedro III, y mas zar que la Emperatriz. Prometiendo al pueblo su protección paternal, él se autoproclama "el mas ilustre jefe militar, el Señor de Dos Mundos", "el más grande de los más grandes", "Autócrata de Toda Rusia y del Universo, que llama a la bondad... para siempre por el Senor confirmado", "él quién en todos los tiempos escucha, ve y sabe". El no solo copia la forma y la terminología de las órdenes reaies, la forma de comportarse, sino también el ritual estátal y de la corte. Según la tradición el pueblo no le pudo perdonar a Pugachóv su comportamiento "no zarista" o sea su matrimonio con una cosaca del Yaík cuando estába viva su esposa la Emperatriz; esa conducta significaba romper las reglas del juego, salirse del esquema. La gente decía que está fue la causa de sus descalabros. Sin embargo, según la leyenda, al hijo (que en realidad no existía) de Pugachóv y de la cosaca lo educaba la Emperatriz como príncipe real. Según la misma leyenda, lo mataron los boyardos por temor a la venganza del futuro zar, quien les cobraría la muerte de su padre Pugachóv...

43 Proclamado zar, Pugachóv bautiza al sitio de su estado mayor, Berd, Moscú, y las dos otras *stanitsas* Petersburgo y Kiev. De las tres principales ciudades rusas el escoje Moscú como su residencia - la capital de los primeros zares. Lo rodean sus coroneles con títulos, y nombres de los principales nobles y generales de la Corte Real.

44 Es muy ilustrativo y simbólico, que su primer retrato, pintado en el inicio de la sublevación por un pintor de iconas, *raskolnik*, se llama "Lik" ("cara", como los iconos de los santos) y se pinta por encima del retrato de la Emperatriz (o séa, subliminalmente, la contraposición de Pugachóv y Catalina III se decide por el pintor, tanto como por el poeta Pushkin, a favor del impostor). Además, según señala Boris Uspenski, si el retrato en la pintura representa un paralelo al nombre propio, pues el palimpsesto es igual al acto de renombramiento.

45 Además de identificar a Pugachóv con Pedro III, los cantos y cuentos populares le atribuyen los rasgos del héroe mitológico: balas no pueden contra él, es mas veloz que un caballo, él mismo construye cañones y produce la polvora, al mismo tiempo carga, apunta y dispara 12 cañones...

V. Jefeseductor

46 Una fuerza mágica, salía de los edictos del “zar”. Con ellos “seducía” a la gente “a todo tipo de robo y sublevación”. La palabra “seducción” (*chara*) significaba a la vez, sortilegio, encantamiento, brujería. Lleva a hacer algo fuera de la ley, lo que para algunos era deseo y para otros fatal. Por eso los manifiestos de los jefes de las guerras campesinas, eran calificados como “seducción de ladrones”, y los mismos jefes como “malvados y seductores”. Los manifiestos de Rázin se calificaron como “cartas seductoras del ladrón” que han sido escritas para ”seducir a las personas no enteradas“. La plebe ha sido “seducida” por Pugachóv. “No es posible imaginarse - escribió uno de los generales del ejercito del gobierno - cuan ciegos se le inclinan los pueblos“.

47 Los jefes de las guerras campesinas, como su gente, eran alimentados por las tradiciones populares y daban a sus manifiestos una forma pintoresca poética (Pushkin contrapone el lenguaje convencedor, vivo y seductor de los manifiestos de Pugachóv al idioma acartonado de las proclamaciones oficiales). Algunos manifiestos de Pugachóv repetian exactamente las formas populares de canciones cosacas sobre los tiempos cuando les fueron entregadas las tierras del Don, Terek y Yaík. Los jefes llamaban no solo a los cosacos y siervos, sino también a los ladrones y bandidos. En la tradición folklórica rusa el motivo de los bandidos que son a la vez defensores de los pobres era muy fuerte. También entre los indigenas ocurria lo mismo. Eso explica la presencia entre los sublevados bashkiríos del poeta Salavat Yulaev —guerrero, héroe mítico y cantor— en cuyas canciones se glorificaba el heroísmo de los ataques al enemigo en la forma tradicional de su cultura.

48 “Mentiroso” y “seductor”, Pugachóv ténia el don de poesía. Sus discursos atraian a la gente. Sus “*charas*” dejaron emocionado a Pushkin.

49 Pero más que por su forma los manifiestos de Pugachóv atraian por su contenido. El regalaba a su gente lo mas deseado: “A partir de ahora yo les regalo tierras, aguas, bosques, peces, casas, campos, mares, pan, sus creencias y leyes... Y que sean libres y felices como las fieras de los llaños! ”

50 Pugachóv a todos regala la libertad, diciendo: “vivid como desean, según sus costumbres y conciencia”. A los cosacos él regala el titulo de “siempre cosacos” y “libertad eterna”. A los raskolniki el otorga “la Cruz, la oración y la barba” (o sea, la posibilidad de rezar y vestir a la manera antigua), a los campesinos la tierra “sin compra ni impuestos”. A los trabajadores de las ciudades y el campo permite vender sin impuestos, a los indigenas que han sido bautizados a la fuerza tener las creencias antiguas, quemar las iglesias y matar a los sacerdotes. A todos los indigenas manda un manifiesto con las siguientes palabras: “...Los pueblos inclinados ante la corona nuestra (...) estárán liberados del pago de tributos y se les entregara la libertad sin alguna opresión en toda Rusia”. Salavat Yulaev, al organizar sus compatríotas en las tropas de Pugachóv, desarrollaba la idea de “las fieras de los llaños”: “El hércules —Pugachóv— les da a los bashkiríos la libertad, para que ellos mismos gobiernen a su país, en donde ellos por su propio dese pueden volar como pájaros y nadar como peces”.

51 Los llamados a una venganza sangrienta también tenían gran atracción. En los manifiestos de Pugachóv de primaveraverano de 1774 aparecen las exigencias más radicales de liquidar junto con la servidumbre a los mismos amos. Pugachóv mismo llamó

a asesinar a los enemigos del pueblo y confiscar todos sus bienes, afirmando que "solamente después de matar a todos los nobles malvados cada quien puede sentir la calma y la vida tranquila". El motivo de la venganza era uno de los principales en muchas canciones de los rebeldes. Los mokshaños cantaban: "Pugachóv zar, /Jefe y Lider.../El entrega / los campos al pueblo / El une / A los mokshaños y tártaros / Asfixia y cuelga / A todos los perrosboyardos". El programa de la rebelión en la canción de los campesinos de la región del Volga: "Nos hemos pensado una causa correcta / Causa correcta, pensamiento honesto. / No a la zarina, a la puta sucia / Hemos pensado empujarla del Trono. / No a los nobles - amos para las sogas. / No a los curas / Para los collares, / No a los fabricantes / Para la horca, / y a los campesinos honestos para la libertad libre". La crueldad de la lucha, la imposibilidad de negociar sobre la paz y de encontrar un compromiso con el gobierno - esos son los rasgos peculiares de la guerra de Pugachóv.

52 Los investigadores subrayan el hecho de que las exigencias de los rebeldes eran de tipo social, dejando al segundo piano las de carácter religioso. Los mahometaños, los idólatras, los cristiaños (ortodoxas y sectas, católicos y luteraños) se unieron. Todos exijían la libertad de creencias y condenaban la cristianización a la fuerza. Esto también explica el hecho de que, con todas las simpatías del bajo clero hacia Pugachóv y el apoyo del clero medio, los representantes de la iglesia ortodoxa rusa no jugaron un papel importante en la rebelión. Después de las reformas en la iglesia de los inicios del siglo XVIII el clero había perdido su independencia políticoeconómica, y era parte del aparato administrative. Pugachóv a diferencia de muchos cosacos dirigentes de las guerras anteríores no pertenecia al cisma (*raskol*) de los cristiaños viejos. Aún mas, el mismo participó en expediciones punitivas contra ellos en Ucrania. Sin embargo, el vivió mucho tiempo entre los *raskolnikí* y compartia sus convicciones políticas. En sus manifiestos el no solo ofrece a los *raskolnikí* la libertad de religión sino también apela a los sentimientos religiosos de todos los seguidores de la iglesia ortodoxa rusa, señalando que en el país "la ley cristiana está violada" y en vez de la ley se introdujo "la costumbre alemana" de afeitar la barba, "la nueva orden malvada y la furia" (eso se refiere a las reformas de Pedro El Grande y a las costumbres de la Corte de Catalina, llena de extranjeros y occidentalizante).

53 Ni los dirigentes de la rebelión, ni sus subordinados, tenían ideas claras sobre las perspectivas de la lucha y la posible reorganización del país en caso de Victoria. Los manifiestos evocan el sistema patriarcal cosaco, y el futuro de Rusia se pinta como el reino cosaco con un zar bondadoso quién da a su pueblo tierras y libertades. Entre las exigencias, el deseo de ocupar el lugar de los amos se encuentra muy a menudo. Ese deseo se realizaba en los territorios ocupados, donde se copiaba el aparato monárquico con su jerarquia, sus burócratas y sus títulos. Para destácar a sus más fieles subordinados, Pugachóv les regalaba no solo títulos, sino también siervos. Las propias convicciones de Pugachóv no tenían claridad alguna y se limitaban con exigir de la gente "ser siervos fieles de la Corona nuestra". En Rusia las guerras campesinas tenían como propósito reanimar las viejas tradiciones políticas y religiosas. Las guerras contra la servidumbre no contenían en si ninguna fuerza reformadora y de cambio radical. Las ideas y la estructura del estado monárquico idealizado junto con los llamados a estáblecer la libertad patriarcal no significan una nueva mentalidad sino revelan el interés por liberarse de lo nuevo. La guerra no se convertiría en la revolución y después de ser derrotada llevaria al reforzamiento del absolutismo y centralismo, de la servidumbre. Por ello los historiadores habían de "rebelión sin sentido". Además de lo senalado, en Rusia el carácter multinacional de los sublevados dió a la guerra un fuerte elemento de liberación nacional.

La periferia rebelde iba al Centra para destruir la civilización. Había que detener ese movimiento horrible, de lo contrarío el país estária sometido al caos.

VI. La derrota y la ejecución

54 "Dios quiso castigar a Rusia mediante mi maldición"– así definió su misión histórica Pugachóv. Los enemigos encarnizados combatiéron cruel y despiadadamente, por ambas partes se cometieron crueldades sin motivo, muchas veces sádicas. Sin número fue la cantidad de las aldeas, ciudades quemadas, fábricas destruidas. La rebelión fue ahogada en sangre, por ambas partes cayeron más de 22 mil personas. Pushkin. muchos años más tarde, viendo lo enorme y lo horroroso que se había cometido, exclamaba: "Líbranos Dios de ver el motín ruso, absurdo e implacable". Voltaire, para el cual el motín no era más que "una comedia tonta" manda a Catarina II sus felicitaciones, con motivo de la Victoria de sus generales que habían eliminado a la gentuza en aras de la civilización.

55 La fe en la resurección del impostor era la base real para un temor mistico hacia Pugachóv que más de una vez durante sus actividades militares, después de ser derrotado completamente, levantaba otro ejército con una velocidad mágica. Para la aristocracia el impostor era no solo un delincuente sino presentaba también una fuerza diabólica. Famoso por su valentía, el capitan generai Suvórov llevó al criminal a Moscú en una jaula, atado como una fiera con una cadena y el mismo Suvórov le vigilaba. Los soldados daban de comer al "zar" de sus maños y decian a los nifios que rodeaban la jaula: "Recordad, niños, que visteis al propio Pugachóv". En las canciones y cuentos populares Pugachóv solemne,valiente y terrible, aunque preso, castiga a la aristocracia. En muchas canciones se decía que ni "todos los senadores lo pueden juzgar" porque él está más alto que ellos.

56 La ejecución se realizó el 10 de enero de 1775 en la plaza Pantanola en la otra orilla del río Moskvá, en frente del Kremlin. Es simbólico que le privan al impostor del honor de ser ejecutado en la Plaza Roja (pero en las canciones se dice que ahí fue), como Stepán Rázin tien años atrás. Sin embargo el juicio tiene lugar en la Sala de Trono del Palacio del Kremlin. Por el camino, Pugachóv, según los testigos, estába tranquilo y "sus ojos brillaban". El saludaba a la gente y les pedia perdón por haber cometido sus crímenes: "Perdóname, pueblo cristiano, perdóname si fue brutal contigo". Junto a él fueron ejecutados sus cuatro coroneles. Otros líderes de la rebelión fueron torturados hasta la muerte o fueron marcados con fierro y enviados a cumplir la cadena a Siberia. Muchos se portaron valientemente y "no tuvieron remordimientos".

57 La ejecución de Pugachóv fue horrible: le quitaron la vida, le descuartizaron, quemaron, tiraron la ceniza a los cuatro vientos, quemaron su casa: trasladaron su pueblo a otra orilla del río Don y cambiaron su nombre. Al río Yaík lo rebautizaron Ural. Quemaron todas las imágenes del Impostor. Durante el autodafé del retrato de Pugachóv, en el patibulo, debajo de la horca, en Kazán, hacen declarar a su mujer Ustinia que la "jeta" quemada es la imagen cierta de su marido, monstruo e impostor. Desde los altares de todas las iglesias maldicen su nombre igual que el de Rázin.

58 Las autoridades difundieron rumores sobre la cobardía del Impostor durante la investigación y el juicio en la esperanza de cambiar y luego eliminar su memoria. Por edicto especial de la emperatriz se prohibió pronunciar (incluso a los historiadores) el nombre de Pugachóv. Hasta el siglo XIX los archivos relacionados con la guerra civil quedaron cerrados y sólo pasado un siglo se los abrió. El gobierno persiguió cruelmente a

las canciones sobre Pugachóv, "rumores y mentiras", "noticias irreales y nocivas". Por los ríos iban balsas con las horcas y los rebeldes ahorcados. Las dos esposas de Pugachóv y sus tres hijos fueron encarcelados como presos secretos en una de las fortalezas del norte. Catalina II les prohibió llevar el apellido de Pugachóv, y en 1833 con la muerte de su última hija, se acabó la generación de Pugachóv. En verano de 1775 Catalina II trasladó los festejos de la paz con los turcos de Peterburgo a Moscú, para hacer olvidar más rápido los horrores de la ejecución.

59 Pero la lucha contra la imagen del gran rebelde duró más de un siglo. El nombre de Pugachóv durante largo tiempo inquietó al pueblo. En 1800 un cosaco fue matado por haber amenazado "levantar la rebelión y luchar por la patria, mejor que Pugach". Después de la ejecución de Pugachóv, desde Ucrania hasta las estepas kasajas aparece otra leyenda según la cual ejecutaron no al zar sino a un cosaco que había decidido hacerse pasar por él, mientras que Pedro III - Pugachóv, escapó para levantar un nuevo ejército. La fe en el regreso del zar Pugachóv vivía en el Volga y Ural hasta fines del siglo XIX. Los cosacos cantaban: "Pues, levántate, despiertate, zar ortodoxo". Los tártaros en el siglo XIX le nombraron "nuestro zar Piotr Fiodorovich" y cantaban: "Quisieramos ver al zar Pugachóv / Pasar delante de él y saludarle / Ir montado en un caballo por los Urales / Con Victoria y por la Victoria combatiendo.

60 A fines de los años 1775-1776 en las aldeas kasajas apareció un "santo invisible" que se declaró el sucesor de Pugachóv, prediciendo su pronta llegada y llamando al pueblo a la lucha. En el Monte Negro uno de los compañeros de la rebelión —Stepán El Pequeño— iba por el país diciendo que el zar no se había muerto, sino se había ido en secreto a Rusia de donde regresó con gran ejército para liberar al pueblo.

61 La rebelión dejó una huella muy notable en el folklore de muchos pueblos participantes. El estállido fue tan fuerte que significó una etapa importante en la historia de muchos pueblos. Para los bachkirios y tártaros la guerra abrió una etapa nueva en el desarrollo de sus tradiciones literarias. Desde el "año de Pugachóv" empieza el calendarío de los cosacos viejos en Yaík, de los chuvaches, mari, moksha, y otros indígenas.

62 La consecuencia directa de la derrota de Pugachóv fue el crecimiento del poder del Estado, el aumento del absolutismo y el apogeo de la servidumbre. Empezó la reacción aristocrática, las represalias contra los cosacos de Yaík, la derrota de la "Zaporozshskaya Sech" (el ejército cosaco de Ucrania) en 1775, el avasallaje de los campesinos de la región del Ejército de Don (1796). Después de la liquidación de la autonomía de los cosacos, perdieron su ánimo revoltoso y poco a poco se convirtieron en fuerza represiva contra los motínes del pueblo. Por eso la *Pugachovshina* es la última guerra campesina rusa.

63 A principios del siglo XX las tropas de los cosacos - el orgullo del ejército ruso contaban con un mediomillón de "*shashkas*" (espadas). Después de la revolución los cosacos fueron desarmados, se les robó sus casas, se les desterraron con sus familias a Siberia y a campos de concentración. Los dirigentes del nuevo Estado "popular" comprendían muy bien que una fuerza militar grande como la suya que no sabe a qué atenerse dentro del imperio (la frontera se desplazó hacia el sur y hacia el este desde las épocas de Pedro I y Catalina II) era muy peligrosa. Por eso algunas *stanitsas* fueron eliminadas totalmente. Más de un millón de cosacos de ambos sexos y didiferentes edades fue aniquilado por el terror y el hambre. El héroe de la guerra civil, comandante de la caballeria roja, atamán Mirónov que se rebeló contra los bolcheviques fue asesinado bajo órden de Lenin en 1921. Stalin aprovechó la construcción del canal VolgaDon para submergir la *stanitsa* natal de Rázin y

Pugachóv. Así falleció la comunidad de los cosacos. Sin embargo, creemos que con la vuelta de Rusia a sus fronteras de los siglos XVII-XVIII,[5] los cosacos recuperarán una parte de su lugar perdido. Los atamanes dejarán de ser funcionaríos del partido comunista.

VII. Resurrección

64 El movimiento de Pugachóv, causó gran influencia en la intelectualidad rusa. Bajo la influencia de la Ilustración francesa surgió la figura del primer revolucionario Alexandr Radischev quien fue caracterizado por la zarina Catalina II como "más revoltoso que el mismo Pugachóv". Radischev, funcionarío estátal de buena posición, escritor y político, fue el primero en ser condenado por su actividad literaria. Su famosa obra "El viaje de Petersburgo a Moscú", donde criticaba el absolutismo y la servidumbre, fue el primer libro censurado por el régimen zarista. Aunque Radischev conocía el motín popular de cerca ("cara a cara"), ya que sirvió como juez militar, durante el motín, estába seguro de que sólo la révolución popular fuera capaz de cambiar el sistema existente y que solo una Constitución semejante a la americana garantizaría la igualdad de derechos. Por estas ideas, que le hicieron inmortal, el jurado le condenó a la pena de muerte, luego conmutada en destierro a Siberia. Después de la muerte de la emperatriz, Radischev pudo regresar a la capital. Aquí se suicidé, impresionado por el terror revolucionarío en Francia que resultó en paradigma del motín popular victorioso.

65 Radischev, igual que muchos otros después de él, hablaba en nombre del pueblo y le atribuía al pueblo un anhelo fervoroso hacia los derechos civiles y la libertad. Pero, el pueblo soñaba con otra cosa. Pugachóv - zar, expresando las aspiraciones del pueblo, le daba rienda suelta, regalándole todo lo que se quitaba a los demás. Radischev, como notan justamente los criticos literales Vayl y Guenis, hablaba de libertad, Pugachóv de la "*volia*" Uno quería beneficiar al pueblo con la constitución, el otro con la tierra, el agua y "cuerpo". Uno proponía obtener derechos civiles y el otro - hacerse "fieras en los llaños". No es de asombrar que Pugachóv haya reunido mucho más partidarios. La posteridad consideró a Radischev como el doble intelectual de Pugachóv. Partiendo de las palabras de Catalina II, está pareja —intelectual revolucionarío y cosaco amotínado— empezó a percibirse como precursor de la disidencia rusa. La postura de los revolucionaríos aristócratas que organizaron en diciembre de 1825 (de Aquí su nombre decembristas) la primera revolución contra el absolutismo fue muy diferente.

66 El movimiento decembrista fue la respuestá al aumento del absolutismo, y a la reacción que se apoderó del país en 1815. Rusia entró en la Santa Alianza de los estados europeos reaccionaríos, creada para conservar la monarquía y luchar contra los movimientos nacionales y revolucionaríos. En el país fue creada la policía secreta que estáblecié un control muy riguroso sobre la ciencia, la literatura y el arte.

67 Toos los decembristas eran aristócratas, oficiales del ejército, representantes de las familias más famosas y nobles. Eran héroes o los hijos de héroes de la guerra contra Napoleón: formándo sociedades secretas elaboraron planes de reformas burguesas. El programa más radical preveía liquidar la autocracia, la servidumbre y los privilegios sociales, crear una república unitaria centralizada que garantizaría la sociedad civil, la libertad de competencia en la industria y el comercio. El Estado tenía que expropiar la mayor parte de la tierra para repartirla.

68 Esta revolución “desde arriba” tenía que llevarse a cabo mediante la rebelién armada del ejército. Para evitar el baño de sangre como en la Gran Revolución francesa o en la *Pugachovschina*, el pueblo ténia que alejarse de toda participación en este “golpe seco”. Los decembristas, igual que sus abuelos y padres odiaban y temían a la *Pugachovschina*. Para ellos Robespierre y Pugachóv eran personajes bien comparables, ambos, según ellos “conducian a la destructión de la patria y el terror total”.

69 El 14 de diciembre de 1825 los decembristas hicieron salir los regimientos de la guardia en la plaza delante del Senado en Peterburgo y publicaron su manifiesto. El golpe fue aplastada el mismo día. El grupo de los rebeldes sureños fue liquidado un mes más tarde. Unos pocos líderes fueron ahorcados y los demás fueron desterrados a Siberia, en buenas condiciones materiales.

70 Vale la pena destacar que si Pugachóv soltaba a los *inarotsi*, y a los siervos, los decembristas al contrarío, pensaban sedentarizar a las tribus nómadas y unificar a las naciones pequeños con el pueblo ruso, rusificar y cristianizarlos porque sólo de está manera podrían recibir el estátuto de ciudadaños con todos los derechos. El sistema unitarío de administratión e igualdad de derechos para todos los pueblos de aquel estado ideal debían hacer feliz a cada uno. Este programa sirvió de ejemplo para la política nacional del imperío ruso antes de la revolución de 1917 y del imperío totalitarío bolchevique después de ella.

71 Pugachóv - zar, efectuando la revolución “de abajo” liberaba a los campesinos, entregándoles la tierra. Los decembristas, en su intento de revolución “de arriba” proponían un modelo irreal que nadie podía aceptar. Por eso todas las revoluciones “de arriba” estában condenadas al fracaso puesto que los oprimidos rechazaban lo que se les ofrecía.

72 La revolución de octubre de 1917 exhortó a los *inarotsi* a un motín basado en la “declaración del derecho de todos los pueblos a la autonomía y autogestión hasta la separación” (es decir, la propia idea de Pugachóv “vivid como animales libres”). Pero, en realidad, plasmó el programa de reformas decembristas. Finalmente, el nuevo motín de los *inarotsi*, en febrero de 1988 en Armenia sirvió de prólogo en la cadena de insurgencias en las otras repúblicas y como consecuencia, la desintegratión veloz del imperio después del golpe de estado del 19 de agosto de 1991. Así, el plan idealista y totalitarío de los decembristas —“el paraíso para los de abajo”— no se cumplió. Los *inarotsi*, quisieron seguir el modelo de Pugachóv.

73 En 1861 el emperador Alejandro II que sabía muy bien, según las palabras de su padre “que consecuencias puede tener un alboroto de la gentuza”, para evitar otra revuelta más grande decidió abolir la “esclavitud rusa”, o sea la servidumbre.

74 Las leyendas populares sobre Pugachóv poco a poco se transformaron en sueños politicos. A mediados del siglo XIX los ideólogos de la Revolución campesina vieron en las guerras campesinas ciertos gérmenes de la utopía comunista y elaboraron su teoría del socialismo campesino. Los demócratas revolucionaríos afirmaban que en el motín futuro terrible (anunciado por Pugachóv: “No soy Cuervo, soy cuervito. El cuervo está volando por ahora”) “no les daría miedo ni suciedad, ni campesinos borrachos con garrotes, ni matanzas... ”

75 La celebratión del 100 aniversarío de la guerra de Pugachóv por los anarquistas y demécratasrevolucionaríos (*narodniki*) desembocó en el elogio a la violencia. El movimiento de los *narodniki* tuvo por objeto la derrota del zarismo mediante una

insurrección semejante a la de Pugachóv. Los *narodniki* fueron al Don y Volga para enseñar al pueblo, llamarlo a la lucha, creyendo que iba dar a luz a un nuevo Pugachóv. Los *narodniki*, igual que los decembristas no conocían y despreciaban al pueblo, en un amor abstracto construyeron mentalmente un paraíso social, mientras que el pueblo soñaba con el motín y la *volia*. Aunque Aquí hay una diferencia importante: los decembristas estában listos a morir por su idea, mientras que los *narodniki* preparaban un motín sangriento.

76 Además, los *narodniki* intentaban liquidar la monarquía mediante el terrorismo. Como es sabido, en uno de los atentados contra Alejandro II participé el hermano de Lenin. Lenin tomando en consideración los errores de su hermano creó su propio modelo "impecable" para llegar al paraíso mundial.

77 En los años 19051907 en Rusia se realizó la revolución burguesa. La révolución burgués-demócrata del febrero de 1917 derrocó la monarquía. La unión de los modelos pugachovista y decembrista abrió el paso para el golpe de estado de octubre de 1917, nombrado la Gran Revolución Socialista. La revolución dirigida por el partido social-demócrato obrero de bolcheviques llevó a una guerra civil sangrienta, jamás vista en la historia de la humanidad y luego a la única guerra en la historia de la humanidad contra su propio campesinado llamado "*raskulachivanie*" ("la liquidación de los kulaki como clase") y "colectivización" (expropiación violenta de la tierra) es decir, el saqueo y la matanza.[6]

78 Los decembristas derramaron su sangre por los campesinos, los bolcheviques "mejoraron" aun la situacón del campesinado eliminando su mayor y mejor parte, y les quitaron la tierra a los que dejaron vivos. Los movimientos de liberación nacional en la periferia fueron ahogados en sangre, fingiendo estáblecer una estructura federal, cuando se trataba de un imperío nuevo. El sistema social creado con su seudoigualdad y seudozar resultó ser absurdo, quimérico y criminal.

79 El autócrata impostor Lenin evitaba hasta nombrar a Pugachóv (en 55 volumenes de la colección de sus obras - una sola vez de paso lo que nos parece bien significativo). El nombre de Pugachóv para la nueva autócratia revolucionaria debía de ser consagrado por la tradición folclórica y literaria, la justificatión histórica de la sangre y del terror. Pero Lenin que siempre calificó a las exigencias de los campesinos como burguesas, los convocó a la lucha, prometiéndoles la *volia* y la tierra, pero al llegar al poder, abolió la libertad y les quitó la tierra. De una manera consciente o subconsciente comprendia que no sacaría ningún beneficio, mencionando el nombre del auténtico lider popular que a la vez era símbolo de la venganza del pueblo.

80 Los históricos marxistas a menudo han acusado a los partidarios de Pugachóv de "monarquismo ingénuo" y de teoría "utópico-patriarcal" incapaces de llegar a la lucha revolucionaria organizada. El mismo monarquismo ingénuo, algo tergiversado caracterizó a los mismos bolcheviques: el monarca muerto Lenin, prácticamente deificado, (la momia del faraón nuevo en la pirámide de la Plaza Roja —centro sacral del país) y el monarca real— tirano y despota Stalin. En la mitología revolucionaria Lenin —el impostor clásico, el doble oculto de Pugachóv— igual que el cosaco es zar de los campesinos y de los obreros, justo, valiente y despiadado hacia los enemigos. El tema de *samazvanstvo* volvió a jugar un papel importante. De esa manera Lenin, sin esperar la maduración del proletariado en el centro económicamente desarrollado de la civilización (según la teoría utopista de Marx), levantó un motín sangriento en los traspatios atrasados e inestábles de Europa (en la periféria geográfica, o en el eslabón más débil,

según la expresión de Lenin, del sistema capitalista mundial). Lenin disfrazó su teoría con lo postulados principales de Marx y, si no lo destronó, se confundió con el "creador primordial" (así se creó "marxismo-leninismo") un caso clásico de impostura. Además, mató al monarca ruso para convertirse, según la mitología revolucionaria, en el zar verdadero de los campesinos y obreros, simple, justicioso, valiente y sin piedad hacia los enemigos.

81 Stalin tuvo los rasgos de *samazvaniets* (impostor-pretendiente) aun en mayor grado. Toda su imagen, desde el inicio de su carrera política (su elección como sucesor contra la voluntad del "monarca") a través del culto de la personalidd (*georgiano* que domina mal el idioma ruso, es el padre de la nación rusa, persona poco instruida, se celebra como gran científico, etc.) hasta su desacralización y privación de la inmortalidad (la extracción del Mausoleo) se inscribe perfectamente en el tema de impostura.

82 En el motín popular contra los golpistas de agosto 1991 el motivo tradicional de la cultura rusa se hizo escuchar de nuevo. La propia declaración golpista sobre la supuestá enfermedad del présidente Gorbachov y la usurpación de su poder por el vicepresidente, sonaron como una franca impostura. Como todos los impostores precedentes, la junta empezó con la promesa más importante de todos los levantamientos populares rusos: la tierra al pueblo. Pero como todas las demás decisiones y acciones de la junta, este acto llevó un carácter caricaturesco y grotesco: la junta proclamó la distribución de la tierra, no entre los campesinos, sino entre los ciudadaños, es decir entre los que no la necesitan.

83 El motivo del *samazvanstvo* en el motín de agosto así como en las rebeliones precedentes aparece relacionado con la adquisición del zar verdadero. Es significativo que al encabezar el motín contra los golpistas Boris Yeltsin, en el cual el pueblo, después de la Victoria pareció encontrar al zar verdadero, no pudo evitar los rasgos típicos del impostor. Su apariencia fisica, su voz, su procedencia de la periférie (los Urales), su rebeldía (uno de los primeros funcionaríos partidistas de alto rango que se pronunció contra la partocracia) crean la imagen del verdadero "zarcampesino" y lo acercan a la del *samazvaniets* Pugachóv. Esto se ve en la evolución de sus proclamas al pueblo. Los mismo rasgos se revelan en muchas de sus acciones. Por ejemplo, sube a un tanque en un momento critico y se dirige al pueblo con el discurso ardiente, repitiendo al otro impostor, Lenin, quién llamó desde un carro blindado el pueblo a amotínarse. Encabezando el motín Yeltsin obtiene los rasgos y insignias del zar. Todos los símbolos del rito de la "intronización" están presentes en el triunfo de Yeltsin que repite el cuadro del nacimiento del Soberano verdadero. Asi se puede afirmar que el último motín ruso de una manera sorprendente repitió las regularidades que se revelaban en las revoluciones anteríores desde las guerras campesinas de XVII. Además el último levantamiento tomó los matices del motín de Pugachóv en su mejor sentido folklórico.

84 La aparición en las consignas des los amotínados de la imagen de Pugachóv es de un simbolismo extraordinarío. Una vez más como en toda la historia de está imagen en la literatura rusa, su percepción es ambigua. Por un lado estálla una justa ira popular contra los opresores y por el otro el deseo para ellos de la suerte de Pugachóv-bandolero. En la consigna "Para este Pugo, venga Pugachóv", uno de los golpistas, Boris Pugo, cabeza del temible KGB, que antes atemorizaba a todos con su solo nombre, ahora tenía que ser sacrificado por la revolta popular o séa por Pugachóv, el terrible exterminador.

85 De esa manera se puede decir que cuando en Rusia estalla el motín, séa la guerra campesina, el golpe bolchevista o el contragolpe, en seguida empiezan a manifestárse los

rasgos de la "impostura" y la intención de encontrar un zar verdadero. Atras de todo eso se perfila la imagen de Pugachóv, représentación más espectacular del motín ruso.

86 Fuentes y literatura

87 — *La guerra campesina 1773-1775 en Rusia.* Documentos de la colección del Museo histórico estátal. Moscú, 1973.

88 — *Los documentos de estado de E. Pugachóv, oficiales y instituciones rebeldes.* 1773-1774. Moscú, 1975.

89 — *El interrogatorío de E. Pugachóv en Moscú* en 1774-1775. Archivo rojo. T. 69-70. Moscú, 1935.

90 — *El levantamiento de Emiliano Pugachóv.* Colección de documentos. Peterburgo, 1935.

91 — *Llamamientos y correspondencia de los líderes de Pugachovschina* en *Volga y Urales.* Kazan, 1988.

92 — *Documentos verdaderos relacionados con el motín de Pugachóv.* M., 1860.

93 — *Pugachovschina. De los materiales de instrucción y la correspondencia oficial.* Moscú-Peterburgo, 1929. T. 1-2.

94 — *Las anécdotas del rebelde e impostor Emelka Pugachóv.* Moscú, 1809.

95 — V.P. Birukov. *Folklore prerevolucionarío de los Urales.* Sverdlovsk. 1936.

96 — A.N. Lozanova. *Los cantares y leyendas sobre Rázin y Pugachóv.* Moscú, 1935.

97 — B.N. Putilov. *La reflexión en el arte poético popular; la guerra campesina enca-bezada por Emiliano Pugachóv.* El arte poético popular ruso. T. I-II, Moscú, 1956.

98 — V. K. Sokolova. *Las canciones y leyendas de las rebeliones campesinas de Rdzin y Pugachóv.* El arte poético popular ruso. Las obras del Instituto de etnografia, T. XX. Moscú, 1967.

99 — J. T. Alexander. *Autocratic Politics in a National Crisis. The Imperial Russian Government and Pugatchev's Revolt.* Bloomington & London, 1969.

100 — J. T. Alexander. *Emperor of the Cossacks. Pugachev and the Fronder Jacquerie 1773-1775.* Kansas, 1973.

101 — V. I. Buganov. *Las guerras campesinas en Rusia.* XVII-XVIII *ss.* Moscú, 1976.

102 — V. I. Buganov. *Pugachóv.* Moscú, 1984.

103 — K. V. Chistov. *Las leyendas utópicas rusas de XVII-XVIII ss. Moscú, 1967.*

104 — *B. B. Grave. El levantamiento de Pugachóv.* Peterburgo, 1936.

105 — *El Folklore de la guerra campesina de 1773-1775.* Peterburgo, 1973.

106 — *Los líderes de las guerras campesinas en Rusia en XVII-XVIII ss. Moscú, 1979.*

107 — *V. M. Zhivov, B. A. Uspensky. El zar y el dios. Los aspectos semióticos de la sacralización del monarca en Rusia. Los idiomas de la cultura y los problemas de la traducibilidad.* Moscú, 1987.

108 — V. O. Kliuchevsky. *El curso de la historia rusa.* Moscú, 1989.

109 — V. V. Mavrodin. *La guerra campesina en Rusia en 1773-1775. El levantamiento de Pugachóv.* T. I-II, Peterburgo, 1961-1970.

110 — V. V. Mavrodin. *Debajo de la bandera de la guerra campesina.* 1773-1775. Moscú, 1974.

111 — A. S. Milnikov. *La leyenda del príncipe ruso. Las relaciones ruso-eslavos del siglo XVIII en el mundo de la cultura popular.* Peterburgo, 1987.

112 — R. V. Ovchinnikov. *Los manifiestos y decretos de E. I. Pugachóv.* Moscú, 1980.

113 — A. Pushkin *La historia del motín de Pugachóv.* Moscú. 1935, T. 5.

114 — *La participación de los pueblos en la guerra campesina de* 1773-1775. Collectión de artículos. Ufa, 1974.

115 — D. Mordovtzev. *Los impostores.* T. I y II, Peterburgo, 1867.

116 — P. Pascal. *La révolte de Pougatchev.* Paris, 1971.

117 — M. Raeff. *Pugachev's Rébellion.* Baltimore and London, 1970.

118 — S. M. Soloviev. *Historia de Rusia desde los tiempos antiguos.* T. XV. Moscú, 1966.

119 — L. A. Tikhomirov, P. A. Kropotkin. *Emelian Ivanovich Pugachóv o el motín de 1773.* Moscú, 1871.

120 — B. A. Uspensky *Zar e impostor: la impostura en Rusia como fenómeno histórico-cultural.* Moscú, 1982.

NOTAS

***.** Instituto Etnográfico, Moscú.

1. Se podría traducir, más o menos, como "el tiempo maldito de Pugachóv"

2. Nobles, propietaríos.

3. Volia palabra sinónima a la de la libertad, pero tiene el sentido también de espontaneidad, franqueza ("Stoijeion" de los griegos).

4. "Viejos creyentes".

5. Escrito en septiembre de 1991, poco después del cuartelazo fallido del 19 de agosto y del subsecuente derrumbe de la URSS soviética.

6. Ver Meyer - **El campesino en la historia rusa y soviética**. México, 1991. Fondo de Cultura Económica.

II. Túpac Amaru

La rebelión de Túpac Amaru

David Brading

1 Note portant sur l'auteur*

2 El agente ejecutivo de la búsqueda del "provecho y el poder" de la Corona de los Borbones fue José de Gálvez, jurista de Málaga, quien primero como visitador generai de la Nueva España en 1765-1771 y luego como ministro de Indias, 1776-1787, llevó adelante un programa de reforma destinado a revitalizar tanto al gobierno como la economía del Imperio americano. La medida más notable fue el establecimiento, en 1776, de un nuevo virreinato, con su capital en Buenos Aires, que cubría la vasta región hoy ocupada por Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. El resultado fue un dramático cambio del equilibrio geopolítico del continente, pues el sometimiento del Alto Perú a Buenos Aires significaba que Lima sufría una grave pérdida de categoría, y este golpe vino a combinarse con la apertura de rutas comerciales en torno del cabo de Hornos, que privaba al Callao de su función de depósito. En otro lugar se había creado un virreinato, en la Nueva Granada en 1739, para asegurar la defensa de Cartagena, y en 1776 un capitán general fue nombrado para gobernar Venezuela, con su capital en Caracas. Estos cambios de jurisdicción fueron acompañados por la introducción de una nueva burocracia fiscal y el establecimiento de pequeños ejércitos permanentes y de extensas fuerzas milicianas, virtualmente en todas las principales provincias del Imperio. Para tomar el ejemplo más destacado, en México las tropas regulares todas reclutadas en el lugar, llegaron a contar con cerca de 10 000 hombres, apoyados por regimientos de miliciaños de más de doble de tal número. En el aspecto fiscal, la manufactura y venta de tabaco llegó a ser monopolio real sumamente lucrative que requeria un numeroso cuerpo de guardias y directores para imponerlo y administrarlo. Asímismo, el cobro de las alcabalas fue puesto en maños de funcionarios asalariados. Esta expansion del personal del Estado se completó en 1786 con la creación de 12 intendencias en la Nueva España: cada capital de provincia albergaria entonces a un gobernador semipermanente, su asesor juridico, funcionarios de la tesoreria, encargados de las alcabalas, vendedores del monopolio del tabaco y oficial de la milicia. Tan grande era la escala de la innovación que cuando fue nombrado virrey el segundo conde de Revillagigedo en 1789, su predecesor le advirtió que el informe final compilado por su padre, que había sido virrey en los años de 1746-1755, era inaplicable en la época presente, ya que "ha variado su sistema de tal modo que aquella sabia

instrucción... sólo puede servir a Vuestra Excelencia para cotejar las novedades ocurridas en la serie de treinta y cinco años".[1]

3 En la esfera económica, la promulgación del decreto de "comercio libre" puso fin al monopolio de Cádiz y al envió periódico de convoyes mercantiles. En adelante, los principales puertos de la Peninsula y de la América española podian comerciar libremente entre si, por medio de barcos mercantes individuales. En la década siguiente, las exportaciones registradas se triplicaron, y los ingresos aduanales se duplicaron con creces. Virtualmente toda provincia del Imperio experimentó una aceleración del ritmo de la producción para exportaciones, poniéndose a la cabeza a la Nueva España, cuya producción de plata se duplicó en los años que siguieron inmediatamente al decenio de 1760. Como declaró Gálvez: "Como la mineria es el origen y fuente única de los metales que dan espíritu y movimiento a todas las ocupaciones humanas y el comercio universal en este mundo, en justicia exige la atención principal del gobierno." Para favorecer la producción, redujo a la mitad el precio del azogue, catalizador indispensable para el proceso de refinación por amalgamación, aseguró un abasto más abundante de almadén, ofreció exenciones fiscales para empresas de gran riesgo o de alto costo, organizó a los mineros en un gremio dotado con tribunales para encargarse de los litigios mineros, promulgó un nuevo código de leyes, estableció un banco financiero para los mineros y un colegio de mineria, y confirió titulos de nobleza a empresarios ricos. El resultado de todas estas medidas fue hacer que la mineria fuera más lucrativa y dar a la industria un nuevo aire de respetabilidad. Además, la expansión de la producción de plata en México se derivó de la unión de inversión mercantil, habilidad empresarial e incentivos fiscales, ayudado todo ello por un abundante abasto de trabajadores libres y de depósitos de minerai de fácil acceso. En el siglo XVIII, la Nueva España surgió como la principal provincia del Imperio, segunda sólo de la metrópoli en su riqueza y rendimiento fiscal.

4 Llamar la atención hacia la escala y el éxito de las realizaciones de Gálvez no es negar la controversia que sus medidas causaron. Sin atender a las repetidas protestas de Perú y de México, Gálvez se apoyó en juristas, contadores y soldados llegados de España para imponer su revolución en el gobierno. La reción creada burocracia fiscal, las intendencias, el ejército permanente y las Audiencias quedaron encabezados por peninsulares. Al acercarse su gestión a su fin, sólo un tercio de los oidores de la Audiencia eran criollos, comparados con una mayoría, cuando él llegé a la ciudad de México. Hasta en la Iglesia, que durante tanto tiempo fuese esfera reservada a los criollos en todos los niveles, ahora se nombraron sacerdotes europeos para ocupar cabildos de catedral. Podemos tener cierta idea del desdén con que Gálvez veia a los españoles de América en esta carta que escribió a su fiel subordinado, Juan Antonio de Areche, que por entonces hacia una visita al Perú, y en la cual decia que los habitantes de Lima eran "de ingenio y comprensión fácil; pero de juicio poco sólido y superficial, aunque sumamente presuntuoso... Son de poco espíritu, tímidos y reducibles". Los vulgares errores que Feijoo había denunciado con tanta elocuencia estaban así, ahora, firmemente arraigados en la mentalidad oficial, pues ofrecian un pretexto conveniente a la política imperial[2]. En el Archivo de Indias existe un documento anónimo, evidentemente redactado por un alto funcionario residente en Madrid durante los años de 1775-1776, que sin ambages describe a Gálvez como un hombre "sin experiencias, sin tino y sin cordura". Lo pinta como "un ministro que desprecia para todo a sus estantes y habitantes" de América. En aquellos años se habían creado muchos puestos gubernamentales, pero casí todos los que estaban vacantes se asígnaban a hombres nuevos, reclutados directamente en España, pasando así por

encima y "quitando el orden de ascensos a los americaños". Y sin embargo, ¿con qué derecho se negaba a los criollos acceso a taies cargos, especialmente puesto que "faltando los premios a las letras suceda a los americaños lo mismo que a los griegos sujetos al Imperio Otomano?" Como estaban las cosas, el resentimiento contra estas medidas creció a un ritmo proporcional. Hasta los funcionarios peninsulares que servían en el país se habían preocupado por las perspectivas de carreras de sus hijos. Concluía diciendo que las colonias "jamás dejaron de abominar el [gobierno] del Marqués de Croix con la época de la última visita generai". Todo el país sintió desaliento al enterarse de que "el mismo Instrumento destructor... sea colocado en éstos con mayores facultades para que sacien su ambicíon de meter ruido en ambos hemisferios". Estas notas, puestas en forma cronológica, terminaban con una nota profética: "Gálvez ha destruido más que ha edificado... su mano destructora va a preparar la mayor revolución en el Imperio Americano."[3]

5 La más violenta respuesta al gran designio de Gálvez de arrancar más impuestos al Imperio americano surgió en el Perú. En 1780, el cacique de Tungasuca, José Gabriel Condorcanki Túpac Amaru (1738-1781), llamó a los campesinos de los Andes a una rebelión, que acabaria por invadir todo el territorio desde Cuzco hasta Chuquisaca. Un observador de la época estimó que no menos de 22 corregimientos habían sido devastados por "una revolución generai". Atemorizadas por la gran escala del movimiento, las autoridades coloniales pusieron censura a toda referencia a él, de modo que toda la historia sólo se publicó después de la Independencia. Sin embargo, sin que de ello se enteraran en Madrid, Melchor de Paz, secretario criollo de los virreyes Manuel de Guirior (1777-1781) y Agustín de Jáuregui (1781-1784), aprovechó su puesto para llevar un registro de los acontecimientos, copiando testimonios de testigos presenciales, cartas y proclamas de los rebeldes, libelos populares e informes y memorandos oficiales. Su crénica, intitulada *Diálogo sobre los sucesos varios acaecidos en este reino del Perú* (1786), consiste esencialmente en estos documentos, torpemente entrelazados en una secuencia cronológica aproximada, junto con un comentario en forma de diálogo. El resultado es una obra informe, carente de estilo o de una narrativa sostenida: el depender del diálogo viene a añadir la confusion. En efecto, Paz era más un editor que un autor, renuente a poner sus propias opiniones con claridad. Sin embargo, estos defectos también eran una gran fuerza: su crónica posee toda la inmediatez y el ritmo de un periódico, los informes de testigos presenciales dan al lector la sensación de participar como observador contemporáneo de las acciones descritas, frecuentemente aterradoras. No es que Paz aspirara a la imparcialidad pues cuidadosamente seleccionó los documentos para que constituyeran una acusación contra las medidas favorecidas por los ministros de Carlos III. De este modo, su *Diálogo* figura dentro de la tradición del patriotismo criollo y es una formidable expresién del odio de la *élite* limeña al régimen de los Borbones. El que también exprese su temor y su desdén por los indios es testimonio de la eterna contradicción de los españoles americanos, atrapados siempre entre la autoridad intrusa de la metrépoli europea y el explosivo descontento de las masas indias. Poco se sabe de la vida de Melchor de Paz (1730?-1796?): su padre llegó de la Península y trabajó brevemente como secretario virreinal; él mismo nacié en Lima, se graduó en la Universidad de San Marcos, y terminó sus días en el Oratorio como sacerdote.[4]

6 Para empezar, Paz lanzó un vitriólico ataque contra Juan Antonio de Areche, visitador general del Perú en 1777-1782, a quien describe como "cliente e íntimo" de José de Gálvez. Parte de su animosidad se deriva de la querella de Areche con Guirior, cuya simpatía a los

criollos movió al visitador a convencer a Madrid de que lo despidiera. Pero Paz también presenta a Areche como inflexible e incompetente, como un tirano dispuesto a sacrificar los intereses y el bienestar de la población peruana a la obsesiva búsqueda de más ingresos para la Corona. Todo intento por cuesciónar sus medidas políticas era interpretado como deslealtad, y recibido con amenazas de despido o de destierro. A juzgar por los resultados inmediatos, las medidas de Areche tuvieron éxito, pues logró un aumento de los impuestos, de más de un millón de pesos anuales. Y sin embargo, hasta en su área escogida de eficiencia administrativa, resultó incompetente, pues contra todos los consejos, insistió en arrendar la administracón de la mina de azogue de Huancavelica, medida que pronto condujo a la ruina de sus instalaciones y echó por tierra la producción. Para poner en claro su mensaje, Paz insertó varias carias enviadas al obispo de Quito, escritas por un corresponsal anónimo, en que se acusaba a Gálvez y a Areche de ser tiranos, comparables en su dépravación con los Pizarro. En particular, el ministro de Indias era denunciado por tratar de recuperar las Indias mediante una política que pronto lanzaría a la rebelión a unos súbditos hasta entonces leales. Para empeorar las cosas, había creado una plétora de nuevos puestos en la burocracia jurídica y fiscal, sólo para ocuparlos con españoles europeos, hombres frecuentemente de baja cuna que despreciaban a los americaños. Y tampoco quedaba libre de la acusación de nepotismo el ministro, pues el anónimo autor afirmaba: "Así se ve regentes y aumentado número de Ministros en estas audiencias, todos consanguíneos, deudos y dependientes de Gálvez."[5]

7 Ésta candente condena del nuevo régimen conduce directamente al argumento central de Paz, a saber, que por muy opresivos que hubiesen sido los repartimientos de comercio, la principal causa de la rebelión de Túpac Amaru eran las medidas fiscales introducidas por Areche. Para probar esta tesis, examinó todo el siglo y el continente, empezando por la revuelta de 1730 en Cochabamba, ya descrita por Arsans y Peralta, que él achacó al intento del corregidor de incluir mestizos en el registre de los tributarios indios. Pero fueron los motines de Arequipa, de comienzos de 1780, los que le ofrecieron su testimonio más persuasívo, pues en tal distrito el corregidor no sólo había hecho tres repartimientos de mercancía en dos años, distribuyendo bienes a los mestizos que vivían en las haciendas así como a las comunidades indias, sino que también había tratado de poner a mestizos, mulatos y cholos como tributarios indios, pidiendo a los curas párrocos que revisaran el registre bautismal con objeto de precisar la situación étnica correcta de individuos sospechosos. Pronto las cárceles estuvieron llenas de infortunados que no podrían cubrir el costo de todas estas exacciones. Pero el desaliento popular se convirtió en impulsiva ira cuando el reción nombrado director de alcabalas hizo un viaje por el distrito para asegurarse de que todos los productos del mercado, cualquiera que fuese su fuente, pagaran el impuesto de 6 %. Los vinos y aguardientes de la costa, que pasaban por la ciudad camino al altiplano, pagarian aún más altos impuestos. El resultado de toda esa presión fiscal fue un motin popular, movimiento inspirado en parte por la *élite* local, ayudada por los franciscaños, motin en que las casas de la aduana fueron quemadas hasta los cimientos, y su director tuvo que huir de la ciudad para salvar la vida.[6]

8 Para mayor corroboración, Paz buscó primero en Quito y luego en Bogotá. Citó documentos que demostraban que, mientras que anteriormente la alcabala había sido cobrada por el gremio de comerciantes sobre los articulos suntuarios importados de Europa, según el sistema actual virtualmente todo producto quedaba ahora sujeto al impuesto. Tanto los indios como los españoles tenían que pagar. El resultado de todo esto era alzar los precios para el consumidor, y reducir los rendimientos de los productores.

En la Nueva Granada, la introducción de directores y guardias de la alcabala, a sueldo, junto con el establecimiento del monopolio real, provocó motines en la ciudad de Socorro. Las quejas inmediatas eran las restricción del cultivo del tabaco al distrito de Tunja, la imposición de alcabalas de 2 a 6 %, el gravamen impuesto a los alimentos y los nuevos altos precios del aguardiente, también monopolio real. Como en Arequipa, la *élite* del lugar apoyó al pueblo. Pero en este caso, los motines se convirtieron en un movimiento generalizado de comuneros que decidieron marchar a la capital virreinal, Bogota, incitados por gritos de "¡Viva Socorro, viva el rey, muera el mal gobierno!" En lo que había sido inicialmente una rebelión de criollos y mestizos también participaron los indios, algunos de los cuales proclamaron su jefe a Túpac Amaru. Dado que en el virreinato había poca o ninguna tropa que hiciera frente a cerca de 20 000 rebeldes, el arzobispo de Bogotá, Antonio Caballero y Góngora, se puso al frente de quienes trataban de negociar un acuerdo con los comuneros, y firmó las Capitulaciones de Zipaquirá, según las cuales se cancelaban todas las nuevas exacciones fiscales. El odio que inspiraba a los rebeldes puede observarse también en su demanda del nombramiento de "naciónales de América" a los puestos de gobierno, ya que, según afirmaban, los europeos despreciaban a los americaños, creyendo que eran "sus inferiores criados". Cuando el arzobispo firmó las Capitulaciones, junto con una promesa de amnistia a todos los rebeldes que volvieran a sus hogares, la revolución terminó. La *élite* criolla que había trazado su curso había alcanzado así su meta. En su descripción de estos hechos, Paz elogió la prudencia y habilidad de Caballero al aplacar lo que habria podido convertirse en una desastrosa guerra civil, cualidades ausentes en la reacción de Areche a un desafio similar en Perú.[7]

9 Aunque Paz trató de colocar la rebelión de Túpac Amaru dentro del contexto de una reacción generai por todo el Imperio, también insertó memorandos que trataban de los repartimientos de comercio, observando que las críticas al actual sistema se remontaban ya al siglo XVII. En particular, se basó en un extenso memorial escrito en 1778 por Miguel Feijoo de Sosa, contable criollo de la Audiencia, quien rudamente condenaba a los corregidores, tildándolos de ladrones y tiranos, que saqueaban a la población aborigen y pervertían su poder de magistrados. Además, desde 1751, cuando el sistema había adquirido la sanción legal, se habían extendido los repartimientos para que incluyeran también a mestizos y terratenientes, con el resultado de que las familias criollas se veian amenazadas de ruina. Fue este mémorial, aunado al comienzo de la rebelión, el que llevó a Areche a expedir un decreto, en diciembre de 1780, que finalmente abolía los repartimientos de comercio. No es que Paz estuviera enteramente persuadido de la prudencia de esta medida, pues en las últimas e inconclusas secciones de su obra intercala un diálogo, cuyo tenor va en favor de la restitución de una forma de repartimientos, preferiblemente sin monopolio para dar mulas y paño doméstico a los indios, pues sin esa distributión muy probablemente volverian a hundirse en un nivel de simple subsistencia o, como diría él, de ocio.[8]

10 La sagacidad de Paz al comprender la mentalidad oficial queda demostrada cuando correctamente atribuye el origen del nuevo régimen al *Nuevo proyecto para el gobierno económico de América*, de Campillo. Con este fin, copió los capítulos procedentes, en que tal ministro pedía una visitación general, intendencias y monopolios reaies del tabaco y el aguardiente. Asímismo, notó las comparaciones que se hacían entre los rendimientos de las islas azucareras del Caribe, y Perú y México. En el marco de la reciente rebelión, la insistencia de Campillo en que el verdadero tesoro de las Indias era su población natural, que debía quedar liberada de la tiranía de los corregidores, adquiere una resonancia

irónica. El principal objetivo de la revolución borbónica del gobierno era fortalecer la monarquia promoviendo las exportaciones de América y obteniendo mayores ganancias.[9]

11 De este modo, si Paz hizo una acusación general del nuevo Leviatán tuvo pocas palabras de simpatía para sus victimas. En tres pasajes separados, presentó diálogos en que inventó unos personajes que se unen en su denigración de los indios. Recordando el proyectado levantamiento indio de 1750, citó una denuncia contemporánea de los indios como "enciclopedia de todos los males", culpables de pereza, mentira, embriaguez, dolo, idolatria y, ante todo, de estar consumidos por un eterno odio a todos los españoles. Inició un capítulo ulterior con la pregunta: "¿Qué cosa es un indio?" para responder: "Es el ínfimo grado de animal racional", preludio a toda una pagina de insultos. Además, citó cartas de su amigo, Juan Bautista Zavala, terrateniente del distrito de La Paz, quien deseaba castigar a los indios por su cruento ataque a los criollos, despojándolos de sus tierras y reduciéndolos a la servidumbre en las fincas propiedad de españoles; estas medidas se aplicarían acantonando una pequeña guarnición de soldados regulares en cada provincia, y quemando las Leyes de Indias.[10]

12 Taies diatribas pueden comprenderse, si no perdonarse, más fácilmente si recordamos al salvajismo de la gran insurrección andina. Al comienzo, ciertamente se hizo un intento por atraer el apoyo de criollos y mestizos, pero conforme el movimiento cobraba impulso, el campesinado indio empezó a atacar a todos los españoles y sus propiedades, fuesen europeos o americaños. Se saquearon haciendas, se destruyeron obrajes, se invadieron y saquearon ciudades. En particular, el ala méridional de la rebelión, encabezada por Túpac Catari, alias Julián Apasa, se hizo célebre por su bárbara matanza de españoles, sin perdonar a mujeres y niños. Asimismo, en Chucuito los rebeldes se apoderaron de las ciudades del lugar y asesinaron a sus habitantes: una columna de familias de refugiados que huyeron de Puno, perdió 1 000 vidas antes de alcanzar la seguridad en Arequipa. Como siempre ocurre en taies momentos, la histeria infectó la comunidad criolla y no pueden creerse todos los informes acerca del salvajismo de los naturales. Al parecer, los frailes agustinos del gran santuario de Nuestra Señora de Copacabana continuaron oficiando durante toda la duración de los disturbios. Sus servicios una vez recibieron una visita de Túpac Catari. Aunque algunos sacerdotes fueron muertos por los insurgentes, otros salieron ilesos[11]. La incidencia y la fuerza de la rebelión variaron de un distrito a otro.

13 En última instancia, la rebelión fue derrotada, afirma Paz, por la respuesta concertada de la *élite* criolla, la Iglesia y los caciques leales. Si las ciudades de Cuzco y de La Paz no hubiesen ofrecido tan resuelta resistencia a los ataques de los campesinos, la autoridad de la Corona habría sido gravemente menoscabada. Como salieron las cosas, el obispo criollo de Cuzco, Juan Manuel de Moscoso y Peralta, movilizó y armó al clero para defender la ciudad: acción que llevó a Paz a compararlo con Juan Caramuel Lobokwitz quien, en 1648, defendió Praga contra los suecos de manera similar. Además, algunos curas de aldea lograron unir a sus feligreses contra los rebeldes. Asímismo, los caciques permanecieron leales a la Corona y convocaron a sus súbditos a la defensa de Cuzco y la persécución de los rebeldes, tarea en la que se distinguió especialmente Mateo Pumacahua, cacique de Chinchoro. Y, de no menor importancia, las columnas de ayuda enviadas desde Lima y Buenos Aires fueron encabezadas por criollos, oficiales a quienes Paz se apresuró a llamar los "reconquistadores del Perú". No que las fuerzas reaies hubiesen tenido una tarea fácil, pues el instructor general, José del Valle, se quejó de que de 20 000 hombres a los que mandó en Cuzco, sólo 500 eran soldados con preparación. Cuando trató de liberar

Chucuito, los indios de su ejército actuaron como bandas de beduinos, saqueando los pueblos por los que pasaban, y luego volviendo a su casa una vez que las provisiones se agotaban y el clima empeoraba. Del otro lado de los Andes, una expedición de socorro enviada desde Cochabamba logré romper el cerco que rodeaba La Paz, para luego deshonrarse saqueando las casas de la ciudad. Sólo cuando llegó una columna de tropas regulares, enviadas de Buenos Aires, el presidente de La Plata lanzó una campaña concertada de reconquista. Pese a su papel activo en suprimir la rebelién, los comandantes criollos, comenté Paz, no recibieron de la Corona el reconocimiento ni la recompensa que sus servicios merecían.[12]

14 Lo sorprendente en el enfoque de Paz a la rebelión es su falta de curiosidad por el propio Túpac Amaru. Al parecer no se dio cuenta de que el cacique de Tungasuca había litigado en la Audiencia de Lima para demostrar que descendía en línea directa de aquel Túpac Amaru a quien el virrey Toledo había ejecutado en 1572. Educado en el colegio de San Francisco de Borja en Cuzco, el Túpac Amaru del siglo XVIII era un terrateniente de cierta importancia, propietario de 350 mulas de carga que recorrian los caminos entre Cuzco, Arequipa y Potosí, mestizo de ascendencia, e hispanizado en su cultura y su hábito.[13] Sin embargo, donde Paz sí acertó fue al recabar las cartas y proclamas del jefe rebelde, pues estos documentos muestran que desde el principio Túpac Amaru exigió la abolición de los nuevos impuestos, los repartimientos de comercio, y la *mita* anual de Potosí. De un solo plumazo trató de desmantelar toda la estructura de la explotación que había causado tantos sufrimientos al campesinado andino desde los dias de Toledo. Además, pidió la expulsión de los europeos del Perú, y la deposición de los corregidores. En suma, condenó el régimen español como manifiesta tiranía, y trató de liberar al Perú de sus lazos coloniales. Al mismo tiempo, se tomó trabajos para asegurar a criollos y mestizos que su movimiento no amenazaba sus vidas ni sus propiedades, expresando la esperanza de que todas las razas en Perú "vivamos como hermaños y congregados en un cuerpo". Y no había doblez en esta aspiración, pues había criollos en su propio circulo de parientes y consejeros. Asimismo, recordó al obispo Moscoso su respeto a la Iglesia y a la fe católica en que se le había criado. En realidad, claramente estipulaba que la Corona seguiria recibiendo el tributo y el diezmo de plata, y la Iglesia recibiría su diezmo de los productos agrícolas. Donde Túpac Amaru difería de los comuneros de Nueva Granada, diferencia que le impidió todo acuerdo con la *élite* criolla, fue al darse el titulo de Inca y proclamar que descendía de la casa real. Su derecho de llamar a los campesinos a la rebelión contra la Corona espanola se derivaba, así, de su propia autoridad hereditaria como Inca. Tal fue una afirmación que provocó expectativas mesiánicas entre las masas aborígenes, despertadas a la acción por profecías del fin del régimen colonial. Entre los documentos de Túpac Amaru se encontró una proclama en que se llamaba a si mismo "Don José primero por la gracia de Dios, Inca Rey del Perú". Era ésta una pretensión que pocos criollos podían aceptar sin admitir al mismo tiempo la destrucción del orden social al que debían su posicíon.[14]

15 Si Paz mostró poca comprensión por las quejas de los indios, sin embargo describió la ejecución de Túpac Amaru y su familia, y su descripción constituyó una condenación virtual de todo su proceso, pues Areche ordenó, para empezar, que el jefe rebelde fuera torturado dislocándole los miembros, y luego hizo que le llevaran a la gran plaza de Cuzco para ver cómo mataban a su mujer y a su hijo mayor, después de cortarles la lengua. El propio Túpac Amaru fue sometido a un torpe intento de ejecución, por medio de cuatro caballos que tiraban de cada uno de sus miembros, pero al fallar esto, fue sumariamente

decapitado. Antes de su muerte, informa Paz, el Inca se dirigió a Areche con estas palabras: "Vuestra Senoria y yo somos los únicos causantes de la sangre que se esta derramando: Vuestra Señoría por haber oprimido al reyno con contribuciones excesivas y nuevos impuestos, y yo por quererlo libertar de taies tiranias y vejaciones. " Supuestamente tomada esta declaración de testimonios presenciales, Paz achacó claramente a Areche el causar la rebelión, e implícitamente exoneró a Túpac Amaru, siendo la heroica dignidad con que el inca toleró sus sufrimientos otra prueba más de su carácter patriótico.[15]

16 Lo que falta por completó en el diálogo de Paz es una consideración de la relación entre el Imperio inca y la rebelión de Túpac Amaru o, mejor dicho, un análisis de la influencia de Garcilaso de la Vega en el Perú del siglo XVIII. Ya Ulloa y La Condamine se había asombrado ante la diferencia entre la degradación de los naturales de su época y la elevada imagen de los incas presentada por el gran historiador mestizo. Pero los lectores indios de Garcilaso encontraban una paradoja no menos inevitable: ¿cómo era posible reconciliar el benévolo gobierno de los Incas con la tirania de los españoles? En efecto, de la publicación de la segunda edición de los *Comentarios reaies*, en 1722, resultaría un acontecimiento incendiario, pues en sus páginas los hidalgos indios pudieron enterarse de la grandeza y justicia de los Incas y de la crueldad de los españoles. Además, ello adquirió vigencia contemporánea cuando los *kurakas* que sufrian todo el peso del mal gobierno del corregidor llegaron a adoptar el reino inca como modelo politico o norma por la cual juzgar los abusos del presente. Esta invocación de un pasado ideal no se limitó a la nobleza india, ya que en un informe escrito al obispo de Cuzco en 1767, Ignacio de Castro, cura de un distrito rural, denunció las depredaciones de "los corregidores, aquellos leones sanguinarios y lobos rampantes" cuyo "absoluto despotismo" era una implacable aplicación de las más cínicas máximas de Maquiavelo. El obispo debía pedir al rey que protegiera de taies abusos a sus súbditos; después de todo, añadía, los indios siempre habían buscado ley y amor en Cuzco, "siendo tiernamente vistas de sus primeros monarcas en quienes sólo la luz de la razón natural, aun sin la ilustración de la fe, regló un gobierno tan admirable que a leerse en sus historias puede servir de modelo la política más refinada". Aquí, en una carta confidencial, escrita por un sacerdote criollo, encontramos una invocacíon casi instintiva de la benevolencia y justicia de los Incas como norma para medir la tirania contemporánea.[16]

17 La importancia de los *Comentarios reaies* al fortificar la insistencia de la nobleza india en su ascendencia Inca fue explicada por el obispo Moscoso, quien en una carta enviada a Areche, escrita después del sitio de Cuzco en 1781, criticó rotundamente a su grey india por su tenaz adhesión a las creencias, ceremonias y "antigüedades" paganas. Después de más de dos siglos de gobierno español, aún seguían atados por su tradición "gentil", llevando sus propios ropajes y hablando su propia lengua. Había sido un error capital dejar que la *élite* india de Cuzco apareciera en público con sus atuendos incas, y permitirles hacer que pintaran sus retratos de esta manera. Más perniciosa aún era la colección de retratos dinásticos conservada en el colegio de San Francisco de Borja, que incluía una imagen de Túpac Amaru, la cual colgaba en el refectorio, pues "son los indios una especie de seres racionales de quienes hace más impresión lo que ven que lo que se les dice". La constante vista de retratos y atuendos incas mantenía viva la memoria del pasado y de hecho convertía al Imperio inca en una imaginaria "edad de oro". En realidad, la tolerancia española había echado las semillas de la deslealtad. Ya era tiempo, decía Moscoso, de extirpar todo vestigio del pasado inca, prohibiendo a los caciques llevar todo

atuendo ceremonial que no fuesen los uniformes españoles y confiscar todos los retratos, insignias, libros y documentos que trataran de los incas. Asímismo, había de suprimirse toda crítica a la conquista española. En realidad, debieran hacerse esfuerzos por extirpar el gusto por las lenguas indias.[17]

18 Hablando del jefe rebelde, al que había conocido personalmente, declaró Moscoso:

> Si los *Comentarios* de Garcilaso no huvieran sido la lectura e instrucción del insigne José Gabriel Túpac Amaru, si sus continuas invectivas y declaraciones contra los españoles. no se huviesen radicado tanto en su ánimo... Si éstas y otras lecciones que algunos autores regnícolas no huvieran tenido la aceptación del traidor en lo que ellas vierten sobre la conquista, no emprendería Túpac Amaru el arrojo detestable de su rebelión.

19 Invocando una comparación implícita con Don Quijote, Moscoso declaró que si el hidalgo de aldea de los Andes no hubiese sido engañado y deslumbrado por el espurio encanto de los libros que había leído, habría permanecido satisfecho en sus campos, cuidando sus mulas, desconocido del mundo. Para aplacar el espectro del pasado, en 1782 las autoridades coloniales ordenaron que, silenciosamente, se confiscara todo ejemplar de los *Comentarios reales* y que se prohibiera toda circulación de ellos en el Perú. Así como un buen día Toledo se había apoderado de los escritos de Las Casas, prohibiendo todo estudio del pasado aborigen, ahora Gálvez y sus agentes intentarían, aunque en vano, extirpar la influencia de Garcilaso de la Vega.[18]

NOTAS

***.** Estas páginas pertenecen al capítulo XXI del *Orbe Indiano* de David Brading. publicado en 1991 por el Fondo de Cultura Económica. Agradecemos al Fondo y al autor su gentileza al permitirnos reproducir las paginas sobre Túpac Amaru.

1. D. A. Brading, "Bourbon Spain and its American Empire", en *Cambridge History of Latin America*, ed. Leslie Bethell, 5 vols. (Cambridge, 1984-1986), 1. 389-434.

2. Mark A. Burkholder y D. S. Chandler. *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias 1687-1808* (Columbia, Missouri, 1977), págs. 97-124.

3. Brading, *Miners and Merchants*, págs. 37-42.

4. Melchor Paz, "Diálogo sobre los sucesos varios acaecidos en este reyno del Perú", en Luis Antonio Eguiguren (ed.), *Guerra separatista. Rebeliones de indios en Sur América, la sublevación de Túpac Amaru*, 2 vols. (LIma, 1952), I, II-14; II, 263. Sobre la rebelión de Túpac Amaru, véase O'Phelan Godoy, *Rebellions and Revolts*, págs. 161-275; Flores Galindo, *Túpac Amaru II, passim*.

5. Paz, *Diálogo,* I, 222-223, 285; II, 104-105, 117, 127-136.

6. *Ibid.*, I, 85-87, 107-111, 132-137, 162, 188-192.

7. *Ibid.*, I, 421; II, 77-86; véase John Leddy Phelan, *The People and the King. The Comunero Revolución in Columbia, 1781* (Madison, 1978), *passim.*

8. Paz, *Diálogo,* II, 293-357, 419-421; I, 103.

9. *Ibid.*, II, 388-418.

10. *Ibid.*, I, 206-207, 293-294; II, 185, 299, 419421.

11. *Ibid.*, I, 244, 279, 341-346, 386-397,433; II, 102.

12. *Ibid.*, II, 91-93, 107, 109-210, 263-265, 292, 297; I, 276, 412-416.

13. Daniel Valcárcel, *La rebelión de Túpac Amaru* (México, 1965), págs. 42-47, 144.

14. Paz, *Diálogo*, I, 285-286, 250, 328-331,361 -362.

15. *Ibid.*, 1,405-406,411.

16. *Túpac Amaru y la Iglesia: antologia* (Lima, 1983), págs. 152-161.

17. *Ibid.*, págs. 270-272.

18. *Ibid.*, págs. 276-277; también Rowe, "El movimiento nacional inca del siglo XVIII", en Flores Galindo, *Túpac Amaru II*, págs. 25-32.

¿Cómo interpretar la rebelión panandina de 1780-1783?

Jean Piel

1 Note portant sur l'auteur*

2 Cuatro años después de proclamarse la Independencia de los Estados Unidos, nueve años antes de la Revolución Francesa, treinta años antes de la invasión de la península ibérica y de la secuela de movimientos latinoamericanos por la independencia, ¿es posible inscribir a la gigantesca rebelión que sacudió al mundo andino en los virreinatos de Perú y de La Plata (con repercusiones incluso en el de Nueva Granada) como el primer síntoma precursor del ciclo de revoluciones iberoamericanas?

3 Consecuencia directa de las reformas borbónicas que afectaron en particular la unidad geopolítica, incólume desde la *Conquista* del mundo andino, ¿la rebelión llamada de "Túpac Amaru" es acaso el esfuerzo póstumo antiibérico de una sociedad indoandina amenazada a la larga por la extinción? ¿Es pues el primer signo de la búsqueda de una identidad americana independiente? ¿O sólo se trata de un "movimiento social de Antiguo Régimen" característico de los márgenes de la hispanidad más tradicional?

4 Para tratar de dar respuesta a estas preguntas intentaremos examinar los siguientes temas:

- El mito histórico erigido en torno a esta rebelión.
- Evidencias y dudas que la historiografía de esta rebelión ha sacado a la luz.
- El papel que juega, desde 1780, el recuerdo de esta rebelión en la definición de las identidades hispanoindígenas e hispanocriollas en el mundo centroandino.

I.- Un mito histórico: la "rebelión de Túpac Amaru"

5 Sobre el tema, el mejor libro desde hace mucho tiempo —y hoy sigue siéndolo en muchos aspectos— ha sido aquel editado en 1943 en Buenos Aires por Boleslao Lewin, *Túpac Amaru, el rebelde*, Ed. "Claridad". Aumentado y modificado se ha reeditado como mínimo tres veces: en Buenos Aires en 1957 y 1967: y en La Habana en 1972. Para el historiador profesional, la versión de 1957 es quizá la mejor. Es en todo caso, el prototipo de más

éxito de lo que se puede llamar la historia "clásica" del personaje y de su movimiento —es decir la acreditación historiográfica del mito de una rebelión que fue principal y definitivamente étnica, mesiánica y que fue puesta en marcha por la voluntad de un jefe carismático que se basó en motivaciones y simbolismos tipicamente indígenas y andinos.

6 De acuerdo con esta versión Túpac Amaru había sido un cacique indígena REBELDE en contra del orden colonial opresor; también, un TEÓRICO de la rebelión antiespañola, por ende un PATRIOTA americano antes de que sonara la hora de las independencias finales. Esta orientación —es decir este trabajo sobre el sentido de las palabras— además de por Boleslao Lewin, fue consolidándose por muchos otros historiadores andinos. Éstos lo hacían en forma muy consciente al exaltar el culto histórico de la personalidad del cacique de *Tungasuca* y por motivos que sin duda consideraron patrióticos. Acerca de lo anterior, enunciar algunos títulos resulta revelador:

De Boleslao Lewin:
1943 y 1957 — *Túpac Amaru, el REBELDE.* **Buenos Aires**.
1972 — *LA REBELIÓN de Túpac Amaru y los orígenes de la EMANCIPACIÓN AMERICANA.* La Habana. Ediciones de Ciencias Sociales.
1973 — *Túpac Amaru: su época, su lucha, su HADO (!). Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.*
De Daniel Valcárcel:
947 — *LA REBELIÓN de Túpac Amaru*, México. Fondo de Cultura Económica.
1957 — "Túpac Amaru, fidelista y PRECURSOR" *in Revista de Indias.* LXVIII (241-253). Sevilla.
1972 — (Con Durand Flores). *LA REBELIÓN de Túpac Amaru in* "Colección documentai de la Independencia, tomo II, Vols. 1 a 4. Lima.
1977 — *Túpac Amaru, PRECURSOR de la Independencia.* Lima, UNMSM.

7 "Rebelde", "precursor", por lo tanto "emancipado"...; se ha revestido a Túpac Amaru con sucesivas derivaciones de sentido (¿llegando al grado de convertirse, con Daniel Valcárcel en la vulgata de Sevilla en 1957, en un "fidelista" a la Corona de España concesión muy "criolla" en el lugar y fecha de edición?). El caso es que al final puede entrar honorablemente al panteón de la "emancipación" latinoamericana. Se le podría erigir una estatua de bronce en las plazas públicas y hasta podría aparecer en los manuales de historia de Perú al lado de las de los LIBERTADORES San Martin y Bolivar, en realidad criollos, pero originarios de otros sitios (en Perú este largo proceso de reconocimiento histórico culmina hacia 1974 con el General Velasco).

8 En esta obra de construcción conmemorativa y patriótica y en los últimos cuarenta años, han sido muchos los que han colocado una piedra. Por ejemplo:

1947 — Cornejo Bouroncle, Jorge — *Túpac Amaru, la revolution PRECURSORA de la emancipation continental.* Universidad del Cuzco.
1972 — Ángeles Caballero, César A. — "El levantamiento tupamarista de 1783" in *Actas del Congreso International de Americanistas.* Lima.
1973 — Chaves, Julio César — *Túpac Amaru.* Buenos Aires. Editorial "Asunción".
Con mayor énfasis en la sugerencia de un Túpac Amaru "teórico de la lucha de la liberación national" de los Andes nos encontramos incluso con:
1974 — Durand Flores, Luis — *Independencia e integración en el PLAN POLITICO de Túpac Amaru.* Lima. Editorial "P.L.V."

9 Es comprensible: estas obras con el inmenso mérito de revalorizar un personaje y un movimiento típicamente ANDINOS (en una Sudamérica donde todavía hacia 1930-1950 era de buen tono desconocer cualquier dosis indígena andina en las historias nationales o continentales) son merecedoras de nuestra simpatía, pero también de nuestra desconfianza. Apologética en exceso por reacción contra las historias oficiales CRIOLLAS,

contribuyen a resumir el movimiento de 1780-1783 en su jefe; a su jefe en su hipotético programa político; y finalmente, a convertir a este cacique andino en una especie de "criollo honorífico" que desde 1780 concibió el americanismo adelantándose 20 años a Vizcardo y Guzmán y cuarenta años a San Martin o Bolívar. En resumen, a hacer de él una especie de Lenin andino, capaz de levantar a las masas indígenas, oprimidas y enajenadas por el imperialismo español, tan sólo con la fuerza de su valor y de su genio politico. Este deseo de elevar a héroe a un personaje histórico INDÍGENA calcando para él lo que se reserva generalmente para los héroes CRIOLLOS, pone de manifiesto evidentemente ciertos procedimientos usuales de las historias académicas y oficiales y ofrece por eso mismo otro tanto de garantías científicas. Por esto, se presiente, (aun si hay buena fe y las mejores intenciones patrióticas), una superchería o por lo menos una MISTIFICACIÓN.

II. Las otras histografías de la rebelión: evidencias y dudas

10 Viene apareciendo, desde hace largo tiempo, otra interpretación sobre el personaje y su movimiento, no sin bases (aunque sólo fuera por el nombre de guerra conscientemente elegido por Gabriel Condorcanqui llamado "Túpac Amaru II"); ésta consiste en caracterizarlos como un renacimiento NEOINCAICO. Algunas referencias sobre esta línea:

1874 — (Anónimo) — *The Last Inca Revolt, the Story of Túpac Amaru;* London, Sweeting and C°. 3 Vol.
1959 — Rowe, John — *Quechua Nationalism in the XVIIIth Century.* Berkeley. California University Press.
1962 — Arguedas, José Maria (dit). — TÚPAC AMARU KAMAQ TAYTANCHISMAN: HAYLLITAKI (En quechua "A nuestro padre creador Túpac Amaru: himno canción) Lima. Edit. Salqantay.
1966 — Fischer, Lillian Estrella — *The Last Inca Revolt: 1780-1783.* Norman. Oklahoma University Press.
1982 — Gisbert de Mesa, Teresa — *Iconografia colonial y mitos indígenas.* La Paz.

11 Túpac Amaru, jefe de un renacimiento "nacional" andino, algo que nos aleja del "precursor" de la independencia criolla! Sin embargo, bajo "el inca", otros trabajos sugieren la figura de un aristócrata indígena privilegiado luchando por sus prerrogativas dentro de una sociedad muy inspirada en el orden hispánico:

1969 — Vega, Juan José — *José Gabriel Túpac Amaru.* Lima Edit. "Universo".
1972 — Pérez de Tudela y Buesco, Juan — "Acerca del significado de Túpac Amaru en la historia política de la monarquía indiana" in *Actas del Congreso International de Historia.* Lima.
1974 — Díaz Rementería, Carlos J. — "El delito de Lesa Majestad Humana en las Indias: un estudio basado en la sublevación de Túpac Amaru (1780-1781)" in *Anuario de Estudios Americanistas.* XXXI (229-242) Sevilla.

12 Siguiendo los mismos lineamientos, algunos trabajos insisten justamente en las relaciones muy particulares de este "inca mesiánico" con la Iglesia Colonial la que, antes de renegar de él, lo había instruido (con los jesuitas del Cuzco) y lo había cortejado al inicio de su conspiracíon (con la mediación del obispo del Cuzco):

1970 — Pérez Pájaro, María Teresa — *Historias del Colegio de Jesuitas del Cuzco.* Madrid. Fac. de Filosofía y Letras.
1983 — COMITÉ ARCHIDIOCESANO DEL BICENTENARIO DE TÚPAC AMARU. *Túpac Amaru y la Iglesia: Antologia. Lima. Banco de los Andes.*

13 No es tampoco de sorprender que en un Perú que pugnó por la reforma agraria de 1956 a 1976, algunos autores hayan deseado catalogar a este personaje de precursor, que exige esta vez no ya la independencia criolla, sino el derecho indígena a la tierra agrícola. Se convierte así en el primer "líder" social del Perú contemporáneo, aquel que proclamó (de acuerdo con los servicios ideológicos del General Velasco): "¡*Campesino, el patrón no vivirá más de tu miseria!*": Consultar para este caso:

1975 — Macera, Pablo — *Retrato de Túpac Amaru.* Lima, UNMSM.
1979 — Sivirichi Tapia, Atilio — *La révolución social de Túpac Amaru.* Lima. Edit. "Universo".

14 Es así como llevado a la categoría de héroe y más arriba aún era inevitable que terminara por producirse una reacción en contra del exceso de culto de la personalidad de este gran "líder". Esto en nombre del papel de las masas en la historia o en nombre de otras "estrellas" del movimiento que no se circunscribió a los límites del Perú actual. En este tenor tenemos:

1953 — Loayza, Francisco A. — "Memorias de Bautista Túpac Amaru: cuarenta años de cautiverio" in *Colección de los pequeños grandes libros de historia americana.* Lima. 17 vol.
1975 — Grondin Nadon, Marcelo — *Túpaj Katari y la rebelión campesina de 1781-1783.* Oruro.
1977 — Valencia Vega, Alipio, *Julián Túpaj Katari.* La Paz. Juventud.
1977 — Valle de Siles, María Eugenia. "Túpaj Katari y la rebelión de 1781: radiografia de un caudillo aymara" in *Anuario de Estudios Americanos.* XXXIV (633-664). Sevilla.
1979 — Valcárcel, Daniel — *La familia del cacique Túpac Amaru.* Lima. UNMSM.

15 Es comprensible; la figura histórica de Túpac Amaru y la de la rebelión panandina que él "dirigió" están terriblemente entintadas con la ideología (en ocasiones variable) de aquellos que escribieron la historia. Así se encuentra historiográficamente desmembrada entre diversas interpretaciones, algunas totalmente contradictorias; de éstas se puede intentar una lista:

- Precursor (indígena) de la independencia americana (criolla).
- Cacique indígena muy hispanizado (¿culturalmente mestizo?) enfrascado en la defensa tortuosa de sus privilegios tradicionales; es decir, ¿un defensor del Antiguo Régimen de los Habsburgo ante las reformas de los Borbones?
- Cacique indígena enfrascado en una guerra civil con otros caciques indígenas, más populistas que él (Túpac Katari) o más hispanizados que él (Pumacahua); en suma, ¿un CAUDILLO de guerra civil andina?
- Profeta de la restauración neoincaica en los Andes, en favor o en contra de Espana: ¿un precursor de los *líderes* antioccidentales del Tercer Mundo del siglo XX?
- Aristócrata indomestizo obligado a radicalizarse por la presión de sus propias masas sublevadas: ¿un precursor de los *líderes* de los movimientos campesinos del siglo XX?

16 Subsisten dos preguntas que habría que aclarar o aun contestar:

- ¿Qué función desempeña la referencia histórica en esta gran rebelión en el Perú y la Bolivia de hoy?
- ¿Si se trascienden las divergencias ideológicas entre historiadores del movimiento, se puede concebir una historia "objetiva"?

III.- ¿Hacia una desfuncionalización ideológica de la historia de la rebelión de 1780-1783?

17 A la primera pregunta planteada, lo anteriormente expuesto ya respondió parcialmente. En efecto, resulta evidente que la rebelión panandina de 1780-1783 ha sido evocada o censurada de acuerdo con una historia a cargo de la dificil misión de justificar un HECHO NACIONAL precario, tanto en Perú como en Bolivia. Por eso mismo, los historiadores centroandinos para abordar el tema casi sólo tuvieron en cuenta si Túpac Amaru y su movimiento eran o no integrables a la nacionalidad.

18 Al existir varios modelos nacionales (criollo, hispanista, indigenista, populiste, liberal, neodarwinista, marxista, nacionalista, restringido o universalista) existían también varias respuestas posibles. Así según los periodos de la historia de la nación peruana o boliviana, la "rebelión de Túpac Amaru" fue exaltada u oculta y pudo servir a diversas causas.

19 Para los nacionalistas criollos herederos de los fundadores de la República, siempre y cuando se borraran sus aspectos discrepantemente andinos, se convirtió en un medio para afirmar la presencia temprana de una resistencia centroandina ante la Colonia Española, y quizá también en un medio para hacer olvidar que ningún *Libertador* criollo peruano o boliviano alcanzó la dimensión de San Martín, de Bolívar o de Sucre.

20 Para las élites dirigentes criollas traumadas por el desastre de la Guerra del Pacífico, y por ende, presas de la tentación de retornar a la filiación hispánica o de adherirse a las tesis racistas del neodarwinismo, este movimiento demasiado indígena ameritaba olvidarse. Por el contrario, para quienes se oponían a los anteriores, la "traición" de las élites aristocráticas criollas reclamaba un retorno populista a las raíces andinas de la nación, una exaltación indigenista del movimiento de 1780-1783.

21 En el siglo XX, para los herederos populistas de estos últimos —apristas, marxistas, indigenistas, nacionalistas progresivas— los avances de la nacionalización en Bolivia y Perú exigían reintegrar la masa andina al pueblonación, por ende reinsertar los momentos culminantes y trágicos de su historia: tanto la rebelión de 1780-1783 como la resistencia indígena ante el invasor durante la Guerra del Pacífico a las rebeliones más recientes contra la difusión del imperialismo en los Andes en el siglo XX.

22 Por su situación eminentemente sintomática en la historia de las Repúblicas Centroandinas, hasta ese momento fundadas en la exclusión de la ciudadanía de la mayoría indígena y andina de la población, la rebelión de 1780-1783 sólo podía generar una historiografía profundamente ideológica —por lo menos hasta el momento— en que su *líder* Túpac Amaru se integró oficialmente (no sin ciertas dudas aún) en el panteón ya no nacionalcriollo sino nacionalpopulista hacia 1974. No fue por casualidad que aproximadamente en la misma época, los "indígenas" dejaron oficialmente de serlo para convertirse en "campesinos" dentro de la Nación, por lo menos asi los Maman los Estados.

23 ¿Acaso empezamos a ver declinar los tintes ideológicos que marcaron el estudio de la rebelión de 1780-1783? ¿Al fin se abren perspectivas para construir una historia objetiva, sino es que "científica" del movimiento? Así parece ser al leer las publicaciones recientes, eruditas o analíticointerpretativas, que desde hace unos quince años, se han establecido como meta principal ya no prejuzgar sino más bien aprehender y comprender. En primer lugar, veamos publicaciones de documentos en ocasiones inéditos:

1971-1974 — PERÚ: COMISIÓN NACIONAL DEL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA — *Colección documental de la Independencia del Perú.* Lima, XXX tomos, 106 vol.
1980-1982 — PERÚ: COMISIÓN NACIONAL DEL BICENTENARIO DE LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU — *Colección documentai del Bicentenario de la Revolución emancipadora de Túpac Amaru.* Lima. 5 vol.
1980 — ARCHIVO NACIONAL DE BOLIVIA — Documentación existente en el *Archivo Nacional de Bolivia sobre rebeliones indígenas: 1780-1783.* La Paz. Centro de Investigación Histórica.
1980 — COMITÉ ARCHIDIOCESANO DEL BICENTENARIO DE TÚPAC AMARU — *Túpac Amaru y la Iglesia: Antología. Lima.* Banco de los Andes.

24 Así como también los nuevos enfoques, problemáticos y metodológicos:

1976 — Flores Galindo, Alberto (edit.) — *Túpac Amaru II: Antología.* Lima. Retablo de Papel.
1980 — Zudaire Huarte, Eulogio — *Análisis de la rebelión de Túpac Amaru en su bicentenario: 1780-1980.* Madrid. Benzal.
1980 — Golte, Jurgen — *Repartos y rebeliones: Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial.* Lima. I.E.P.
1980 — O'Phelan, Scarlett — *El movimiento tupamarista: fases, coyunturas económicas y perfil de la composición social de su dirigencia* in "Actas del Coloquio "Túpac Amaru y su tiempo". Lima/Cuzco.
1983 — Szeminski, Jan — *La utopía tupamarista.* Lima. Universidad Católica.
1985 — Hidalgo, J. — *Indian Society in Arica, Tarapaca and Atacama (1750-1792) and its Response lo the Rebellion of Tupac Amaru.* University of London (tesis).
1985 — O'Phelan, Scarlett — *Rebellion and Revolts in XVIIIth Century Peru and Upper Peru.* Colonia. Bohlau.

25 Quizá nos acercamos al momento en que, mejor documentada y mejor llevada metodológicamente hablando, la historia de la rebelión panandina de 1780-1783 va a transferir sus cuestionamientos acerca de los planteamientos ideológicos hacia planteamientos más estrictamente historiográficos. Pero no es asunto fácil. En efecto, la historiografía andinista, AL IGUAL QUE LA HISTORIOGRAFÍA INTERNACIONAL, (ni más ni menos) no ha reafirmado aún muy bien sus conceptos para analizar estas grandes rebeliones de masas que hicieron tambalearse, en el siglo XVIII y principios del XIX, las fronteras agricolasmineras en expansión de la economíamundo "eurocentralista" de Antiguo Régimen (véase F. Braudel e I. Wallerstein) en sociedades aún muy rurales y autocráticas.

26 A reserva de una divulgación de trabajos inéditos y recientes (rusos, polacos, húngaros...) todavía sin difundir en nuestros países (latinos, anglo sajones, germánicos), ¿qué sabemos de los NUEVOS enfoques historiográficos (si existen) de las grandes rebeliones de masas rurales dirigidas entre 1773 y 1848 por Pugachóv, Kosciuzko o Kossuth en condiciones sociales y políticas que no dejan de recordarnos a veces (por lo menos formalmente) aquellas experimentadas por Túpac Amaru o Túpac Katari entre 1780 y 1783?

27 Siempre se duda en reconocer si estos enormes movimientos sociales pertenecen a la categoría de "revuelta primitiva" (véase E. Hobsbawm) o a la de "revolución"; de "guerra de castas" o de "guerra popular de liberación" (véase Franz Fanon o Mao Tsé Tung); de los "movimientos populares de Antiguo Régimen" (véase Porschnev, Mounier, Tapié) o de las más contemporánea "lucha de clases". Cuando a partir de 1969 se retomaron estos problemas, desgraciadamente se hizo una évocación más que una elucidación de ellos. ¿*Cómo* en estas condiciones reprochar a la historiografía andina el no haber avanzado más que las otras en dichos temas? ¡Sin embargo, avanza; y no hace tan mal papel!

* Véase en particular:
1969-1970 — COMMISSION INTERNATIONALE D'HISTOIRE DES MOUVEMENTS SOCIAUX. *Histoire*

des mouvements paysans dans le monde de la fin du XVIIe siècle a nos jours. Nápoles (1969) y Moscú (1970).
1977 — Piel, Jean. *Les mouvements paysans au Pérou du XVIIe siéclé a nos jours.* Instituto Italiano per la storia dei Movimenti Sociale. Ginebra-Droz.
1985 — UNIVERSITE PARIS VIII. *Les mouvements populaires du XVIe au XVIIIe siécles (Colloque).* París.

Conclusión provisional

28 Al concluir esta presentación quizá demasiado rápida, es posible responder a la pregunta planteada en la introduction: ¿la rebelión panandina de 1780-1783 se inscribe en el ciclo de revoluciones iberoamericanas que liquidan el Antiguo Régimen Colonial?

29 SÍ, si se considera que por sus dimensiones sociales y geográficas fue, después de la Conquista y antes de las luchas finales de independencia, el ÚNICO levantamiento generalizado de esta amplitud que conmocionó el orden colonial de Antiguo Régimen en América.

30 NO, si se considera que terminó en el aislamiento y en el fracaso y que quizá contribuyó a acelerar las aplicaciones y la sistematización de las reformas borbónicas, por ende la consolidación de un orden colonial renovado en los cuarenta años anteriores a la Independencia de los Andes.

31 NO, si se considera que al separar dramáticamente las sociedades andinas entre indígenas y criollos quizá "retrasó" la movilización de los criollos centroandinos y favoreció las revoluciones de independencia.

32 SÍ, pero a largo plazo —mucho después de 1830— si se considera que al hacer intervenir con esta fuerza a las masas andinas en la historia para finalmente fracasar politicamente posteriormente, demostró la caducidad de las soluciones políticas "arcaicas" (colonialistas tradicionales o neoincaicas) y dejó intacto en las jóvenes repúblicas criollas centroandinas, en formación después de 1826, el problema (aquí aún más álgido que otras partes) de la dificil INTEGRACIÓN de la mayoría indígena de la población, al principio excluida del Estado-Nación. Así, se desencadenó una interminable dialéctica etnosocial de bloqueos reciprocos entre indígenas y criollos que sólo pudo resolverse con el tiempo (después de 1960) con un nuevo y trágico enfrentamiento entre dos paradigmas: uno, criollointegracionista, encaminado a la desandinización de los Andes en la nación; el otro, populista conquistador, con miras a la conquista (democrática o violenta) del Estado-Nación por la mayoria del pueblo de origen andino.

NOTAS

***.** CEMCA/ Universidad de París VII.

“Tradición y modernidad en el proyecto de Túpac Amaru”

Scarlett O’Phelan Godoy

1 Note portant sur l’auteur*

2 En 1812 la Constitución de Cádiz promulgaba la abolición del tributo indígena y de los servicios personales o, como se les denominaba en el Perú, de las mitas.[1] Las medidas en sí no fueron recibidas de la misma manera por los representantes que venidos de diferentes Virreinatos, convergieron en las Cortes. Pienso que ni siquiera en el caso de los diputados peruanos hubo consenso con relación a estos dispositivos. Y es que, una cosa era erradicar tributos y mitas en áreas donde la población indígena era marginal, y otra muy distinta llevarlo a cabo en regiones que albergaban una sustancial presencia india.

3 No debe llamar la atención, entonces, el poco énfasis que a estas medidas dieron los representantes venidos de Venezuela, Chile o Buenos Aires. Mientras que, en el caso del Virreinato del Perú, esta promulgación traía implicaciones directas.[2] Y no me refiero, exclusivamente, al hecho de que los tributos fueran uno de los pilares de la Real Hacienda. [3] El decreto alcanzaba también a los propietarios de los centros productivos serranos que reclutaban su mano de obra fundamentalmente de las comunidades campesinas y, en menor medida, a los hacendados costeños que combinaban la utilización de operarios indios, con esclavos negros y jornaleros mestizos[4].

4 Pero, el proyecto de eliminar tributos y mitas no era nuevo. Había sido reiterativamente incorporado en los programas políticos del siglo XVIII. Lo que si es cierto es que fue retomado y viabilizado por las Cortes de Cádiz. Esto significa que hubo apertura por parte de las Cortes para considerar las propuestas que habían sido esgrimidas previamente en las colonias. Evidentemente, remover tributos y mitas del sistema colonial iba a modificar las estructuras de la esfera socioeconómica del Virreinato peruano. Quizás ese fue precisamente el objetivo de las Cortes y de la constitución liberal, buscar “modernizar” las estructuras coloniales. La medida también respondió a la politica de “homogeneizar” la sociedad colonial para lo cual era importante liberar a los indios del pago de tributos y anular la mita, que aún funcionaba en el caso excepcional del Perú.

5 Tributos y mitas eran mecanismos tradicionales de explotación colonial que habían venido operando desde el siglo XVI y era en el sur andino peruano donde se encontraban mas arraigados. Esto se debía a que el 70 % de la población indígena se hallaba concentrada entre el Bajo y el Alto Perú. Adicionalmente, las minas de Potosí se ubicaban en territorio altoperuano y se abastecían de mitayos provenientes de dieciséis provincias circunvecinas. No en vano ésta región fue el epicentro de la gran rebelión en 1780-81.

6 Si bien es cierto que Túpac Amaru insertó las demandas abolicionistas en su manifiesto, les dio connotaciones particulares. Para el caso de los tributos propuso una erradicación de carácter temporal. Para el caso de las mitas se refirió exclusivamente a la de Potosí. Y es que, para 1780, de alguna manera resultaba anacrónico que las provincias del sur andino peruano enviaran contingentes de mano de obra a las minas potosinas que, desde 1778, formaban parte del Virreinato de Buenos Aires.[5] Así, al menos, lo entendieron "¿cuántas pues serán las (dificultades) que hoy se presentan con la división y la pertenencia de los...correxidores y diferentes Virreinatos?"[6] En este sentido el argumento jurisdiccional se superpone al argumento abolicionista.

1. La originalidad del programa

7 Es interesante indagar sobre la naturaleza de estas propuestas "abolicionistas" en el proyecto de Túpac Amaru. Es decir, explorar hasta qué punto resultaron novedosas en el contexto del siglo XVIII y, lo que es más importante, cuál fue el objetivo de formularlas como parte de la plataforma politica de la gran rebelión.

8 La supresión del tributo pero, sobre todo, la erradicación de las mitas, aparecieron consistentemente en los programas de las insurrecciones del siglo XVIII. Sin embargo, el énfasis no fue el mismo, y su combinación con otras demandas que se esgrimieron simultáneamente tampoco. En algunos casos tributos y mitas tuvieron un rol gravitante —como ocurrió en las rebeliones de Cotabambas en 1730 y Huarochirí en 1750 y de Chayanta en 1780; cuyo común denominador fue la masiva presencia india. Mientras que en otros casos su efecto se diluyó frente a demandas de carácter mas coyuntural —como en el caso de la gran rebelión, donde tanto la composición social como las reivindicaciones planteadas estuvieron mas diversificadas.

9 En 1720 se decretó la abolición de las mitas de chacra y obraje, aunque se mantuvo en vigencia la mita minera.[7] Nada se dijo sobre erradicar el tributo indígena. No obstante, al constituir tributo y mita caras de una misma moneda, la persistencia del primero implicó la impracticidad de la supresión del sistema de mitas. En el caso del sur andino la articulación entre tributos y mitas era bastante transparente. Ambos sistemas gravaban a la población india, y para cancelar los tributos los indios de comunidad se veían obligados a trabajar en los centros productivos locales: obrajes, haciendas, estancias. Emplearse como mitayos fue la alternativa que se les dio para hacer frente a los tributos. El cacique o jefe étnico remitía una cuota de mitayos a las haciendas y obrajes locales, cuyos propietarios cancelaban los tributos de estos operarios a través del cacique o directamente al corregidor. Bajo este modelo las comunidades quedaban sólo marginalmente envueltas en las transacciones monetarias; sus remuneraciones eran manejadas por el cacique y el corregidor. Es lo que Tristan Platt ha denominado "la conversión (a dinero) administrada"[8] aunque, a diferencia de lo que él plantea, pienso que la presencia del reparto de mercancías no logró anular este tipo de relación económica.

10 A pesar de que en 1693 se decretó que los indios podían pagar el tributo en especie o en dinero,[9] en la práctica numerosas comunidades del sur andino siguieron recurriendo a la fórmula preestablecida de remitir mitayos a los centros productivos, con el fin de que cancelaran el impuesto con su trabajo.[10] Para los propietarios las comunidades eran una reserva de mano de obra más conveniente que los jornaleros y que, adicionalmente, era más estable. Hubo comunidades que combinaron el suministro de mitayos con el pago del tributo en especie —maíz, trigo, papas, ganado, enjerga— productos que el cacique entregaba al corregidor, quien realizaba la venta y conversión a dinero, depositando el monto final en las Cajas Reales.[11] Hasta 1780 en Azángaro, eran varias las comunidades que cancelaban sus tributos en costales, sogas y bayetas de enjerga, "porque no tienen otra cosa en que satisfacerlo...y el cacique recibe en esta especie y solicita su expendio para hacer su entero en dinero."[12]

11 El énfasis en erradicar las mitas y los tributos aparece claramente enunciado en la temprana Conspiración de Oruro de 1739. Aunque el movimiento haya sido abortado, es interesante constatar que en Oruro, una provincia indígena y minera, se postula este punto. El manifiesto que prepararon los insurrectos señala que "...fuera de pagar (los indios) tan crecidos tributos anualmente los precisan a que concurran a mitar a los minerales de Potosí y Guancavelica de que resulta que estos miserables no gozan de la vida..."[13]

12 Si bien en la conspiración de Lima de 1750 no se trae a colación el tema, éste si se toca en la rebelión que estalla el mismo año en la provincia vecina de Huarochirí. Es natural que en la capital el punto concerniente a tributos y mitas resulte poco relevante, en la medida que la población indígena no era sustancial y además se desempeñaban como artesanos o pequeños comerciantes. En la rebelión de Huarochirí, provincia con un fuerte componente indígena, la alusión a las mitas no se circunscribe a la mita minera sino que también incorpora la mita de obraje. Esto no resulta fuera de contexto si se toma en cuenta que Huarochirí estaba en la ruta a la sierra central, donde Jauja y Tarma contaban con varios obrajes.[14] Por otro lado, no hay que olvidar que los obrajes hacían las veces de cárceles locales, donde también se remitían a los indios que tenían deudas por concepto de tributos.[15] El documento encontrado a los rebeldes hace un recuento de que "...ha doscientos y tantos años que estando purgando de nuestros progenitores y esperamos que nos han de consumir, y que ni aún remotas señales han de quedar de los naturales de este reino...sólo perecen en austero trabajo en el servicio de los españoles en obrajes, minerales...consumidero lleno de prisiones, ganando un real de sol a sol o tres cuartillos, qué corazón puede sufrir tan excesivos trabajos."[16]

13 En el caso de Oruro, el líder fue un criollo de poco caudal, y por lo tanto, tangencialmente favorecido por el servicio de mitayos. Los otros coludidos en la conspiración eran artesanos, a quienes su actividad colocaba al margen de tributos y mitas. Al no ser beneficiarios directos de estos mecanismos de explotación colonial, tuvieron menos reparos para proponer su abolición. Además, el cacique de Oruro también fue llamado a participar de la conspiración, y para ganar adictos entre los indígenas era indispensable que se promoviera la abolición de tributos y mitas. Esa será en adelante la agenda del campesinado indio.

14 En el caso de Lima, como en Oruro, varios artesanos estuvieron involucrados en el complot, además de un sacerdote franciscano, fray Francisco Tupa Inga.[17] Pero los anticuerpos del clero frente a la mita eran de otra índole. Para los curas doctrineros las mitas en funcionamiento los privaban de poder disponer de un grueso de mano de obra

que era enviada a las minas, o bien terminaba siendo administrada por el corregidor con el fin de coordinar el pago de los tributos. Se entiende entonces que al clero le resultara importante agitar el proyecto abolicionista con el fin de mediatizar el control del poder civil sobre las comunidades indígenas.

15 Con la legalización del reparto, en 1756, el control del corregidor sobre los pobladores indios pasó a ser aún mayor. Ahora éstos no sólo debían prestar servicios con el propósito de cancelar los tributos, sino también para cubrir los repartos. Las comunidades se vieron obligadas a duplicar sus esfuerzos y el número de brazos necesarios para generar el trabajo que les permitiera satisfacer ambos gravámenes. En estas circunstancias la mita de Potosí debió resultarles particularmente conflictiva porque les arrebataba hombres laboralmente activos.[18] Por momento la abolición del tributo pareció pasar a un segundo piano. El objetivo central fue el tratar de volver al balance anterior a partir de mitas y tributos, sacudiéndose del reparto. Y, en este punto habrá una especie de pacto tácito entre las comunidades, sus caciques y el clero: librarse del corregidor y sus repartimientos de mercancías.

16 La rebeliones que salpicaron la segunda mitad del siglo XVIII materializan la pugna que se suscitó a nivel local por el control sobre la mano de obra y el excedente campesino.[19] Si bien tributos y repartos tienen una naturaleza diferente —mientras el primero ingresaba a las Cajas Reales el segundo complementaba el salario del corregidor— las comunidades debieron recurrir a las mitas para cancelar ambos. En este sentido muchas protestas contra los repartos encubren los alcances del tributo ya que, ambos los cobraba el corregidor a través de su cajero o del cacique, y ambos se pagaban mitando en minas, haciendas y obrajes. Pienso que las comunidades que dependieron más seriamente de las mitas para cancelar sus tributos y repartos fueron las que quedaron rezagadas del activo movimiento mercantil de la segunda mitad del siglo XVIII. Mientras, aquellas que sustentaron sus pagos con el producto de sus tierras insertándose éxitosamente en el comercio regional, tuvieron mayores posibilidades de sobrevivir las modificaciones del sistema colonial. Indudablemente fueron estas últimas las que tuvieron mas acceso a la esfera monetaria. Lo que queda claro es que el reparto tuvo un doble efecto y que su impacto "monetarizador" fue mas restringido de lo que se ha asumido. De allí que en 1780 un clérigo del Cusco afirmara: "que al contado nunca se vende porque el poco dinero que se ve, (se) lo lleva el corregidor."[20] Es decir, "la conversión a dinero administrada" seguía operando, el reparto no había logrado desplazarla uniformemente.

2. Mitas y Tributos: la agenda indígena en la gran rebelión

> Nos hicieran (los indios) trabajar
> del modo que ellos trabajan
> y cuanto ahora nos rebajan
> nos hicieran rebajar;
> nadie pudiera esperar
> casa, hacienda, ni esplendores
> ninguno alcanzara honores,
> todos fueran plebeyos
> fuéramos los indios de ellos
> y ellos fueran los señores.

17 ¿Por qué en el caso de la rebelión de Túpac Amaru la abolición de mitas sólo se formula tibiamente? John Fisher ha hecho notar que "los criollos no se beneficiarían con el retiro de las minas y haciendas de la mano de obra barata de los indios."[21] Esto explica que Túpac Amaru postergara el argumento de la mita, con el fin de no ahuyentar a los criollos que en un principio vieron con simpatía el movimiento, actuando como escribanos o armeros. Varios de ellos manejaban propiedades en la región[22] y se servían de mitayos enganchados con el propósito de pagar sus tributos.

18 Indudablemente estas transacciones establecieron un flujo permanente de contacto entre caciques y hacendados. La cacica Thomasa Tito Condemaita, que se vio envuelta en la rebelión, dejó constancia en su confesión de que "Don Christóbal Mexía debe a S.M. a quenta del tributo del trabajo de los yndios del tercio de Navidad del año pasado de 1780, 200 y más pesos, lo que sabe Phelipe Flores, vecino de Acomayo."[23] El mismo Túpac Amaru al mencionar a sus deudores explicó que "Don Francisco Gandarillas, residente en Lima, arrendatario de la hacienda Parapata, propia del convento de La Merced de esta ciudad (del Cuzco), le debía seiscientos y tantos pesos, constan de vales precedidos del trabajo de los indios."[24]

19 Pero si bien la élite indígena podía aspirar a una relación más pareja con los hacendados de la localidad, los indios tributarios aprovecharon de la gran rebelión para descargar su agresividad contra los propietarios de los centros productivos donde acostumbraban a mitar. Saquear haciendas y quemar obrajes fue el modo de saldar las cuentas que tenían pendientes con sus antiguos patrones.[25] El hilo de comunicación entre caciques y hacendados evidentemente no era el mismo que entre indios y hacendados. De allí que se diga que los indígenas rebasaron el marco de acción de sus dirigentes.

20 Lo que queda claro es que el entretejido que conectaba en el sur andino a caciques, hacendados e indios de comunidad, estaba montado a partir de la fórmula tributomitas. Este montaje puede explicar porqué si bien la gran rebelión planteó la propuesta de suspender la mita de Potosí, es decir, la mita minera, poco o nada se habló sobre la mitachacra o la mitaobraje. Inclusive, aunque el argumento de suprimir la mita de Potosí aparece desde los primeros edictos y manifiestos, su ejecución se dilató. Esto no se debió a falta de contactos, pues uno de los confidentes del cacique era Lucas Aparicio, mestizo "papelista" y mayordomo de un trapiche en Potosí quien, además, adeudaba a Túpac Amaru el pago de "veinte y una y media libras de añil."[26] El contacto entre ambos debió ser estrecho, pues el caciquearriero cubría regularmente la ruta CuzcoPotosí, transportando bastimentos a las minas.[27]

21 No obstante, será sólo durante la segunda fase de la rebelión —la fase aymara— que Julián Apasa Túpac Catari haga notar que recién "a los últimos de la sédición estaban asimismo a quitar la mita de Potosí." Es más, su hermano Martín Apasa se incorporó tardíamente a la rebelión "recién venido de la mita de Potosí." No en vano, en las postrimerías del movimiento "los yndios de Potosí vinieron a pedir comisiones al rebelde Andrés (Túpac Amaru) para exaltar el levantamiento en aquellos lugares."[28] Es decir, la iniciativa de poner en práctica la supresión de la mita potosina, que indudablemente fue un argumento contundente para ganar el apoyo de las comunidades, vino de parte de los propios mitayos, no de sus dirigentes.

22 Y es que, evidentemente, la mita minera en la que tenía más efectos disruptivos sobre las comunidades, al tener que trasladar parte de su población hasta el Alto Perú. Las otras mitas se servían en haciendas y obrajes de la localidad. El cacique podía tener mayor

control sobre el arrendamiento de mitayos y sobre la recolección de los tributos.[29] Adicionalmente, así como hubo hacendados y obrajeros comprometidos en la fase temprana de la rebelión, también se constató la presencia de mineros, quienes acostumbrados a operar bajo las reglas de juego de la mita, difícilmente iban a promover su abolición.[30]

23 Esto nos lleva a enfatizar otro ángulo de interpretación. Creo que hay que tomar en considéración que la mano de obra barata que se obtenía a través de la mita bloqueaba la apertura de un mercado libre de trabajo dentro de la región. El reparto, que fue instaurado para cumplir con este propósito, dio sólo resultados partiales, no uniformes, porque en vez de significar que los indios se convirtieran en asalariados, en muchos casos tuvo el efecto contrario de revitalizar las mitas como mecanismo de pago.

24 El monto del tributo puede ser visto entonces como el salario mínimo que se cancelaba al mitayo. Cualquier ingreso igual o superior al tributo fijado le justificaba al propietario la presencia del mitayo y la validez de la mita como un recurso para abaratar los çostos de producción de su empresa. El excedente que generaba el mitayo luego de cubrir su tributo era utilizado para cancelar los bastimentos a precios inflados con que era endeudado. De esta manera en el margen diferencial de precios estaba la ganancia que obtenía el propietario. Es decir, la diferencia entre el salario y el tributo era rápidamente absorbida por el dueño del centro productivo.[31]

25 Es interesante observar que aunque Túpac Amaru ofreció suprimir la mita de Potosí, sólo propuso levantar los tributos temporalmente, mientras durara la rebelión. Uno de los convictos, Marcos Poma, confesó haber oído "que había de ejercitarse en su rebelión hasta tres años sin pagar tributo, ni hacer obligación alguna, que al cabo de ella habrían de continuar como siempre contribuyendo."[32] Pero la propuesta de una suspensión "a medias" no les resultó convincente a los indios tributarios. Otro de los inculpados, Thomas Gonzales, declaró que los tributos "no han pagado ni pensaron pagarlos por decir que ya estaban suprimidos."[33]

26 En principio se argumentó que era necesario mantener en vigencia los tributos para poder financiar el movimiento. Durante el proceso judicial, en el careo que se suscitó entre Túpac Amaru y su escribano Esteban Escarcena, el cacique admitió que "otros varios (caciques) le trajeron los tributos para los gastos de esta empresa."[34] Hipólito Túpac Amaru, hijo del cacique rebelde, aludió en sus declaraciones que "Túpac Amaru decía a los caciques se apurasen a traerle los tributos. Y de Carabaya algo trajeron."[35] Inclusive, Esteban Escarcena fue más específico en su confesión al subrayar que "en las provincias de Chumbivilcas, Lampa y Azángaro puso (Túpac Amaru) justicias mayores con orden que cobrasen los tributos y se los remitiesen."[36] El líder aymara Túpac Catari usó del mismo estratagema. En el juicio sumario al que fue sometido explicó que "sólo recibió 3,000 pesos de tributos del pueblo de Guarina, que lo trajieron aquellos yndios por el tercio de Navidad del año próximo pasado, sin que tomara otra cantidad por este ramo."[37]

27 Pero mantener en vigencia los tributos no tenía como único interés disponer de liquidez. Lo que ocurre es que si se suprimían los tributos, los caciques del surandino perdian su razón de ser, ya que manejar los tributos era una de sus principales funciones y, además, les daba acceso directo a las comunidades, su material humano, y sus recursos económicos. De allí su propuesta de una erradicación temporal y su intransigencia frente a una abolición de raíz. Un elemento adicional que no hay que desestimar es que Túpac Amaru se enteró, a través de uno de sus escribanos, que el visitador Areche en una carta circular del 2 de Agosto de 1780 había dado orden de apartar a los caciques de la

recolección de tributos "con el fin de que estos individuos ni con este pretexto tengan representación alguna."[38] Es posible que por mantener su acceso a la estructura fiscal, que era el eslabón que lo articulaba al sistema colonial, Túpac Amaru no abogó con más insistencia por la anulación de los tributos.

28 Sobre este punto hubo serias discrepancias entre el cacique de Tinta y los pobladores indios. Cuando Túpac Amaru entró a la provincia de Lampa ofreció abolir los repartos, pero omitió mencionar los tributos. Los indígenas protestaron arguyendo que "si todavía se cargaba a los indios con tributos, sería mejor pagarlos al Rey de España."[39] Frente a esta reacción y siendo Lampa la entrada al Alto Perú, el cacique tuvo que ceder a las presiones y suspender momentáneamente los tributos. Pero, repito, la supresión de tributos y de mitas —a excepción de la de Potosí— no eran prioritarias dentro de su programa. Esto lo confirma el comunicado que suscribe a escasos dos meses de iniciada la rebelión, el 17 de Enero de 1781, en el cual ratifica su propósito de "borrar enteramente el nombre de repartimientos, obvenciones, alcabalas y otras injustas contribuciones, dejando en su fuerza sólo la del real tributo, nervio principal para la subsistencia del estado y sus vasallos."[40]

29 A pesar de que tributos y mitas fueron postergados dentro de la plataforma política, los caciques aprovecharon eficientemente de ambos mecanismos para montar la rebelión. Las redes tendidas para cobrar los tributos y enviar cuotas de mitayos a Potosí fueron utilizadas con éxito para reclutar indígenas y enrolarlos al ejército rebelde. A través de tributos y mitas se reproducían las relaciones establecidas "desde tiempo inmemorial" entre las comunidades y sus jefes étnicos. De allí que la solidaridad de los caciques se convirtiera en un elemento clave para conseguir los refuerzos y víveres que dieron sustento material a la rebelión.[41] Se observa entonces que en el sur andino no sólo los tributos, sino también la mita de Potosí, cumplió un incuesciónable rol "articulador".

30 No obstante, en el Alto Perú la alusión al tributo se hizo mas incisiva, quizás porque tanto caciques como criollos fueron expelidos durante la primera fase del movimiento. No hay que olvidar, además, que el líder aymara Julián Apasa Túpac Catari, era un indio tributario de Sicasica "viajero en coca y bayetas." En el juicio abierto a su esposa, Barthola Sisa, queda claro el problema que significaba tener que tributar. Cuando Barthola Sisa fue preguntada cuántas veces había estado presa respondió "que con ésta (refiriéndose a la rebelión) son seis, las cinco primeras por tributos que no satisfizo su marido de orden de los señores corregidores de la provincia de Sicasica."[42] Quizás este hecho explique porqué una de las primeras medidas que tomaba el ejército rebelde al hacer su ingreso a un poblado, era romper las puertas de las cárceles y liberar a los prisioneros, muchos de los cuales cumplían condenas por deudas de tributos y repartos.[43]

31 Una lectura de los manifiestos del cacique rebelde y del juicio al que fue sometido permite establecer que su objetivo central era que se abolieran los repartos, que los indios siguieran pagando tributos pero, a la vez, evitar que los tributos se hicieran extensivos a otros sectores sociales, tradicionalmente exceptuados. Es decir, mestizos, mulatos y zambos. No hay que olvidar que los parientes cercanos del cacique y su círculo de conocidos eran fundamentalmente mestizos y algunos criollos. Túpac Amaru dejó traslucir sus inquietudes frente al "tributo extendido" que, en todo caso, pasaría a ser una contribución de otro carácter, durante sus declaraciones "...y dice que como el vio que todos estaban tan mal con los repartimientos, y pronto todos, aún los españoles, a pagar tributo como se quitasen aquellos (los repartos)...dijo entonces el confesante a su mujer, de que me sirve sea Thupa Amaro que no hemos de hacer algo por nuestros paisanos..."[44]

Es decir, el cacique se oponía a la abolición del tributo indígena y a la introducción de una contribución única que fuera gravada sobre la población en general. Paisanos eran no precisamente los indios, sino los mestizos y criollos que lo secundaron.[45]

3. Dos etapas de un proyecto: repartos y aduanas

> Tanto daño perpetrado
> Vengarse a gusto cumplido
> Pues españoles han sido
> Autores del mal causado
> Morirán con el Soldado
> Alcaldes, Corregidores
> Ricos, pobres, y Oidores
> O no he de ser Tupa Amaro

32 En contraste al segundo piano que ocuparon los tributos y la mita dentro de los objetivos de la gran rebelión, los programas políticos insistieron, sin excepción, la abolición del reparto y la extinción de los corregidores. Túpac Amaru justificó la muerte del corregidor Antonio de Arriaga arguyendo que tenía "orden superior para extinguir corregidores."[46] Probablemente se refería al manifiesto que se presentó en Madrid con fecha 29 de Septiembre de 1778 "haciendo ver lo combeniente que es que...los corregidores no hagan repartimiento alguno."[47]

33 El interrogatorio al que se sometió a los participantes en el movimiento demuestra que el incentivo "que hubo para levantarse fue por los repartimientos, aduanas, los estancos y otros pechos."[48] O como admitieron Diego Ortigoza y Manuel Galleguillos, dos hombres de confianza que actuaron como asesores y escribanos del cacique, "que nunca habían oído que Túpac Amaru dieran otras razones sobre la muerte de Arriaga que los repartimientos, alcabalas y,aduanas..."[49] Inclusive, de acuerdo a las declaraciones de Antonio Solís Quivimasa, el decreto de Túpac Amaru estipulaba que "los cobradores devolviesen lo que habían cobrado de repartimientos...y si no han pagado las multas que han repartido ya no las han de pagar."[50] Es decir, la abolición del reparto, que fue un arma eficazmente empleada por Túpac Amaru en su campaña política, tenía carácter retroactivo.

34 El reparto de mercancías del corregidor y su papel como inductor de un mercado interno ha merecido la atención de Jürgen Golte.[51] Habría que añadir, quizás, que la legalización del reparto, en 1756, coincidió con un período de revitalización de la minería peruana, que ayudó a consolidar un mercado para determinados productos. Es interesante constatar que la canasta del reparto no sólo incluía productos europeos, sino también productos nativos que trascendían el Virreinato peruano —mulas de Salta y Tucumán, yerba del Paraguay, coca de las Yungas, textiles de la tierra, paños de Quito— a los cuales "protegía" garantizándoles un mercado estable. Claro que esta cobertura proteccionista se construía a expensas del trabajo de los indios. Además, el reparto ofrecía la posibilidad de una fuerza de trabajo más estable. Mientras se calculaba que a los indios para pagar su tributo "les basta lo que ganan en un mes de trabajo",[52] para cancelar los repartos la prestación de servicios era más prolongada, proporcionando una mano de obra más permanente.

35 Es posible observar que existió cierta sincronización entre la introducción del reparto, en 1756, y el establecimiento de Aduanas e incremento de determinados impuestos como el alcabala, a partir de la década del 70. Después de 20 años entre una y otra medida se esperó que se hubiese formado un mercado interno en el cual se hubieran afianzado la

circulación de mercaderías y de moneda. Paralelamente se esperaba crear un mercado de trabajo más dinámico con algunas características propias del mercado libre.[53]

36 En efecto, la legalización del reparto guardaba la intención de empujar al indio de comunidad a diversificar su actividad económica de tal manera que encontrara canales alternativos a la mita, para cancelar los repartimientos. La idea era que incursionara en el comercio, o se convirtiera en asalariado. En algunas provincias, como las Yungas de La Paz, ocurrió lo primero. Numerosas comunidades se avocaron al cultivo de la coca, en gran demanda frente al reflujo minero, llegando a controlar una porción apreciable del mercado regional.[54] Otros individuos intentaron montar pequeñas empresas —chorrillos, trapichillos— para contar con recursos que les permitieran satisfacer las deudas contraídas con el corregidor. Pero hubo numerosas comunidades, menos emprendedoras, que siguieron operando bajo el esquema tradicional caciquemita.

37 Mi idea es que el reparto fue sólo un primer paso dentro de un proyecto de más largo alcance. Se trataba de provocar que se generara una diferenciación interna en las comunidades, estableciendo la presencia de indios ricos, menos ricos y pobres, de acuerdo a la estrategia que adoptaron las comunidades para encarar los repartimientos. Luego que esta diferenciación interna se hubiera producido, debían de tomarse dos medidas complementarias. Por un lado, la "alcabala de la tierra" que gravaba los productos nativos, debía hacerse extensiva al poblador indígena, quien hasta ese momento había estado exceptuado. Por otro lado, era indispensable abolir el tributo indígena a cambio de crear una contribución general que alcanzara a los diferentes sectores sociales, en consideración no a su grupo étnico de referencia, sino a sus recursos económicos. Ambas medidas que respondían al principio de "homogeneizar" a la población colonial, ya aparecen postuladas en el proyecto borbónico que recibió ataques frontales por parte de la gran rebelión. Se hace posible observar, entonces, que si bien éstas medidas entraron en vigencia recién con la constitución de Cádiz, el terreno propicio para introducirlas se preparó con las reformas borbónicas. De esta manera la gran rebelión cumplió con una de sus miras: frenar la puesta en práctica de las reformas. Pero las bases ya estaban sentadas y su implementación era inminente. La gran rebelión lo único que hizo fue retrasarlas, no anularlas.

38 Es oportuno destacar que en el caso del Perú, por lo menos durante el preámbulo de la gran rebelión, no se observan síntomas que entrevean una crisis económica. Inclusive, las Cajas Reaies demuestran que entre 1775-80 hubo un notable incremento del impuesto de alcabala, lo cual implicaría que se estaba dando una fuerte actividad comercial. Sin embargo, sin descartar este factor, habría que combinarle la posibilidad de una recolección más eficiente, de la presencia de nuevos impuestos que generaban ingresos suplementarios y, finalmente, la posibilidad de que se incorporaran cobros rezagados que contribuyeron a abultar la cifra final.[55] Fue en éste período "de alza" que se comenzaron a aplicar las reformas fiscales borbónicas.

39 La hipótesis de que existió una secuencia lógica entre el reparto y las Aduanas, se basa en que considero que ambas pudieron ser estadios de un proyecto formulado para generar un sector medio que fuera gravado por las nuevas imposiciones fiscales. El propósito era crear y consolidar un mercado interno, incentivándose una expansión económica. Luego, habiendo ocurrido esto se anulaba el reparto y se instalaban las Aduanas, que contarían con mayor número de contribuyentes gracias a los efectos "diferenciadores" del reparto.

40 Túpac Amaru no estaba lejos de la verdad cuando declaró que había una cédula real aboliendo los repartos. En efecto, se trataba de eliminar el reparto a cambio de reajustar

el sueldo de los corregidores. El problema es que el reparto se había convertido en el blanco de las críticas y resentimiento de diferentes sectores sociales. Los indios se le oponían por la sobrecarga que les significaba al haber sido añadido al tributo. Los caciques, porque en adelante no sólo debían responsabilizarse de los tributos sino también de los repartos, siendo elegibles para estos últimos. Los mestizos —sobretodo si eran artesanos o arrieros— eran candidatos a ser incluidos en el repartimiento. Los clérigos se oponían al reparto porque éste limitaba las posibilidades de los indios de cumplir satisfactoriamente con las contribuciones eclesiásticas. Finalmente, los comerciantes criollos no lo veían con buenos ojos, porque el corregidor prefería abastecerse de mercancías a través de un comerciante peninsular, antes que de su similar criollo. Inclusive, el circuito de adquisición de mulas y textiles de la tierra, era controlado por peninsulares.[56] La animadversión al reparto se tradujo en anticuerpos frente al corregidor. La gran rebelión buscó la abolición no sólo de los repartos sino también de los corregidores.

41 El termómetro que midió el éxito del reparto en generar un mercado interno y un mercado libre de trabajo fueron las reformas borbónicas. Allí se demostró que los efectos del reparto no habían sido uniformes. Que fue precisamente en la región sur, que era donde estaban en pleno funcionamiento los tributos y las mitas, donde estalló la ola más violenta de resistencia frente a la apertura de Aduanas y el incremento del alcabala, de 2 a 4% en 1772, y de 4 a 6% en 1776. El sur andino era donde se habían acumulado las contradicciones coloniales.

42 Mantener en vigencia tributos y mitas había implicado restringir la monetarización y había limitado la creación de un fondo de mano de obra asalariada. Asumir el pago de jornales implicaba modificar este esquema de acumulación, del que tanto provecho venían sacando los propietarios de los centros productivos. No en vano en 1795 se informaba que “en el Perú es muy raro, aún entre las personas particulares, el que paga los jornales sin muchas menguas injustas...”[57] Pero, además, los propietarios de centros productivos también se unieron a las protestas coyunturales porque subir los impuestos, crear nuevos gravámenes, y someter a meticulosas revisiones los productos con los que negociaban puso al descubierto los métodos fraudulentos de evasión fiscal bajo los cuales habían venido operando.

43 Como corolario de la gran rebelión, el reparto fue anulado manteniéndose en vigencia los tributos y las mitas, pero relajándose nuevamente las alcabalas y las inspecciones aduaneras. Si los borbones querian “modernizar” las estructuras debieron optar por remover tributos y mitas. Pero eso sólo se conseguiría con la Constitución de Cádiz de 1812 y por un breve lapso de dos años.

44 AGI. Archivo General de Indias (Sevilla).

45 R.A.H.M. Real Academia de la Historia Madrid.

46 B.M. British Museum, Londres.

47 B.N.L. Biblioteca Nacional de Lima.

NOTAS

***.** Duke University.

1. Christine Hunefeldt, "Los indios y la Constitución de Cádiz". *Allpanchis*, vol. XI, No. 11-12. Cuzco, 1978.

2. Timothy Anna, *España y la Independencia de América,* México 1986, págs. 124, 127. El autor considera que la medida resultó "suicida" para el caso del Perú, donde tres cuartas partes de la población eran tributarios y los tributos eran un tercio de los ingresos anuales de la hacienda real.

3. Para la contabilidad del ingreso por concepto de tributos en las Cajas Reales consúltese las estadísticas publicadas por John TePaske y Herbert Klein, *Royal Treasuries of the Spanish Empire in America,* vol. 2. Durham, 1982.

4. En 1815 se redactó un memorial enfatizado que "...las Cortes queriendo eximir al yndio del tributo le perjudicaron en lugar de beneficiarle...que el pago del tributo le obliga al trabajo, y de otro modo se entregaría al ocio y a la embriaguez, pues para su subsistencia necesita trabajar muy poco, y faltaría quien cultivase las minas, pastorease el ganado, y labrase las tierras..." El expediente se localiza en A.G.I. Audiencia de Lima, Leg. 610. La puntuación es nuestra.

5. Para las implicancias de la creación del Virreinato de Buenos Aires todavía resulta útil el análisis realizado por Guillermo Céspedes del Castillo, *Lima y Buenos Aires: repercusiones económicas y politicas de la creación del Virreinato de La Plata.* Sevilla, 1947.

6. A.G.I. Audiencia de Lima. Leg. 610. Representación a S.M. fechada en 16 de Mayo de 1789. Los paréntesis son nuestros.

7. B.M. Addiciónal 13,974. f.381v. Decreto del 6 de mayo de 1721. "...que no se hobligue a los yndios a servir personalmente a los encomenderos, pudiendo si quisieren de su voluntad servirlos días del año que basten pagar el tributo que devieron ajustándose el salario o jornal que les correspondiere, sin que tampoco se les hiciese agravio..."

8. Tristan Platt, "El papel del aylu andino en la reproducción del régimen mercantil simple en el norte de Potosí." *América Indígena,* vol. XLI, núm. 4. (1981) Resulta también de interés el comentario realizado por Rossana Barragán, "Economía, Política e Ideología en la Bolivia del siglo XIX. Un libro de Tristan Platt." *Historia Boliviana,* núms. 11-12 (1983), pág. 272.

9. R.A.H.M. Colección Mata Linares. Vol. Cf. 507.

10. B.N.L. C3 619. En 1795 en el obraje de Chugson, Huamachuco, el trabajo se hacía "por medio de indios de que queda hecho cargo el obraje con obligación de satisfacer los tributos que corresponden." Pablo Macera en su ensayo "Feudalismo Colonial Americano" *Acta Histórica,* Zseged 1971, págs. 182-83, menciona cómo en 1775 el cacique Pablo Tanta llevó 37 indios al obraje de Cacamarca para poder pagar lo que debía su pueblo al corregidor.

11. Karen Spalding, "Exploitación as an Economic System: the State and the Extracción of Surplus in Colonial Peru." in G. Collier (ed.) *The Inca and the Aztec States 1400-1800.* New York 1982 (1979) Un caso concreto es el de Cotabambas, Cuzco, donde, en 1760, el corregidor cobraba los tributos en trigo y papas, que luego colocaba "en Cuzco, las minas de Cailloma y los valles de la costa." Para mayores detalles consúltese mi libro *Un siglo de rebeliones*..., pág. 101. En 1795 los indios de Pilaya Y Paspaya, en Cinti, Charcas, seguían pagando sus "tributos en bacas, abonando cuatro pesos y medio por cada una, siendo así que ellos las vendían a siete y ocho pesos en las puertas de sus casas...".

12. Scarlett O'Phelan Godoy, "Aduanas, Mercado Interno y Élite Comercial en el Cuzco antes y después de la Gran Rebelión de 1780." *Apuntes*, núm. 19, Segundo Semestre 1986, pág. 59.

13. A.G.I. Audiencia de Charcas, Leg. 363. Los paréntesis son nuestros.

14. Sobre la descripción de los corregimientos de Jauja y Tarma durante el siglo XVIII consúltese el recuento realizado por Cosme Bueno, *Geografia del Perú Virreinal, siglo XVIII.* Lima, 1951. Información concerniente a los obrajes establecidos en éstas provincias se puede encontrar en el libro de Fernando Silva Santisteban, *Los obrajes en el Virreinato del Perú.* Lima, 1964.

15. *Colección Documentai del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru.* Lima, 1981. Tomo III, pág. 214. Carta de Túpac Amaru al Visitador General Don José Antonio de Areche, 5 de Mayo de 1781. "...ellos (los corregidores) llenan los obrajes de tributarios."

16. B.M. Addiciónal 13,976.

17. B.N.L. C4 438. Supuesta participación de indios en la conspiración y levantamiento que intentaron en esta ciudad (de Lima). Consúltese también el libro de Francisco Loaysa, *Fray Calixto Tupak Inca.* Lima, 1946.

18. Nicolás Sánchez Albornoz, "Mita, migración y pueblos. Variaciones en el espacio y en el tiempo. Alto Perú. 15731692.". *Historia Boliviana,* 111/ 1 (1983), pág. 42. El autor hace notar que la ausencia del mitayo reducía el producto bruto de la comunidad. El mitayo dejaba de producir para su subsistencia y la de su familia...dejaba además de participar en los trabajos colectivos que proporcionaban algún excedente a la comunidad.

19. Scarlett O'Phelan Godoy, *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783.* Cuzco, 1988. Capítulo III. La versión en inglés. *Rebellions and Revolts in Eighteenth Century Peru and Upper Peru.* Colonia/Viena, 1985.

20. A.G.I. Audiencia del Cuzco. Leg. 80. Carta del Dr. Vicente de la Puente, fechada en 1780. El paréntesis es nuestro.

21. John Fisher, "La rebelión de Túpac Amaru y el programa imperial de Carlos III", Alberto Flores Galindo (ed.) *Túpac Amaru II-1780, Antología.* Lima, 1976, pág. 117.

22. Dentro de lo procesado en el Cuzco, Juan Antonio Figueroa era hacendado y obrajero en Paruro; Francisco Molina era hacendado en el Collao; José Unda era dueño de la hacienda Tiquina.

23. AGI. Audiencia del Cuzco. Leg. 33. Declaraciones prestadas por la mujer cacique de Acos, Thomasa Tito Condemaita, el 17 de mayo de 1781.

24. AGI. Audiencia del Cuzco. Leg. 33 Confesión de José Gabriel Túpac Amaru. El paréntesis es nuestro.

25. Juan José Vega, *José Gabriel Túpac Amaru.* Lima, 1969. Capitulo iv, pág. 29.

26. A.G.I. Audiencia del Cuzco. Leg. 33. Confesión de Túpac Amaru.

27. Scarlett O'Phelan Godoy, "Aduanas, Mercado Interno...", pág. 61. La empresa del clan Túpac Amaru era frecuentemente requerida por los comerciantes más prominentes del Cuzco. Su itinerario cubría la ruta CuzcoSalta, con escalas en La Paz, Cochabamba, Oruro y Potosí.

28. AGI. Audiencia de Charcas. Leg. 319. Declaraciones prestadas por Julián Apasa y por Miguel Bastidas.

29. Magnus Morner, *Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la colonia.* Lima 1978, pág. 117. Sin embargo, hubo casos en que los hacendados cusqueños retuvieron a los indios mitayos, evitando que fueran enviados a Potosí, con el argumento de que éstos les debían "grandes cantidades de plata." Es decir, los hacendados estaban contra la remisión de contingentes indios a Potosí pero no, necesariamente, contra el sistema de mita que los aprovisionaba de mano de obra para trabajar sus tierras.

30. Por ejemplo el mestizo de Tinta, Melchor Arteaga, era minero, al igual que Roque Jacinto Yuber, natural de Buenos Aires. Otro involucrado, Manuel Quiñones, era azoguero.

31. Pablo Macera, "Feudalismo colonial", págs. 18283. En 1773 los mitayos que entraron a trabajar al obraje de Cacamarca, en Huamanga, recibieron 2 reales de jornal en vez de 3 y descontándoles 1 real de socorro a cada uno. El trabajo de 37 hombres sólo venia a costar 4 pesos 5 reales diarios.
32. AGI. Audiencia de Cuzco, Leg. 32.
33. *Ibid.* Declaraciones prestadas por Marcos Poma, indio chacarero de Ancolaymes y por Thomas Gonzales, sastre mestizo natural de Puno, vecino de Omasuyos.
34. AGI. Audiencia del Cuzco, Leg. 33. Declaración del escribano Esteban Escarcena. El paréntesis es nuestro.
35. AGI. Audiencia del Cuzco. Leg. 33. Declaración de Hipólito Túpac Amaru.
36. *Ibid.* El paréntesis es nuestro.
37. AGI. Audiencia de Buenos Aires. Leg. 319.
38. AGI. Audiencia de Cuzco, Leg. 33. Declaración de Francisco Castellanos, seminarista de Lampa.
39. Scarlett O'Phelan Godoy, *Un siglo de rebeliones anticoloniales,* pág. 280. La referencia manuscrita proviene de AGI. Audiencia de Lima, Leg. 1052, Cuaderno 10. f. 11. Declaración de fray Bernardo López, cura de Cabanillas, Lampa.
40. *Colección Documental del Bicentenario de la Revolución Emancipadora de Túpac Amaru.* Lima, 1981. Tomo III, pág. 110. Comunicado de Túpac Amaru suscrito en Tinta, a 17 de Enero de 1781.
41. Scarlett O'Phelan Godoy, *Un siglo de rebeliones,* págs. 233-234.
42. AGI. Audiencia de Buenos Aires. Leg. 319. Confesión de Barthola Sisa. Los paréntesis son nuestros.
43. AGI. Audiencia del Cuzco. Leg. 33. Carta de Don Francisco Antonio de Areta, cura de Velille. Fechada a 1 de Diciembre de 1780. "...entró en esta provincia el día 27 el dicho Túpac Amaru con más de 6,000 indios...rompió las puertas de la cárcel..."
44. AGI. Audiencia de Cuzco. Leg. 33. Confesión de José Gabriel Túpac Amaru. El paréntesis es nuestro.
45. Las connotaciones del término paisano como sinónimo de criollo se hacen más patentes en los comunicados que posteriormente redactará Andrés Mendigure (Túpac Amaru.) Así, el 28 de Agosto de 1781 se dirigirá a los "Paisanos criollos de la ciudad de La Paz." Al respecto consúltese el libro de Boleslao Lewin, *La Rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la Independencia Hispanoamericana.* Buenos Aires, 1957, pág. 517.
46. Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la Independencía de Hispanoamérica.* Buenos Aires, 1967, pág. 414.
47. AGI. Audiencia de Lima. Leg. 610.
48. A.G.I. Audiencia de Buenos Aires. Leg. 67.
49. AGI. Audiencia de Cuzco. Leg. 33.
50. *Ibid.* Declaración de Antonio Solís Quivimasa, 19 de Noviembre de 1780.
51. Jurgen Golte, *Repartos y Rebeliones,* Lima, 1980, pág. 32.
52. A.G.I. Audiencia de Lima. Leg. 610. Relación del Intendente de Huamanga, Don Demetrio O'Higgins. Años 1801-1802.
53. Javier Tord. "Sociedad colonial y fiscalía." *Apuntes,* núm. 7. 1977, pág. 7. Según el autor nunca llegó a crearse un mercado generalizado de mano de obra...Los intercambios al interior se realizaron en gran medida por trueques haciendo dificil la acumulación de capital.
54. Herbert Klein, "Hacienda and Free Community in Eighteenth Century Alto Peru: A Demographic Study of Aymara Población in the Districts of Chulumani and Pacajes in 1786." *Journal of Latin American Studies,* VII:2 (1975), pág. 126. De acuerdo al estudio, Chulumani era el núcleo de la producción de coca procedente de las comunidades, donde se incluia la de las Yungas de La Paz.
55. Scarlett O'Phelan Godoy, Las Reformas fiscales Borbónicas y su impacto en la sociedad colonial del Bajo y el Alto Perú." *The Economies of Mexico and Peru during the late colonial period, 1760-1810.* Berlin, 1986, pág. 347.

56. Scarlett O'Phelan Godoy, “Aduanas, Mercado Interno...”, pág. 56.
57. AGI. Audiencia de Lima. Leg. 600.

Las rebeliones de Pugachóv y Tupac Amaru: intento de comparación

Serguei Serov

1 Note portant sur l'auteur*

2 En el caso presente, a pesar de que las dos rebeliones ocurrieron en territorios tan distantes y, presumiblemente, en un ambiente histórico diferente, la idea de comparar algunos momentos en ambas me parece justificable, por lo menos, podría dar una nueva dimensión para el estudio.

3 En la dicotomía usada por Magnus Mörner en su esbozo comparativo de la historia colonial tardía del Perú y México (M. Mörner. The Colonial Crisis in Mexico and Peru: Methodological Problems of Comparison.- *IberoAmericana. Nordic Journal of Latin American Studies*, vol. XVII: 1-2, (págs. 27-43): "distant comparison" (el enfoque en características comunes) y "close comparison" (enfocando las diferencias) prestaré mayor atención a lo primero. Diferencias, entre fenómenos tan distantes y tan complejos, son normales; más sorprendente es, aunque sea en primera aproximación, hallar puntos comunes. Al mismo tiempo, tenemos que recordar que frecuentemente bajo una semejanza formal se encubre una diferencia esencial. Por eso, me limitaré a notar algunas similitudes fenomenológicas en las dos rebeliones y trataré de ver si manifiestan problemas comunes, similitudes formales, semejanzas o meras coincidencias.

4 Se ve de antemano que, a mayor nivel de generalización, hallamos más puntos comunes. Por ejemplo, las regiones abrazadas por las dos rebeliones eran periféricas en los imperios español y ruso; ambos imperios estaban en mutación bajo el impacto del absolutismo ilustrado; la composición étnica, social, estamental, de las fuerzas rebeldes y leales era muy heterogénea.

5 Dejo a un lado, también, unas formas simbólico-culturales demasiado comunes. Por ejemplo, Alejandro Radíschev ("reo peor que Pugachóv", según Catalina II) exclamaba en su libro "Viaje de Petersburgo a Moscú" (1790): "Fieras ávidas, sanguijuelas insaciables, ¿que dejamos al campesino? Aire, ¡si, solamente el aire!" Nueve años antes, Diego Túpac Amaru usó la misma figura retórica en su carta al mariscal de las tropas leales del Valle. Pero, si recordemos que Dédalo, tratando de huir de la Creta de Minos, también halló solo

el aire libre, tenemos derecho de atribuir esta fórmula a la unidad mental de la humanidad y, aunque parezca interesantísimo, tenemos que dejar a un lado tal fenómeno.

6 Tampoco quiero caer en la tentación opuesta, la de describir de las rebeliones peruana y rusa, no solamente por la razón de que los hechos ya están descritos en muchas obras, sino también porque en los actos concretos se expresa con evidencia un fenómeno muy difícil para los historiadores e indispensable para la historia: la espontaneidad.

7 El período propio de las rebeliones es breve, sus características son más o menos bien expresadas (dejo a un lado la confrontación de los fines objetivos de las rebeliones y de los fines inmediatos declarados por los participantes), hasta simplificadas. El período previo, durante el cual madura la situación que lleva al estallido, ocupa más tiempo y aunque sea solamente por eso, ofrece más puntos contradictorios.

8 Uno de los puntos comunes en ambas rebeliones, de nivel taxonómico bién alto, es que las dos culminaron un período de inestabilidad social que duraba unos decenios. El conflicto entre diferentes grupos sociales así como entre el Estado y la sociedad se expresaba de manera abierta en rebeliones y revueltas, así como en formas latentes de huídas de los campesinos, bandolerismo, tanto en Rusia como en el Perú. En conjunto, existía una "coyuntura de intranquilidad social", el hábito de desobediencia. En los dos países, las grandes rebeliones fueron precedidas por intentos de resolver las dificultades sociales con la violencia inmediata, en la vida de toda una generación.

9 Los motines, alzamientos, rebeliones —la nomenclature es vaga y depende de la opinión personal de investigador— en el Perú ya fueron analizados o, por lo menos, nombrados (véase los libros de Scarlett O'Phelan Godoy). En la historiografía rusa conocemos las invasiones y contiendas constantes (casi cada año) de los bashkires entre 1750 y 1770, las revueltas de los campesinos "adscritos" del Ural y lugares colindadantes en las partes europea y asiática (en este texto hablaré más de los problemas rusos puesto que el lector hispanohabilante puede hallar información sobre el Perú con mayor facilidad). Una vez más estoy de acuerdo con Scarlett O'Phelan quién halla necesario no solamente el estudio de los eventos más famosos sino también de revueltas puramente locales y de poca duración. En este sentido, la historiografía soviética del siglo XVIII, parece que esta más adelantada.

10 Al mismo tiempo, las grandes rebeliones, especialmente campesinas, se componían de revueltas, lo que podemos ver en el caso de Túpac Amaru, aún más claramente que en el de Pugachóv.

11 Tradicionalmente, los alzamientos peruanos más conocidos son urbanos, de tipo diferente que el de Túpac Amaru, y parece que no tenían mucho de común con el último (en la forma que tomó después de ejecución de Arriaga), con la excepción de la costumbre de declararse Incas los jefes de muchas revueltas.

12 De la misma manera, las inquietudes populares en la zona que estará abrazada con la rebelión de Pugachóv no se pueden sin arbitrariedad historiográfica considerarse como movimientos precursores.

13 Las obras rusas prerrevolucionarias sobre la rebelión de Pugachóv fueron escasas y descriptivas desde Alejandro Pushkin (quién tuvo que cambiar, por orden del zar, el título de su libro de "Historia de Pugachóv" a "Historia del motín de Pugachóv" "el malvado no tiene historia", declaró Nicolás I) hasta los capítulos correspondientes en las Historias Generales de Rusia, por Serguei Soloviov, Vasili Kliuchevski, y algunos otros. El estudio de la rebelión en gran escala comenzó en el período soviético. Publicación de documentos,

estudios locales dieron base para una investigación profunda de los sucesos. Al mismo tiempo, los dogmas del marxismo vulgar predominantes en las ciencias sociales, especialmente en los años 20-60 en la URSS, no permitían un análisis objetivo e independiente. En nuestro caso, esto se ha mostrado en la discusión sobre las fuerzas motrices de la rebelión. Según la teoría, estas debieron ser el campesinado (la "clase" más explotada bajo el régimen "feudal") y los obreros de las fábricas del Ural. Los dos grupos, evidentemente, tomaron parte en la rebelión. Mas el grado de opresión de los campesinos en la zona no era intolerable, comparado con las regiones centrales u occidentales de Rusia. Aquí predominaba la categoría de llamados campesinos de Estado; y los terratenientes no eran numerosos. Desde los años 1730, por lo menos, los más activos socialmente en esta región no fueron los pobres sino precisamente los campesinos de Estado, que estaban ocupados en el comercio y la industria. El régimen de explotación de los últimos fue menos duro. Por eso, parece justa explicación de la fórmula del Manifiesto de 31 de julio de 1774, por Pugachóv: "os hago leales siervos de nuestra Corona" como declaración de los campesinos que pertenecían a un terrateniente, los de Estado. En la historiografía marxista, para hacer concordar la teoría y la realidad, se realizó un desliz estadístico: los datos auténticos sobre la explotación "feudal", referentes a Rusia central, se usaron para la situación en el Ural y la Volga. Aún la explicacíon de S. Tjorzhewski (1925) que la rebelión no comenzó en la zona de mayor opresión sino allí donde la población era menos atada por el sistema gubernamental y podía organizarse esa explicación pareció demasiado complicada. En realidad, la opresión era mayor en el centro, pero las guerras campesinas comenzaron en la periferia: porqué este régimen estaba consolidado en el centro, porqué de ordinario, la periferia es un lugar inestable, no estructurado y, por lo mismo, menos controlado, etc.

14 Una forma de resistencia campesina fue la de las huídas, precisamente de las regiones centrales, de mayor opresión, a las "ukrainas" (confines). Además de Ukrania, que recibió su nombre como confín sureño de Rusia, había otras "regiones de refugio". Los cosacos del Don y del Yaík eran descendientes de campesinos rusos fugitivos. En los bosques de la orilla izquierda del Volga hallaron abrigo, después del cisma del siglo XVII, muchos "cristianos viejos", opuestos a la Iglesia reformada oficial. Muchos pobres del campo y de la ciudad en el siglo XVIII movieron "tras la Piedra" (montañas del Ural) hacia Siberia. Una de las sectas recibió el nombre de "beguny" (fugitivos). Según el historiador ruso del siglo pasado A. Schapov los bandoleros rusos presentan un tipo de campesinos y soldados fugitivo; el bandolerismo del siglo XVIII, afirma él, fue una venganza cruel y feroz dirigida. en la mayoría de los casos, contra los ricos, terratenientes nobles, superiores... Incluía elementos que formaron la secta de los *beguny* y la "*pugachóvschina*".

15 Aunque en esta región de Rusia no se sentía "la segunda servidumbre" (los historiadores soviéticos de los últimos decenios, en general, adoptaron una posición crítica hacia el concepto), hubo un aumento del control estatal, que encontró la resistencia especialmente frente de los cosacos. La penetración del Estado se expresó en liquidación de muchos privilegios y fueros ("vólnosti") de los cosacos en cuanto a uso de ríos (su ocupación principal era la pesca), campos, bosques; aumento de impuestos. La construcción en los años 17401760 de la Linea Orenburguense de presidios, con guarniciones de tropas regulares, también sirvió para controlar las comunidades libres de los cosacos que recordaban que sus padres habrían huido la servidumbre; más fresca todavía era la memoria de los campesinos fugitivos (precisamente a la mitad del siglo se

nota un auge demográfico en la región gracias a la migración de los campesinos fugitivos). Por supuesto, no querían volver a la situación anterior.

16 Este aspecto halla su equivalente en el Perú solo en cuanto a la gente libre, vagabundos, bandoleros, forasteros, que formaron la parte más radical en las dos rebeliones. Otro elemento común es el grupo de los obreros y "campesinos adscritos" a fábricas y minas, en Rusia, y los mitayos y la gente de obrajes, en el Perú. Ambos fueron explotados con métodos extraeconómicos, ambos grupos se mostraron los más organizados y tenaces, en cualquier caso, en Ural y el Alto Perú. Pero antes de la rebelión, sus frecuentes protestas estaban dirigidas contra las condiciones de trabajo, los fraudes en el pago, de salarios y otros casos concretos.

17 La participación de la gente nativa del Volga, Ural, Siberia y Kazajstán occidentales en la rebelión de Pugachóv está detalladamente investigada (centenares de libros y artículos, especialmente de historiadores locales). Un tema de estudio podría ser la comparación, en un marco etnohistórico, del papel de los naturales del Perú y los *inarodsy* (los otros, no rusos) en las rebeliones. Tanto en Rusia como en el Perú se trata de sociedades tradicionales. La organización social estaba orientada hacia el jefe étnico: *kuraka* en el Perú, *jan* o sultanes, *mirzas* o *biis* entre los kazajos y bashkires, lo que no funciona para las comunidades rusas, aunque los cosacos imitaron, entre otras cosas, esta orientación hacia los *starshini* (mayores), y *atamán* (jefe militar).

18 La división étnica se ve más clara en el caso de Rusia, pues se trata de pueblos de diferentes nombres: bashkires, kazajos, tártaros, kalmuques, mordvá, udmurtos, mescherá, y grupos étnicos menores. En la historiografía tupamarista tradicional no se prestó bastante atención a las diferencias locales, étnicas o subétnicas, denominando las masas rebeldes con el término común de "indios" —con excepción de la división quechuaaymara. Solo recientemente aparecieron estudios interesantes que permiten ver la diversidad de intereses y fines dentro del grupo indígena— que merecería una comparación adecuada con los *inarodsi* de Rusia. Los últimos no pelearon solo contra los rusos: invasiones y peleas anuales eran algo normal entre diferentes pueblos nativos así como entre clanes del mismo pueblo. Además de divergencias étnicas, podemos notar en el Perú y en la parte del Imperio Ruso que nos interesa la gran heterogeneidad social de los grupos tradicionales. La mayoría de los miembros de comunidades era formada por pobres, dependientes de la gente rica y de los mayores. El estrato superior de la "república de indios" consistía en los caciques y sus ayudantes, gente rica y, fuera de la comunidad, la aristocracia incaica. En las comunidades nómadas o seminómadas de las estepas, la jerarquía de los *batiri* ("gente fuerte", otrora jefes militares), *bii* (jefes de los clanes), *tarjanes* (libres de tributo), sultanes, se unían bajo el liderazgo del *jan.* Las Contradicciones sociales en estas sociedades parecen más claras entre los cazadorespastoresguerreros de estepas que entre los agricultorespastores de los Andes (por lo menos, la comparación historiográfica deja esa impresión); en esto el ambiente geográfico debió jugar su papel.

19 La oposición a los rusos se agudizó hacia el principio de los años 1770, ya que la administración imperial tomaba las tierras de pastizales para la Linea Orenburgense, para las fábricas y minas, así como para los campesinos trasladados de otras partes de Rusia, a poblar tierras del Departamento de Palacio (posesiones de la familia real) recientemente robadas de los *inarodsi.* Lo último nos recuerda el *mitmac* incaico, mas en el Perú del siglo XVIII no se practicaba esta forma. Pero, la región de la futura rebelión de Pugachóv no conoció nada semejante al reparto, tan odiado por los indios.

20 El gobierno ruso practicaba una política de aculturación en relación con los pueblos nativos. Con la fundación de la ciudad de Orenburgo (1734), se otorgaron ciertos privilegios a los comerciantes y artesanos que vinieron a vivir en la ciudad; se ordenó que cierto número de comerciantes tártaros de Kazán mudasen para Orenburgo. Formaron una villa de 300 casas, y prácticamente monopolizaron el comercio con los pueblos de estepa y Asia Central. La administración y la Iglesia se abstenían de cristianización forzada de los musulmanes o budistas, mas lo que tomaron bautismo fueron declarados libres de tributo para tres años. La suma que no pagaron se cargó en los "endurecidos" que no querían cristianizarse.

21 Los nobles y comerciantes entran en la categoría que podemos comparar con el grupo criollo y español en el Perú. Representaban el elemento urbano, burgués o aristócrata en un proceso de aburguesamiento, y administrativo. En los dos casos los personajes de esta categoría que se adhirieron a las rebeliones fueron escasos. La semejanza se expresa también en el hecho de que ambos estaban más afectados por las reformas estatales de aquel tiempo que otros. Las reformas borbónicas crearon una inestabilidad social, especialmente en las capas burguesas. En Rusia, las reformas no fueron realizadas, pero la convocación de la Comisión Codicilar en 1767 habían creado esperanza de reformas. En los dos países se trataba del deseo de ciertos grupos que se destruyesen barreras para su actividad económica. La situación era explosiva porque los criollos (y mestizos) en el Perú, así como los *kuptsý* (comerciantes) y campesinos ricos ya estaban participando en negocios, pero los Estados, sin prohibirles definidamente esto, privilegiaba a los chapetones, en un caso, y nobles, en otro. Se trataba, entonces, de abolición de esta política. A propósito, en el grupo criollo, así como en el de los *kuptsý*, se ve la tendencia ambigua de usar el modelo "feudal" y obtener la mano de obra de los siervos para las haciendas o minas y manufacturas. No tenían conciencia de clase y no apreciaban su posición social progresista. Los delegados de la Comisión fueron, en su mayoría, nobles, comerciantes, cosacos, y las discuciones más ardientes fueron dedicadas precisamente a los derechos de comercio. Los *kuptsý* de las ciudades del Volga estaban especialmente enojados por la concesión dada a los nobles en 1755 que las entregaba el monopolio de la destilación del vodka, lo que tocaba la producción de trigo, entre otras cosas. Uno de los resultados de la suspensión de trabajo de la Comisión Codicilar en 1769 fue el apoyo de la rebelión de Pugachóv por los *kuptsý* de las ciudades del Volga y por algunos exdelegados de la Comisión.

22 En suma, para los campesinos ricos, cosacos, comerciantes en Rusia, y para los comerciantes, mineros, artesanos criollos y mestizos en el Perú la situación parece presentarse el mismo conjunto de insatisfacción y esperanzas, en el Perú, durante realización de las reformas, en Rusia, en espera de estas. En Rusia, la situación rebelde fue creada no tanto por acrecentamiento de explotación "feudal" cuanto por el anhelo de los campesinos de obtener la libertad económica.

23 En la rebelión de Túpac Amaru tradicionalmente se distinguen el levantamiento encabezado por el mismo José Gabriel Túpac Amaru y sus parientes, y varias rebeliones y revueltas unidas con el nombre del curaca de Tinta. Muchos de estas estallaron después de la muerte de José Gabriel. A diferencia de la situación peruana, la rebelión de Pugachóv se termina casi al tiempo de la caída del líder; algunas revueltas separadas que siguieron no tuvieron la fuerza adecuada.

24 Sería arriesgado ver la rebelión de Pugachóv - por lo menos, la primera fase, desde 17 de Septiembre de 1773 (fecha del primer Manifiesto de Pugachóv) hasta la primavera de

1774, como la continuación del levantamiento de los cosacos del Iaik en 1771-1772. Por lo menos, todos los intentos previos de Pugachóv no tuvieron éxito. En algunos documentos se declara que los cosacos ("nuestros borrachos") inventaron la leyenda de que Pugachóv era, en realidad, el zar Pedro III; él tenía que sostener la leyenda. El primer Manifiesto, aunque menciona kalmucos y tártaros, está dirigido a los cosacos y contiene promesas de otorgarles el río (Yaík) desde arriba hasta la embocadura; tierra y hierbas; salario, plomo y pólvora, y pan: todo lo que necesitan pescadores, cazadores y jinetes cosacos.

25 Los cosacos que se alzaron contra la administración que los privaba de sus fueros, hallaron inmediatamente aliados en los campesinos de Estado que también sufrían de los funcionarios que frenaban su actividad industrial y comerciante. Aquellos fueron la personificación del mal como lo fueron corregidores en el Perú dieciochesco. Los Manifiestos de Pugachóv constantemente mencionan los enemigos principales: los nobles y los jueces. Los pueblos nativos y apoyaron la rebelión casi inmediatamente, por las razones descritas más arriba. Lo primero que hicieron las tropas rebeldes de Pugachóv, fue sitiar la ciudad de Orenburgo, centro administrativo del distrito. El primer movimiento de Túpac Amaru fue en dirección del Cuzco, también centro de control estatal de la zona, sede de odiados funcionarios. En las dos ciudades tenían sus partidarios que hacían propaganda en favor de las rebeliones pero fueron reprimidos. En ambos casos, perdieron tiempo en el sitio, y las tropas leales tomaron la iniciativa. La diferencia es que las batallas de Orenburgo duraron más de medio año, y el asedio del Cuzco solamente dos semanas, pero en ambos casos los rebeldes dieron a las tropas reaies la posibilidad de organizarse.

26 Es difícil verificar la política de los dos líderes rebeldes: los levantamientos no duraron mucho, y frecuentemente debemos contentarnos con declaraciones, más abundantes que acciones. Epecialmente en el caso de Túpac Amaru, sus intentos estan formulados muchas veces por otra gente, en interrogatorios, y no sabemos si estos fueron sus planes de él o de ellos. No obstante, hay algunos actos inequívocos. Túpac Amaru declaró que liquidará obrajes, y lo hizo; Pugachóv también liberó a los obreros y campesinos adscritos a las manufacturas y plantas. La diferencia consiste en el hecho de que esas plantas eran metalúrgicas, y los obreros libres siguieron trabajando para hacer cañones y otras armas para el ejército rebelde.

27 En el curso de las dos rebeliones se declaró la abolición de impuestos. Después de la toma de la ciudad de Penza, por ejemplo, Pugachóv nombró a los comerciantes y campesinos de esta región "eternamente cosacos". Debemos recordar que los cosacos no pagaban el censo ni daban reclutas para el ejército. Allí y allá, después de la toma de alguna ciudad o pueblo, destruian toneles (en caso ruso) o botijas (según documentos peruanos) de aguardiente.

28 Otro momento similar de ambas rebeliones consistió en la reacción del gobierno. Se comprende que fue hostil; pero esta hostilidad contenía la sospecha de que el motín estaba inspirado por elementos ocultos y más poderosos que el populacho, la chusma, súbditos leales. La primera idea (la de muchos gobiernos en caso semejante) es la que cualquier descontento está inspirado por los poderes extranjeros. La administración española sospechaba a los ingleses, la de San Petersburgo, a los alemanes o austríacos. No hay duda que en nuestros casos las acusaciones no tenían fundamento. Solamente los aristócratas confederados de Polonia trataron de usar una aventura que apareció en Europa (llamada "princesa Taracánova") y se declaró hija de la emperatriz Elizabet y, por eso, prima hermana de Pugachóv (pseudo Pedro III, hijo de la hermana de Elizabet).

Catalina, espantada con la amenaza de unión entre Pugachóv y poderes europeos, con un engaño tomó presa a la "princesa" que murió en 1775, en la prisión de San Petersburgo.

29 Otro objeto de sospechas era los estratos más o menos poderosos y más o menos descontentos. En Rusia, la emperatriz temía la traición de los nobles; en el Perú, la administración virreinal no confiaba en los criollos. Lo primero resultó no tener fundamento: el reinado de Catalina II fue el siglo de oro para la nobleza, mientras que las tropas de Pugachóv mataban a cualquier terrateniente u oficial. Los casos de nobles que sirvieron a Pugachóv son muy raros y casi todos ellos lo hicieron al pie de la horca.

30 La situación de los criollos parece más complicada. No tengo espacio aqui para analizar todos los lazos que unían a José Gabriel con los criollos del Cuzco y otros centros andinos. Solo presentaré una hipótesis, resultado de mi estudio de la rebelión. Supongo que José Gabriel preparaba, junto con algunos criollos peruanos, un levantamiento cuyos fines correspondían a las esperanzas de elementos "burgueses". El cacique de Tinta abastecería la fuerza militar, los indios. Empero, después de la matanza de Sangarará, él comprendió que los indios tenían otros intentos y pueden repetir la matanza en el Cuzco. Es por eso que se fue a Lampa y Azángaro, es por eso que en vez de atacar Cuzco, todo el tiempo del sitio bombardeaba de cartas a sus exalidados, sin embargo, los criollos atemorizados ya sabían que las tropas indígenas le obedecerán solo si él mandara lo que ellas querían. Según una expresión de Nicolás Berdiaev, "el caudillo de la muchedumbre se halla en la misma esclavitud que la muchedumbre". Algo parecido podemos ver en el caso de Pugachóv. Los cosacos lo obedecían solo cuando los propósitos coincidían; amenazaron a Pugachóv, si hiciera algo contrario a los intentos de ellos; mataban a la gente favorecida por Pugachóv pero mal vista por ellos; al fin, capturaron al jefe derrotado y lo entregaron al enemigo.

31 Los sacerdotes en el Perú formaron parte del grupo criollo, y también estaban bajo sospecha de alianza con Túpac Amaru. No se trata solamente del famoso caso del obispo Moscoso: Boleslao Lewin ("*La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*", La Habana, 1972, t. I, ps. 414-415) subraya el hecho de la defensa de sacerdotes por José Gabriel, y nota que la causa de muerte de los cinco eclesiásticos en el Alto Perú fue la resistencia a los sublevados. Al contrario, durante la rebelión de Pugachóv, el número de sacerdotes que apoyaron el levantamiento fue muy grande. A primera vista, eso parece extraño, pues Pugachóv declaró su devoción a la "vieja fé", es decir, al cisma. Parece que en las aldeas y ciudades provincianas las diferencias dogmáticas no se sentían con la misma agudeza que en Moscú y San Petersburgo. Los sacerdotes ortodoxos en su mayoría eran pobres y poco letrados. En las aldeas vivian como campesinos, trabajando para no morir de hambre. La política de la Ilustración, la secularización de los bienes de la Iglesia en 1764 no atraían la simpatía del clero para una emperatriz, que era, además, una alemana rebautizada, y tomó el poder después de destronar a su marido, asesinado después por uno de sus amantes. Podemos decir que los sacerdotes ortodoxos (como ocurrió con otros más de una vez) no iban con Pugachóv sino contra el régimen. En muchas ciudades, especialmente del Volga, que se rendían a los rebeldes, los vecinos organizaban procesiones de obediencia encabezadas por obispos y clero. Después de la derrota de la rebelión, explicaron que lo habrían hecho bajo amenazas. En cualquier caso, fue imposible cumplir con la orden del Sínodo de excomunión de todos los que se adhirieron a la rebelión: cuando lo trataron de realizar en la ciudad de Penza, se vieron obligados a cerrar todos los templos.

32 Los historiadores escribieron mucho sobre el carácter "espontaneo" de las rebeliones, especialmente lo notan cuando hace falta explicar el fracaso de alzamiento. En la historiografía soviética temprana (1920-1950) fue un lugar común el contraponer los levantamientos proletarios (exagerando su pureza organizacional) a los campesinos, reprochando a los últimos su falta de consciencia y de organización. Sin embargo, la "espontaneidad", como lo formuló la historiadora soviética Zelma Yanel ("*Fenómeno de espontaneidad y organización rebelde*" —en ruso—. "*Istoria SSSR*", 1982, No. 5) que es inmanente para los movimientos campesinos no equivale al caos: puede estar organizada y hasta tiende a cierta organización.

33 En las dos rebeliones, el modo más fácil de organización resultó ser la imitación de las formas estatales. Los órganos directivos, como es ordinario, se formaron solamente en el curso de acciones militares, y fueron secundarios, derivados de los preexistentes. Scarlett O'Phelan ve en este hecho la explicación de la influencia lograda por los criollos y mestizos al interior del movimiento indígena. Lo mismo podemos suponer en cuanto a los elementos ajenos a los rebeldes, en Rusia. Los escribanos, en cualquier caso, imitaron las fórmulas y estilo de documentos oficiales. El Colegio Militar de Pugachóv, así como la Junta Privada de Túpac Amaru, tomaron las organizaciones correspondientes de Estado como modelos. En uno y en otra hubo "generales" y "coroneles". Andrés Túpac Amaru prometió a los curacas hacerlos marqueses; Iván Zarubin (Chika), obrero del Ural, jefe de uno de los ejércitos, recibió el nombre de "conde Chernyshov" ayudante de Pedro III.

34 El fenómeno de impostura o, en ruso, *samozvanstvo*" (declaración a sí mismo, literalmente), está presente, en las figuras de José Gabriel Túpac Amaru y Emelián Pugachóv. El jefe de la conspiración peruana actuaba, generalmente, en nombre del rey o visitador Areche. En cuanto podemos juzgar, resistió contra la impostura mayor. Mandó que ahorcasen a los autores del bando de 23 de Diciembre de 1780 que le regalaron el título de Emperador. Pero sus partidarios seguían otorgándole títulos. El curaca Pedro de la Cruz Condori, dirigiéndose en su nombre a la gente de la doctrina de Santiago de Cotaigata (19 de Marzo de 1781) lo llamó "el Rey Inca de este vasto virreinato del Perú", "el Monarca". El proceso de José Gabriel contra Betancourt por su derecho a llamarse Inca no parece, en retrospectiva, tan inocente si recordamos que muchos de los jefes de revueltas peruanas tomaron este titulo. Al mismo tiempo, no sabemos de algún intento de Túpac Amaru en cuanto al restablecimiento de Tahuantinsuyo, real o imaginario.

35 En Rusia, el *samozvanstvo* de los rebeldes era tradicional. Durante los Tiempos de los Disturbios a comienzos del siglo XVII aparecieron muchos pretendientes que se declararon Demetrio, hijo de Iván el Terrible. Hubo otros pretendientes, con otros nombres. Stepán Razin, el jefe de la gran rebelión de 1667-1671, mostraba al pueblo un falso patriarca Nicon y un príncipe Alexéi" (hijo ya muerto del zar). Así que Pugachóv, al declararse (o al aceptar la declaración) el emperador Pedro III, actuaba en el marco de la tradición rusa.

36 En este breve esbozo, como ya dije en principio, he tratado solamente de atraer la atención sobre coincidencias, semejanzas o puntos comunes en las rebeliones de José Gabriel Túpac Amaru y Emelián Pugachóv. Un análisis comparativo y más profundo de las dos rebeliones sería una tarea para el futuro.

NOTAS

***.** Instituto de Etnología y Antropología, Moscú.

III. Miguel Hidalgo

“La revolución desastrosa”: fragmentación, crisis social y la insurgencia del cura Miguel Hidalgo

Christon I. Archer

1 Note portant sur l’auteur*

2 En la correspondencia al ministro de la Guerra, en 1813, después de treinta meses de rebelión sangrienta, Félix Calleja describió una cadena de eventos en la que una gran parte de la población mexicana había sido “...devorada del deseo de la independencia.” Calleja condenó las crónicas agresiones entre europeos y americanos, “...el pueblo, en la mayor parte ignorante y vicioso, se halla seducido por personas a quienes mira con veneración supersticiosa.” La situación parecía totalmente adversa para las fuerzas realistas, con el bloqueo del comercio y las comunicaciones, la paralización de la agricultura, y la destrucción total de las minas, “...la fuente principal de la riqueza de aquella tesorería nacional de la cual se halla de consequente privada de sus ingresos ordinarios.”[1] Para Calleja, el futuro de España en México dependía de un ejército “...diseminado en la vasta extensión de centenares de leguas en multitud de pequeñas divisiónes despreciables al enemigo, sin comunicación entre sí, rodeadas de numerosas gavillas de insurgentes; un ejército desnudo, mal armado, con crecidos alcances que no se ha pagado al soldado, y cuya miseria es causa de la escandalosa deserción que se advierte hasta en las tropas enviadas de la península, las cuáles se hallan disminuidas en la mitad por su larga permanencia en Veracruz. ” A pesar de su experiencia profesional en Nueva España desde 1789 como confidente de virreyes, sus comisiones importantes a regiones diversas, su dedicación al desarrollo de un ejército provincial efectivo,[2] su residencia en San Luis Potosí como comandante de la Décima Brigada de Milicias y su matrimonio con María Francisca de la Gándara,[3] a Calleja le faltaba un entendimiento sofisticado de las fuerzas políticas y sociales que habían dado origen a la insurgencia. Como general encargado de un ejército en campaña y virrey-capitán general de un país sumergido en una guerra civil incoada, Calleja respondía a cada crisis que se levantaba, pero no tenía tiempo o no tenía el conocimiento necesario para comprender las raíces. Fundamentales que habían provocado la conflagración.

3 Sobre el levantamiento, en septiembre de 1810, del cura Miguel Hidalgo, observadores e historiadores han entablado discusiones —algunas veces polémicas políticas— para explicar la naturaleza de un movimiento tan general y popular que daba principio a una guerra de 11 años y a un siglo de crisis políticas, económicas, y sociales para la nueva nación independiente. En 1814, el ministro de Indias ordenó al virrey Calleja iniciar "unas memorias que manifestasen el origen de las altercaciones de estos países, personas que hayan figurado en ellas, providencias que se hayan tenido para sofocarlas, etc. "[4] En respuesta, Calleja nombró una comisión investigadora de cuatro individuos —los eclesiásticos americanos Dr. José Mariano Beristain, decano de la Santa Iglesia y Fr. Miguel Bringas, guardián de San Fernando de Querétaro y los militares europeos brigadier Manuel Espinosa Tello[5] y capitán Ramón de la Roca. Ellos examinaron varias vías de acceso... "considerando la insurrección como un producto de las pasiones, de la mala educación, de errores políticos, y de la ignorancia del verdadero estado de la América por parte de la Metrópoli, y reflexionando sobre la influencia que han tenido las operaciones militares y gobernativas en su detención o aumento."[6] Finalmente, los comisionados adoptaron un método de investigación para el estudio de tres ramos — orígenes, progresos, y estado actual de la insurrección. El capitán Roca tuvo la responsabilidad de estudiar los archivos militares y de recolectar documentos de oficiales administrativos. Desde el momento en que comenzó la rebelión del cura Hidalgo hasta el presente, observadores e historiadores han adoptado ideas diversas sobre el primer caudillo de independencia. En público, Calleja y otros militares realista declararon a Hidalgo un fanático insensato, pero al mismo tiempo reconocieron la fuerza de la rebelión y el potencial de independencia si el mensaje revolucionario hubiera sido dirigido a los criollos mexicanos en lugar de a los indios y castas. En general, los historiadores ilustres del siglo XIX —liberales como José María Luisa Mora y Lorenzo de Zavala, y conservadores como Lucas Alamán quien fue el más severo de los censores— no reconocieron a Hidalgo como figura heroica y padre de la nación, como eran considerados Simón Bolivar o George Washington.[7]

4 Observadores contemporáneos (como el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo) trataban de explicar "el mortífero contagio de la rebelión que se fortifica por momentos, y amenaza de un día a otro con la separación perpetua de la Metrópoli de estas grandes posesiones."[8] En bus ca de causas, Abad y Queipo examinaba los elementos de distancia entre colonia y metrópoli, y la tendencia histórica hacia la separación en provincias remotas de los imperios cuando sus poblaciones aumentaban. Los observadores contemporáneos, los historiadores especulaban sobre los problemas de mezcla racial en México, las dificultades con los indios y castas bajas, y las conspiraciones entre los criollos y la pequeña minoría de españoles. Para Abad y Queipo, la lucha revolucionaria estaba inspirada por un grupo internacional de francomasones que había establecido logias en Europa y en México (las sociedades de racionales caballeros). El objetivo final de estos grupos numerosos de criollos mexicanos era trabajar "...sin cesar en la independencia de las dos Américas."[9] Junto con otros grupos, estos criollos formaban una coalición poderosa "...con mano oculta, con astucia lo más profunda y con el machiavelismo más refinado."[10] Tal fue la capacidad de subversión de estos enemigos del estado que manipulaban a indios, negros y mulatos y los convertían en "monstruos feroces." En solamente 15 días, la rebelión reclutó una fuerza de más de un millón de ciegos partidarios. En esta situación, los mexicanos ilustrados tuvieron que combatir la

rebelión "...convencidos de que, si prevalece, es inevitable una espantosa anarquía, como la de Santo Domingo, que consumaría necesariamente la ruina absoluta del país."[11]

5 México además enfrentaba una conspiración internacional y nacional que en poco tiempo podía seducir a la población y generar una rebelión masiva en busca de independencia. En los años que precedieron a 1810, identificaba Abad y Queipo un fundamental fracaso del sistema político. Al virrey José de Iturrigaray [1803-1808], "ignorante, violento, avaro, y ambicioso"[12] le faltaba la capacidad de mando y en la crisis de España que comenzó con la invasión de los ejércitos de Napoleón en 1808, él sirvió los intereses particulares de la coalición mexicana de infidencia. Después del golpe que derrocó a Iturrigaray, ni el viejo soldado virrey Pedro Garibay, ni el arzobispovirrey Francisco Javier de Lizana comprendieron el daño o contestaron la infidencia con fuerza suficiente. En las palabras de Abad y Queipo, Lizana era "...un hombre muy sencillo que no conocía el corazón humano ni tenía luces en materias de política, ni de gobierno."[13] En 1809, Abad y Queipo estaba en Guanajuato durante la conspiración de Valladolid; la veía como un ridículo negocio organizado contra un complot imaginario de los 40 gachupines de la ciudad para degollar los 25,000 criollos.[14] En una atmósfera cargada de rumores, la población de Nueva España esperaba la derrota definitiva de España y anticipaba una invasión extranjera, de Francia, Inglaterra, o los Estados Unidos. Con respecto a la rebelión de Hidalgo, Abad y Queipo veía al general Calleja como un oficial competente en las acciones de Aculco, Guanajuato, y Calderón, pero era "...un hombre muy pagado de sí mismo, y muy sensible a la lisonja."[15]

6 Desafortunadamente, estas explicaciones más o menos políticas no ofrecían respuestas completas sobre la naturaleza de la rebelión iniciada por Hidalgo. A pesar del carisma atribuido por Abad y Queipo a las figuras misteriosas de la conspiración que lograban soliviantar a indios, mestizos, mulatos, negros, y otras castas, en apoyo de Hidalgo, existián otros factores. Es cierto que la llegada a los pueblos del Bajío de unos criollos ilustrados de las ciudades, miembros de una conspiración independentista, por sí sola no hubiera producido la rebelión masiva y popular de Hidalgo. Al mismo tiempo, México estaba recibiendo la resonancia constante de ecos del mundo exterior —de guerras, revoluciones, invasiónes, ideas peligrosas, y cambios— que inspiraban miedos y ansiedades en la sociedad mexicana. Aunque los europeos o criollos educados recibían el mensaje y lo sopesaban no sucedía lo mismo con una población analfabeta a la que le faltaba la capacidad para hacer interpretaciones racionales. Su dependencia generaba supersticiones, manipulación, falsificación y otras formas de demagogia. En algunos casos, la ignorancia era vista como una defensa contra la introducción de ideas peligrosas. En abril de 1810, Dionisio Cano y Moctezuma, el gobernador de indios en Tecpam, declaró:

> Las principales armas que Napoleón usa para sus Conquistas, que son la seducción, la intriga, y las Proclamas, se embotan en la misma rusticidad de los Indios, que no saben, ni quieren saber más, sino que Fernando VII es su Rey.

7 Cano y Moctezuma ofreció su población de indios leales como defensores contra una invasión francesa de México:

> No habrá quien sea capaz de persuadirles nada en contra de estos principios; por que a más de la certidumbre de ellos en sí, no entran los Indios en discusiones, ni raciocinos, y he aquí un motivo para que sean los más constantes defensores de la justa causa que defendemos como menos expuestos a ser víctimas de la seducción, y alucinamiento.[16]

8 Con variaciones de esta forma de glorificación de la ignorancia expresada por Cano y Moctezuma, los agentes del gobierno, clérigos, y otros miembros de las clases

gobernantes hubieran traducido y explicado la sucesión de amenazas y peligros. Además, durante las últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX hubo cambios en la mentalidad de la burocracia que hacían borrosas las líneas de comunicaciones entre gobernadores y gobernados o entre las clases educadas y las más humildes de la sociedad. A los régimenes políticos y administrativos de la ciudad de México y de las capitales de las intendencias les faltaba información exacta sobre las ideas y motivaciones de los indios y castas bajas de la sociedad. En mayo de 1810 cuando aparecieron en Tonalá pequeñas ollas de barro que tenían la inscripción "Viva Nuestro Rey Buenparte",[17] el ayuntamiento de Guadalajara tuvo que admitir una falta de información sobre las opiniones de los indios y clases bajas. Aunque los mejores elementos plebeyos se mostraron leales, el ayuntamiento tenía miedo del impacto de enemigos escondidos "...en un vulgo ignorante e incauto, propenso a la novedad y suseptible de la seduction."[18]

9 Años antes de Hidalgo, México entraba ya en un período de fragmentación social que cortaba o cambiaba las relaciones entre los sectores de la población y permitía el desarrollo de sistemas alternativos de comunicaciones y lealtades. Por una parte esta crisis social era resultado de las divisiónes entre criollos y europeos y por otra, era efecto de las reformas borbónicas que en muchas regiones habían introducido una forma de administración regional de intendentes, subdelegados y justicias extremadamente corrupta, explotadora, y corrosiva. Se puede notar aquí que la pérdida de tierras de comunidades, realengos, derechos tradicionales, y otras amenazas —reales, percibidas, y imaginadas— en el Bajío y en los pueblos vecinos de minas, contribuían a la crisis, y en 1810, a la insurrección. En los distritos aislados y escabrosos, a muchas comunidades localizadas más allá de las villas pobladas y de los centros de gobierno regional de una subdelegación o partido, les faltaban comunicaciones efectivas con el gobierno, con la Iglesia, o con lo que se podría llamar el mundo de la Nueva España. En 1807, el subdelegado de Taxco declaró que los habitantes "...de los pueblos distantes [de Taxco] por la falta de civilización, son no solo demasiado rústicos, sino agrestes, pues aun el idioma castellano ignoran."[19] Viendo la explotación que sufrían, clérigos y curas de estas regiones —casi siempre americanos— defendían a la población, interpretaban y enseñaban el significado de mensajes sobre revoluciones, filosofías, guerras, invasiónes, y especialmente sobre cambios en las leyes. Estos curas y religiosos en contacto diario con la población y otros individuos residentes en la región como rancheros, administradores, mayordomos, mesoneros, arrieros, y artesaños servían de vínculo con los pueblos de indios, comunidades de mineros, y otros grupos con necesidad de protección, defensa, información, y dirección. Esto nos habla del papel esencial de estos curas y religiosos y de familias como los Anaya y Villagrán de Huichapan, Tula, y de otras de pueblos al norte de la ciudad de México.[20] Este núcleo de individuos ofrecía la posibilidad de unas direcciones alternativas fuera del sistema de gobierno central, con su burocracia y sistema de impuestos y demandas, y fuera de la jerarquía eclesiástica que representaba intereses ajenos a muchos de los mexicaños de las provincias. Estos factores provocarían que las regiones de Nueva España explotaran en una serie de insurgencias que parecían espontáneas, eléctricas, y combustibles. La rebelión del cura Hidalgo no fue más que la chispa arrojada a la pólvora.

10 La importancia de los religiosos regionales como opositores del régimen central crecería en los años anteriores a la rebelión. Ya en 1798, Calleja comentó:

> Los ministros de tierra dentro son en general unos despotas arbitros de todos asuntos, no estan en uso en aquellos parages las Soberanas determinaciones que ciñen y señalan sus facultades, no sufren que ninguna autoridad se les oponga, y

> cubriéndose de un aparente celo de religión, denuncian sin remordimiento alguno se atreve intentarlo.[21]

11 Muchas veces el "despotismo" que identificó Calleja, representaba la intervención de los religiosos en defensa de los intereses de la población. En la década siguiente, las autoridades coloniales se vieron cada vez más presionadas para reclutar compañías militares, levantar fondos y préstamos, y producir más plata, productos agrícolas, y ganado. Con las necesidades del Imperio y la defensa de la Nueva España contra una posible invasión extranjera o un movimiento de criollos, la gente de provincia sufría una serie de calamidades siniestras. Describiéndose como "padres del común de esta villa"[22] o "hijo de este suelo," entre 1807 y 1810, los curas y demás sujetos con papel de interconexión entre las clases sociales, intervenían para proteger a esa población y quejarse del reclutamiento de mineros y obreros, en las milicias, en un tiempo de precios altos y de carestía de maíz y carne. El 7 de septiembre de 1810, unos cuantos días antes del grito de Hidalgo, el gobernador de naturales de San Miguel el Grande, Ciriaco García, escribió al virrey para atacar "el Gobierno Mercantil" en que, "la mentira, el engaño y la felonía, han colocado su trono sobre el de justicia." García tenía sus dudas sobre los europeos "...que quizás han salido prófugos de la infima plebe de la Península por alguna alevosía criminal." Por otra parte, el gobernador lloraba por los naturales quienes estaban:

> ...abatidos como esclavos, vilipendiados, y en un mar amargo de miseria de hambre y desnudez como los bárbaros herrantes por los desiertos, sin fomento, sin premio, y esperando ser entregados a los enemigos de nuestra Santa Católica Religión, como son los ingleses.[23]

12 Como es bien conocido por las investigaciones de Enrique Florescano,[24] las sequías, heladas, y otros desastres en la agricultura aumentaron los precios de los principales productos de consumo y causaron los desórdenes que antecedieron la rebelión. En marzo de 1810, la Diputación de Minería de Taxco informó al virrey sobre una carestía general de carne y de maíz, este último había subido a cinco pesos la carga.[25] En el Bajío, las ciudades y pueblos mayores compraban la cosecha de maíz para las alhóndigas urbanas a pesar de las quejas de la población rural. A fines de 1809, fueron necesarias compañías de tropa para escoltar el maíz hasta los graneros. En 1810 unos cuantos meses antes de la rebelión, el intendente de Guanajuato, Juan Antonio Riaño advirtió al virrey Lizana que tal vez tendría que emplear las fuerzas militares para expropiar el maíz y preparó un plan de la defensa de la Nueva España.[26] Estas presiones, combinadas con la movilización de las unidades milicianas en los pueblos provinciales y los violentos esfuerzos para levantar milicias, impusieron nuevas cargas a los gobiernos locales y a la población.

13 En un período de carestía de alimentos básicos, de crecientes temores, y de movilizaciones de hombres para el servicio activo en lugares distantes de sus provincias, familias, e intereses, es totalmente lógica la importancia de religiosos y líderes políticos de distritos y regiones y de una oposición al gobierno central todavía en embrión. Además, el derrocamiento del virrey Iturrigaray, las malas noticias que llegaban de Europa sobre el futuro de España en un mundo napoleónico, los antagonismos crecientes entre las facciones, los peligros de invasiónes, y la conspiración de Valladolid de 1809 hacían la situación aún más confusa. En mayo de 1810 por ejemplo, a pesar de la alianza con Inglaterra que había hecho imposible una invasión francesa, la Audiencia en México continuaba sus enérgicos preparativos para la defensa de Veracruz. El comisionado de España, José Luyando relató que pedía información a las autoridades sobre las disposiciones militares:

> ...preguntando de varios modos a algunos sujetos que podrían saberlo pero a todos los he hallado ignorantes del motivo de estas disposiciones de defensa, y aun a muchos llenos de un disgusto muy serio, por que suponiéndoles innecesarios creían que iban a sacrificarse infructuosamente en el mortífero clima de Veracruz y sus inmediaciones a donde bajan las Tropas a hacer el acantonamiento.[27]

14 Perdidos como estaban en una niebla de peligros reales e imaginados, ni los regentes de la Audiencia, ni los intendentes y subdelegados regionales, ni los miembros de los cabildos urbanos, podían reafirmar sus dominios sobre los distritos del Bajío y otras provincias. Aún más, esos subdelegados que habían explotado a la gente de las minas, haciendas, ranchos, y pueblos, considerándola "una gente vaga por naturaleza y ejercicio",[28] en modo alguno podían ahora pensar en efectuar alianzas con ella. Para provocar una rebelión contra las autoridades legítimas y sus fuerzas represivas, cualquier cabecilla necesitaria, eso sí, invocar una serie de temas —incluyendo el mesianismo, el milenarismo, y los mitos populares, de los cuales nos han hablado Jean Meyer, Eric Van Young y Enrique Florescano.[29] Como se puede ver en la sociedad mexicana de esa época, cada grupo de la población desarrollaba mitos populares y rumores catastróficos sobre atrocidades, matanzas, y expulsiones siguiendo sugerencias de otros grupos o clases.

15 A pesar de los naturales temores de insurrecciones de indios, mestizos, y otras castas, antes de 1800 la reacción rápida de las autoridades y las fuerzas disciplinadas había terminado con los incidentes. Los levantamientos indígenas en Papantla y Acayucan durante 1787, fueron fácilmente sofocados puesto que no recibieron apoyo de los indios de otros pueblos ni de los pardos y morenos de la región. Para ello, el gobernador de Veracruz envió una fuerza militar.[30] Esto contrastó mucho con la reacción del régimen ante una nueva amenaza de insurrección indígena en 1801. Desde luego, las tensiones para los administradores españoles habían cambiado dramáticamente con el espectro de las ideologías revolucionarias del mundo exterior y con la guerra con Inglaterra. Las autoridades estaban más dispuestas a creer oscuros rumores y los criollos y otras clases o castas añadían elementos imaginativos para crear sus interpretaciones y el simbolismo de eventos. En el proceso, la verdad se volvió víctima de propaganda, de temores, y de las imaginaciones bien desarrolladas de una sociedad en plena crisis. En el caso de los indios, esta tendencia, junto con la continua incomprensión de sus motivos por parte de las autoridades, y el temor de estas últimas de que con la ayuda de agentes desconocidos se podría organizar una conspiración general que abarcaría toda la Nueva España, dio como resultado una represión brutal de un movimiento no existente. La llamada rebelión de Mariano de Tepic coincidió con el miedo a una invasión inglesa y a conspiraciones de criollos que habían atraído la atención del Virrey Félix Berenguer de Marquina.

16 La primera information provino de las autoridades navales de San Blas y de los subdelegados de Compostela y Aguacatlán, en Nueva Galicia, quienes obtuvieron copias de cartas subversivas. Desde el principio, la conspiración pareció peligrosa; se volvió cada vez más fantástica a medida que aparecía nueva información. Mariano, que se creía que era hijo del gobernador indgena de un pueblo llamado Tlaxcala en Nueva Galicia, había citado a un número desconocido de comunidades indígenas convocándolas a una reunión general en el pueblo de Tepic.[31] Se mencionó a un rey indígena o un jefe de un ejército de 30,000 hombres dispuestos a luchar bajo su mando. También se informó que los indios en todo el virreinato habían establecido una comunicación entre ellos y con la nación tlaxcalteca.[32] Se suponía que un caballero anónimo de la ciudad de México estaba involucrado, y se decía que habían sido vistos algunos jinetes armados, en compañía de grupos indígenas. El plan debería realizarse el día de la fiesta de la Virgen de Guadalupe

en el momento en que los cirios fueran encendidos en el altar. Estos contendrían explosivos que harían estallar el templo. Los insurgentes aprovecharían la confusión para atacar el palacio virreinal, que estaría minado en las esquinas.[33]

17 Después de varias acciones de tropas y de la aprehensión de algunas personas inocentes, quienes creían que algún personaje importante había llegado para visitarlos, quizá el rey de España, las autoridades no pudieron verificar la existencia de un caudillo indio llamado Mariano. No se descubrieron evidencias que involucraran a españoles o a extranjeros, y la región de Tepic permaneció tranquila. La historia del indio Mariano y la búsqueda de una confabulación indígena, que no existía, representaba el estado de inseguridad, la falta de entendimiento y la existencia de un abismo cultural entre gobernadores y gobernados.

18 Aunque la gran conspiración de los indios de Nueva España era una invención de mentes febriles, ilustraba el estado de efervescencia y las posibilidades de mensajes míticos o místicos para diseminar ideas que en otros tiempos hubieran sido consideradas ridículas por grandes sectores de la población.[34] Además, las presiones de casi dos décadas de guerra, que habían debilitado el imperio español y que habían causado constantes perturbaciones internas y externas, culminarían con la invasión napoleónica de España. En esta confusión, muchas cosas que sólo habían sido sospechas o desacuerdos triviales se convirtieron en profundas divisiónes. Los españoles europeos veían cada vez más señales separatistas en los criollos. Ambos grupos tenían individuos que esparcían rumores de expulsión, amenazas de muerte, y otros chismes que en tiempos normales se habrían desechado. En 1809 por ejemplo, las autoridades en el presidio distante de Loreto arrestaron al cirujano José Francisco Araujo por una intriga amorosa muy escandalosa con Indalesia, la esposa de un soldado. Conocido por su adición al juego y fandangos y costumbres de aparecer en público con su "chaqueta al hombro" —una indicación cierta de la mala vida—, Araujo tenía en su posesión una carta sediciosa que describía las facciones de gachupines y criollos como "...opuestas diametralmente unos a otros y ardiendo en la más encendida división y enemistad".[35] Escrito como un ataque violento contra "...ésta vil canalla criolla", en realidad el documento estaba concebido para incitar al patriotismo criollo y a la acción violenta contra los gachupines. El escritor comentó:

> Los americanos ni tienen educación, ni se ocupan en otra cosa que en dormir y alimentarse esta es su vida, y así es imposible que se muevan en nada: El Pueblo o viene a ser lo mismo y aún peor, pues casi tiene embotado el uso de la razón...[36]

19 Con la invasión francesa de España y el derrocamiento del virrey Iturrigaray, México era propicio a conspiraciones. La presencia de espías de la Inquisición y agentes del régimen no pudo detener una gran cantidad de acciones sediciosas, cartas anónimas, pasquines y exortaciones.[37] El grito de "¡Libertad cobardes criollos!"[38] aparecía en los templos y cementerios de México, invitando a un futuro desconocido. En respuesta, las autoridades políticas y religiosas contestaban con una campaña de propaganda que atacaba la idea de separatismo y deseaba borrar las divisiónes entre peninsular y criollo. El virrey Garibay proclamó:

> Olvidad desde ahora para siempre esos apodos de *criollos* y *gachupines* de que haceis una aplicación odiosa e ideal, supuesto que todos los miembros de una nation no deben ser conocidos sino por el nombre mismo que lleva la nación de que son parte.[39]

20 Contra las ideas eurocentristas de Pauw, George Louis Leclerc, Buffon, y otros científicos, el virrey Lizana aceptó ciertas ideas de Francisco Javier Clavijero y de la escuela criolla para proclamar:

> La sangre española no degenera por haber atravesado el oceano: ella no pierde en América su espíritu y energía: aquí hay dignos hijos y nietos de los vencedores de Bailén.[40]

21 Las rivalidades entre españoles y criollos agravaban otros conflictos[41] y esparcían convulsiones en los pueblos y distritos rurales donde provocaban que religiosos, y otros agentes en contacto directo con la población analfabeta, imaginasen un futuro terrible.

22 No obstante la campaña en defensa del régimen, los pasquines y cartas sediciosas provocaban un creciente nivel de inquietud y miedo hacia lo desconocido. En conversaciones, tertulias, correspondencia particular, y hasta en las comedias populares, los mexicanos hablaban de la crisis y culpaban a los particulares europeos del golpe en México y a todos los gachupines, al rey Fernando, y al gobierno provisional en España.[42] En Valladolid, se reunió un pequeño grupo de criollos para analizar las noticias que llegaban de Europa y las confabulaciones que supuestamente se preparaban en México. Algunos habían oído decir que los gachupines planeaban realizar una campaña de genocidio o entregarle el país ya a Francia o a Inglaterra. Aunque el plan para un levantamiento militar carecía de organización, sí incluía la idea de reclutar a la población indígena —prometiéndoles una exención permanente del pago del tributo y de otros impuestos opresivos.[43] Antes de que el plan pudiera ponerse en acción, fue descubierto y sus partidarios arrestados. El plan de 1810, desarrollado por Juan Nazario Peimbert, más tarde miembro de los Guadalupes,[44] planeaba un ejército de 200,000 indios que se llamaría "El Irresistible de Naturales Voluntarios de Nueva España." Como los conspiradores de Valladolid, Peimbert ofreció eximirlos del tributo y de otros impuestos.[45] Condenó la voracidad de los subdelegados y propueso una huelga general de todos los indios que trabajaban en agricultura y comercio. Manuel Abad y Queipo había añadido una propuesta similar para el reclutamiento de las castas tributarias a cambio de una exención permanente del pago del tributo.[46]

23 Desafortunadamente, la gran mayoría de los criollos no veían más allá de la explotación militar de los indios y castas; no concebían reformas sociales básicas que hubieran traído soluciones a los problemas. En sus lamentos proféticos, Abad y Queipo, por su parte, había identificado la necesidad de reformas para aliviar la miseria de los indios y castas que: "...se hallan en el mayor abatimiento y dégradación."[47] En mayo de 1810, Abad y Queipo comentaba sobre esas ocho décimas partes de la población mexicana compuestas de indios y castas:

> Esta gran masa de habitantes no tiene apenas propiedad, ni en gran parte domicilio; se hallan realmente en un estado abyecto y miserable, sin costumbres ni moral.[48]

24 Pensando en un levantamiento de criollos contra gachupines, suponía Abad Queipo que los indios y castas se unirían a los mexicanos en contra de los españoles europeos. A su pregunta, "¿Qué debe resultar en una revolución de esta heterogeneidad de clases, de esta oposición y contrariedad de intereses y pasiones?" El mismo responde:

> La destrucción recíproca de unos y otros, la ruina y devastación del país, como sucedió en Santo Domingo en iguales circunstancias, porque las mismas causas producen siempre los mismos efectos.[49]

25 Aún con ésta escena de désolación, Abad Queipo no alcanzó a comprender todas las raíces y elementos de la insurgencia de Hidalgo.

26 Además de viejas enemistades podemos señalar factores que creaban una atmósfera de traumatismo y un mosaico caótico de percepciones de peligros inminentes. Aún antes de la violencia, los mexicanos informados comunicaban su inquietud a las clases populares.

Convencido de que un peligro desconocido amenazaba al país, en abril de 1810, José Antonio Portal de Valladolid pidió al virrey Lizana oraciones dirigidas a la "Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.[50] Rumores, comunes en la sociedad provincial de antes, se convertían en verdades espantosas. Dependiendo para su información y noticia de los curas, gobernadores, y otros agentes como rancheros y arrieros, los indios y castas recibían noticias muy exageradas que articulaban sus propias supersticiones y miedos. Todos estos elementos complejos explican la espontaneidad de la insurgencia del cura Hidalgo.

27 En 1810, muchos de los curas provinciales y gobernadores de pueblos identificaban a comerciantes, burócratas locales, mineros, hacendados, mayordomos, tenderos, y otros — la mayor parte gachupines o "euroamericanos"—,[51] como los agentes de la situación malsana de las regiones. Con la mezcla de visiones reales e imaginadas de la situación en Nueva España y en el mundo, los curas se valían de sus púlpitos para sembrar ideas y conceptos. Aunque el cura Hidalgo funcionó como caudillo y generalísimo, muchos otros curas, gobernadores de indios, y mexicanos descontentos contribuían también a la ira necesaria para un levantamiento regional tan general. Disputas sobre las actividades rapaces de hacendados[52] y sobre el repartimiento con subdelegados y comerciantes se mezclaban con interpretaciones espantosas de la situación internacional y las supersticiones mesiánicas.

28 La gran popularidad de la rebelión de Hidalgo sorprendía a todo observador del período y probablemente aún al mismo cura y a sus adeptos. Con el beneficio de la percepción tardía de los eventos, se puede decir que las acciones de Dolores, San Miguel, y Guanajuato representaban una acumulación de esfuerzos. Desde el principio del movimiento, ni Hidalgo, ni Ignacio Allende, ni sus subalternos criollos podían controlar la rebelión que crecía más allá de sus capacidades de dirigirla. Aunque Hidalgo fue un hombre de talento y capacidad, ni el curacatalizador, ni sus subordinados exhibían una habilidad particular para el mando de un movimiento revolucionario o para levantar y organizar la estrategia militar necesaria para enfrentar al ejército del régimen. A pesar de que algunos historiadores hablan de la experiencia militar de Allende y otros oficiales rebeldes, es importante notar que estos hombres eran milicianos de poca experiencia fuera del nivel de la compañia de las milicias provinciales. Aunque Allende había participado en la defensa de Orizaba y Jalapa, durante la amenaza de invasión, no tenía preparación táctica para el mando de fuerzas mayores. Después de Allende, oficiales subalternos como Juan Aldama y Mariano Abasalo estaban aún menos preparados para el mando militar y político.[53]

29 La ferocidad de la rebelión y la especial violencia dirigida contra los españoles europeos exacerbaron la fragmentación de la sociedad y de la economía. De Zacatecas, Guadalajara, Guanajuato, Aguascalientes, y otras ciudades y pueblos, los gachupines respondían a las noticias del movimiento de Hidalgo con "terror pánico"[54] y un deseo general de escapar de las regiones de contagio hacia la capital, las costas, o las provincias del interior. Se llevaban consigo sus saberes y experiencias en la agricultura, la minería, el comercio, la administración pública, y cuando era posible se llevaban también sus propiedades móviles. De Zacatecas por ejemplo, los europeos Antonio Apezechea y Julián Pemartín se fugaron con un tesoro en pesos acuñados y barras de plata. Ofrecieron un préstamo a Calleja para ayudar a la formación del Ejército del Centro de 225,000 pesos en reales y 94 barras de plata.[55] Otros europeos sufrían una parálisis casi total causada por horribles experiencias con la población mexicana y vivían temerosos sin recobrar la confianza. Para

huir del peligro compraban caballos y mulas para transportar efectos que necesitaban los realistas para la formación de las unidades de caballería e infantería.[56] Otros más negaban los males y no participaban en la formación de milicias. En Guadalajara poco antes de la invasión del ejército rebelde, declararon los gachupines comerciantes que "...no eran soldados, y no debían cuidar sino del número uno."[57] Aún Calleja, europeo él mismo, experimentaba una fuerte cólera contra los gachupines parque éstos habían abandonado las provincias rebeldes al enemigo y encomendado la defensa a un ejército de criollos.[58]

30 Las fuerzas realistas gozaban casi de un monopolio de armas y municiones y después de vencer el miedo a las grandes chusmas de Hidalgo, ganarían victorias fáciles en las acciones de Aculco, Guanajuato, y Puente de Calderón. Pero las victorias en el campo de batalla no significaban mucho y los rebeldes aprendían pronto que en un conflicto desigual, los métodos del guerrillero y del bandido podian dar fuerza a los números y a la multiplicidad de los focos regionales de insurgencia. En ocasiones podrían volver otra vez a la vida pacífica del campo. Si el ejército realista ocupaba las ciudades más importantes con guarniciones de tropas y milicianos, era preciso abandonar el campo a los insurgentes. Como resultado de esta situación, Hidalgo y sus conspiradores dieron principio a un movimiento muy general que se subdividiría y se reanimaría sin fin. Aunque el ejército aparentemente ganara victorias "definitivas", esto no pasaba de ser ilusorio como suele suceder en muchas de las guerras modernas de este tipo. En realidad, el tiempo, la falta de reclutas y fondos, y la subdivisión de los regimientos en centenares de pequeñas guarniciones esparcidas por las provincias iban a la larga a minar las voluntades.

31 En Querétaro, en octubre de 1810, el comandante realista de artillería, teniente coronel Ramón Díaz de Ortega se quejó "...nosotros [los realistas] reducidos a defendernos dentro de un numeroso pueblo que no nos quiere."[59] Calleja comentó que los mexicanos y aún los españoles "...están convencidos de las ventajas que resultarían de un gobierno independiente, y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece según observo, que hubiera sufrido bien poca oposición."[60] En otras ocasiones Calleja atacaba a la población por ser "immoral, sin carácter, sin costumbres." En 1811, Calleja escribió al virrey Venegas de Guanajuato, "Estamos rodeados de enemigos. Los indultados vuelven a tomar las armas en que se libertan del riesgo. "[61] Entendiendo la debilidad de los realistas en una guerra de este género, Calleja notó: "cien batallas que ganamos no nos asegura, pero una que perdamos pierde el reino para siempre."[62]

32 Para los realistas, quienes querían resistir a la insurgencia comenzada por Hidalgo, ya en 1811 México era un país absolutamente diferente. Una vez rotos, los lazos tradicionales y la obediencia de la población no pudieron ser restablecidos. En los distritos rurales, los insurgentes formaban administraciones locales para hacer permanente su revolución. Muchas veces, los mineros, mayordomos de haciendas, y rancheros se encontraban atrapados entre las demandas de las fuerzas de la insurgencia y la causa real. Aunque Calleja introdujo un sistema comprensivo de contrainsurgencia para organizar milicias urbanas y rurales, éste no funcionaba efectivamente en muchas de las regiones donde la población apoyaba la insurgencia. Los comandantes realistas y subdelegados no podían reanimar la lealtad y sus milicianos casi siempre desertaban si se veían en peligro de un combate. En 1811, el subdelegado de San Luis de la Paz, Antonio de Flon, censuró a los rancheros de su distrito quienes habían aparecido para la compañía local como "...hombres absolutamente montarazes en lo general maliciosos, cobardes, y de corazones

corrompidos."[63] Flon explicó los beneficios del servicio realista y lo negativo de la causa insurgente y los rancheros: "...escucharon con los brazos cruzados, y los ojos en el suelo." [64] ¡Grupos asi nunca apoyarían a las fuerzas o a la contrainsurgencia!

33 Aún en 1811, sólo unos meses después del grito de Dolores, el ejército real había perdido para siempre (no las podría volver a ocupar) las regiones montañosas de Guanajuato, Valladolid, Jalisco, San Luis Potosí, Querétaro... Mientras tanto, agentes de Hidalgo y sus sucesores esparcirían el mensaje y las tácticas guerrilleras a otras zonas del país. Sin europeos y euroamericanos, muchos distritos carecían de administradores, hacendados, mineros, y comerciantes. Aunque la formación de compañías territoriales y despacho de partidas volantes de caballería restableciera el control provisional a una región,[65] los insurgentes comisionaban mayordomos y administradores para erigir una economía rebelde. Cuando llegaban las divisiónes realistas, estos individuos huían a las montañas por unos días. Si los realistas destruían haciendas, cosechas, hortalizas, ganados, etc. a la vez que se perdía esa economía local se perdía también una potencial ayuda.[66]

34 La voz insurgente de "Viva María Santísima de Guadalupe, y mueran los gachupines", ocultaba una variedad de temas que subsistirían hasta la Independencia de México y aún durante el siglo XIX. Aunque las inmensas fuerzas de Hidalgo desaparecieron "en un soplo", México afrontaba una insurgencia permanentemente fragmentada. En 1814, Diego García Conde, comandante de las armas realistas de Valladolid, describió a México como "un señorito maleriado" que a pesar de la destrucción de los ejércitos insurgentes". "...subsiste aun con los mismos proyectos de exterminio, y con sus pocas fuerzas divididas, lleva sus depravados proyectos adelante con demasiados progresos en la aniquilación."[67] En sus sueños, los criollos intelectua les pensaban en una revolución de independencia fundada en las modernas ideas del mundo atlántico y nunca consideraban las posibilidades de ahogar al país en un conflicto interminable entre regiones y clases, capaz de destruir la unidad y la economía. Ni consideraban las aspiraciones de los curas, los arrieros, los vaqueros, los obreros rurales, y otros sectores de la población que ganarían mucho con esta destrucción y vendrían a ocupar las posiciones y poderes abandonados por los burócratas coloniales. Los rebeldes, sucesores de la época de Hidalgo, peleaban bajo la dirección de los jefes de sus regiones. Como guerrilleros de otras partes y en la edad contemporánea, les faltaba capacidad para ir más alla de la correría y del bandolerismo. Tenían que esperar el agotamiento moral y financiero del ejército real al mando, de 1820 a 1821, de Agustin de Iturbide.

35 Ya en marzo de 1811 con la captura y eliminación del cura Hidalgo y sus jefes principales, la rebelión se transformó, de un movimiento espontáneo con elementos de milenarismo, mesianismo y un idealismo confuso, a una serie de insurgencias regionales populares con los métodos de la guerrilla y el control del campo para confundir y golpear a los realistas de las ciudades y distritos cercanos. Las acciones militares de 1810-1811 iban a dar lecciones a los rebeldes del Bajío sobre las posibles estrategias y la introducción del programa realista de contrainsurgencia[68] y además iban a destruir las ilusiones sobrantes. Desafortunadamente para el futuro de México, la fragmentación del país y de su población hicieron dificil la vuelta de un gobierno central efectivo. En algunas provincias los insurgentes habían introducido un sistema bastante reaccionario de división de tierras, la preeminencia de formas de agricultura de subsistencia, y el control de recursos. A pesar de la opinión de muchos historiadores, desde Lucas Alamán, el cura Hidalgo comenzó una revolución que continuaría hasta lograr la independencia politica y se desarrollaría todo el siglo XIX.

NOTAS

***.** Universidad de Calgary, Canadá.

1. Calleja al ministro de la Guerra, 15 marzo de 1813, Archivo General de las Indias, Sevilla, Sección de Méjico [citado después como AGI, México], legajo 1322.

2. Christon I. Archer, *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1810* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1977) 202-203.

3. Véase José de J. Núñez y Dominguez. *La virreina mexicana: Doña María Francisco de Calleja* (México; Imprenta Universitaria, 1950).

4. Calleja al Ministro Universal de Indias, núm. 150. 6 abril de 1815, AGI, México, leg. 1322.

5. Después de guardia marina en 1780, Espinosa y Tello sirvió en la flota española en el bloqueo de Gibraltar en las baterías flotantes y en expediciones navales. Como teniente de navío en 1798, vino a México para servir en el Pacífico bajo las órdenes del capitán general de las Filipinas. Enfermo del estómago, en 1802 Espinosa y Tello se trasladó al ejército de Nueva España como teniente coronel de caballería. En 1810 fue comandante del Regimiento Provincial de Dragones de Puebla. Sirvió con Calleja en el Ejército del Centro y estuvo presente en las acciones de Aculco, Guanajuato, Calderón, Zitácuaro, y el sitio de Cuautla. Véase Hoja de servicio de Manuel Espinosa y Tello, Brigadier de los Reales Ejércitos, 2 septiembre de 1817, AGN, Operaciones de Guerra, vol. 501.

6. José Mariano Beristain, Manuel Espinosa Tello y Ramón de la Roca a Calleja, 16 marzo de 1815, AGI, México, leg. 1322.

7. Los historiadores liberales como Carlos María Bustamante, Mora, y Lorenzo de Zavala reconocían a José María Morelos y los conservadores a Agustin Iturbide. Para una discusión véase Francisco Bulnes *La guerra de independencia: Hidalgo-Iturbide* (México: Editora Nacional), 1965.

8. D. Manuel Abad Queipo, obispo electo de Michoacán representa a SM sobre el estado de Nueva España y el origen de la Revolución, Madrid, 29 enero de 1816, Archivo Histórico Nacional, Sección de Hacienda, tomo 229-A.

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

12. *Ibid.* También véase Relación o historia de los primeros movimientos de la insurrección de Nueva España y prisión de su Virrey Don José de Iturrigaray, Escrita por el Capitán del Escuadrón Provincial de México, Don José Manuel de Salaverría y presentados al actual virrey de Ella, El Exmo. Sr. Don Félix María Calleja, 12 agosto de 1816, Archivo General de la Nación, Operaciones de Guerra, vol. 202. Este documento está publicado en Genaro Garcia, ed. *Documentos históricos mexicanos: Obra conmemorativa del primer centenario de la Independencia de México,* II (México: Secretario de Instrucción Pública, 1910), 296-340.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*

16. Plan de Defensa de Dionisio Cano y Moctezuma, Parcialidad de San Juan de Tecpam, 27 abril de 1810, AGN, Indiferente de Guerra, vol. 410-A.

17. Ayuntamiento de Guadalajara a Virrey Lizana, 11 mayo de 1810, AGN: IG , vol. 410-A.

18. *Ibid.*

19. Antonio del Corral Velasco al Intendente de México, Francisco Manuel de Arce, Taxco, 28 de noviembre de 1807, AGN: IG, vol. 60-A.

20. Véase Christon I. Archer, "Banditry and Revolution in New Spain, 1790-1821, *Bibliotheca Americana* 1:2 (November, 1982, 59-89; y Eric Van Young, "Violent Times, Violent Men; The Village Delinquent: Chito Villagrán", manuscrito inédito de una obra próxima, 1991.

21. Calleja al virrey marqués de Branciforte, núm. 203, San Luis Potosí, 26 mayo de 1798, AGN: IG, vol. 72-A.

22. Cura Estanislao Segura y administrador de Correos y Valdovinos Blanco al virrey Iturrigaray, Cuernavaca, 10 marzo de 1807, AGN:IG , vol. 402-A; y cura y juez eclesiástico del Partido de Taxco al virrey, Taxco, 31 marzo de 1810, AGN: IG, vol. 410-A.

23. Ciriaco García, gobernador de naturales de San Miguel el Grande, al virrey, 7 septiembre de 1810, AGN: OG, vol. 30.

24. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)* (México: El Colegio de México, 1969, 177-179.

25. Diputados de Minería del Real de Taxco al Virrey, Taxco, 31 marzo de 1810, AGN: IG, vol. 410-A.

26. Intendente Juan Antonio Riaño al virrey Lizana, 19 enero de 1810, AGN: IG, vol. 158-B; y Riaño al virrey, 1 mayo de 1810, AGN: IG, vol. 401-A. Desafortunadamente el plan de defensa no está en el tomo.

27. José Luyando al regente de la Audiencia, Pedro Catani 15 mayo de 1810, AGI, México, leg. 1475. Para más información sobre las percepciones del virrey Lizana sobre la crisis causada por la guerra, véase Lizana a Calleja, 2 mayo de 1810, AGN: IG, vol. 410-A. Lizana quería establecer un acantonamiento de 8,000 tropas cerca de la ciudad de Veracruz.

28. Véase por ejemplo subdelegado Bernardo de Mendoza de Taxco al virrey Branciforte, 2 enero de 1798, AGN:IG , vol. 185.

29. Eric Van Young, "Quetzalcoatl, King Ferdinand, and Ignacio Allende Go to the Seashore; or Messianism and Mystical Kingship in Mexico, 1800-1821," in Jaime E. Rodríguez O., ed. *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation* (Los Angeles: UCLA Latin American Center Publications, 1989), 109-127; y Enrique Florescano, *Memoria mexicana: ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821* (México: Contrapuntos, 1987), 281-290. Jean Meyer *A la Voz del Rey*, México Cal y Arena 1989.

30. Véase Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico, 1760-1810* (México: Fondo de Cultura Económica, 1983), 127-129, y Jean Meyer *A la voz del Rey*. México, Cal y Arena, 1989.

31. Informe del Consejo de Indias, 1805, AGI, Estado, leg. 30.

32. Conjuración: acerca del cierto señor de que el Comandante del Departamento de San Blas dio parte al Exmo. Virrey de Nueva España, AGN, Historia, vol. 428; y Marquina a José Antonio Caballero, núm. 113, 26 junio de 1801, AGN, Correspondencia de los Virreyes, serie 1, vol. 277.

33. Marquina a José Urquijo, núm. 10, 26 de febrero de 1801, AGI. Estado, leg. 29.

34. Véase por ejemplo, Recelos de inquietud en los indios de Texistepeque de la Subdelegación de Acayucán en la Parovinia de Veracruz, AGN: IG , vol. 396-A.

35. Carta escrita de Nueva York por F. G. a un amigo de Veracruz con fecha 10 de noviembre de 1808, AGN:IG, vol. 77.

36. *Ibid.*

37. Véase por ejemplo cartas al inquisidor Isidro Sáinz de Alfaro, abril de 1809, AGN, Historia, vol. 415; y Carta anónimo al oidor Guillermo Aguirre, 13 febrero de 1809, AGI, México, leg. 1472.

38. Garibay a Sáinz de Alfaro, 1 abril de 1809, AGN, Historia, vol. 415.

39. Proclama del Virrey Garibay, 20 abril de 1809. AGN:IG, vol. 276-B. Como se puede anticipar, fueron muchos ejemplos similares de propaganda oficial designada para borrar las diferencias entre criollos y peninsulares. Véase por ejemplo, Manuel obispo de Puebla, Exhortación a sus

diocesanos, 12 octubre de 1808; Proclama del Arzobispo virrey de Nueva España a los fieles y vasallos de Fernando VII, 23 enero de 1810, AGN:IG, vol. 276-B.

40. Lizana a Martín de Garay. núm. 7, 19 agosto de 1809, AGI, México, leg. 1321.

41. Véase por ejemplo Manuel Francisco de Jáuregui [cuñado de Iturrigaray] a Francisco de Saavedra, 23 septiembre de 1810, AGI, México, leg. 1319. Como se puede anticipar, Jáuregui defendía a Iturrigaray y condenó a los conspiradores europeos de Gabriel Yermo a quien describió como un "hombre rico, y de nueva fortuna" Véase informe de Jáuregui, 20 de agosto de 1809, en Genaro García, ed. *Documentos históricos mexicanos: Obra conmemorativa del primer centenario de la Independencia de México,* II, (México, 1910), 293.

42. Aunque hay muchos ejemplos, véase Antonio Joseph de Salazar a Garibay, Perote, 18 de mayo de 1809; y Francisco Villalva a Garibay. Tepeyahualco, 7 abril de 1809, AGN, Historia, vol. 415. También véase Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico*, 306-307.

43. Abraham López de Lara, "Los denunciantes de la Conspiración de Valladolid en 1809", *Boletín del Archivo General de la Nation,* serie 2, núm. 6 (1965), 23; y Hugh M. Hamill. *The Hidalgo Revolt: Prélude to Mexican tndependence* (Gainesville; University of Florida Press, 1966), 97-99.

44. Para un estudio reciente, véase Virginia Guedea, "Las sociedades secretas durante el movimiento de independencia", en Jaime Rodríguez O., ed. *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, 45-62.

45. El licenciado don Juan Nazario Peimbert propone un arbitrio para la formación de un ejército de 200,000 hombres a poco costo, 13 abril de 1810, AGN:IG, vol. 410-A.

46. Manuel Abad y Queipo, *Colección de los escritos más importantes que en diferentes épocas dirigió al gobierno Don Manuel Abad y Queipo* (México, 1813), 126-7.

47. Abad y Queipo, Representación sobre la inmunidad personal del clero, reducida por las leyes del nuevo código, en la cual se propuso al rey el asunto de diferentes leyes, que establecidas, harían la base principal de un gobierno liberal y beneficio para las Américas y para su Metrópoli, Valladolid, 11 de diciembre de 1799, en José María Luis Mora, *Obras sueltas* (México; Editorial Porrúa, 1963), 205. También véase David A. Brading *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867* (Cambridge; Cambridge University Press, 1991), 570-71.

48. Abad y Queipo, Representación a la primera regencia, en que se describe compendiosamente el estado de fermentación que anunciaba un próximo rompimiento y se proponían los medios con que tal vez se hubiera podido evitar, Valladolid, 23 mayo de 1810, en Mora, *Obras sueltas*, 260.

49. *Ibid.*

50. José Antonio Portai al virrey Lizana, Valladolid, 30 abril de 1810, AGN:IG, vol. 410-A.

51. Denuncia escrita del padre Andrés González Meras, cura párroco de Mazatepec, Tetecala, 8 noviembre de 1810, AGN:OG, vol. 741.

52. Para una discución interesante de los orígenes agrarios de la rebelión, véase Eric Van Young, "Moving Toward Revolt: Agrarian Origins of the Hidalgo Rebellion in the Guadalajara Region", en Frederich Katz, ed *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico* (Princeton; Princeton University Press, 1988), 183-5.

53. Es importante notar que muchos de los oficiales del ejército colonial tenían más interés en el reconocimiento y prestigio del uniforme y no en el servicio. Véase Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico*, 243-282. También véase Hugh M. Hamill, *The Hidalgo Revolt,* 142. Uno de los oficiales criollos de Hidalgo, el sargento Mayor Manuel de Santa Maria, tuvo experiencia como soldado profesional en Santo Domingo contra los franceses y más tarde como oficial en los Dragones de San Luis Potosí. Un mariscal de campo en el ejército insurgente, Santa María, murió como traidor después de la derrota de Hidalgo. Véase informes de los virreyes Conde de Revillagigedo y Miguel José de Azanza, 1794 y 1800, en AGI, México, legs. 1438 y 1455. También véase Rafael Montejano y Aguiñaga, *Documentos para la historia de la guerra de independencia en San Luis Potosí* (San Luis Potosí, 1981), 4.

54. Para la situación en Zacatecas, véase Francisco Rendón al virrey Francisco Javier de Venegas, Guadalajara, 27 enero de 1811, AGN:OG, vol. 171. También véase Brian R. Hamnett, *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824* (Cambridge; Cambridge University Press, 1986), 126-7.

55. Fermín Antonio de Apezechea y Julián Pemartín a Calleja, Hacienda de Cedros, 26 octubre de 1810, AGN:OG, vol. 180.

56. Véase por ejemplo Fr. Miguel González a Calleja, Hacienda de los Cedros, 16 octubre de 1810, AGN:OG, vol. 169; Isidro Gómez de Vera, hacendado de Espíritu Santo de Calleja, 16 octubre de 1810; y Julián de Cosío a Calleja, Real de Catorce, 17 octubre de 1810; AGN:OG, vol. 180.

57. Roque Abarca a Calleja, Guadalajara, 17 octubre de 1811, AGN:OG, vol. 193.

58. Calleja a Venegas, Guadalajara, 28 enero de 1811, AGN:OG, vol. 171; y Calleja a Venegas, Guanajuato, 12 agosto de 1811, AGN:OG, vol. 190.

59. Ramón Díaz de Ortega a Guillermo de Aguirre, Querétaro, 10 octubre de 1810, AGN: OG, vol. 741.

60. Calleja a Venegas, reservado. Guadalajara, 27 enero 1811, AGN:OG, vol. 171.

61. Calleja a Venegas, Guanajuato, 14 agosto de 1811, AGN:OG. vol. 190.

62. Calleja a Venegas, Acámbaro, 27 noviembre de 1811, AGN:OG, vol. 195.

63. Antonio de Flon a Diego García, San Luis de la Paz, 13 agosto de 1811, AGN:OG, vol. 899.

64. *Ibid*

65. Véase Christon I. Archer. "Not with a Bang but a Whimper: The Decline and Defeat of the Royalist Army of New Spain", ponencia no publicada. St. Louis, Midwest Association for Latin American Studies, 1986.

66. Véase por ejemplo Diego García Conde, comandante de Valladolid, a Calleja, Valladolid, 16 mayo de 1813, AGN:OG, vol. 900.

67. García Conde a Calleja, México, 5 enero de 1814, AGN:OG, vol. 903.

68. Véase Christon I. Archer, "La Causa Buena: The Counterinsurgency Army of New Spain", en Jaime Rodríguez O., ed. *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, 85-108.

La insurgencia huasteca: orígen y desarrollo

Antonio Escobar Ohmstede

NOTA DEL EDITOR

Ponencia presentada en el coloquio "Pugachov, Tupac Amaru, Hidalgo: tres levantamientos populares", organizado por CEMCA, día 5 y 6 de septiembre de 1991.

Presentación

1 El propósito de esta ponencia es presentar los principales acontecimientos que sucedieron en la Huasteca antes y durante el periodo insurgente.[1] En un primer apartado se presenta brevemente el estado de la población y tenencia de la tierra en la región, de finales del siglo XVIII a principios del siglo XIX; posteriormente las tensiones locales que precedieron a los conflictos de la década de 1810 y que en algunas ocasiones los sobrevivieron. La idea es no ver las tensiones causadas por tierras, aguas o derechos consetudinarios exclusivamente como las causas de la insurgencia. Cabría, pues, mencionar que la acción insurgente fue solamente una de las muchas respuestas a problemas locales. El siguiente apartado muestra el desarrollo de la insurgencia entre 1810 y 1819, año éste último año marcado en la documentación como aquél en que se inició la paz en la Huasteca, gracias a la amnistía y represión de los grupos insurgentes. Lamentablemente, la Huasteca fue una región pocas veces mencionada en los documentos oficiales, partes militares e informes sobre la guerra insurgente, con excepción de la expedición de Mina en 1816. Este trabajo, pretende mostrar que el movimiento insurgente en la Huasteca fue un punto intermedio en el desarrollo de la violencia rural, ya que muchos de los problemas que aparecieron en las décadas posteriores, tuvieron su origen en las postrimerías del siglo XVIII, siendo la insurgencia un proceso en que se integraron sectores sociales y étnicos diversos, los cuales participaron en el siglo XIX.

I. Población y tenencia de la tierra

2 Durante la última mitad del siglo XVIII y las dos primeras décadas del siglo XIX la población de la Huasteca varió en su composición racial. Gracias a las epidemias, al trabajo excesivo y al gobernador Nuño de Guzmán, en las postrimerías del siglo XVI la población indígena disminuyó de una manera rápida, siendo sustituida, sobre todo en la zona costera por esclavos negros. Durante la recuperación demográfica del siglo XVIII, los indígenas de la Huasteca no volvieron a ocupar sus antiguos asentamientos, sino más bien continuaron su reproducción sociocultural en los pueblos en los cuales habían sido congregados.

3 En la zona costera de la Huasteca donde se dedicaba básicamente a la pesca y al comercio, la población fue mayoritariamente blanca, negra y mulata. En las zonas de la llanura y sierra se concentraron los indígenas, los blancos y algunos esclavos negros, siendo sus actividades la agricultura, la ganadería y el comercio.

4 La región que nos ocupa tuvo un desarrollo diverso en dichas zonas, tanto en el aspecto poblacional como en el de la tenencia de la tierra. La zona de los llanos y sierra tuvo un crecimiento de población constante de 1777 a 1820. Por ejemplo, Huejutla tenía en 1777 un total de 6,936 individuos entre españoles, castas, indios; para el año de 1819 creció en casi un 100 %, contando con 12,247 habitantes distribuidos bajo la misma estratificación racial.[2] Mucha de la población blanca vivía en Huejutla que era la cabecera, pero también en las haciendas y ranchos circunvecinos, aunque en éstos últimos predominaban los mulatos, empleados como trabajadores asalariados (vaqueras, peones) en los pequeños trapiches de los ranchos y haciendas. Ozuluama no tuvo un crecimiento poblacional tan marcado como el de Huejutla. En el año de 1791 existían 2,189 habitantes y en 1820 había 2,604.[3] A diferencia de Huejutla, el 80% de la población vivía en seis haciendas y 49 ranchos dependientes de éstas.

5 Lo sucedido en los casos de Huejutla y Ozuluama se reflejó en Chicontepec, Papantla, Tamiahua y Tampico, donde el crecimiento poblacional mostró variantes de un 40 % a un 60 %, lo cual se puede observar no sólo en el aumento del número de tributarios, sino también en los informes de los funcionarios civiles y eclesiásticos.

6 Respecto a la tenencia de la tierra, es importante hacer notar que sólo el pueblo indígena de Ozuluama estaba rodeado por haciendas, dedicadas principalmente a la ganadería (caballar y vacuno), mientras que los indígenas de Chicontepec, Huejutla, Papantla, Tamiahua y Tantoyuca habían logrado preservar más o menos estable su espacio comunal, gracias a las composiciones de tierra, pleitos legales y en ocasiones a la compra de alguna tierra en conflicto.

7 En la zona de Chicontepec y Huejutla la relación entre comunidades indígenas, haciendas y ranchos se había desarrollado en buenos términos; obviamente existían conflictos por linderos de tierra entre las propias comunidades o entre éstas con las haciendas y ranchos, pero este hecho rara vez llevó a un conflicto violento, quizá porque las haciendas huastecas no concentraban grandes porciones de tierra, como en el centro y norte de Mexico; sino que eran pequeñas unidades productivas que contenían ganado, trapiches, cultivos de consumo (maíz, frijol) y comerciales (algodón y caña de azúcar), mismas actividades que tenían los pueblos indios y los ranchos. Además, muchas

haciendas pertenecían a varios dueños (condueños), lo que permitió que algún conflicto se diversificara.

8 Por último, quisiera resaltar que la composición multiracial de la región fue la que nutrió a la insurgencia, más no a los conflictos locales previos, donde los amotinados eran en su totalidad indígenas; esto se podría entender por las causas que provocaron las tensiones (tributos, linderos, agua, elecciones, etc.), pero no la posterior participación multiétnica en la insurgencia.

II. Los conflictos dieciochescos en la Huasteca

9 En la región se han documentado cerca de 15 rebeliones, motines o tumultos entre 1750 y 1820.

10 Los conflictos que nos interesan se ubicaron en tres zonas que concentraron población indígena: las jurisdicciones de Papantla, Chicontepec y Huejutla, centros de rebelión en la década de 1810 y en los años 30, 40 y 50 del siglo XIX.

11 En Papantla ocurrieron 7 (1762, 1764, tres en 1767, 1773 y 1787); dos en Chicontepec (Ilamatlán en 1750 y Huayacocotla en 1784) y seis en Huejutla (Yahualica en 1788, 1789, 1792 y 1800; Huayacocotla en 1789 y 1820). El periodo de las tensiones sugiere una mayor presión sobre la población campesina debido a las reformas fiscales borbónicas, reflejadas en la creación de monopolios (tabaco), nuevos impuestos y una cobranza más eficiente de éstos.[4] No se descarta que las rebeliones locales fueran resultado de la explotación, de injusticias por ambiciones de poder, o de luchas por el poder entre personalidades de la localidad (españoles o indígenas).

12 Los documentos mencionan las causas posibles de 11 de los 15 tumultos; de éstas sólo dos fueron por cuestiones de tierras. Así tenemos que en 1784 el pueblo de Huayacocotla perdió un pleito con el poderoso Conde de Regla, dueño de la hacienda de Vaquerías. El movimiento fue encabezado por el vicario de Huayacocotla (Miguel Molina), que era conocido entre los indígenas como "su cristo" y que sublevó a cinco pueblos otomíes para evitar la entrega de las tierras, así como del nuevo cura. A la par los indígenas se quejaron que el alcalde mayor de Chicontepec cobraba impuestos excesivos y que estaba en contubernio con el Conde para quitarles sus tierras. Las autoridades solucionaron el conflicto apresando a los "cabecillas" y encarcelando en la Secretaría del virreinato de la ciudad de México al vicario.[5]

13 El segundo caso ocurrió en Papantla en 1787, cuando un prominente comerciante local (Joaquín Suárez), quisó denunciar como desocupadas las tierras de cinco pueblos sujetos a Papantla (San Pablo, Cazones, Cabezas, Tecolutla y las Bocas). En un primer momento las autoridades le otorgaron las tierras por lo que el gobierno indígena protestó. Al no ser escuchadas sus demandas, los indígenas se amotinaron. La Audiencia decidió entonces cancelar la venta y reconocer que las tierras pertenecían a los pueblos sujetos de Papantla.[6]

14 En los conflictos de 1764, 1767 y 1787 sucedidos en Papantla aparecieron varios detonantes (véase cuadro). Por un lado, el papel que desarrollaron las autoridades coloniales en los repartimientos de comercio, al adelantar financiamiento a los campesinos indígenas proporcionado por los comerciantes a cuyo favor se hipotecaba la cosecha. Esta práctica ligó a los campesinos con los comerciantes y de este modo los incorporó paulatinamente en una economía de mercado.

15 Por otra parte, los tumultos fueron una derivación de los conflictos por controlar el poder económico o político de los personajes de la localidad. Esto no quiere decir que en las rebeliones de Papantla no coexistieran ambos aspectos, sobresaliendo en un primer momento alguno de ellos, de tal forma que resulta dificil delucidar cual de los dos pudo haber sido el detonante. Otro factor que provocó el conflicto fue el resentimiento de los indígenas contra los funcionarios del monopolio real del tabaco, que complicó más las cosas, y que junto a los otros factures llevó en 1787 a la toma violenta de la población por parte de los indígenas. Vale la pena examinar la rebelión de 1787, porque la insurgencia tendrá que verse dentro del contexto de las rebeliones anteriores y posteriores, así como de un patronaje político.

CUADRO : CAUSAS DE LOS TUMULTOS EN LA HUASTECA, 1764-1820

	LD	OP	IMP	MON	EGI	RC
PAPANTLA						
1762					X	X
1764				X	X	
1767		X			X	X
1773				X		
1787	X			X	X	X
CHICONTEPEC						
Ilamatlán						
1750			X			
Huayacocotla						
1784	X		X			
1810			X		X	
HUEJUTLA						
Yahualica						
1788		X			X	X
1789					X	
1792		X	X			X
Huazalingo						
1789		X				
1800			X			
1820		X				

SIGLAS

LD: linderos de tierras
OP: obvenciones parroquiales
IMP: impuestos coloniales
MON: monopolios
EGI: elecciones gobierno indígena
RC: repartimiento de comercio.

16 El 23 de agosto de 1787 se inició la rebelió, a las afueras de la casa del estanco de Tabaco. Los maquines organizaron el movimiento a la voz de "contra los guardias del estanco de tabaco".[7] Otro maquin, Miguel Pérez, detuvo a los rebeldes, argumentando que "esta es casa del Rey".[8] El alcalde mayor José Morallo y los oficiales del estanco de tabaco fueron obligados a fortificarse en la iglesia, la cual fue constantemente atacada. Días después llegé la milicia proveniente de Teziutlán, que ocupó Papantla, que se vió, para su sorpresa, completamente sitiada por los indios rebeldes. El intendente de Veracruz (Bernardo Troncoso) tuvo que recurrir a la tropa regular para controlar la situación.[9] Lo interesante del tumulto es que uno de los maquines que dirigió la revuelta se apellidaba Olarte, apellido que volvería a sonar en la etapa insurgente y en la década de los treinta del siglo XIX.

17 En la investigación posterior a la violencia desatada, surgió el problema de las elecciones del gobierno indígena, manipuladas por Morallo para poder controlar el comercio.

Además, había obligado a los indígenas a quemar las siembras de tabaco para sembrar vainilla, producto que por entonces se exportaba a Europa.[10]

18 Los otros tumultos de la Huasteca tuvieron como causas las elecciones del gobierno indígena y el cobro excesivo de los impuestos y obvenciones parroquiales. Los abusos de las autoridades coloniales y de los eclesiásticos provocaron oposición en los pueblos de Chicontepec y Huejutla. Los indígenas intentaron se abolieran algunos impuestos por canales legales; cuando no lo lograron, optaron en muchos casos por la violencia.[11] Algunos hechos como en el de Yahualica en 1792, las luchas por el poder entre personajes (autoridades civiles, eclesiásticas e indígenas) de la localidad provocaron divisiones de los pueblos, y por tanto la pérdida de un frente común de lucha y reivindicación por parte de los pueblos indios a agentes externos.

19 Los conflictos comunales fueron agravados por las demandas fiscales del Estado español y la Iglesia. Las instituciones comunales fueron constantemente desestabilizadas por la presión tanto de las autoridades españolas como indígenas para el cobro de impuestos.[12] Esta presión debilitó a la comunidad al huir sus miembros para evitar el pago, provocando la falta de individuos que ocuparan tierras que vinieron así a quedar expuestas a invasiones por agentes externos (hacendados, rancheros u otras comunidades). Por ejemplo, entre junio de 1787 y julio de 1788, el administrador de correos y el cura de Chicontepec se quejaron de que numerosos indios huyeron a la hacienda de Camaytan y Pastoría para no pagar el tributo. Mencionaron que la ayuda que prestó el dueño de la hacienda a los fugados era "maltratando" a los topiles que iban en busca de los huídos.[13] Los aumentos de impuestos obligaban a dedicar una mayor cantidad de recursos de la familia y comunidad a los que no producían, y llegaron a tener un efecto mayor sobre la economía local que el de recabar simplemente un incremento de la producción de la comunidad. Asimismo, recordemos que en el siglo XVIII los impuestos se recaudaban normalmente en dinero, lo que obligaba a los indígenas a buscar fuera de la comunidad otros ingresos, ya sea mediante venta de productos, arrendamiento de tierras o por medio de un salario. En 1798, por ejemplo, un ranchero de Yahualica, jurisdicción de Huejutla, se quejó de que los indígenas no querían pagarle un préstamo que les hizo para cubrir los tributos, por lo cual hipotecaron en arrendamiento unas tierras pertenecientes a la comunidad.[14]

20 Así pues, el momento de los tumultos coincide con una mayor efectividad en el cobro de impuestos de parte de la Corona. La respuesta popular se dirigió directamente a los colectores de impuestos, guardas de tabaco, subdelegados y curas. En ningún caso se reportaron destrozos a viviendas o lugares que no pertenecieran a alguna de las autoridades mencionadas. Los impuestos cobraron realce con los cobradores. El "resguardo del estanco del Tabaco" trajo consigo a la primera fuerza policiaca de la región.

21 Otro aspecto importante es que en las tensiones de la Huasteca, en contraste con otras regiones, se nota una ausencia de conflictos por tierra como detonante de hechos violentos. Esto no quiere decir que no hayan existido problemas de invasiones a haciendas,[15] pérdida de tierras comunales o problemas con arrendatarios,[16] pero estos no derivaron en un conflicto violento entre partes contrarias. Sólo en los casos en que las autoridades centrales virreinales no mediaron en los origenes del conflicto.

22 El intento de controlar y manipular las elecciones fue asimismo un tipo de política que afectó a la comunidad. La división en los conflictos entre pueblossujetos y cabeceras

provocó una división de fuerzas. En muchos casos, en la lucha por las elecciones se manifestó el deseo de los sujetos o barrios de tener más autonomía respecto a la cabecera, es decir, se convirtió en la lucha de los sometidos para adquirir *status* de cabecera, separándose así de la subordinación política y de la obligación de prestar servicios a otra población.

23 Fue frecuente que la Corona española escuchara las peticiones para que algún sujeto se conformara en cabecera, como ocurrió en Calnali y Xochicoatlán. En otras ocasiones los sujetos eran más dinámicos en sus protestas, como en el caso del tumulto acaecido en Huayacocotla en 1784 en que sujetos, Zacualpan y Tiestaca, encabezaron la rebelión.

24 Un hecho interesante es que el gobierno indígena surgió como el líder en casi todos los tumultos. El papel del gobierno permite observar no sólo una posible manipulación por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, sino una acción como un representante real de los intereses de la comunidad.

III. El movimiento insurgente Huasteco

25 El año previo a la explosión insurgente en el Bajío, se registró en la Huasteca una fuerte sequía que afectó de manera desigual a la región. Las jurisdicciones de Huejutla y Yahualica informaron de la pérdida de las cosechas de maíz y algodón; la jurisdicción de Tampico había pronosticado buenas cosechas para el primer semestre de 1809, lamentando para el segundo semestre la muerte de varios centenares de cabezas de ganado.[17] Esto, junto con los conflictos locales de finales del siglo XVIII nutrió el descontento local.

26 Los problemas locales provocados por el cobro de impuestos, el comercio de repartimiento y el intento del control externo del gobierno indígena continuaron a unos meses de septiembre de 1810. Así tenemos que el gobierno y los naturales de Huayacocotla se quejaron que el comerciante José Rodríguez los "explotaba" por medio del repartimiento de comercio. A fines de septiembre el promotor fiscal ordenó que Rodríguez dejara de aprovecharse de los indígena y de entrometerse en las elecciones del gobierno indio.[18] Esta pudo ser una medida para evitar que el contingente insurgente se nutriera de descontentos.

27 A partir de noviembre de 1810 se comenzaron a recibir los primeros informes de brotes insurgentes en Huichapan, pueblo situado al oeste de la Huasteca que encendió la mecha de la insurgencia en la región. Los insurgentes aparecieron en Metztitlán, Molango y Tianguistengo, y fue precisamente de Tianguistengo de donde saldrían cartas y agentes insurgentes incitando a los pueblos huastecos a apoyar la rebelión.

28 Lo interesante del surgimiento y extensión del movimiento en el centrooeste del actual estado de Hidalgo, fue que en los pueblos mencionados, la principal actividad económica era la arriería y el comercio en pequeña escala. Los arrieros y comerciantes ambulantes fueron eficaces colaboradores para la expansión de la insurgencia; sus conocimientos de la región y sus relaciones personales permitieron a los rebeldes adentrarse en zonas estratégicas y así poder controlarlas. En muchas ocasiones los pueblos que se atacaban o las colinas por las que peleaban insurgentes y realistas fueron puntos centrales en las redes comerciales, cuyo control significaba un puntologístico de abastecimiento para ambos contendientes.[19] No dudamos que ciertos arrieros sirvieran a los realistas con el mismo entusiasmo con que algunos lo hicieron para con los insurgentes. Para ambos

bandos la información que brindaban los arrieros y comerciantes ambulantes era básica. Fue por esta causa que en mayo de 1811 el coronel realista Alejandro Álvarez de Güitan, comandante militar de Huejutla, ordenó:

> No se permitirá de ningún modo que entren en los pueblos de esta provincia [Huejutla] los viandantes que conocidos como molangueros, andan de pueblo con cachivachís, pues es cierto que han sido en todas partes los principales agentes de la rebelión...[20]

29 En la Huasteca el movimiento insurgente no aglutinó a un gran conglomerado de descontentos, la insurgencia fue localista, es decir, por pueblos o ranchos. La rebelión pudo ser tomada por la gente del campo como una manera de protestar por los distintos agravios, careciendo de una ideología de reivindicación agraria.[21] Igual que sucedió con los tumultos y motines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, los ataques se centraron en los representantes del Estado español y sus bienes, no en la recuperación de tierras perdidas en los siglos XVII y XVIII. Esto explicaría por qué los rebeldes centraron sus ataques en las cabeceras administrativas huastecas y en propiedades rurales cuyo saqueo les permitiera sobrevivir, fuesen españoles o criollas.

30 Durante los primeros años de la insurgencia los gobiernos indígenas apoyaron indistintamente a los realistas e insurgentes. En las cabeceras huastecas en que existió un mayor control sobre la población los indígenas apoyaron incondicionalmente al gobierno español, mientras que las cabeceras con menor control y más fricciones, se alinearon con los insurgentes. Huejutla, por ejemplo, logró cohesionar a los indígenas de los barrios y rancherías para defender el pueblo de los ataques insurgentes, gracias al gobierno indio, a pesar del temor que representaba para el subdelegado el levantamiento de Tamazunchale, San Luis Potosí. El temor se sintió por la concentración indígena en los alrededores de Huejutla, misma situación que tenía Tamazunchale.

31 Casos contrarios al de Huejutla fueron los de Chicontepec y Papantla. En Chicontepec, en los primeros meses de 1811, el gobierno indígena delegó su autoridad en el agente insurgente Lorenzo Espinoza, que provenía del pueblo insurgentado de Tianguistengo, dándole la vara de mando. El 20 de mayo de 1811 el subdelegado de Chicontepec informó sobre el apoyo que los insurgentes recibieron de los gobernadores indios de Chicontepec, Huayacocotla y Zontecomatlán.[22] Días después los indígenas se levantaron ocupando Chicontepec. El subdelegado y el teniente de justicia huyeron del pueblo, solicitando ayuda a Tuxpan y Tampico. La rebelión duró pocos días al ser apresado Lorenzo Espinoza por un grupo de españoles. En el aviso que se mandó se informaba que no se había capturado a los miembros del gobierno indígena por temor a que se levantaran de nuevo los indios. Para controlar el pueblo se enviaron tropas veteranas para que capturaran a los principales "cabecillas".[23] Aún con la captura de los rebeldes, la situación continuó tensa. El teniente que condujo a los prisioneros de Chicontepec a Huejutla dijo en su informe militar que tuvo que castigar a dos indios del pueblo de Chicontepec con la picota, ya que uno de ellos comentó "como amenazando a la tropa: *Han prendido al gobernador pues hay verán las resultas:* y el otro por haber amenazado con la muerte a uno de razón; diciéndole: *que él y los demás de su clase eran la causa de la prisión de los indios*".[24]

32 En los interrogatorios posteriores, Lorenzo Espinoza (español y labrador) declaró que para iniciar la insurrección estuvo siempre de acuerdo con el gobernador de Chicontepec, cosa que este contradijo. De los cuatro líderes insurgentes, sólo Espinoza aceptó serlo, proclamándose teniente de Allende y ciudadano de la Nación Americana; los otros declararon no haber participado o haber sido obligados. De todos modos el castigo no se

hizo esperar, y los rebeldes capturados (9 de razón y 17 indígenas de la república pasada y actual) fueron enviados a San Juan de Ulúa.[25]

33 A partir de la represión y control realista sobre Chicontepec y Huejutla, los grupos insurgentes se desplazaron hacia zonas con menos presencia de tropas del gobierno español. Fue así que durante el decenio de 1810 la región papantleca se convirtió en un importante reducto insurgente en la Huasteca veracruzana, estrechamente asociada con las bases rebeldes de la zona de Misantla y Nautla. La gente de Papantla se volvió insurgente en junio de 1812, cuando las tropas y una parte de la población se rebelaron. Días después se llevó a cabo una contrainsurgencia encabezada por prominentes españoles del pueblo, los cuales consiguieron hacer huir a los "bandidos", los cuales recuperaron la población posteriormente.[26] Papantla se componía en su mayoría de indios. Los insurgentes fueron dirigidos por Serafin Olarte, descendiente de los Olarte de fines del siglo XVIII. Pareciese que el apoyo que tuvo surgió de su papel de gobernador de la república de naturales.[27]

34 Durante el segundo semestre de 1812 las fuerzas combatientes se mantuvieron en sus respectivas posiciones; hasta que a principios de 1813 el comandante de Tampico, Antonio Pedriola, informó que Tantima, Tuxpan, Santa Catarina Chontla estaban rodeados por insurgentes, por lo que se enviaron soldados para evitar la toma de estos pueblos por los rebeldes. En el siguiente año, los rebeldes (ya no son consignados como insurgentes) llevaron a cabo tácticas de guerrillas, no presentando ningún frente formal.[28]

35 Las guerrillas llegaron a tener entre 9 y 49 elementos, cuya composición era multiracial (indios, mulatos, mestizos y blancos). A diferencia de los primeros tres años en que los insurgentes buscaron levantar pueblos completos, a partir de 1814 formaron pequeñas rancherías en los montes, casi inaccesibles para las tropas realistas, lo cual permitió a los rebeldes una mayor movilidad, ya que no tenían que trasladarse con sus familias si eran atacados o atacaban.

36 Como respuesta a la huída a los montes de los habitantes de los pueblos y para poder controlar la región, los comandantes realistas iniciaron una política de "aldeas estratégicas", donde la población era concentrada y adiestrada para la autodefensa. Así, tenemos que a mediados de 1814 se reunió nuevamente a la mayoría de los pobladores indígenas de Tantoyuca, los cuales habian estado refugiados en los montes. La idea fue concentrar y formar dos compañías de Patriotas para que vivieran en el pueblo.[29] La meta de esta política de congregación, fue aislar a los rebeldes de posibles fuentes de abastecimiento, de hombres y de información. De esta manera las tropas realistas en la Huasteca se fortalecieron en pueblos estratégicos, lo que les permitió realizar recorridos esporádicos para ir controlando zonas más extensas. La ubicación de "cantones de armas" en Chicontepec, Huejutla, Ozuluama, Tantima, Tantoyuca y Tuxpan permitió a las fuerzas del gobierno ir sofocando puntos insurgentes.

37 A la par, las autoridades españoles instaron a los propietarios de Huejutla y Ozuluama a formar grupos de autodefensa que permitieran contener los ataques rebeldes sobre las propiedades rurales. En muchos casos los propietarios o administradores formaron compañías de Patriotas para defender y apoyar al ejército regular. Fue asó que Juan Antonio Cuervo, administrador de la hacienda de Camaytlán, jurisdicción de Chicontepec, armó a 50 peones y arrendatarios de la hacienda en 1810 para auxiliar a Huejutla. Cuervo fue ascendido a capitán de realistas y tuvo a su cargo la pacificación de la zona de Chicontepec hasta 1817.[30] Otro caso fue el de Andrés Jáuregui, hacendado de Ozuluama,

que fue comandante realista en Tantoyuca de 1810 a 1817. Combatió y pacificó la zona de Chontla y Tantima.[31] En otros casos los hacendados prefirieron pagar un tipo de protección a los insurgentes para que sus propiedades no fueran atacadas.[32] Entre 1815 y 1817 la existencia de rancherías rebeldes en las regiones montañosas obligó a los comandantes realistas a adoptar un tipo de guerra móvil. Las tropas del gobierno comenzaron a atacar los puntos rebeldes, donde se habóa consolidado una vida de pueblo estable. La guerra de "tierra arrasada", concentración de población y de contraguerrillas dieron sus frutos a partir de 1817. En ese año se consideró que sólo existían rebeldes en Santa Catarina y Tantoyuca; a la par, la amnistía a los sublevados había provocado que familias enteras regresaran a sus pueblos de origen, lo que permitió afirmar durante el segundo semestre de 1818 y el año de 1819 que en la Huasteca los insurgentes o rebeldes habían dejado de ocasionar problemas.[33]

IV. Consideracion.es finales

38 La nueva presión ejercida por la Corona española trajo consigo una serie de dificultades a los pueblos campesinos, que provocó en muchas ocasiones movimientos de protesta, los cuales hemos visto como acciones más o menos espontáneas y efimeras, de objetivos limitados y que involucraron a grupos relativamente pequeños de personas en ámbitos locales o regionales. Muchos de los conflictos locales no resueltos, permitieron que se nutrieran las fuerzas insurgentes de descontentos. Pero, mientras que en las postrimerías del siglo XVIII la composición racial de los rebeldes era indígena, en la segunda década del siglo XIX el componente era multiétnico. ¿Cómo podríamos explicar una mayor participación de sectores sociales y económicos en el movimiento insurgente? Una primera explicación podría ser que las presiones fiscales y los abusos de autoridad que afectaron a corto plazo a los pueblos indios, a largo plazo lo hicieron con otros sectores socioeconómicos (comerciantes, arrendatarios, rancheros, peones, vaqueros), los que vieron en el movimiento insurgente una posible vía de solución de sus conflictos.

39 Otra hipótesis podría ser que la sequía de 1808-1810 trajo una grave dislocación social y económica en regiones relativamente pobladas de la Nueva España donde los nivelés de vida se habían deteriorado, por lo que uniendo este hecho con los conflictos locales, la insurgencia encontró un campo fértil donde sembrar la semilla de la rebelión.

40 Las explicaciones tentativas, nos permiten sugerir que el movimiento insurgente en la Huasteca tuvo desarrollo distinto a otras regiones del territorio novohispano. Por ejemplo, los insurgentes surjen en la Huasteca en mayo de 1811 como preocupación para las autoridades virreinales, mientras que dos meses antes había sido tremendamente derrotado el movimiento de Hidalgo.

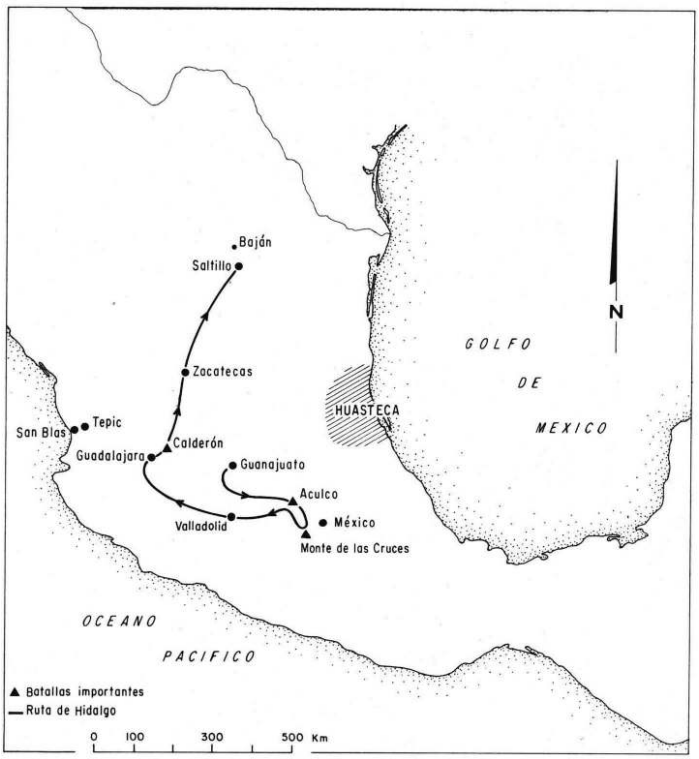
41 Un hecho conceptual, es que en los documentos consultados el término insurgente se va transformando en el de rebelde; es obvio que los individuos categorizados bajo ese rubro son considerados como oponentes de la autoridad establecida. Así, rebelde, insurgente y bandido son conceptos que permiten etiquetar a todo aquél oponente político, sectores rurales bajos o sencillamente a los individuos que se niegan a someterse a las arbitrariedades de la autoridad. Por ejemplo, los indígenas de Huautla se quejaron en diciembre de 1816, que el cura de Huejutla les había doblado las cargas y trabajos personales, y que no se habían podido quejar antes porque los había acusado ante el subdelegado de Huejutla de ayudar a los insurgentes.[34] Es a partir de la insurgencia que el

término de bandido o ladrón fue usado como epíteto que caracterizaba a las clases rurales bajas u oponentes políticos.

42 La insurgencia en la Huasteca no vino a solucionar los conflictos anteriores, sino más bien desvió la atención de los sectores rurales hacía otros objetivos. La sobrevivencia de tensiones sociales entre los pueblos indios y agentes externos contribuyó a la escalada de violencia en los momentos en que el gobierno central postindependiente fue más débil, es decir, los decenios de 1840 y 1850. El origen de la rebelión de Mariano Olarte en Papantla en 1836 fue a causa de viejos problemas no solucionados como el del estanco del tabaco y las elecciones en el ayuntamiento. La difusión del movimiento olartista se debió básicamente a la autoridad que tenía Olarte entre la población indígena. Recordemos que los Olarte pertenecían a una familia de maquines, hecho que nos permite observar una continuidad de ciertos problemas coloniales sin solucionar, así como de un patronaje politico desarrollado por los Olarte, en donde su clientela vio satisfecha momentáneamente sus peticiones.

43 La idea final, es poder concebir al movimiento encabezado de Hidalgo como una fase de la historia rural, la cual "durmió" momentáneamente los intereses propios de los pueblos campesinos, los cuales surgieron posteriormente, aunque ya no con la misma composición étnica que tuvieron los movimientos de protesta del finales del siglo XVIII, esto es, los movimientos rurales del siglo XIX no pueden ser ya vistos, como en el caso insurgente, como movimientos únicamente indígenas, sino como rebeliones con una composición social y étnica sumamente variada.

44 Finalmente, considero que la guerra insurgente vino a cerrar momentáneamente un círculo que fue definido por Balandier como el de la "situación colonial", la cual surge como consecuencia de la invasión, conquista y colonización, y que se desarrolla a partir de la "rebelión de dos seres sociales, a través de la cual entran en disputa dos civilizaciones".[35] Este proceso ha sido visto en una série de momentos, a los cuales se les ha denominado "fases" de conquista, amansamiento, administración y valorización y el de encaminamiento hacia la autonomía.[36] De esta manera, el movimiento insurgente podría ser considerado dentro de la última fase de la situación colonial, aunque posterior a la declaración de independencia, surgió un nuevo tipo de colonialismo, el cual fue categorizado como colonialismo interno.



NOTAS

1. Como región Huasteca entendemos el norte de los actuales estados de Hidalgo y Vera-cruz; así como la zona del Totonacapan. En la actualidad hay quienes sostienen que el Totonacapan forma parte de la Huasteca (zonas limítrofes de los actuales estados de Hidalgo, San Luis Potosí, Tamaulipas, Querétaro, Puebla y Veracruz) en la medida en que lo que caracteriza a ésta es compartido por aquél, es decir, la existencia de diversos fenómenos socieconómicos, políticos y culturales propios de los ecosistemas en que conviven grupos humanos diversos y no tanto por ser un territorio habitado por habitantes del idioma huasteco. Véase Gatti, Luis M. y Victoria Chenaut. *La costa totonaca: cuestiones regionales II,* México, CIESAS Cuadernos de la Casa Chata No. 185, 1987.

2. "Visita pastoral a Huejutla, 1819", en Archivo General de la Nación (AGNM), *Papeles de Bienes Nacionales*, leg. 1182, exp. 20; "Padrón de la doctrina de Huejutla, 1777", en AGNM, *Papeles de Bienes Nacionales*, leg. 1244, exp. 1.

3. Herrera Casasús, Ma. Luisa. *Presencia y esclavitud del negro en la Huasteca,* México, Porrúa-Universidad Autónoma de Tamaulipas, 1989, pág. 36; "Visita pastoral a Ozuluama, 1820", en AGNM , *Papeles de Bienes Nationales,* leg. 1182, exp. 15 y leg. 528, exp. 2.

4. Un nuevo impuesto sobre el aguardiente produjó disgustos en la Huasteca y Hidalguense y Veracruzana.

5. "Expediente sobre la sublevación de los indios de Huayacocotla y causa contra el Br. Miguel Molina sobre el mismo asunto", en AGNM, *Papeles de Bienes Nacionales,* leg. 345, exp. 8. Pareciese que existía un temor de las autoridades coloniales de que se repitiera el movimiento mesiánico

que en 1769 se desarrolló en una región paralela (Metztitlán, Sierra de Tutotepec). Véase Taylor, William B. *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas,* Mexico, F.C.E., 1987, pág. 187.

6. "Joaquín Suárez denuncia tierras nombradas San Pablo, Cazonera, Cabezas y Tecolutla", en AGNM, Tierras, vol. 1225, exp. 7.

7. AGNM, *Indiferente de guerra*, vol. 41, exp. 4a, f. 8. "Maquin" es un término totonaco que (8 AGNM, Indiferente de guerra, vol. 41, exp. 4a, f. 8. "Maquin" es un término totonaco que significa "El que manda o mandó". En el contexto local designa a los indígenas que sirvieron en la república de indios. Sobre las rebeliones acaecidas antes de 1787, Ducey, Michael. "Community confict in colonial México, Protest and rebellion in the Huasteca, 1750-1810", ponencia presentada en el VIII Encuentro de Historiadores Mexicanos-Norteamericanos, 1990, 41 pág.

8. *Ibid.*

9. AGNM, *Criminal*, vol. 315, exp. 3, ff. 62-78 y Hamnett, Brian R. *Raíces de la insurgencia en México. Historia régional,* México, F.C.E., 1990, págs. 98-99. Véase Taylor, *Embriaguez…*, pág. 207, donde menciona cómo el partidarismo político provocaba sublevaciones en el siglo XVIII.

10. Hamnett, *Raíces…*, pág. 99. Donde menciona que en esos años Papantla era un distrito en el cual estaban invertidos grandes capitales mercantiles para el comercio de la vainilla que se exportaba a Europa.

11. Véase Taylor, *Embriaguez…*, pág. 201. Se ha considerado que la razón central para la inquietud de los campesinos era la recaudación de nuevos o más elevados impuestos.

12. Véase Coatsworth, Jhon H. *Los orígenes del atraso*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, págs. 37-56. Donde menciona que para alcanzar sus efectivos fiscales, el Estado colonial intervino en la actividad económica con una gama de impuestos, regulaciones y monopolios que se intensificaron en el siglo XVIII con las reformas borbónicas.

13. "Desórdenes en Chicontepec", en AGNM, *Judicial*, vol. 8, exp. 9, fs. 150-184. Pareciese que entre 1791 y 1820 muchas familias de indios huyeron a las haciendas de la región. Por ejemplo, de 2,604 habitantes indios que tenía la parroquia de Ozuluama en 1820 unos 1,864 vivían en seis haciendas. "Visita pastoral a Ozuluama, 1820", en AGNM, *Papeles de Bienes Nationales,* leg. 1182, exp. 15 y leg. 528, exp. 2. La parroquia de Tantima tenía 151 familias de indios de 618 viviendo en 4 haciendas. "Visita pastoral a Tantima", en AGNM, *Papeles de Bienes Nationales,* leg. 1182, exp. 25; y la parroquia de Huejutla tenía 2,632 habitantes entre indios, españoles, mulatos y castas de 12,247 vivendo en 4 haciendas. "Visita pastoral a Huejutla, 1819", en AGNM, *Papeles de Bienes Nationales*, leg. 1182, exp. 20.

14. "Los naturales del pueblo de San Juan Yahualica, contra Felipe Cobos, sobre arrendamiento de tierras", en AGNM, *Tierras,* vol. 1544, exp. 4.

15. Entre 1751 y 1752 los dueños de las haciendas La Cofradía y San Antonio se quejaban que los indígenas de Ozuluama invadieron sus terrenos. En el caso de La Cofradía se le ordenó a la hacienda que restituyera los terrenos a los indígenas. "Real provisíon para que la justicia de Tampico restituya a los naturales de Ozuluama la posesión de tierras", en AGNM, Tierras, vol. 2986, exp. 7.

16. En 1791 los indígenas de Huejutla solicitaban les devolvieran los titulos de sus tierras, las cuales habian ido perdiendo. "Los naturales de Huejutla, contra el subdelegado del partido sobre posesión de tierras", en AGNM, *Tierras*, vol. 1532, exp. 2.

Desde 1748 la hacienda de Canchitlán y la comunidad de Macuxtepetla, ambas en la jurisdicción de Huejutla, tenían problemas de linderos de tierras. Los indios se quejaban que los hacendados arrendaban tierras que eran de la comunidad. En 1808 la hacienda les quitó la cosecha de maíz porque no querían pagar la renta. Archivo Judicial de Primera Instancia, Huejutla (AJPIH), Protocolo de Instrumentos públicos, 1808.

17. Florescano, Enrique y Victoria San Vicente. *Fuentes para la historia de la crisis agrícola (1809-1811),* México, UNAM, 1985, pág. 42; pág. 102-103.

18. "Recurso hecho por los naturales del pueblo de San Pedro Huayacocotla sobre remover de la vicaría al Br. Cayetano Vega", en AGNM, *Papeles de Bienes Nationales,* leg. 1139, exp. 5.

19. En Huichapan, pueblo insurgente donde su actividad fue la arriería, la dirigencia tenía antecedentes de dedicarse al bandolerismo y al comercio como actividades económicas. La familia Villagrán, que reunió estos aspectos, logró un excelente control de la zona hasta 1813. Hamnett, *Raices...*, pág. 163-165 y "Correspondencia del mariscal José de la Cruz al virrey", en AGNM, *Operaciones de guerra*, t. 141.

20. Cita tomada de Manzano, Teodomiro. *Anales del estado de Hidalgo desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias (608-1868)*, Pachuca, s.e., 1922, pág. 23.

21. Se ha señalado que en muchas regiones de México la gente tomó las armas durante la insurgencia para protestar sobre varios problemas pasados sin resolver. Véase Tutino, John. *From insurrection to revolution in Mexico. Social basis of agrarian violence, 1750-1949*, E.U.A., Princeton University Press, 1986, págs. 210-211.

22. "Sobre la insurrección de Chicontepec", en AGNM *Infidencias*, t. 17, exp. 7, fs. 138-158; Meade, Joaquin. *La Huasteca poblana*, México, Imp. Aldina, 1951, pág. 329.

23. "Correspondencia del subdelegado de Chicontepec acerca de los sucesos de la insurrección", en AGNM, *Historia,* vol. 411, fs. 131-135. Véase también Schryer, Frans J. *Ethnicity and class conflict in rural Mexico*, E.U.A., Princeton University Press, 1990, pág. 83-84.

24. *Idem*, fs. 136-137r. El subrayado es nuestro.

25. "Expediente criminal contra Lorenzo Espinoza, José Espinoza, su madre Villegas y Vicente Ortega, cabecillas de la insurrección del pueblo de Chicontepec", en AGNM, *Infidencias*, t. 17, exp. 9, fs. 234-253.

26. "Carta del 26 de julio de 1813 de Juan Vidal Villamil al virrey", en AGNM, *Operaciones de guerra*, t. 273, fs. 146-149.

27. Blázquez, Carmen. *Veracruz. Textos de su historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 1989, t. I, pág. 145; Meade, Joaquin. *La Huasteca veracruzana*, México, Ed. Citlaltepetl, 1962, pág. 13.

28. En los años que duró la insurgencia, el término "insurgente" fue usado por funcionarios seculares y religiosos para designar a los opositores del orden colonial. Cuando el ejército insurgente se atomizó en mayo de 1811, los funcionarios huastecos sólo hablaban de rebeldes.

29. "Comandancia general de Tampico", en AGNM, *Operaciones de guerra*, t. 976, f. 207.

30. "Contra D. Juan Antonio Cuerbo, que denuncia Romualdo Ravago", en AGNM, *Infidencias,* t. 17, exp. 11, fs. 265-307; Meade, *La Huasteca veracruzana*, pág. 7-27.

31. "Hoja de servicios", en Archivo Histórico de la Defensa Nacional (AHDN), exp. D/III-5/3321. En 1825 fue electo diputado al Congreso de Veracruz.

32. En 1815 Guadalupe Victoria mantuvo a su guerrilla con el "tributo" de algunos hacendados de la sierra del Coyusquihui. Ladd, Doris M. La *nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826*, México, F.C.E., 1984, pág. 171, nota 65.

33. "Comandancia general de Tampico", en AGNM, *Operaciones de guerra*, t. 687 t. 688.

34. "Solicitud de los naturales de la vicaria de Huautla para que se estreche al cura de Huejutla a que los mire con la misma consideración que a los demás feligreses", en AGNM, *Papeles de Bienes Nationales*, leg. 424, exp. 45.

35. Balandier, George. "La situación colonial. Un enfoque teórico", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. IX, pág. 65.

36. Balandier, George. *Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales,* Argentina, Ed. Tiempo contemporáneo, pág. 17-22.

AUTOR

ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE

CIESAS

El gran seductor

Luis González

1 Note portant sur l'auteur*

Las revoluciones

2 en la vida social de los estados-nación ha sido el asunto más conspicuo para las ciencias históricas en las dos últimas centurias. Quién no sabe que la Revolución Francesa ha inspirado a miles de historiadores de todo el mundo. Aunque menos noticiadas que las de 1789, las revoluciones emancipadoras de Hispanoamérica también han alimentado mil o más libros históricos. La nación mexicana, aparte de la independentista, puso en escena otras dos revoluciones de las cuales, la de este siglo estuvo muy de moda, aunque nunca tanto como la rusa y otras revoluciones socialistas. Es del dominio común que desde hace dos centurias muy pocos clionautas han eludido el tema revolucionario.

3 Ni el derrumbe del muro de Berlín, ni el desmoronamiento de la URSS, ni el desplome de los regímenes socialistas en la Europa del Este ni los excesos verbales lanzados con motivo del segundo centenario de la Revolución Francesa, ni el ratón parido por la lucha mexicana de 1910 han desprestigiado del todo al suculento tema de las insurrecciones supuestamente populares contra gobiernos tiránicos. Como ya pocos creen en la popularidad de las revoluciones y sobre todo en su eficacia como agentes del cambio en un sentido de mejoría, el brillante asunto de la lucha violenta de los pueblos contra sus opresores va dejando de ser fascinante, pero con lentitud. La prueba de que aún tiene atractivo es esta reunión de humanistas de las cinco partes del mundo, auspiciada por el CEMCA que dirige Jean Meyer, para analizar tres movimientos de insurrección masiva, tan distantes entre sí, como son los encabezados por Emiliano Pugachóv en el mero corazón de Rusia, Túpac Amaru en el Perú y Miguel Hidalgo y Costilla en la cintura de América, en la Nueva España.

4 Me complace exponer en esta mesa redonda la insurrección del cura Hidalgo que todos los habitantes de este país traemos a cuenta los días 15 y 16 de septiembre de manera obligada. Aparte de los historiadores, miles de picos de oro podrían recitar ante ustedes los sucesos que conforman la insurrección del cura de Dolores iniciada en ese pueblo

aquel domingo de 1810. Como ahora me ha tocado decir lo que fue aquel remolino ante un auditorio de académicos sin emociones patrióticas a la mexicana, lo haré de modo breve, sin pudores, sin reverencia y seccionado el tema en tres partes. En la primera enfoco al hombre que le puso el cascabel al gato, al seductor de multitudes, al sacerdote viejo y jiboso, ilustre por su saber y materia de chismes, por su conducta, que se llamaba Miguel Hidalgo. En seguida esbozo el perfil de quienes lo siguieron en su aventura insurgente, de los seducidos, de la abigarrada muchedumbre de rancheros, indios y operarios de la antigua provincia mayor de Michoacán, que inconscientemente repitieron las hazañas de las hordas de Atila. Aludiré, por último, a los móviles y motivos causantes de tantos crímenes o proezas, según el código con que se les juzgue. Pienso exponer estas noticias y alguna otra que se atraviese en el camino, en treinta minutos que podrán prolongarse sí ustedes proponen comentarios, simpatías y diferencias sobre lo que diga.

5 La esencia del asunto ya fue revelada por los cuatro evangelistas de aquel relámpago y trueno, por los insignes historiadores y testigos próximos Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, José María Luisa Mora y Lorenzo de Zavala. Los apetentes de mayores detalles pueden encontrarlos en docenas de monografías que dieron a luz los historiadores románticos y nacionalistas de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX y los profesionales de la historia de los últimos cincuenta años. Y para los deseosos de mayor certidumbre se dispone de vastas publicaciones documentales, además de la clásica *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, compilada por Juan Hernández y Dávalos. Y como si lo anterior fuera poco, se abren cada día nuevos archivos rechonchos de documentación manuscrita sobre la insurgencia de Hidalgo y museos que permiten tener imágenes visuales de aquel fenomenal disturbio.

6 Abundan las síntesis, las monografías, los testimonios y los residuos de la revolución fundadora del estado-nación que se ha dado el nombre de República Mexicana. Sobre una enorme montaña documental se han construido las proposiciones siguientes: la revolución de independencia es múltiple en el tiempo y en el espacio y por lo mismo, es absurdo intentar una imagen únivoca de ella. La explosión originaria de México es una multitud de insurrecciones que se dan en distintas fechas de un decenio, en diferentes lugares de la Nueva España, cada uno con cabeza propia y con programas, proyectos y procederes específicos. De todas, la que ha producido mayor alharaca es la que lleva el nombre de insurrección del cura Hidalgo: complejo asunto de la presente ponencia. Con el propósito de hacerla lo más clara posible en estos minutos presentamos el tema dividido en tres elementos. A una breve semblanza del

Seductor y líder

7 seguirá otra de los seducidos, y a las dos, un breve análisis de las metas y los métodos del cura Hidalgo y sus seguidores. Empecemos por afirmar que aquel sacerdote seductor era de una pasta distinta a la de sus huestes. Aunque nacido en un pueblo de la región abajeña de Guanajuato, provenía de familia criolla y acomodada. Su papá fue administrador general de la hacienda de Corralejo y manejaba aparte un pequeño rancho. Miguel recibió la crianza propia de la sociedad ranchera, pero sus estudios en Valladolid pronto lo urbanizaron. Fue estudíante brillantisimo. Sus compañeros le 11amaban El Zorro, que según la zoología popular, es un mamífero inteligente y taimado. Durante su estancia de seis lustros en el colegio de San Nicolás, adquirió un arsenal teórico impresionante. Fue famoso por la amplitud de su sabiduría y su intensa vida como catedrático y rector.

8 Se ha insistido mucho en la mudanza enorme sufrida por Hidalgo al pasar de formador de curas a cura de rancheros e indios. El teólogo, el sapiente catedrático, el ilustrado por toda clase de libros entre los que figuraban algunos de la ilustración francesa fue degradado, dicen, por sus regodeos de alcoba, al nivel de cura pueblerino. Estuvo en Colima, en San Felipe Guanajuato y en Dolores, y dondequiera dejó buena memoria de sí. Según don Lucas Alamán, "el ser no sólo franco sino desperdiciado en materia de dinero, le había hecho estimar mucho de suys feligreses, especialmente a los indios, cuyos idiomas conocía, y apreciar de las personas que se interesaban en los adelantos del país... Era muy afecto a la música y además de haberla hecho aprender a los indios de su curato, había formado una orquesta... Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba ya de sesenta años, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos. De pocas palabras en el trato común, pero animado en la argumentación". El poco aliño en el traje y otras cosillas lo asemejaban más al tipo académico que al líder.

9 Sin embargo, nadie ha puesto en entredicho su papel de adalid. Emilio Rabasa asegura: "La personalidad de Hidalgo puede discutirse: puede ser tachado, como hombre, de crueldad; como soldado, de impericia; pero no puede negársele el genio de caudillo que seduce a los pueblos, que los levanta en masas ciegas, que obra sobre ellos por sugestión irreflexiva y propaga por contagio y como por necesidad involuntaria... Hidalgo resultó caudillo sin esfuerzo ni oposición". Lo hicieron jefe las circunstancias. En este país, la condición de cura o de fraile lleva aparejada la facultad de mando. En el mundo de los rancheros, el ser viejo da poder. Además, aquel cura vetusto sabía asumir el señorio. Debe recordarse su gusto por el foro. Portaba el papel de caudillo con gracia y desparpajo.

10 Por otra parte, era rico y emprendedor. Al cumplir los 40 de edad ya poseía tres latifundios ubicados en los alrededores de Irimbo. Tuvo palacetes en los lugares donde sirvió; rebaños en sus haciendas, y pesos duros para despilfarrar en viajes, mujeres y jolgorios. La historiografía del poder elogia sus dotes de empresario, dice con insistencia que en San Felipe impulsó la industria cerámica y el cultivo de árboles frutales, y, en Dolores, aparte de fomentar la cerámica, hizo mucho en favor de los curtidores de pieles, de la herrería, la carpintería y la industria textil. Se le atribuyen también plantaciones de vides y moreras y el establecimiento de vastos colmenares. Se afirma que era muy diligente en los oficios de la agricultura, la ganadería, la industria manufacturera, el juego y la seducción de señores, y muy negligente en el cumplimiento de sus obligaciones eclesiásticas.

11 El cura Hidalgo propendía por sus dotes naturales y por su profesión eclesiástica, al liderazgo. Pero no se redujo a ejercer la jefatura que compartía con mil sacerdotes, también viejos y venerables, de otros tantos pueblos de la Nueva España. A su don natural de dominio y a su carisma de cura y de macho juntó su astucia de zorro, su deseo inteligente de engatuzar o seducir a las masas, para obtener algo que estaba muy lejos de las aspiraciones populares. El ingenio seductor de Hidalgo está fuera de duda, aunque no sólo a sus artimañas puede atribuirse el

Enjambre de seducidos

12 que lo siguió en su aventura militar contra el poderío hispano. Fue fácil para el cura de Dolores seducir a los presos de la cárcel del lugar con la promesa de hacerlos libres sí lo

seguían. Por lo que se sabe, 80 presidiarios, que eran la totalidad de los que purgaban penas en aquel reclusorio, se van a la guerra. Pero aparte de los libertos, de los mílites convencidos de antemano y de algunos rancheros de corta fortuna, el cura arremolina multitudes. Alamán cuenta: "En todos los pueblos hallaba el cura Hidalgo una predisposición tan favorable" que su sola presencia basta "para arrastrar tras de sí" a la turbamulta. El intendente Riaño le escribe al virrey: "Los pueblos se entregan gustosos a los insurgentes. Hiciéronlo ya en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca e Irapuato".

13 Antes de un mes, el ejército encabezado por el cura de Dolores pasaba de 50.000 militantes. "Los vaqueros y demás gentes de a caballo de las haciendas, casi todos de las castas, formaban la caballería". Ellos eran la parte menor de aquel ejército o chusma. Era mucho más numerosa la infantería formada "por indios o cuadrillas, armados con palos y flechas, hondas y lanzas". "Todo —según Alamán— presentaba el aspecto de tribus de bárbaros que emigraban de un punto a otro..." Era aquel un conjunto disimbolo y pintoresco. En él se mezclaban criollos mestizos y naturales; los uniformes azúles de los mílites; los chaquetines de cuero y las chaparreras de gamuza de los rancheros; las tilmas o los harapos de los indios de guarache. Algunos, los menos pobres, iban a caballo, pero la mayoría marchaba a pie con arcabuces, garrotes, hondas, lanzas, machetes y otros trebejos a cuestas.

14 En Guanajuato se unen a la chusma de rústicos la plebe citadina y los obreros de las explotaciones mineras. Mientras unos se incorporan otros se separan. Numerosos indios se vuelven a sus pueblos. En aquella muchedumbre, falta organización y perseverancia. Es un ejército que crece y se achica con inusual frecuencia; es, en palabras de Alamán, "una multitud de hombres mal armados, sin orden, sin arreglo" y de miras muy cortas. El sábado 17 de noviembre "sale Hidalgo de Valladolid con cosa de 80,000 contingentes". Después de la entrada y el saqueo de una ciudad, los amigos del botín se esparcen en callejones y plazas y muchos, contentos con la presa obtenida, se retiran a sus pueblos y rancherías. Según García Conde, otro testigo presencial, los aborígenes llevan a lomo "carneros y cuartos de res... puertas, mesas, sillas".

15 El señor cura Hidalgo en ningún momento convence ni trata de convencer a las multitudes que se arremolinan en torno suyo de las razones y las pasiones que movían a los jefes de aquella lucha. No se sabe de ningún soldado de tropa que militara en las huestes del cura con el fin de sustraer la Nueva España de la dominación de la vetusta península ibérica. Quizá algunos compartían el odio al gachupín, pero casi todos andaban en la revuelta por razones económicas, por un sueldo y sobre todo por el disfrute del

Pillaje, saqueo y botín

16 prometido por el señor cura. "A la gente de a caballo se le pagaba diariamente un peso y cuatro reales a los de a pie, pero como no se hacían nunca revistas ni había un alistamiento formal, se cometían en esto los mayores robos", dice Alamán. Por otro lado, la estación era propicia para obtener alimentos con facilidad. A mediados de septiembre los maízales ofrecen sabrosos elotes. Las haciendas abundan en ganados y toda especie de mantenimientos. Lucas Alamán vio cómo "los indios se esparcían en los maízales y la cosecha quedaba bien presto levantada... Las tiendas que casi todas las haciendas tenían, eran despojadas hasta de los armazones". Con las vacunas hacían muy buenas barbacoas. Desde el anochecer del 16 de septiembre, las chusmas de Hidalgo, con la anuencia del sacerdote jefe, se dieron a saquear las casas de los gachupines de San Miguel el Grande.

Poco después la misma chusma se entregó al desvalijamiento de los hogares de Celaya, por lo cual don Ignacio Allende "manifestó su disgusto al cura quien le contesté que él no sabía de otro modo de hacerse partidarios". En Guanajuato, según atestiguó Alamán, "combatían por el botín y se daban muerte unos a otros".

17 Ningún historiador se ha atrevido a negar la existencia de aves de rapiña en las tropas insurgentes. Lo mejor que se ha podido decir de aquel robo incesante de vacas muebles, maíz, gallínas y demás cosas de menor valía es que fue un pillaje al menudeo y efímero. Aquellas masas de saqueadores eran de la especie del pica y vámonos. Duraban uno o dos días en cada sitio robable. Los robos de la chusma eran de poco valor comparados con las confiscaciones decretadas por los jefes. Estos acrecían los fondos insurgentes a gran velocidad. En Guanajuato establecen una casa de moneda, y en Morelia se aumenta el tesoro para la lucha con casi medio millón de pesos tomados de la claveria. En el afán de botín se hermanaban jefes y tropa.

18 Aunque en dosis menores, el placer de la destrucción también intervino como móvil de las movibles masas hidalguistas. Aún se recuerda el 19 de octubre de 1810 en Valladolid. En tal fecha la muchedumbre indígena se mete en las casas de algunos ricos; extrae de ellas mil cosas, pero sobre todo se da gusto "rompiendo y destruyendo adornos y pinturas". Como quiera, el atractivo de la destrucción sólo una vez, y en muy corta escala, se acompañó del fuego. Los insurgentes prescindían de la actividad incendiaria, que no la de hacer oficios y rasgaduras en las huestes enemigas.

19 Sin embargo, pese a la declaración del cura, las matanzas de gachupines son más imputables a él que a sus seguidores indios. Está plenamente probado que por órdenes del padre se extraían de Guadalajara grupos de 20 a 30 españoles que eran conducidos unos a las barranquitas de Belén... y otros al cerro de San Martin donde se les degollaba... "Ciertamente los gachupines condenados a muerte caminaban hacia ella "en el mayor silencio conducidos por muchos indios armados y por uno que llevaba una linterna".

20 Es indudable que en el alzamiento de las masas abajeñas tuvo mucha fuerza de empuje el atractivo del botín; con todo, el móvil del latrocinio no fue el único y quizá ni siquiera el más importante. Esto no quiere decir que los campesinos y la plebe que se unían y separaban en forma incesante buscaran la independencia de México o quisieran vengar la caída de Tenochtitlán en poder de Cortés o anhelaran la vuelta al orden prehispánico. En todo caso, el nacionalismo, el neoaztequismo y otros ismos eran algunos resortes que mantenían en movimiento a la jefatura insurgente, pero no a la muchedumbre en la que contaban sobre todo

Los móviles y motivos de la fe religiosa

21 y de otros resortes, que no el patriotismo ni ningún deseo de volver a los orígenes. Dos metas enemigas parecían estimular a las hordas insurrectas: el botín o robo de bienes materiales y la ayuda a la religión y sus ministros amenazados por los heréticos franceses, según predicaba el afrancesado cura de Dolores.

22 Se repite con frecuencia y de mil maneras que al pasar por el santuario de Atotonilco, el jefe de la insurrección al toparse en la sacristía con un óleo de la Virgen de Guadalupe se le encendió la idea de convertirlo en el lábaro de su ejército. "Como la imagen de Guadalupe —comenta Alamán— es el objeto preferente del culto de los mejicanos, la incripción que se puso en las banderas de la Revolución fue: ¡Viva la religión! ¡Viva

nuestra madre santísima de Guadalupe! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la América y muera el mal gobierno! pero el pueblo que se reunía alrededor de esta bandera, simplificaba la incripción y el efecto de ella gritando solamente ¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines! ”

23 En opinión de Emilio Rabasa, Hidalgo “acudía al secreto resorte del alma india, y ponía a la vez en movimiento y en acción desordenada, pero viva, el fanatismo religioso de pueblos de sentimientos embrionarios”. Según Justo Sierra, el cura de Dolores, al declarar a la Madre de Dios lábaro de su lucha, consiguió que los campesinos “abandonaran sus arados y sus cabañas y lo siguieron como a un Mesías”. Al grito de ¡Viva nuestra señora de Guadalupe la conjuración de Querétaro “se convertía en fantástico levantamiento popular”. Para el perspicaz Luis Villoro, Hidalgo pudo dar a su lucha el cariz de guerra santa. “Las mesnadas que siguen la bandera guadalupana difunden por todas partes la nueva de que el cura es un santo, que la santísima Virgen le habla varias veces al día”. A partir de la bandera tomada en Atotonilco la popularidad de Hidalgo sube de tono. En adelante se le sigue como si fuera santo. “Ante él se arrodillan los sacerdotes”.

24 Muchos académicos insisten en otros músculos impulsores de las masas compañeras de Hidalgo en su ruta independista. Aún hay ingenuos que creen en la eficacia del móvil patriótico en el pueblo de aquella época. Algunos marxistas creen con el conservador Lucas Alamán que el movimiento de Hidalgo fue una lucha de clases, “una lucha —dice Luis Chávez Orozco— de oprimidos contra opresores”; una guerra —dicen otros— del proletariado contra la propiedad.

25 No falta quien diga que el odio racial superó en fuerza al de clase. Luis Castillo Ledón lo considera el máximo motor de la multitud amotinada. Recuerda que en San Miguel el Grande el pueblo, agolpado en la plaza y en las calles confluentes, insistía a gritos “que murieran los gachupines y que fuesen demolidas sus casas”. El mismo autor, que se puso a indagar durante toda su vida los ires y venires de Hidalgo y su gente, concluye: la revolución atizada por el cura de Dolores, “fue de carácter social; fue asimismo racista, porque se manifestó claro el odio de los indios por los blancos, y fue también religiosa porque el clero que había sido el principal agente de España para la dominación de Nueva España, era ahora el que principalmente trabajaba por su independencia, y una virgen servía de lábaro a las multitudes...”

26 Con todo, ninguno de los móviles de la parte popular de la insurrección de Hidalgo le dio a ésta la solidez que requería para salir adelante. Las enormes multitudes arremolinadas alrededor del venerable cura se esfumaban con la misma rapidez con que se reunían. La violencia de la turbamulta que apapachó Hidalgo fue más breve que la corta carrera revolucionaria del sacerdote. Después del desastre en Aculco, la popularidad del jefe santo se minimizó. Las deserciones se acrecentaron, y de allí en adelante hubo poco adherentes. Muchos volvieron a sus querencias. Muchos le tomaron afecto al robo. El valle de Toluca se infestó de partidas que atacaban por su propia cuenta los caminos. En palabras de Luis Villoro, “el impulso popular, abandonado a si mismo, degeneró en anarquía”. Nunca hubo espíritu solidario en aquella multitud, muchedumbre, gente, chusma, tropa, caravana, romería, tropel, remolino, hervidero, concurso, gentio o como quiera llamársele a la hueste del padre Hidalgo.

27 Quizá antes de que termine esta década, empeñada en la desmitificación de la historia de México, el cura Hidalgo deje de ostentar el título de padre de la patria y se convierta, ante la opinión pública, en el principal estorbo que tuvo la guerra contra el despotismo español. Ya son muchos los reconciliados con Calleja, con el jefe de los ejércitos realistas

quien le escribió al virrey Venegas desde Guadalajara el 29 de enero de 1811: Los mexicanos "y aun los mismos europeos están convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente; y sí la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre esta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido muy poca oposición". La impopularidad del movimiento de Hidalgo fue producto del pueblo transformado en chusma. Pese a la historia de bronce canonizadora del remolino social que insufló el Párroco de Dolores éste se mantuvo en la retentiva de la gente como una calamidad pública más catastrófica que un temblor de tierra y tan terrible como una peste.

NOTAS

***.** Colegio de Michoacán.

Hidalgo razones personales

Carlos Herrejón Peredo

1 Note portant sur l'auteur*

2 Cuando Miguel Hidalgo allá en Chihuahua estaba en vísperas de ser ejecutado respondió brillantemente, como experto teólogo a los cargos que le habían hecho frente a la Inquisición desde 1800. Por otra parte admitió que había rechazado el indulto en un escrito en donde afirmaba que los derechos del hombre y de la nación habían de ser defendidos "con ríos de sangre, sí fuese preciso". Y reconoció finalmente su responsabilidad en los excesos de la revolución, particularmente los asesinatos masivos de prisioneros españoles en Valladolid y Guadalajara: "*me dejé llevar del frenesi revolucionario*".

3 Ante el apremio de sus jueces que le requerían los motivos de su levantamiento, dio varias respuestás, algunas tal vez no consignadas en el proceso. Más quedó en claro una de las principales: "el derecho que tiene todo ciudadaño cuando cree la patria en riesgo de perderse". Muchas otras razones había esgrimido Hidalgo en "la centellante ruta" de cuatro meses: el mal gobierno, la opresión de siglos, el orillamiento de los criollos, la entrega del reino a los franceses, etc. Todas estás eran razones comunes a masas enteras de la población, mas cada quien las entendía y las vivía a su modo dentro de la insurrección.

4 ¿Cuáles fueron las razones personales del primer líder de la insurgencia mexicana para decidirse por la opción revolucionaria y arrastrar tras de sí a las multitudes? No pretendo dar ahora una respuestá adecuada que me parece dificil, pero sí dibujar un esbozo de Hidalgo preinsurgente, removiendo algunos mitos y aportando algún dato nuevo. Espero con ello ofrecer elementos para una futura respuestá.

5 La familia de Hidalgo se agrupaba en dos tipos de personas. Por un lado gente común dedicada a la agriculture y labores conexas, bien que en cierto nivel medio entre la clase propietaria y la masa de campesinos. Así, su padre Cristóbal y su hermaño José María, administradores de Corralejo. Por otro lado las gentes de letras, en su mayor parte clérigos —algunos teólogos— como su hermaño Joaquín y sus tíos José Antonio y Vicente.

6 Por influjo y a ejemplo de sus tíos clérigos Miguel profesionalmente sería un *teólogo*; sin dejar de serlo llegaría a fungir de cura en tres parroquias, y a partir de los treinta y siete

de vida intentaría conjugar esos dos quehaceres con labor campiranas, tratando de sintetizar sus dos ambientes familiares.

7 Pues bien, voy a contarles algunas cosas sabidas y otras no tanto acerca de don Miguel preinsurgente agrupándolas en cuatro cuadros: lo. el teólogo; 2o. el afrancesado; 3o. el párroco; y 4o. el administrador.

I. El teólogo

8 A los doce años cumplidos se fue a la capital de su provincia, Valladolid para inscribirse en el Colegio de San Nicolás. A los diez y siete, después de haber aprendido latin y filosofía con sobrado lucimiento, comenzó los estudios de teologías, y a los veinte mayos había terminado y era bachiller en esa facultad.

9 En conjunto, los estudios de Hidalgo lo habían introducido en un importante sector de la cultura occidental. Notables autores de la Roma clásica, como Cicerón, Ovidio y Virgilio le fueron enseñando modelos de oratoria, de liríca y de epopeyas, que hubo de analizar, traducir y declamar públicamente. En filosofía la lógica aristotélica y medieval fue objeto de innumerables ejercicios, entre ellos la argumentación y la réplica de viva voz; luego la fisica, ciertamente la absoleta, pero ya sacudida ahí mismo en Valladolid por los intentos renovadores de Clavijero.

10 Finalmente la teología. Entonces aplicó los conocimientos de latin y filosofía. Entonces se inició de manera sistemática en largas cuestíones sobre Dios Uno y Trino, sobre el hombre y su destino trascendente, sobre Cristo y María, virtudes y sacramentos, muerte, juicio, infierno y gloria. Amén de los tratados de teología moral: los actos humaños, la ley, la conciencia, los preceptos, la justicia y el derecho. Y ya para salir, elementos de liturgia y rúbricas. Con todo ese bagaje podría plantarse en el púlpito, sentarse en el confesionario, ajustar casorios, consagrar y echar todo tipo de bendiciones. Pero estába demAsíado joven. Profundizó entonces el latin y la filosofía dando clases como substituto de esas materias por unos tres años y en algún tiempo libre aprendió elementos de otomí. Por fin, en septiembre del 78 se ordena sacerdote, regentea las catedras que había sustituido y las deja en 1783 para entregarse de lleno y con entusiasmo durante diez años a la enseñanza de la teología, tanto la escolástica o dogmática como la moral.

11 Profesionalmente Hidalgo antes que nada fue un teólogo. Y un estímulo decisivo en está carrera tuvo lugar cuando ganó el certamen sobre la disertación del verdadero método de estudíar teología. Ahí está el *proyecto intelectual* de Hidalgo. Propugna por una *teología positiva* frente a la especulativa. Teología positiva quiere decir datos concretos de la Revelación judeocristiana y de su tradición a través de los siglos; quiere decir mayor conocimiento de la Biblia, de la Patristica, del Magisterio y de la historia de la Iglesia. Teología especulativa, en cambio, es reflexión conceptual sobre el dato revelado y transmitido; es la aplicación de categorías filosóficas a la fe; es la sistematización e interpretación de lo que aporta la teología positiva. En suma, el marco teórico.

12 Hidalgo en realidad pretendía un equilibrio entre ambas teologías, ya que a fin de cuentas se trata de dos fases de la misma disciplina. Más allá de estás consideraciones, la teología positiva representaba para Hidalgo el arnero que va separando lo esencial a la fe católica, de doctrinas discutibles, de esquemas culturales del tiempo y de falsas creencias que logran generalizarse. En este sentido la teología positiva le serviría también como llave

maestra para comprender y criticar la mentalidad reinante de aquella sociedad novohispana rezandera y pecadora.

13 Por ello mismo la consagración de Hidalgo a la teología no concluyó con los diez años de magisterio. Su biblioteca y sus conversaciones seguirian girando en torno a cuestíones teológicas. A tal grado, que a la vuelta de otros diez años era reconocido, bien como "uno de los más finos teólogos" de la provincia, bien "como el mejor teólogo de está diócesis".

II. El afrancesado

14 Es un lugar común que Hidalgo estába afrancesado. La afirmación se ha prestádo a equívocos que deben desterrarse. Desde luego Hidalgo sí que era seguidor de teólogos franceses como Serry y Graveson. Ténia en muy alta estima las obras del obispo Bossuet, orador y polemista. Se sabía al derecho y al revés la *Historia Eclesiástica* de Fleury. Y por concomitancia, pasó a leer Historia Antigua e Historia General en autores franceses. Todavía más: Hidalgo se aficionó grandemente a la literatura florecida en el siglo del Rey Sol. Las *Fábulas* de la Fontaine, el teatro de Racine y el de Moliére lo apAsíonaban al grado de meterse de traductor —y productor pueblerino— de algunas obras como el *Tartufo.* Y para rematar Hidalgo leía e interpretaba música francesa, "no como mero lírico, sino con instrucción, a fondo y por punto", como que disponía del *Nouveau système de musique théorique* de Jean Philippe Rameau. De tal suerte el afrancesamiento de Hidalgo desembocaba en el escenario y en los violines; y le abría las puertas de otra dimensión de la cultura occidental: la riqueza expresiva de la lengua francesa, el buen gusto gálico que se imponía entonces como norma universal; en fin, la sabía y divertida reflexión sobre la comedía humana.

15 Y ahora viene la pregunta obligada: ¿qué hay del enciclopedismo de Hidalgo? ¿Leyó a Voltaire, a D'Alembert, a Diderot, a Rousseau? Relacionando su afrancesamiento dicho con su opción revolucionaria y con acusaciones que le hicieron siendo ya insurgente, no pocos autores han sacado la conclusión que sí leía taies autores y que sus doctrinas fueron para él déterminantes.

16 Sin embargo, un análisis riguroso de las listas de autores y libros de Hidalgo no arroja a ninguno de los mencionados enciclopedistas, salvo unas añotaciones musicales de D'Alembert. En el proceso que la Inquisición le siguió no hay, antes de septiembre de 1810, ningún testimonio sobre lectura de enciclopedistas. Cuando un fraile de la Inquisición lo visitó sorpresivamente un día de 1809 no halló en la biblioteca de Hidalgo más libros prohibidos que algunas obras teológicas de autores finalmente devotos catélicos que en algún capítulo dejaron escapar tal o cual doctrina con resabios ya jansenistas, ya regalistas, ya probabilistas, pero sin caer en ninguna de esas u otras heterodoxias.

17 La versión de que Hidalgo leía a los enciclopedistas comienza después del Grito de Dolores. Pero nunca apareció la prueba. No lo es el suponer que la justificatión de la revolución insurgente no encontraba apoyo en doctrinas tradicionales. No lo es, porque en los mismos tratados teológicos Hidalgo disponía de elementos suficientes para justificar la lucha armada y aun para involucrarse personalmente. Vaya por vía de ejemplo lo que dice el belga Carlos Billuart cuyo texto impuso Hidalgo en San Nicolás:

> "De manera inmediata y por derecho natural el poder politico está en la comunidad. Y sólo de manera medíata y por derecho humaño está en los reyes y demás gobernantes... la república, mediante las representaciones reunidas del reino,

> puede proceder contra el tiraño, deponiéndolo o sentenciándolo a muerte, sí no hay otro remedio, porque dicen que el rey tiene recibida de la república la autoridad regia no para destruirla, sino para levantarla y conservarla; y consiguientemente la misma república puede quitarlo, si el rey actúa para manifiesta perdición".

18 Con todo, hemos de reconocer que aunque Hidalgo no haya leído directamente a los precursores intelectuales de la Revolución Francesa, sí estába al tanto de ella y de sus principios doctrinales, temas, por lo demás, de conversación común: "sobre lo que todos habían", dice un testimonio de 1800.

19 De manera especial Hidalgo tenía conocimiento directo —según me parece— de la Declaración de los derechos del hombre, texto que uno de sus amigos poseía y elogiaba, y texto que se vislumbra a través de los bandos del propio Hidalgo ya insurgente. Por lo demás en distintos puntos de la Nueva España, y sobre todo en Michoacán, se fueron dando a partir de 1794 una serie de hechos que muestran la propagación de las ideas subversivas de Francia y en los cuales andaban conocidos y amigos de Hidalgo.

20 De todo lo dicho se desprende que en Hidalgo la legitimidad de un levantamiento popular se iba a sustentar sobre una síntesis: las doctrinas teológicas tradicionales y la declaración de los derechos del hombre.

21 Ni un año completó en Colima. Probablemente él mismo solicitó el cambio a otra villa de ingresos semejantes, la de San Felipe, pero más cercana a sus parientes. La estáncia de Hidalgo en San Felipe ciertamente estuvo marcada —como dijimos— por la euforia festiva del cura teélogo y afrancesado. Sin embargo, esto es solo una cara de la medalla. Hidalgo sabía perfectamente que las responsabilidades de un párroco consistían en predicar, auxiliar espíritualmente a enfermos, sobre todo graves, socorrer a los pobres y dar buen ejemplo.

22 La predicación le gustaba —dejó varios sermones escritos—. Y era un reto para él adaptar sus saberes y su mensaje cristiano al común del pueblo. Las exhortaciones morales eran larga perorata en cada sermón hidalguense a los feligreses de San Felipe, "a quienes continuamente explicaba —dice el mismísimo Hidalgo— las terribles penas que sufren los condenados en el infierno, a quienes procuraba inspirar horror a los vicios y amor a la virtud. para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado: testigos las gentes todas que me han tratado, los pueblos donde he vivido". (230)

23 En cuanto al auxilio espíritual dado a enfermos y moribundos. Hidalgo puso el mayor cuidado durante los años de ministerio, sufriendo —dice el mismo— "las mayores fatigas varias veces en el tiempo que he sido cura sin temer soles, fríos y asperezas, distancias y pestes, porque mis feligreses no pasaran sin la confesión a la eternidad". (337)

24 Por lo que se refiere al deber de socorrer a los pobres, según parece, lo cumplia muy a su modo: abriendo las puertas de su casa a gente de toda condición, ofreciéndoles por igual comida, música, baile y teatro. De tal modo el mote de Francia Chiquita que se le dio a la casa curai era principalmente por la igualdad con que todos eran tratados.

25 En lo concerniente al buen ejemplo, si éste lo circunscribimos al recato, modestia, pudor y continencia, a algunas gentes parecía correcto, y a otros escandalizaba. Se dice que ya en Valladolid había tenido un hijo y una hija y que en San Felipe engendró dos niñas. Sin embargo, las noticias de los primeros aparecen hasta 1826 y 1836, cuando el Estádo mexicaño pensionaba a los familiares de los próceres, y la información sobre los segundos emerge hasta fines del siglo pasado. En cambio en los papeles contemporáneos a Hidalgo

mismo no se ha encontrado rastro de taies hijos. Sobre todo es elocuente el silencio de la Inquisición antes y después de 1810. No obstante todo es posible.

26 Sea de ello lo que fuere, las máximas autoridades de Hidalgo, tanto en lo civil como en lo eclesiástico no hacian caso de las murmuraciones contra el cura, antes bien lo tenían en alto concepto, precisamente en los años que resonaba la música de San Felipe. Riaño, el intendente de Guanajuato que lo había sido también de Valladolid, dijo de nuestro cura: "es de genio suave y uno de los mejores teólogos del obispado". Para su obispo Antonio de San Miguel, Hidalgo entraba en un corto número de eclesiásticos "que sobresalen —dice —... que por su conocida carrera literaria, talentos, virtud y dotes laudables merecen el mejor concepto" y son por consiguiente, "acreedores a cualquier gracia".

27 Taies elogios y tal carrera ascendente ahora sí provocaron la envidia y parece que ésta esperaba el momento para detener al destácado criollo. El mismo brindó la ocasión cuando en animada conversación teológica de sobremesa puso en ridículo a un fraile que resentido lo delató a la Inquisición. Pronto se unió al denunciante un clérigo peninsular que había sido rector, como Hidalgo, pero en el otro colegio Vallisoletaño, el de San Pedro.

28 Las primeras acusaciones eran de corte teológico, mas luego fueron entrando las relativas a las costumbres de Hidalgo, esto es, las fiestás de su curato. Unos 17 testigos fueron declarando: 9 negaron saber algo que pudiera confirmar la acusación, 5 resultaron con positivos elogios a la sabía ortodoxia y al comportamiento de Hidalgo, y sólo tres ratificaron la denuncia primordial añadiéndole otras acusaciones de su propia cuenta, pero sin conseguir pruebas ni testigos. Así las cosas el expediente se archivo y no pasó nada.

III. El párroco

29 También es lugar común en las biografías de Hidalgo que su separación del rectorado de San Nicolás y el mandarlo de cura a Colima fue obra de la envidia o castigo de destierro a causa de su carácter inquieto y sus ideas avanzadas. Definitivamente no. El puesto de rector de colegio en la provincia novohispana no tiene que ver casí nada con la imagen actual de un rector universitario. Se trataba entonces de un encargado de colegiointernado que tenía que lidíar y velar por la disciplina y formación de unos 50 o 60 muchachos. Encomienda importante, pero al fin y al cabo bien supeditada, en el caso de San Nicolás, al Cabildo Eclesiástico. Un cura tenía mucho más poder de decisión. Pero sobre todo hay que comparar los ingresos. El sueldo del rector nicolaita no llegaba a los quinientos pesos anuales, mientras que el beneficio del párroco de Colima, que no era pueblo de indios sino villa de españoles, superaba con mucho los tres mil pesos al año. De tal suerte, la explicación de la salida de Hidalgo de Valladolid es exactamente al revés de lo que se ha dicho: fue una promoción, como sucedió con rectores anteriores y posteriores a Hidalgo, quien por otra parte cuando había beneficios rurales vacantes, siendo maestro y rector, presentaba su curriculum para ser tomado en cuenta.

30 En el otoño de 1804, por muerte de su hermaño José Joaquín Hidalgo se hizo cargo del curato de Dolores, beneficio mejor que de San Felipe. Las actividades ministeriales de predicación y confesión siguieron siendo las mismas y con el mismo empeño, según testimonio público del propio Hidalgo, no desmentido. Sin embargo, otros ministerios, como la misa cotidíana en la parroquia y la atención en la notaría los encomendó a uno de

los vicarios. Su afición a los libros y a la música siguió adelante, mas ya no tanto en allegro, sino en adagio reflexivo. La muerte de su hermaño Joaquín, la de su tío Vicente a los tres años, y la de Manuel, otro de sus hermaños en 1809, que falleció en estádo de demencia, retrajeron al cura de las diversiones teatrales y del frecuente jolgorio con que habla vivido en San Felipe.

31 A cambio de ello, se fue dedicando a la aplicación práctica y tangible de su espíritu ilustrado en pequeñas empresas y obras materiales de utilidad más o menos inmedíata: de la horticultura a la curtiduría, y del cultivo de la morera y los gusaños para la seda hasta la alfarería, pasando por los dulces afanes de la apicultura. Y como estás labores eran en realidad compartidas y enseñadas a sus feligreses, Hidalgo se alineaba así en lo que su querido obispo San Miguel había llamado "teología politica de la caridad".

32 Así, pues, la gestión parroquial de Hidalgo en Dolores era bien vista por las autoridades eclesiásticas. Con una de ellas, el encumbrado canónigo Abad y Queipo, tenía Hidalgo "verdadera y estrecha amistad". Su fama de sabio llegaba hasta la ciudad de México, de tal suerte que en los círculos de la nobleza citadina era tenido por "hombre de gran literatura y vastísimos conocimientos en todas líneas". Por su parte el arzobispo Lizana llegaría a interpelarlo con estás palabras: "tú, que lucías como un astro brillante por tu ciencia... "

33 Más tal astro hubo de hacer sombra a no pocos. Así, el proceso inquisitorial estuvo a punto de reavivarse en tres ocAsíones: 1807, 8 y 9. En la primera y en la última se repitieron algunas acusaciones del proceso inicial. En la segunda una mujer lo denunció como fornicario consuetudinario. Ninguna de las tres denuncias prosperó por carencia de pruebas. El proceso se volvió a archivar, pues además de esa falta de pruebas, los mismos inquisidores reconocían que la opinión general sobre el cura de Dolores era "de sabio, celoso párroco y lleno de caridad".

IV. El administrador

34 Se ha puesto de moda el predicar que los héroes también fueron hombres de carne y hueso. Acto seguido se nos cuentan sus proezas y debilidades amorosas, naturalmente con sobra de imaginación y escasez de documentos. Hay, en cambio, otra dimensión para ir descubriendo con mayores informes algunas ilusiones y otras angustias de cualquiera de los próceres. Me refiero a sus necesidades económicas, a sus posibilidades financieras, a sus problemas de cuentas.

35 Ya está visto que el salario de Miguel Hidalgo como rector no era la gran cosa, menos de quinientos pesos anuales. Ni qué decir del sueldo anterior como simple maestro. En cambio los gastos en esos días eran muchos. Ante todo el socorro a su familia se tornó acuciante. Su padre ya viejo y todavía con hijos qué mantener; los hermaños que podían trabajar, apenas iban empezando como él; y uno de sus tíos estába enfermo Junto con todo ello, la legítima ilusión —a la que nunca renunció Hidalgo— de llevar una vida con casa y mesa de cierto decoro, acorde con sus pretensiones de criollo ilustrado y clérigo con educación; una vida que le permitiera comprar el libro y el violín que le gustaran; y en fin, con el margen suficiente para satisfacer su irremedíable carácter dadivoso. Sí algún alumno no tenía dinero para venir a graduarse a México, el maestro le daba lo que traía o se endeudaba.

36 Así que era apremiante incrementar los ingresos. Por très caminos buscó Hidalgo la forma de lograrlo. Primero, llenándose de clases qué impartir. No sin esfuerzo alcanzaría está entrada; alrededor de 400 pesos anuales. Con los 500 de rector llevamos novecientos. Asímismo aceptó Hidalgo el oficio de tesorero del Colegio, que llegó a ejercer simultáneamente al de rector y cuyos emolumentos al parecer variables, desconozco, mas no habrían de rebasar los 300. Llevariamos ciertamente 1.200 pesos.

37 La segunda vía de financiamiento consistió en concursar y obtener hacia 1785 un beneficio, por tres años, llamado sacristía mayor de Apaseo. Recibiría alrededor de 200 pesos anuales con la obligacíon de estár al pendiente del culto de un recinto sagrado en aquella población del Bajío. Mas como las responsabilidades de San Nicolás se lo impedían, cubrió la obligatión de Apaseo por medio de otro clérigo, a quien obvíamente había que darle una parte del beneficio. En el caso me parece— la mitad. Como este ingreso terminó en 1787, no hay que sumarlo a los de rector que fue posterior. Sin embargo, una vez dejado el empleo de Apaseo concursó inmedíatamente para otra Sacristía mayor, la de Santa Clara del Cobre, y la obtuvo. De modo que finalmente sí podemos sumarle otros 100 pesos al senor rector: 1.300 hasta ahora.

38 Finalmente el tercer conducto fue la obtención de una capellanía cuyo capital era de 2.000 pesos y cuyos réditos no rebasaban el cinco por ciento anual. Otros concursantes también aspirantes e Hidalgo habían tenido que disputarla. La ganó pero lo traían a las vueltas. Y tardaron años en entregarle los réditos ya que el capital se había impuesto sobre unos bienes en cuya testamentaría aparecieron otros acreedores. En vísperas de salir para Colima le entregaron los 500 pesos de cinco años. Distribuidos en su momento subieron el ingreso total del rector Hidalgo a 1.400 pesos, cantidad todavía muy inferior a la que iba a percibir en Colima, villa de españoles, que le daría más de los 3.000 pesos anuales. No los percibiría todos, pues solo estuvo ocho meses. Dicen que al retirarse regaló su casa al ayuntamiento.

39 Mientras tanto sus familiares de Corralejo habían sufrido la terrible crisis agricola de 1786. Al año siguiente, los Hidalgo seguramente se reunieron en torno al viejo y ante la dificil situación de la hacienda, que requería un gran empuje para hacerla producir, persuadieron al dueño a que solicitara un cuantíoso préstamo a la mitra vallisoletana: 20.000 pesos. Miguel se encargó de los trámites con éxito.

40 La suerte sonreía a los Hidalgo. Manuel, hermaño menor que trabajaba de abogado en la ciudad de México, había podido ahorrar, y con ello adquirir unas pequeñas haciendas cerca de Taximaroa. No pudo ir a recibirlas en persona, pero de ello se encargó su hermaño Miguel, en 1791, quien al parecer desde entonces acudía una o dos veces al año a supervisar el trabajo del administrador.

41 No tengo datos para los ingresos de San Felipe, que probablemente daría más o menos lo de Colima. Ciertamente era considerado beneficio pingue. Y como tal permitió a Hidalgo llevar una vida desahogada y alegre gastando en casa, libros, orquestá y teatro. Mas al parecer no se midió. Hasta se le olvidó liquidar una deuda que había contraido en Colima por 600 pesos, en víspera de retornar. Pensaría que con haber regalado su casa al ayuntamiento el acreedor colimense podría esperar? En San Felipe Hidalgo también se hizo sordo para pagar otro préstamo a un Ignacio Soto, quien presionó de tal suerte en la mitra que ésta secuestro a Hidalgo la tercera parte de los emolumentos de su beneficio. Por sí fuera poco, había asunto pendiente con las cuentas de San Nicolás del tiempo que fue tesorero. Según unos contadores, Hidalgo salía debiendo; según otros, el Colegio le

debía. Las interminables aclaraciones enfadaron a Hidalgo durante 12 años. Por último, el cura de San Felipe no había mandado a Valladolid la contribución decretada para el seminario conciliar. Se le acumularon 330 pesos. Pensaba que no era necesario el tal seminario estándo el colegio nicolaita, o simplemente que esa disposición, meramente eclesiástica, le acarreaba un grave incómodo y en consecuencia no estába obligado? El caso fue que recibió una sería reprimenda del vicario general y muy probablemente también de su tío el ya canónigo Vicente Gallaga. Por lo visto sus afanes de predicar y confesar, así como sus amigos los teólogos de la biblioteca, el exquisito Rameau y el socarrón de Moliere, le quitaban cualquier gusto por hacer cuentas y pagar dineros. Además a él tampoco se le hacia pronta justicia: en 1792 un Antonio Campos despojó a los Hidalgo de una parte de la hacienda de Taximaroa, y como estába en connivencia con la autoridad del lugar, el pleito emprendido por Miguel no prosperaba.

42 A pesar de todo, hacia 1803 el cura de San Felipe ayudado ahora por sus hermaños satisfizo todas sus deudas. Correspondían así los de Corralejo a lo que había hecho Miguel por ellos. Lo pudieron hacer porque aquella hacienda del Bajío estába pasando por años de bonanza, a tal grado que aquel préstamo de 20.000 pesos se liquidaba totalmente en 1804.

43 Rehabilitado, pues, nuestro cura, no hubo impedimento en la mitra para darle el curato de Dolores, mucho más jugoso que el de San Felipe, pues importaba hasta 8.000 pesos anuales. Para no caer de nuevo en olvidos ni enredos contables y poderse dedicar a lo suyo, ya vimos que dejó la administración parroquial —salvo la predicación y la atención a enfermos— a uno de los vicarios, quien se llevaba la mitad de los ingresos. Mas de la inclinación a socorrer no se curó Hidalgo: a unos meses de su nuevo destino ya se estába comprometiendo notaríalmente a otorgar de caridad 200 pesos anuales a un pobre díablo. Por otra parte hubo por fin de darse gusto comprando algunas buenas colecciones de libros. Y empezó a invertir en las pequeñas empresas de sus sueños ilustrados y utilitarios.

44 El gozo se fue al pozo en 1807. Como fatal regalo del día de su cumpleaños en mayo le llegó un citatorio: por sí o por procurador debía presentarse en Valladolid para entregar los 7.000 pesos que gravaban sobre las haciendas de Taximaroa. Era la famosa consolidatíon de vales reaies, es decir, aquella medida que afectó trágicamente a la mayor parte de fincas rústicas de la Nueva España. Funcionaban estás con préstamos. Pero como el gobierno espafiol, enfrascado en guerras y corrupcíon, necesitaba mucho dinero, se le ocurrió apoderarse de esos capitales, exigiéndolos ya. En caso de negativa se embargaban y se remataban las propiedades. Hidalgo intentó dar largas al asunto, pero la burocracia fue implacable y en 1808 embargó la hacienda. Estuvo a punto de ser rematada. Mas no sucedió, porque la consolidación fue suspendida. Sin embargo había contribuido a causar un daño mucho mayor e irreparable en la familia Hidalgo. El verdadero propietario de ella Manuel, el querido hermaño menor, se volvió loco y murió en 1809 al filo de la subasta.

45 La tragedía familiar fue en Miguel Hidalgo el último sumando de otro tipo de cuentas. A los catorce años había compartido la angustia de muchos por las represiones sangrientas, que en distintas partes de Michoacán había ejercido el despotismo borbónico. Luego el magisterio teológico le dio a conocer las tesis contra la tirania y la justificación de un eventual levantamiento. La experiencia de San Felipe y Dolores le hizo palpar la miseria de los desheredados y su sed de venganza ante la insolencia de los poderosos. El mismo encarnaba el resentimiento criollo frente a clérigos peninsulares recién llegados que escalaban súbitamente los mejores puestos. Fue acumulando, según vimos, un gran

enfado por las monsergas contables, algunas puestás en razón y otras arbitrarias; pero todas chocantes con su carácter espléndido. Le indignó el despojo de una parte de sus tierras. Y lo sublevé el asedio de la consolidación.

46 Al saber los sucesos de septiembre de 1808, cuando el gobierno colonial canceló la vía pacífica del cambio, le hizo mella que los usurpadores se ampararan en nombre del pueblo. A partir de entonces se puso en contacto con otros de semejantes inquietudes. El foco estába formado por conocidos suyos de Valladolid. Fueron descubiertos en nueve. Uno de los corresponsales, el de Taximaroa, era el arrendatario de las haciendas de Hidalgo. Otros quedaron sin ser notados: los de San Miguel y Querétaro. En está última ciudad encabezaba Manuel Iturriaga, el que había sido sucesor de Hidalgo en San Nicolás, en San Miguel estába su amigo Ignacio Allende.

47 Con la primavera de 1810 llegaron a la Nueva España las noticias de la toma de Andalucía por los franceses. España se perdía. Y la siguiente presa iba a ser la Nueva España. Cundió la voz de alarma. Las autoridades de la mitra michoacana lanzaron una vehemente exhortación a los sacerdotes para que ellos mismos fueran los primeros en la guerra santa contra el impío invasor. Todos los párrocos empezaron a predicarla. Solo faltaba que alguien de reconocida autoridad cambiara el término que había que cambiar: invasor por gachupin. Con las luces y las sombras que había recogido en sus cincuenta y siete años de edad Hidalgo lo hizo. El resto ustedes lo saben.

NOTAS

***.** El Colegio de Michoacán.

La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: bustamante, mora y alamán

Andres Lira

1 Note portant sur l'auteur*

2 Las comparaciones que sugiere este seminario son muchas y quizá no esté fuera de sitio un recogimiento historiográfico para apreciar una cuestión más: la situación de los historiadores contemporáneos —tomando el término con amplitud— frente a lo que ven con más o menos distancia, como un movimiento del pueblo; ese ente indefinible que se describe y se califica.

3 Hemos elegido tres autores que, de una u otra manera, se halláron cerca de los acontecimientos. Sus obras fueron intentos de explicarlos y en ellas se aprecia la insurgencia como un movimiento popular.

4 En la exposición advertiremos primero la relación de las obras, luego la visión del pueblo que nos dan y, finalmente, la apreciación del factor religioso, pues tiene éste un peso especifico en sus explicaciones de la insurgencia.

I

5 La contemporaneidad de don Carlos María de Bustamante (Oaxaca, 1774-México, 1848) con respecto a José María Luis Mora (San Francisco Chamacuero, Guanajuato, 1794- París, 1850) y Lucas Alamán (Guanajuato, Gto., 1792-México, 1853) es muy relativa, no sólo por los años de edad que separan al oaxaqueño de los guanajuatenses sino por la antelación con la que escribió sobre la guerra de independencia. Don Carlos publicó multitud de escritos cuando ésta transcurría y la primera edición de su *Cuadro histórico de la revolución mexicana* apareció entre 1823 y 1827; anotada y complementada, apareció la segunda entre 1843 y 1846.[1]

6 Sin embargo, la obra llegaría a ser contemporánea o actual para muchos otros escritores que se ocuparon de los asuntos que trató Bustamante, pues acudieron a los tomos del *Cuadro* usándolos como fuente de información y tuvieron que impugnar o señalar la obra de don Carlos en aquello que no cuadraba —y era mucho— con la historia: inexactitudes, fantasías, exaltaciones y retórica del oaxaqueño probaron mal a un racionalista como lo fue Mora y a un hombre empeñado en poner los puntos sobre las íes, que fue Alamán. Esto para hablar solo de los autores que nos ocupan, pues muchos otros reprocharon al *Cuadro histórico* los defectos, por más que no dejaron de utilizarlo.

7 Don Carlos concebía la *historia* como una gran lección cívica, daba golpes aquí y allá y muchos, hay que reconocerlo, acertados, como el que dio a su propia obra cuando dijo:

> [...] Toca la historia no sólo relatar los hechos con verdad e imparcialidad, sino además trazar el retrato de los personajes, cuvas acciones se refieren. El de los héroes los forma el tejido y narración de los sucesos, y por este principio me debería creer dispensado de trazar el de D. Miguel Hidalgo; sin embargo, daré brochadas con mano torpe en este cuadro, y dejaré a la posteridad materia copiosa que lo toque, tache o borre. (1985, I, 264)

8 La copiosa materia fue apreciada por Mora cuando escribió *México y sus revoluciones*; obra que, según dice, empezó a preparar en 1827 y que se publicó en París en 1836. El propósito que perseguía era dar una imagen real y sistemática del país, de sus recursos naturales, de la sociedad, de la política y, necesariamente, de su historia; así que al entrar a la guerra de independencia en el último tomo de la obra tuvo que vérselas con el *Cuadro* que le pintó Bustamante en la primera edición.

9 Alamán, mucho más tarde, escarmentado por fracasos en la política y dificultades en sus actividades de empresario, en el país sacudido por las discordias sociales y agoviado por la invasíon norteamericana, escribió entre 1846 y 1852, su *Historia de México* con el propósito fundamental de apreciar en su significado —él que él consideraba así— legítimo a la revolución de independencia, exaltada en las celebraciones del 16 de septiembre, y poner en su sitio a los personajes del *Cuadro* de Bustamante que era en realidad un complicado retablo que don Carlos había labrado para el altar de la patria, agrupando héroes y retocando escenas. Alamán se las vio, en el momento de escribir su *Historia de México*, con la segunda edición del *Cuadro histórico* al que dedicó sendas notas aclaratorias y a su autor unos apuntes biográficos que publicó antes de que apareciera la *Historia de México*.[2]

10 Así pues, si la contemporaneidad de Bustamante con respecto a Mora y a Alamán puede cuestionarse por aquello de las generaciones, lo que resulta evidente es la actualidad de la obra de don Carlos en la de los otros y el empeño compartido en la guerra de independencia, si bien con propósitos muy distintos. De los propósitos de cada quien nos hicimos ya cargo; el resultado, escuetamente enunciado, sería este:

11 Para Bustamante la guerra de independencia fue una revolución justiciera, un acto supremo por el que unos pasarían al cielo de la patria y otros al infierno o al limbo (este es el caso de personajes nobles que se equivocaron y no lucharon con los insurgentes, aquel, el infierno, de los que los combatieron); no hay purgatorio pues pasado ya en juicio final no cabe periodo de expiación.

12 Para Mora, en cambio, la guerra fue un hecho fatal fruto de la necesidad histórica, que arrojó un saldo negativo y uno positivo que habían de enfrentar con entereza y responsabilidad las nuevas generaciones, la de él y las posteriores, como se lee en el tomo III de su obra, cuando inicia el relato de la independencia.

> La revolución que estálló en septiembre de 1810 ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructiva del país. Los errores que ella propagó, las personas que tomaron parte o la dirigieron, su larga duración y los medios de que se echó mano para obtener el triunfo, todo ha contribuído a la destrucción de un país que en tantos anos, como desde entonces han pasado, no ha podido aún reponerse de las inmensas pérdidas que sufrió. (1950, III, 15)

13 Juicio negativo de los hechos que, sin embargo, admite un saldo, la independencia conseguida por ese medio y que Alamán no considera. Para este conocedor de los hechos y personajes, entre otros del propio don Carlos y sus obras, la revolución que inició Hidalgo fue en levantamiento de proletarios contra propietarios, una rebelión destructora que retrasó el logro de la independencia encaminado ya por medios políticos desde 1808 y que solo más tarde, en 1821, después de años de guerra y gracias a la actuación de Agustin de Iturbide, combatiente de los insurgentes y buen negociador, se logró el fin político que un levantamiento popular no pudo realizar. (Cfr. 1968 II, págs. 138-147 y la conclusión general de la obra, 1969 V, págs. 566-568).

14 A grandes rasgos esos fueron los propósitos de los tres autores y la concepción de la guerra de independencia. El levantamiento de Hidalgo tendria que valorarse como un movimiento popular en el que el personaje colectivo tomará su sitio propio. Veamos está apreciación, si es que se dá y cómo en nuestros autores.

II

15 Bustamante reivindicó, sin perjuicio de ir dando forma a las figuras de los héroes, al personaje colectivo, al pueblo. No pudo haber hecho otra cosa, pues la legitimidad del régimen independiente tenía que fijarse en ese personaje central de la historia política contemporánea, la de las llamadas revolucionarias democráticas. Bustamante, pues, tendrá que irlo haciendo figura, darle ascenso, desde la situación injusta en que aparece como despreciado y engañado hasta el momento en que se manifiestá plenamente encarado en las masas o en figuras individuales que las representan.

16 Así vemos esos recuerdos, desde el principio de la narración cuando don Carlos reacciona molesto narrando lo ocurrido en 1808 en las juntas convocadas al saber la prisión de Carlos IV y de Fernando, y en las que el ayuntamiento de la ciudad de México representante del pueblo.

> Hallábase además muy ofendido de que el oidor Bataller hubiese dicho a presencia de toda la junta que no tenía más autoridad que sobre los léperos.

17 Por más que luego, ese oidor no tuvo empacho en acudir al ayuntamiento, "representante de unos léperos" —subraya don Carlos—, solicitando recomendaciones para promoverse en la Corte. (1985,1, 5).

18 También nos comunica don Carlos su indignación frente a la aprehensión del Virrey Iturrigaray, perpetrada por los ricos comerciantes peninsulares amotínados "llamándose falsamente el *pueblo de México*"; con lo cual, el verdadero pueblo empezó a diferenciarse de sus engañadores, llamando *chaquetas* a las guardias de "leales" al régimen de la opresión (I, pág. 7), por la ropa que usaron los cuerpos levantados por éstos; situación que se perpetuó y agravándose cuando las familias mismas se dividieron en *chaquetas* e *insurgentes* (p. 61), clasíficación que pasó a la jerga popular y de la cual han llegado hasta nosotros testimonios de la tradición.[3]

19 Pero el pueblo descubierto como protagonista tendrá que irse viendo en situaciones concretas, que no ofrecen otra posibilidad de mención si no es describiendo lo ocurrido. Las *chusmas* de Hidalgo se componen de gente muy diversa: *indios* que no se indica de dónde salen ni qué idioma habían, habitantes de los lugares por los que pasa y que se van a juntar a otros en los lugares a los que llegan, como San Miguel el Grande y Celaya; en Guanajuato serán estos "grupos de *gente baja* que ocupaban las banquetas de la plaza diciendo que allí esperaban a ver si les tocaba alguna parte en el saqueo"; el *pueblo* que oyó, como se oyen las gracias concedidas ante la necesidad y no por benevolencia, el perdón del tributo impuesto a la *plebe* de la ciudad desde 1767 como castigo al disgusto que manifestó cuando se expulsé a los jesuitas y dispuesto a vengarse —dice Bustamante— "de las continuas levas de gente que allí se hacian para desaguar minas en que se trataba cruelisimamente a la gente, amarrándola para que fuese a los desagües (que allí llaman echar el lazo)" (1985, I, pág. 26), lo que Alamán dice ya no era cierto entonces y sólo lo usaba un minero criollo (1968, I, 269). En sustancia, Bustamante ve un pueblo compuesto por la *plebe* de los centros urbanos y los *indios*, dispuesto a tomar venganza de los agravios. Pero esto no le basta, tiene que destácar personajes individuales para darles calidad de héroes al lado de los que se conocian (y el dió a conocer) por sus nombres propios (recuérdese el *Martirologio*). Así lo hizo con el "Pípila", creación no sabemos si de don Carlos, pero en todo caso si consagrada por él en las páginas del *Cuadro Histórico*. La escena pintada por don Carlos para colocarla en el recargadisimo retablo, merece citarse literalmente, pues es ejemplar de la concepción y de los medios de los que se valió.

20 Es el asedio de las masas a la alhóndiga de granaditas en donde se han encerrado los españoles; la chusma arremete y los sitiados arrojan los frascos de hierro cargados con pólvora, causando estrago a los atacantes, lo que hace a don Carlos exclamar "bombas malditas... ", y a Hidalgo tomar medidas.

> El general Hidalgo convencido de la necesidad de penetrar en Granaditas, nada omitía para conseguirlo. Rodeado de un torbellino de plebe dirigió la voz a un hombre que la regentaba y le dijo...*Pípila... la patria necesita de tu valor... ¿Te atreverias a poner fuego a la puerta de la alhóndiga...?* La empresa era arriesgada, pues era necesario poner el cuerpo en descubierto a una lluvia de balas; Pípila, este lépero comparable con el carbonero que atacó la bastilla en Francia, dirigiendo la operación que en breve redujo a escombros aquel apoyo de la tirania, sin titubear dijo que *si.* Tomó al intento una loza ancha de cuartón de las muchas que hay en Guanajuato, púsosela en la cabeza afianzándosela con la mano izquierda para que le cubriese el cuerpo; tomó con la derecha un ocote encendido, y casí a gátas marchó hasta la puerta de la alhóndiga, burlándose de las balas. No de otra manera obraba un soldado de la décima legión de Cesar reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo, y practicando la evolución llamada de tortuga... ¡Pípila! tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano; tú cubierto con la loza y armado con una thea, llamarás la atención de las edades venideras y merecerán el voto que merece el valor denodado: quisiera tener la pluma de Plutarco, para parangonearte con uno de sus héroes; recibe sin embargo mi pobreza y el voto de mi corazón agradecido (1985, I, 39).

21 Don Carlos da de sí en toda su capacidad afectiva al tiempo que nos aclara —mejor que en otras partes— su propósito: darle a la nueva nación independiente héroes comparables con los de la historia contemporánea (la francesa y en otros lugares acudirá a la norteamericana), la antigua (romana y griega) para que vivan en las edades venideras, y para lograrlo no perdona artificio ni retórica.

22 La artificiosa fantasía del Pípila será refutada por Alamán; pero al hacerlo dará elementos de la realidad que nos hacen explicable lo que pintó Bustamante. Lo veremos más tarde, cuando nos ocupemos de los personajes de Alamán, pues ahora es preciso pasar a los de Mora, toda vez que si no agotamos al agotador Bustamante, tenemos ya ejemplos de su concepción popularista-heroica.

23 Del entusiasmo patriótico de Bustamante pasamos al racionalismo de Mora, quien con rigor analítico y conceptos estrictos habla de "clases populares" y de motivos que hagan explicable su participación en la revolución de 1810:

> Como la fuerza de un gobierno estáblecido y los hábitos de sumisión y obediencia, fortificados por centenares de anos, no podían hacerse desaparecer sino oponiendo al *poder* el *número*, era indispensable interesar en la revolución a las clases populares, lo cual en México no podía conseguirse por el simple anunció de bienes remotos y poco conocidos, ni de ideas abstractas sobre la justicia, utilidad y necesidad de la independencia. De aquí que fuera necesario alagar las preocupaciones de la multitud y enardecer las pasíones populares para obtener su cooperación (1950, III, 15-16).

24 La irracionalidad que caracteriza a la multitud, la inmediatez de sus motivaciones y la posibilidad de manipularla, tal es lo que pinta Mora desde la distancia de observador y procurador de explicaciones racionales. Pero para ser consecuente con su rigor tiene que precisar qué elementos componían y predominaban en las masas y quiénes podían presentarle motivos para movilizarlas.

> La clase indígena era muy numerosa en aquella época, y esto bastaba para que se le solicitase hacerla del partido de la revolución, y el modo de concebirlo estába muy a la vista para que a nadie pudiese ocultarse. Las atrocidades de la conquista y la destrucción del antiguo sultanismo de los aztecas, era o se reputaba una desgracia y el principio de los males que pesaban sobre los indios. Este suceso, pues, al cual era debida la existencia de la colonia se convirtió en un motivo de revolución y se quiso deducir de ella la justicia de la independencia de un pueblo que nada tenía de común con la nación destruída ni con los derechos del antiguo sultan de Tenochtitlán. (1950, III, 16)

25 En realidad, el descubrimiento del México indígena como una patria original y despojada por los conquistadores españoles era muy anterior, tenía una larga tradición expresa en el último cuarto del siglo XVIII en la *Historia antigua de México* de Clavijero y manifestá como argumento beligerante por Fray Servando Teresa de Mier en su *Historia de la Revolución de Nueva Espana, antiguamente Anahuac* (1813), y de él participó Mora en su narración histórica cuando se ocupó de la conquista (hay que ver lo que hace decir a Cuauhtémoc cuando llega prisionero ante Cortés el 13 de agosto de 1521 I (Cfr. 1950, II, 155-156); pero para 1834 Mora ya se había enfrentado a los partidarios de los privilegios corporativos de "los restos del pueblo azteca", y consideraba esto una manipulación en favor de los fueros entorpecedora del progreso. Por ello, la explicación que da del periodo es la manipulación de un pueblo ignorante cuyas pasiones es fácil exacerbar. En efecto,

> Una multitud de personas con crédito de entendidas, pero ciertamente de muy poca instrucción se empeñaron en suscitar cuantas fábulas sobre grandeza, prosperidad e ilustración habían contado de los antiguos mexicanos [...] Todo esto se hallába calculado con objeto primario del cual se pretendia hacer el agente más operante de la revolución, a saber: el odio a los españoles, que desde el principio se apresuró a generalizar y a convertir en un sentimiento popular. (1950, III, 16)

26 Mediante la manipulación de las clases bajas por parte de las de otros —no dice Mora cuáles, pero es de suponer que no eran las de mejor situación— se logró que el odio a los

españoles se convirtiera en un sentimiento popular. Con éste se complicó el sentimiento religioso, del que trataremos después, según apuntamos, debido a la entidad que tiene en la obra de los tres autores.

27 Mora es más autor de explicaciones que de descripciones, y siguiendo su clara secuencia nos cuenta que el movimiento de las masas incontroladas e incontrolables horrorizó a muchas personas de buena posición y partidarias de la independencia, que frente a lo ocurrido en San Miguel el Grande en Celaya, en Valládolid y en Guadalajara, es decir, frente a las matanzas de europeos y americanos y el saqueo indiscriminado, tomaron partido contra la insurgencia (Cfr. 1950, III, 32-34).

28 Hay sin embargo, señales muy vivas de las descripciones que debieron circular en todo el país, cuando las masas de Hidalgo se movilizaban a Guanajuato,

> [...] sin más orden que el que podían dar ciertas banderas de diversos colores en que iba la imagen de Guadalupe, y servían como centro a unos pelotones que se llamaban compañias, sujetas a un cabo o jefe que mandaba cada una de ellas (1950, III, 41).

29 Tal es la masa que se unió a la plebe de Guanajuato y que con elementos más o menos actuará en la guerra, manipulada y siempre mal dirigida.

30 Reflexión explicativa y descripción del movimiento se equilibran en la obra de Alamán, para quien la revolución de Hidalgo siguió en principio las mismas ideas que las expuestás en las juntas de 1808; es decir, la defensa del territorio, la restitución de Fernando VII, y la integridad del respeto a la religión católica, lo que se manifestó en las leyendas de las banderas insurgentes:

> "Viva la religión, viva nuestra madre santísima de Guadalupe, viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno"; pero el pueblo que se agolpaba a seguir está bandera simplificaba la inscripción y el efecto de ella, gritando solamente, "Viva la virgen de Guadalupe y mueran los gachupines" ¡Reunión mostruosa de religión con el asesinato y el saqueo; grito de muerte y desolación que habiéndolo oido en mi juventud, después de tantos años resuena todavía en mis oidos con un eco pavoroso! (1968, 1, 243-244).

31 Recuerdo personal de lo ocurrido en Guanajuato en septiembre y octubre de 1810, cuando el levantamiento popular encarna en "el ejército de Hidalgo", que Alamán describe mejor que otros autores:

> A medida que el ejército de Hidalgo [...] atravesaba los campos y las aldeas, se le iba juntando gente que formaba diversos grupos o pelotones, que por banderas ataban en palos o en carrizos mascadas de diversos colores, en que fijaban la imagen de Guadalupe que era la enseña de la empresa, la que también llevaban por distintivo en su sombrero todos los que se adherían al partido. Los vaqueros y demás gentes de a caballo de las haciendas, casí todas de las castas, formaban la caballería, armada con las lanzas que Hidalgo había hecho construir de antemano y con las espadas y machetes que estos mismos hombres acostumbraban llevar eh sus trabajos ordinarios: muy pocos tenían pistolas o carabinas. La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos o cuadrillas, armados con palos, flechas, hondas y lanzas, y como muchos llevaban consigo sus mujeres e hijos, todo presentaba el aspecto más bien de tribus bárbaras que emigraban de un punto a otro, que de un ejército en marcha. Los caporales y los mayordomos de las haciendas que habían tomado partido, hacian de jefes de caballería; a los indios los mandaban los gobernadores de sus pueblos a los capitanes de las cuadrillas de las haciendas [(en nota aclara Alamán lo que era una cuadrilla o grupo capitaneado que se empleaba en las haciendas y que el trato se hacia con los capitanes. Yo agregaria que el nombre "cuadrilla" designó, a la postre, el caserio de los peones de las

> haciendas)], y muchos [—continua—] no llevaban armas ninguna, no yendo prevenidos mas que para el saqueo [...] (1968, I, 244-246).

32 Lo que Alamán cuenta es la movilización de aquella sociedad del Bajio que llegará, después de pasar por San Miguel, Celaya e Irapuato atrayendo a la plebe de estos centros urbanos, al real de Guanajuato donde se hallába una población hasta de veinte mil personas, cuyas demandas de bienes para el consumo y de bestias para el trabajo de la minería había hecho prosperar la agricultura y la ganadería de toda la región; casas de comercio, casí todas en manos de españoles europeos, familias criollas que vivían con desahogo y gracia a la derrama que generaba la minería, todas "respetables por la regularidad y decoro que observaban. El pueblo, ocupado en los duros y riesgosos trabajos de las minas, era alegre, gastador, valiente y atrevido". (I, 262-263)

33 Tal era la sociedad guanajuatense que esperaba sobresaltada la llegada de las masas del cura Hidalgo, personaje conocido y apreciado como lo recuerda Alamán, y tal fue el pueblo que destruyó por la noche las defensas que las autoridades habían dispuesto. Este pueblo, unido a las chusmas de Hidalgo, es el protagonista de las vivídas páginas en que Alamán, rectificando a Bustamante, provee de elementos que nos hacen comprensible como realidad histórica el mito del "Pípila".

34 En efecto, dice Alamán que "La toma de Granaditas fue obra enteramente de la plebe de Guanajuato unida a las numerosas cuadrillas de indios conducidas por Hidalgo", que ni éste ni sus compañeros estuvieron presentes en el lugar de los hechos, y que la encomienda que según Bustamante hizo Hidalgo al Pípila fue pura invención, pues hasta ese nombre "Pípila" era "enteramente desconocido en Guanajuato" (Cfr. I, págs. 277-279); pero al hacer relación precisa de los hechos, cuenta Alamán que:

> Había una tienda en la esquina que forman la calle de los Pozitos y la subida de Los Mandamientos, en la que se vendían rajas de ocote, de que se proveían los que subían de noche a las minas para alumbrarse en el camino. Rompió las puertas [de la tienda] la muchedumbre, y cargando todo aquel combustible, lo arrimaron a la puerta de la alhóndiga, prendiéndole fuego, mientras que otros prácticos en los trabajos subterráneos, acercándose a la espalda del edificio, encubiertos con cuarterones de lozas, como los romanos con la testudo, empezaron a practicar barrenos para socavar aquel por los cimientos [...] (I, 277).

35 He aquí los elementos del Pípila: plebe, ocote, loza y asedio a la alhóndiga. Bustamante los fundió en un personaje individual que alcanzó la realidad del mito (hay en Guanajuato indicaciones precisas sobre el nombre y domicilio del Pípila) que se ha materializado en monumentos.

36 Sea como fuere, retratos ficticios, descripciones y explicaciones de nuestros tres autores sugieren la necesidad de una etnografía de la insurgencia. Hemos seguido aquí hasta Guanajuato; hay mucho más que apuntar continuando hasta el prendimiento de Hidalgo en Acatita o Noria de Baján, pero lo visto hasta Guanajuato es más que suficiente para apuntar el carácter de movimiento popular y, por otra parte, urge completar la visión de éste con el apunte de las motivaciones religiosas, a las que los autores dan gran importancia.

III

37 Don Carlos María de Bustamante era hombre muy religioso, fue promotor entusiasta del culto Guadalupano y para él no significó cuestión o problema alguno la invocación de la

Virgen de Guadalupe por los insurgentes, ni la participación de sacerdotes en la insurgencia. Pero la utilización de los simbolos religiosos y la acción del clero en favor de los realistas sí mereció la reprobación más severa de don Carlos, este hombre en el que la riqueza de la información no conmueve el veredicto dado en ese retablo del juicio final que es su *Cuadro histórico*.

38 Muestra elocuente es lo que hace al narrar la salida de Félix María Calleja a campaña, cuando reunidas las tropas ofician los frailes del Carmen de San Luis Potosí, y predican a los soldados que van a luchar contra herejes. "Así engañan los tiranos a los pueblos incautos", dice y da cuenta de la proclama de Calleja en la que éste llamaba a la union, a la confianza y a la hermandad (Cfr, I, 48-54), para comentar luego:

> Está proclama estába en griego para aquellos bárbaros e infelices campesinos; pero Calleja para que le entendieran la puso en manos de unos frailes Carmelitas, que con un Cristo en las manos la construían y analizaban terminando con un sermonico exhortando a la lealtad al rey Fernando y luego exigían juramento. Figúrese el lector a Calleja y a los reverendos, colocados bajo un dosel con todo aparato, y de la parte de abajo a estos rústicos arrancados de la coa y del arado, que tal vez eran los primeros objetos de está naturaleza que veían en su vida. ¡Qué trastorno no recibirían en sus imaginaciones!... Pobres ignorantes, cómo han sido el lidubrio de los malvados y el instrumento de sus pasíones vergonzosas. (I, 54)

39 Buena percepción de la escena y de los efectos de la solemnidad del culto. Habría situaciones equiparables —si bien distintas— en el campo insurgente pero don Carlos las pasa por alto, pues le urge condenar la manipulación que del pueblo incauto hacen los malvados realistas. Y luego, la misma calidad de la percepción llevada a la fatalidad de la sentencia se ve en su descripción de una guerra civil en la que las familias se dividen y en la que el sacramento de la confesión ha servido para agravar esa situación:

> [...] *chaquetas o insurgentes,* está era la contraseña de conocerse. Los confesores, estúpidos o partidarios del despotismo, soplaban por su parte la flama del encono, ora exhortando a los penitentes a la denuncia; ora constituyendose ellos mismos en delatores. Así es que no pocos confesionarios, estos lugares sagrados y asílo donde el pecador miserable halla el bálsamo del consuelo, se convirtieron en Atalayas y puntos avanzados del espionaje. Turbóse de tal manera toda la sociedad entre nosotros, que pasó a ser un verdadero infierno. (1,61)

40 Razones suficientes para un creyente pero que como hemos confirmado sólo aparece como argumento contra los realistas, y pese a la calidad del relato no alcanzan a apreciar la importancia del culto religioso como algo que está más allá de la division política y de la violencia; algo que sí logra José María Luis Mora al apreciar, mejor que otros pensamos, el papel de la religión y de los ministros del culto en el movimiento insurgente y en la movilización de los realistas.

41 En efecto, al explicar el levantamiento da razón de sus promotores y de los motivos que se despiertan.

> Como los curas y los frailes eran los principales agentes de la revolución; y las masas, compuestás en su totalidad de gentes supersticiosas, eran los medios de acción, se procuró dar una especie de carácter religioso a lo que solo debia tenerlo político, y se supuso que los españoles, *contaminados* por el contacto necesario en que se hallában con los franceses, eran herejes y trataban de estáblecer el tolerantismo. Desde entonces se sancionó la intolerancia, por las preocupaciones populares, y este error político, que tanto ha retrasado la prosperidad pública, háse consagrado por las leyes, a pesar de lo mucho que ha perdido en la opinión nacional. (III, 17)

42 El empeño de Mora en la explicación corre parejo con su afán de deslindar órdenes, lo político de lo religioso. Sin embargo este propósito correctivo no entorpece su percepción de los hechos. Tratándose de la religión, es Mora quien dá mejor cuenta de situaciones concretas, como ésta del momento en que se initia el levantamiento del 16 de septiembre de 1810,

> [...] se convocó a son de campana a los indios y demás clases a quienes se anunció que la religión corría riesgo por parte del gobierno, y que era necesario salvarla a toda costa.
> Tal llamamiento, hecho por un cura de reputación bien sentada entre sus feligreses supersticiosos, en todas las circunstancias Habría producido el efecto que se deseaba, pero éste fue mucho mayor en aquellos, porque los ánimos habían recibido un impulso fuerte de devoción en ciertos ejercicios espirituales, conocidos con el nombre de desagravios, que acostumbraban a hacer en septiembre en muchas parroquias. Cuando oyeron pues a su cura las gentes sencillas de Dolores que la religión corría riesgo, no hubo uno que no estuviese pronto a caminar al martirio y a auxiliar a su párroco en tan gloriosa cruzada destinada a destruir a las costumbres y gobierno enemigos del culto [...] (III, 31)

43 Para Bustamante era el pueblo sorprendido por los realistas un pueblo incauto, rústico e impresionable por las manifestáciones religiosas y la presencia de frailes, para Mora era un pueblo supersticioso al que los sacerdotes podían manejar en cualquier momento, y más un cura de prestigio como Hidalgo (al que Mora, por cierto, no tuvo en estima; antes bien, lo juzgó como un irresponsable). Además, la circunstancia está bien apreciada, y, en todo esto hay que recordar que Mora fue sacerdote y que dejó de oficiar en el culto cuando se dedicó a los menesteres políticos.

44 Percibió también los intentos del clero para excitar al pueblo en contra de los insurgentes y tal es lo que cuenta de Celaya (lugar en el que se hallaba su familia y en el que perdió su fortuna cuando Hidalgo tomó los caudales puestos en custodia en el convento del Carmen). Allí, dice Mora,

> Los frailes españoles del Carmen, vestidos con traje de charro de manga, montados a caballo, armados de sable y pistola y con el crucifijo en la mano, como los obispos en tiempo de las cruzadas, que hacian de soldados y ministros, recorrían en vano los barrios de la ciudad, exhortando a la defensa al pueblo que tenía ya tomado su partido y se hallába bien resuelto por Hidalgo luego que avanzase sobre la ciudad. (III, 34-35)

45 Dará cuenta también de la excomunión de Hidalgo lanzada por el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo (a quien como hombre ilustrado y prudente tuvo en gran estima) y su secuela entre el alto clero, acciones que si bien impresionaron a la sociedad y contuvieron a partidarios de la independencia, acabaron por desprestigiar al clero y más cuando, lograda la independencia hubo de desdecir o desconocer las excomuniones y condenas fulminadas contra los líderes insurgentes (Cfr. III, 36-38 y 57-68). Hechos que, por supuesto sirivieron a Bustamante para condenar con más elementos a los realistas, enemigos del pueblo libertario, que para Mora no es más que supersticioso.

46 Sin embargo, Mora es el autor más equilibrado, pues, como veremos en seguida Alamán apreció el aspecto religioso como algo que reflejaba con mayor claridad el absurdo y la inmoralidad —podemos decirlo ateniéndonos al juicio de Alamán— de la insurgencia y sus diligentes.

47 Ya hemos visto como al recordar el grito del pueblo en Guanajuato, "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines", lo consideró la unión monstruosa de la religión con el asesinato y el robo, lo que para él resultaba muy explicable por la situación misma y las características de sus protagonistas.

> No es extraño que un pueblo en que por desgracia la religión estába casí reducida a meras prácticas exteriores; en que muchos de sus ministros, particularmente en las poblaciones pequeñas, estában entregados a la vida más licenciosa: cuando el vicio dominante en la masa de la población es la propensión al robo, hallase fácilmente partidarios una revolución cuyo primer paso era poner en libertad a los criminales, abandonar las propiedades de la parte más rica de la población a un ilimitado saqueo, sublevar a la plebe contra todo lo que hasta entonces había sido temido o respetado, y dar rienda suelta a todos los vicios prodigando, como luego se hizo, los grados militares, y abriendo campo vastisimo a la ambición de los empleos. [...] (1968, 1, 244)

48 Liderazgo de los clérigos e invocación religidsa, se comprenden en ese levantamiento para el saqueo y para el motín dada la índole inferior del pueblo cuya religión es solo manifestación de actos exteriores. Este es el juicio de Alamán, que, por otra parte, coincide con Mora en la apreciación del desgaste de las armas canónicas contra los insurgentes.

IV

49 Ahora bien, los tres autores vieron la insurgencia de Hidalgo como un movimiento popular desde una situación propia. Bustamante, justificada la insurgencia como el inicio o raíz de la lucha por la independencia, trató de hacer del pueblo y sus líderes héroes nacionales; Mora trató de explicarlo desde una posición racionalista y señalando males, como la confusión de lo religioso y lo político, que viciaron el movimiento desde su raíz misma; Alamán condenó abiertamente el movimiento popular por más que lo describió quizá mejor que los otros. Los tres dan elementos para trazar una etnología de la insurgencia y para ilustrarlo hemos abusado de las citas —dado que el lenguaje empleado por ellos no puede suplirse en simplificaciones o resúmenes—. Valdría la pena extender este material y hacer esa etnología incluyendo en está, como protagonistas-observadores de los acontecimientos a los très autores. Advertiríamos entonces cómo su distancia con respecto a los elementos populares que ven en la insurgencia es parte constitutiva del hecho que tratan de explicar.

BIBLIOGRAFÍA

Referencias

ALAMÁN, LUCAS: *Historia de México. Desde los acontecimientos que prepararon su independencia en 1808 hasta la época presente* [*1846-1852*]. 5 Vols., 2a. edición, México, Editorial Jus, 1968-1969.

BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA DE: *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Introducción de Roberto Moreno de los Arcos, 5 Vols., México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1985. Edición facsimilar de la de 1843-1846.

MORA, JOSÉ MARÍA LUIS: *México y sus revoluciones*. Edición y prólogo de Agustín Yáñez. 3 Vols., México, Editorial Porrúa, S.A., 1950.

NOTAS

***.** El Colegio de Michoacán.

1. O'gorman, Edmundo: *Guía bibliográfica de Carlos María de Buslamante*. Trabajo realizado por el Seminario de Historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras [de la UNAM], bajo la dirección del doctor..., México, Centro de Estudios de Historia de Mexico de la Fundación Cultural CONDUMEX, 1967.

2. ALAMÁN, LUCAS: "Noticias biográficas del Lic. Carlos Ma. Bustamante y juicio critico de sus obras", en Obras de d. Lucas Alamán, III: *Documentos diversos (inéditos y muy raros)*; compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Editorial Jus, 1946, págs. 279-336.

3. Un propietario queretano salió, acompañado de sus dos hijos pequeños y una sirvienta, para ver sus propiedades, en el camino encontró a un sirviente que detuvo el coche en que viajaba aquel, al preguntarle "¿qué andas haciendo? ", apuñaló al propietario al tiempo que decía "matando chaquetas". El verbo chaquetear y la expresión dar el chaquetazo, cobran también su sentido cuando se sabe de los *chaquetas*.

Conclusiones

Enrique Florescano

1 Note portant sur l'auteur*

2 Las ponencias presentadas en esta reunión sobre los movimientos rebeldes encabezados por Pugachóv, Túpac Amaru y Miguel Hidalgo, al evocar coincidencias y diferencias de tiempo, lugar, personajes, líderazgos, composición de los grupos rebeldes, niveles de participación y alianza, mentalidades, demandas sociales y propósitos políticos, son en sí mismas, una prueba convincente de las bondades del análisis comparativo. Suscitan sorpresa, curiosidad y deseo de comprender mejor el sentido profundo de esas coincidencias, y asimismo despiertan el interés por conocer las causas que originaron las diferencias.

3 Si éste fuera el principal resultado de está reunión, podríamos decir que ha logrado su objetivo. Al mostrarnos similitudes y convergencias entre movimientos aparentemente dispares, este coloquio ha sembrado en nosotros el interés por un análisis comparativo más preciso y riguroso. Y al señalar con fuerza diferencias, contrastes y disparidades, estás ponencias nos han agudizado el interés por precisar el carácter único e irrepetible de los hechos históricos que se despliegan en un lugar y en un momento preciso del desarrollo histórico.

4 Quiero decir que el ejercicio del análisis comparativo es un paso necesario para plantear, con más precisión, las interrogantes que nos preocupan, y para intentar responder esas preguntas con instrumentos analíticos más adecuados a la naturaleza misma de los problemas que deseamos esclarecer.

5 Por ejemplo, creo que después de leer estás ponencias, parece claro que, desde el punto de vista analitico y hermeneútico más exigente, es más provechoso, más coherente y menos riesgoso el ejercicio comparativo de las rebeliones de Pugachóv y Túpac Amaru, que el intento de comparar estos movimientos con el de Hidalgo, por la simple razón de que los primeros presentan rasgos más homogéneos, tienen similitudes intrinsecas que los hacen más idóneos para este tipo de análisis.

6 Serguei Serov se refirió a otro aspecto que me parece que el historiador nunca debe olvidar cuando hace análisis comparativo. El decía que tanto las rebeliones de Pugachóv en Rusia, como las de Túpac Amaru en los Andes, ocurren en zonas donde en tiempos

anteriores habían ocurrido otras rebeliones. Es decir, señalaba la importancia de los antecedentes históricos en la rebelión, o en otras palabras, destácaba la existencia de experiencias y memorias históricas de insurgencia campesina y popular.

7 Está observación de Serov nos sugiere que, antes de emprender la comparación entre movimientos referidos a lugares y contextos diferentes, el historiador debe hacer la comparación con los movimientos rebeldes que ocurrieron anteriormente en el mismo lugar. Quiero decir que comparar, en el modo tradicional que lo hace el historiador, de atrás para adelante, o de adelante para atrás, pero siempre con el propósito de percibir el cambio histórico, es el método o la estrategia que debe seguir el historiador antes de aplicar el método del sociólogo o del antropólogo, que es el de comparar acontecimientos semejantes independientemente del tiempo o el lugar donde ocurren.

8 Quiero ilustrar la pertinencia de está observación con el ejemplo de unas rebeliones indígenas ocurridas en México, entre 1711 y 1770, en las regiones mayas de Chiapas y Yucatán. No voy a referirme a los hechos y procesos de estás rebeliones porque están descritos en mi libro *Memoria mexicana*, sólo me concretaré a destácar algunos de los rasgos que definen su tipología, que tienen similitudes con las características que describen en sus ponencias Serguei Serov y Ana Borodatova.

9 Una primera características de los movimientos rebeldes de Zinacantan y Cancuc, o de los movimientos mesiánicos encabezados por el indio maya Canek en Yucatán, o el indio nahua Antonio Pérez en el centro de México, es que todos esos movimientos nacen y cobran fuerza bajo el impulso de un hecho sagrado, ocurrido o próximo a ocurrir, como el anuncio de un milagro, la aparición de una virgen, la profecía de un final apocalíptico, o la llegada de un Salvador que acabará con la injusticia e instaurará un milenio indígena.

10 Sin embargo, aun cuando se manifiestán primero como acontecimientos religiosos, estos movimientos siempre tienen un fin terreno y profano: las apariciones, los milagros y las profecías anuncian un mejoramiento de la vida terrena, particularmente de la situación injusta que vive el grupo que presencia esos acontecimientos extraordinarios. En la rebelión de Cancuc, la aparición de la virgen es interpretada como el fin del tributo y de las autoridades españoles. En Quisteil, la coronación de Jacinto Canek proclama la desaparición del poder español y la creación de un reino indígena. El movimiento milenarista de Antonio Pérez anuncia un nuevo reparto de la riqueza del mundo, el acabamiento de los españoles y una era en la que todos los bienes quedarán en manos de los indios.

11 Es decir, aun cuando en principio todos estos movimientos se manifiestán como movimientos religiosos, acaban proponiendo la transformación del mundo profano, demandan cambiar las condiciones sociales y políticas existentes en la vida terrena.

12 Una segunda características de estos movimientos es que su trasfondo socio-político es el antagonismo étnico, la desigualdad que contrapone al grupo indígena con los dominadores españoles, criollos o mestizos. En todos los casos, a través de estos movimientos los indios se proponen indigenizar los santos y vírgenes cristianos, fortalecer su identidad, o en los casos más violentos, estáblecer un gobierno y un reino indígenas.

13 En cuanto a su organización y líderazgo, una tercera características de estos movimientos es que nacen y se organizan apoyados en las bases tradicionales de las sociedades campesinas: la célula familiar, los lazos de parentesco y las solidaridades étnicas, el ámbito local o regional de la comunidad, y la organización religiosa existente en el

pueblo. Por la cualidad de estás relaciones personales y directas, y por el tamaño reducido de los pueblos y comunidades étnicas, estos movimientos estuvieron condenados a ser movimientos locales, y cuando más, regionales.

14 Una cuarta características de estos movimientos indígenas más radicales es la presencia de un mesías o Salvador carismático. En la mayoría de los movimientos rebeldes indígenas está figura está ausente. Pero cuando se presenta, como ocurre en las insurrecciones de Cancuc, de Jacinto Canek y de Antonio Pérez, entonces la organización, la estrategia y los fines del movimiento religioso sufren una alteración profunda: el movimiento religioso deja de ser una acción niveladora, reformadora o restáuradora de los equilibrios sociales, y se transforma en un movimiento revolucionario, en una acción dirigida a subvertir el orden social y político. En las insurrecciones más radicales se crea una fuerza ofensiva y defensiva que no existia en la tradición rebelde de las comunidades étnicas: un ejército formado por soldados de la virgen.

15 Según Norman Cohn, los mesías de la época medieval eran, por su formación, una especie de *intelligentsia* de los estratos inferiores. Los mesías y los dirigentes religiosos indígenas mexicanos comparten esa caraceristíca. Son individuos que poseen conocimientos superiores a los demás indígenas, y que como Sebastián Gómez de la Gloria, Jacinto Canek o Antonio Pérez, vivieron algún tiempo en contacto directo con los españoles y su cultura, y particularmente cerca de las creencias, los símbolos y las ceremonias de la religiosidad cristiana. Estos líderes indígenas crearon una nueva organización religiosa, política, económica y militar, cuya autoridad suprema recaía en ellos. Es decir, fundaron una nueva jerarquía social, organizaron un nuevo "reino", una suerte de teocracia carismática con una economía, una organización social, una estructura política y un ejército dedicados a realizar el ideal más ambicioso que se propusieron los pueblos indígenas: establecer un gobierno autónomo e independiente dirigido por los propios indígenas.

16 Una quinta características de estos movimientos es su concepción mítica del tiempo pasado. El tiempo que gobierna a estas comunidades es un tiempo pasado, preciso o indefinido pero perteneciente al pasado, en el cual ocurrieron acontecimientos fundadores de una realidad sagrada cuya revitalización o nueva creación se considera indispensable para la sobrevivencia de la comunidad. Asimismo, la edad o el reino que estos movimientos religiosos proponen instaurar, en el presente o en el futuro, es también un reino que existió con un pasado mítico idealizado, es una edad dorada cuya recuperación se convierte en la máxima aspiración de esos movimientos.

17 Son, en otras palabras, movimientos dominados por la protestá contra el presente a nombre de la tradición; están guiados por la idea mítica del retorno a un tiempo en el cual se establecieron las bases ideales de la existencia comunitaria. En tanto que rechazan el presente y no aceptan un futuro distinto a su modelo mitico, son movimientos profundamente tradicionalistas y volcados hacia el pasado.

18 Creo que estás características de los movimientos indígenas religiosos ofrecen una buena base de comparación con las características de los movimientos de Pugachóv y Túpac Amaru destácados por las ponencias de Serguei Serov y Ana Bodoratova.

19 Por ejemplo, debe subrayarse, en primer lugar, que las rebeliones rusas, peruanas y mayas ocurren en zonas que tienen la características de ser zonas periféricas, alejadas de las áreas de control del gobierno central.

20 En segundo lugar, los cosacos rusos, como los indígenas americanos, basaron sus movimientos rebeldes en organizaciones comunitarias tradicionales; también es notable

que está organización tradicional estába asentada en lazos y relaciones étnicas, y en relaciones de clase, pues la mayoría de los participantes en estos movimientos eran campesinos. Sin embargo, en la rebelión de Pugachóv hay un componente multiétnico más marcado.

21 En tercer lugar la causa o el origen que motiva a estas explosiones étnicas y campesinas no es simplemente la explotación económica, sino una conciencia más generalizada de opresión étnica y social, un sentimiento global de desamparo, una sensación de que el gobierno y los grupos dominantes quieren arrebatarles, además de sus tierras y trabajo, sus formas tradicionales de organización, sus autonomías y libertades locales, y sus prácticas religiosas.

22 Como señaló Serguei Serov, la rebelión de Pugachóv ocurre en un momento de transición y cambio de valores, que en Rusia se expresa en una propuestá de cristianización forzada de los campesinos. En los Andes y en México ocurre un fenómeno semejante: las Reformas borbónicas, como lo explica Scarlett O'Phelan en el caso del Perú, y Brian Hamnett, Nancy Farriss, Serge Gruzinski y otros autores para el caso de México, significaron una nueva ofensiva del gobierno central sobre la fuerza de trabajo, las tierras, las relaciones comerciales, las organizaciones comunitarias, las prácticas religiosas y la autonomía de los pueblos indios. Contra estás presiones múltiples, que afectaban sus modos tradicionales de vida, reaccionaron y se rebelaron los pueblos indios.

23 En quinto lugar, el líderazgo de estos movimientos lo asumen los hombres carismáticos, los individuos con mayor jerarquía social y conocimientos del grupo oprimido, quienes por reunir esas características aparecen ante sus seguidores como si tuvieran poderes sobrenaturales y estuvieran investidos de la misión de dirigir y salvar a su pueblo. En todos estos casos, los seguidores de estos líderes carismáticos están convencidos de que sus jefes poseen cualidades y poderes sobrenaturales, están protegidos por la divinidad, y encarnan al zar, al inca o al rey que tradicionalmente reunia esas distintas cualidades y funciones.

24 En todos casos también es común que el líder carismático esté rodeado por un grupo de consejeros y lugartenientes letrados, por individuos que poseen los saberes del grupo tradicional y los conocimientos del grupo opresor.

25 En sexto lugar, estos movimientos se caracterizan por carecer, en sus origenes y en su desenvolvimiento inicial, de un programa definido de reivindicaciones y propósitos. Infructuosamente los investigadores han buscado en ellos, como si fueran movimientos políticos modernos, una plataforma o programa coherente, y una estrategia dirigida inflexiblemente a alcanzar esos fines.

26 En séptimo lugar, estos movimientos se distinguen por ser restáuradores de una edad ideal pasada, por estár orientados no hacia el futuro, sino hacia un pasado mítico idealizado.

27 Por último, es una características de la mayoría de estos movimientos el que sus represores hayan intentado, por todos los medios a su alcance, borrar la memoria histórica de esa experiencia subversiva, desaparecer el cuerpo y la imagen de sus protagonistas, sepultar en el olvido el sitio de la rebelión y la geografía misma de la rebelión. Sin embargo, como lo muestran las ponencias aqui presentadas, la huella de esos acontecimientos no se extinguió. En Rusia, en Perú y en México, hoy sabemos que la memoria de esos acontecimientos, guardada por procedimientos herméticos o conservada

a través de la memoria oral, alimentó los sueños y anhelos de reivindicación de esas poblaciones.

28 Estas características comunes de los movimientos indígenas y campesinos de mediados y finales del siglo XVIII, nos permiten intentar una comparación con el movimiento encabezado por Miguel Hidalgo en 1810, apoyándonos en las ponencias aqui presentadas de Christian Archer, Luis González, Antonio Escobar, Carlos Herrejón y Jean Meyer.

29 Estás ricas y reveladoras ponencias nos señalan con gran fuerza que el movimiento insurgente de 1810 es un acontecimiento distinto a los anteriores. En primer lugar, lo que destáca de la insurrección de 1810 es el carácter sostenido de este movimiento, que desde el punto de vista de su continuidad y presencia a lo largo de 10 años, marca una diferencia sustantiva con los movimientos anteriores.

30 En segundo lugar sorprende la escala del movimiento, tanto en términos de las regiones que abarcó como en cuanto a los grupos y pobalciones que participaron en él. En lugar de un área restringida y de una homegeneidad étnica, estámos en presencia de un movimiento que se expandió por el centro, el norte, el este y el oeste de Nueva España, y en el que se formaron ejércitos de más de 100,000 hombres, provenientes de casi todos los sectores sociales.

31 El tercer lugar, al contrario de la indefinición programática de los movimientos anteriores, el movimiento insurgente iniciado por Hidalgo se propuso metas políticas concretas, que se pueden englobar en el propósito de conseguir la independencia política de España. Es decir, este movimiento no se limitó a criticar el mal gobierno o la opresión que sobre taies sectores y pueblos ejercían los représentantes de ese gobierno, sino que explicitamente se propuso cortar la relación política que ligaba al virreinato con la metrópoli, lograr la independencia y crear un estado national.

32 Dicho en otras palabras, en el movimiento de Hidalgo ya no es predominante la circunscripción a una región determinada, la uniformidad étnica o de clase, la organización tradicional o el mensaje religioso. Lo nuevo y moderno del movimiento insurgente es que logra unificar a diversos y contrastantes sectores de la población contra un solo enemigo: el gobierno español. Logra unir a una población marcada por la desigualdad y la desintegración étnica, social, cultural, económica y política, contra un enemigo común, que se identifica con el gobierno opresor de los españoles.

33 La propuesta de liberarse del yugo español y fundar una nación de iguales gobernada y dirigida por mexicanos, se convirtió en la meta de los diversos grupos participantes, y relegó a segundo término la persona del líder que podría alcanzar esa meta. En este tipo de movimientos políticos son más importantes los fines y enemigos que define el movimiento, que los líderes que lo encabezan.

34 Por otra parte, por primera vez el movimiento insurgente se propuso crear un estado y una nación para el presente y el futuro, no anclados en el pasado ideal mitificado.

35 Por su extensión geográfica, multiplicidad de sectores participantes, composición social hetereógena, variedad de jefes y reivindicaciones, el movimiento de 1810 no es un proceso homogéneo, sino diversos movimientos contenidos en un mismo proceso independentista. Así lo indican las ponencias de Christon I. Archer y Antonio Escobar.

36 Por supuesto, la presencia de ideas y prácticas tradicionales está presente en los movimientos revolucionarios modernos, como lo muestran los estudios de Eric van Young, Jean Meyer, Victoria Reifler Bricker y otros estudiosos. Sin embargo, lo

significativo es que estas formas tradicionales no son ya los principales elementos organizadores y propulsores del movimiento revolucionario.

37 Por último, al contrario de lo que ocurrió con los movimientos rebeldes indígenas y campesinos, el movimiento insurgente recibió desde sus inicios una atención considerable por parte de los más diversos cronistas y memorialistas. Su crónica y su historia propias, como lo muestran las interpretaciones de la rebelión de Túpac Amaru que trata Jean Piel, se insertaron en la memoria del proyecto nacional que se queria instaurar, y desde entonces su recuperación e interpretación históricas ha sido uno de los asuntos más socorridos, polémicos y apasionados de la historiografía nacional. Las excelentes ponencias de Jean Piel, Carlos Herrejón, Andrés Lira y Luis González muestran también que el esfuerzo de desmistificación y hermeneútica que enfrenta el historiador de nuestros días es uno de los más ingentes, delicados y desafiantes.

NOTAS

***.** CNCA